R-722

CESPEDES Y MENESES, Gonzalo de
(1885-1638)

Historias peregrinas y exemplares . . . / por don Gonçalo de Cespedes y Meneses . . . * Impressa en Zaragoça : por Iuan de Larumbe, A costa de Pedro Ferriz, 1630

HISTORIAS PEREGRINAS Y EXEMPLARES.

CON EL ORIGEN, FVNDAMENTOS y excelencias de Eſpaña, y Ciudades adonde ſucedieron.

Por don Gonçalo de Ceſpedes y Meneſes, natural de la villa de Madrid.

A LA IMPERIAL CIVDAD de Zaragoça.

Año 1630.

CONLICENCIA Y PRIVILECIO.
Impreſſa en Zaragoça, por Iuan de Larumbe.
A coſta de Pedro Ferriz.

APROVACION.

POR comissionn del muy ilustrissimo señor el Dotor don Gaspar Arias de Reynoso, Arcipreste de Belchite, Tesorero de la santa Cruzada, y Vicario general deste Arçobispado de Zaragoça; è leydo un libro intitulado *Historias Peregrinas y exemplares*; que à compuesto con mucha sustancia, y dispuesto con elegante estylo, don Gonçalo de Cespedes y Menses. Y sobre que no ay en ellas cosa contra nuestra santa Fè Catolica, y buenas costumbres, y se desempeña tambien el Autor en su promessa; que siendo tan peregrinas y bien aviadas ellas que saca a la vista, no dexaran de hallar muy buena posada, donde la curiosidad, y el desseo de saber hallò acogida. En Iesus de Zaragoça 9. de Março 1623.

Fray Iuan Calderon.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

DAse licencia para que se imprima con esta aprovacion. En Zaragoça à 10. de Março de 1623.

El Doctor Arias de Reynoso,
Vicario general.

PRIVILEGIO.

Nos don Felipe por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Aragon, de Leó de las dos Sicilias, de Ierusalẽ, &c.

NOS don Fernando de Borja, Comendador mayor de Montesa, Gentilhombre de la Camara del Rey nuestro señor, y su Lugartiniente, y Capitan General, en el presente Reyno de Aragon. Por quanto Gonçalo de Cespedes y Meneses nos à suplicado fuessemos servido de darle licencia premissa, y facultad, para que el, o quien su poder tuviere, pueda hazer imprimir, y vẽder en el presente Reyno de Aragon, un libro intitulado *Historias Peregrinas*. E nos aviendo mandado reconocer el dicho libro, y teniendo muy buena relacion del; y que demas desto està visto, y aprovado por el Ordinario de la Ciudad, y Arçobispado de Zaragoça, lo avemos tenido por bien, en la manera infrascripta. Porende, con tenor de las presentes de nuestra cierta sciencia, y por la Real autoridad de que usamos deliberadamente, y consulta, damos licencia, permisso y facultad a vos el dicho Gonçalo de

Ces-

Ceſpedes y Meneſes, y a quien vueſtro poder
cóviere, para que podays imprimir y vender, y
hazer que ſe imprima y venda en el preſente
Reyno de Aragon, y en qualquiera parte del,
el dicho libro, ſin incurrir por ello en pena al-
guna, prohiviendo como prohivimos, que nin-
guna perſona lo pueda imprimir ſin licencia
nueſtra, o de ſu Mageſtad, ſopena de mil flori-
nes de oro de Aragon, a ſus Reales Cofres a-
plicaderos. Y es voluntad de ſu Mageſtad, q̃
el Impreſſor que inprimiere el dicho libro, aya
y ſea tenido, y obligado deſpues de averlo im-
preſſo, y antes de entregallo a la parte, ni que
ſalga de ſu poder, aya de traer al nueſtro el di-
cho original, juntamente con uno delos impreſ
ſos, para que ſe vea ſi concuerda el uno con el
otro. Y de mas deſto mandamos de parte de
ſu Mageſtad, que no pueda imprimir el dicho
libro, ni eſta nueſtra licencia ſin eſtar primero
regiſtrada y ſellada en la Real Chãcilleria del
preſente Reyno de Aragon; y ſi lo contrario hi
ziere, incurra enlas penas por fuero eſtatuydas
contra los que imprimen ſin licencia, porque
ſino ſea deſta manera, no ſe la damos, ni con-
cedemos. Y mandamos a todos, y qualeſquier

oficia-

oficiales y miniſtros de ſu Mageſtad, mayores, y menores, en el preſente Reyno cõſtituydos, y conſtituyderos, y a ſus Lugartinientes, que la preſente nueſtra licencia, os guarden, cumplan, y obſerven, ſin poner en ello eſtorvo, ni dificultad alguna. Si de mas de la ira, e indignacion de ſu Mageſtad, en las penas arriba dichas, y otras a nueſtro arbitrio reſervaderas, deſſean no incurrir. Queremos, empero que en cada volumen de los que imprimieredes, vaya impreſſa eſta nueſtra licencia. En teſtimonio de lo qual, mandamos deſpachar las preſentes cõ el ſello comun de ſu Mageſtad, deſta Lugartenencia, en el Dorſo ſelladas. Dat. en Zaragoça, a diez y ſiete de Março del año de mil ſeyſcientos veynte y tres.

Don Fernando de Borja.

A LA IMPERIAL CIVDAD de Zaragoça.

SI antes de aora, en ſervicios de mayor Gerarquia, no buviera v.S. conocido mi zelo, ſin duda alguna naufragara el preſente, deſmereciendo por humilde ſu generoſo patrocinio. Mas como de mayores deſſeos, viven para mi credito tan freſcas eſperiencias (aunque ſe reconozca quan mal friſa lo tribial deſte aſſumpto, con la ſuperioridad del ſugeto; adonde ſe conſagra y dedica) toda via queda mi atrevimiento diſculpado, y aun animado con tantos beneficios y mercedes, como de v. S. è recebido, a ofrecer a ſus pies, el nuevo fruto que le rinde por feudo mi talento.

Y aſsi encarecidamente le ſuplico ſe digne de admitirle, ſino por ſu valor y cantidad, a lo menos por el amor fiel que ſe me à conocido, pues bazien dolo aſsi, no ſolamente v.S. me dexara premiado, y para ſiempre agradecido; mas juntamente imitara a los cielos, que regulan nueſtras obras y efetos, mas ſegun los deſſeos con que ſe les encaminan y dirigen, que no por la ſubſtancia de ſu calidad y grandeza. Guarde nueſtro Señor a v.S. como puede, &c.

Don Gonçalo de Ceſpedes
y Meneſes.

AL

AL LETOR.

DOze historias prometi en mis Gerardos, y otras tantas diera oy a la Emprenta, si el juzgar por pesado tan gran volumen, no escusara el empeño de entonces, obligandome a dividirla en dos partes. La primera te ofrezco Lector discreto, traça, que tambien asegura la mejor correcion de la segunda. Pues es cosa precisa, que viendo en la presente tu objecion y censura, saldrá la que me queda mas ajustada y advertida. En una y otra protesto dibuxarte el alma de la historia, su verdad efetiva, y tan calificada, como la oì a personas de credito; si bien en el cumplirlo corra peligro el mio. Vale.

BREVE

Breue resumen de las excelencias de Espãa

EL principal, el mayor requisito, que aventaja los Reynos, es la antigue-dad; a cuya causa el origen de España, deve ser justamente, con grave estimaciõ reverenciado; pues el solo en el mundo guarda oy el lugar primero: Porque (no obstante las objeciones que se hã puesto a Iuan Anio) de los tres, que en su libro tercero habla Beroso sucessivos al diluvio. El de la Toscana fundado por Noe, el de Egypto, por Cam, el de los Assirios, por Nembrot, ninguno permanece con titulo de Reyno; y assi el de España, que fue inmediato a estos, quedò graduado en el mejor lugar.

Tubal hijo quinto de Iafet, segun el mismo Author; Iosepho antiquit. San Geronymo, y Eusebio Cesariense, fue el Basa principal de sus fundamentos (Excelencia notable) como tambien lo es, la conservacion maravillosa de su nombre, si bien ninguna yguala a la de aver (antes que otra nacion despues de la de Iudea) recibido la doctrina Evangelica,

assi lo sustentò elegantemẽte el Cardenal de Torquemada Dominico, y nuestro Inquisidor en España, assistiendo al Consilio de Basilea. Porque Santiago Protomartir de los doze, antes que se dividiessen por el mundo los demas Apostoles, la predicò en ella, y erigio sus primeras aras, en la Imperial Ciudad de Zaragoça, Corte de la Corona de Aragon, dedicãdoselas a la Emperatriz y Reyna de los Angeles, por expresso mandato de su boca dulcissimã, segũ Anastasio Antioqueno, Isidoro, Brauio, Beda, Vsuardo, Leon III. Gregorio VII. Gelasio II. Nicolao de Lira, el famoso Tostado, Calixto II y III. San Antonino, Garivay, Zurita, Morales, Roman, Genebrardo, Castillo, Blãcas, Vaseo, Beuter, y otros Autores nos lo afirman y escriven. Plinio comiença en su descripcion general, hablando della, como de parte mas principal del Orbe. Y bien se dexa ver, que autor tã grave, no assi se moviera, sin causas que bastassen a repetir entonces su defensa: mas juntamente pudiessen prevenir para aora, la portentosa Magestad, en que la vemos. Pues prudentemente se provara, que ninguna Region, Reyno, o Provincia, goza de

tan ilustres excelencias. De su infinito numero, presumo entresacar doze, que sean muestra de mi verdad, y su grandeza. Ellas en tal bosquejo, podran calificarse, que mi pluma, y talento, no aspira, ni se atreve a mayores golfos. Dire las que tuvieren a mi fragil memoria, filaciones a su origen antiguo; a su defensa, riqueza, y Christiandad, a su inviolable fe, valor, y santidad, sabiduria, valentia, dominio, imperio, y consejo, y en cada qual de aquestos atributos, procurare confirme, a un yguol numero. Sabida cosa es, como queda dicho, que fue Tubal su primer fundador: cuya Corte y assiento, en la Region, que despues se llamo Lusitania, fue la famosa villa de Setubal, y edificada en su nombre; y desde quien poblo las demas Provincias principales de Espoña, que son doze, Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, Andaluzia, las dos Castillas, Leon, y Estremadura; que no es menos antiguo su venerable origen.

Ni es menos admirable la segunda excelencia, la defensa espantosa, que con tal constancia increible ha hecho a doze fuertes de enemigos, de quien se ha resistido el duplicado

tes tiempos. En aquellos primeros, los tres bravos Geriones; y el decantado Caco; hazañas dignas de mi empresa; como despues y en estos, los tyranos Almonidas, los Cartagineses, y Romanos, los Hunnos, Godos, Vandalos, Suevos, Burgundios, Moros, Ingleses, y Franceses: que quien quisiere leer nuestras historias, verà contra estas gentes inauditas victorias.

De sus riquezas grandes, quien duda, que oy gozaramos con mas seguridad su dulce fruto, si como se hazen dido, no lo fuera en el mundo tal verdad, y noticia. Pues es cierto, que cada quando se anegara lo restante del Orbe, España encierra en si quanto necessitan los hombres, sin aver menester las ayudas que ella hazé a diversas Provincias, que se sustentan y viven con los relieves de sus frutos y riquezas. Destos hizo mencion el Espiritu santo, en el primero de los Macabeos, dõde dize: Que oyò Iudas dezir de los Romanos, que avian sugetado a España sus mineros y riquezas preciosas. Y es certissimo, que del oro que rindieron sus entrañas, de la acendrada plata, que brotaron sus venas, no solo

se enriqueció Fenicia, Africa, y Grecia, sino q̃ juntamente crecieron formidables, y espantosas las armas y poder de los Romanos: Y assi la estrẽa, hablando de nosotros Valerio Maximo, dize: nunca advertimos la importãcia desta grande tesoro, porque a entenderla, como Roma para su ayuda y favor señoreò la tierra; assi España se huviera anticipado y hecho dueño della, y de Roma: pues demas de lo esento, no ay parte en sus contornos, q̃ son de 634. leguas, que ygualmente no se muestre abundante en los frutos, prospera en las riquezas, sobrada en los metales, todo merece de sus benignas influencias, puros y saludables vientos, de su cielo, y assiento felicissimo; en quien passando a la excelencia que se sigue, para su mayor gloria, Santiago el Mayor, fue el primero que en ella predicò la Fè de Christo, digna excepcion en su mejor grandeza, por ser no solo uno de los mas queridos Discipulos, y primo suyo: sino tambien el Protomartyr del divino Colegio: y assi imitãcion de su Maestro, como el redimio el mundo, y sembrò su Fe, con doze Discipulos, cuya predicacion sonò por todo el orbe: assi en Es-

paña Santiago la dilatò con otros doze, cuyos nombres, y las Provincias, donde la promulgaron son las siguientes. San Mancio en Alantejo, y Ebora, san Pedro de Ratis en Coymbra, y la Vera, san Hieroteo en Galicia, san Saturnino en Pamplona, en Avila Segundo, san Eugenio martyr en Toledo, san Hesquio en Astorga, san Torcato en Cadiz, san Eufrasio en Andujar, en Almeria Indaleclo, en Berja Tesiphò, y en Granada Cecilio, y antes en Zaragoça nuestro invicto Varon. Despues de la qual consiguiente campaña la quinta excelencia, q̃ es nuestra Fe Catolica, podrè elegir por Capitan dichoso al Santo Recaredo, pues este inclito Principe desterrò la secta Arriana, y resucitò en España la Fè de Iesu Christo, y la perseverancia inmudable, contra los herrores y heregias que la han presumido inficionar, siendo sus principales soldados doze gloriosos Santos, que con valor acerrimo, se opusieron con diversas cathedras à su contradicion: Assi lo hizieron Leandro, è Isidoro, Fulgencio, Florentina, y la Reyna Theodora, Eugenio, y Ildefonso, san Julian de Pomaro, y el famoso Domingo; gerarado aqueste numero los decanta-

dos

dos Reyes Fernando, è Ysabel, que instituyeron la Santa Inquisicion; y el milagroso Pedro Arbuez de Epila, primero Inquisidor de Zaragoça, a quien en odio de la fé, y por su defensa martyrizaron (casi en los tiempos de nuestros aguelos, y padres) algunos estrangeros.

Y pues es el valor la excelencia sexta, califiquen con inmortales alabanças tan anexo atributo, otros doze esclarecidos Principes, cuyo esfuerço en la ultima calamidad de España, fue su restauracion: y sea el primero el Santo Rey Pelayo, q̃ recogido en las Asturias, quãdo todo estava por el suelo, y nuestras services sometidas a un duro cautiverio; saliendo de una cueva con una muy corta compañia, restituyò a España su valor, destroçando en un pũto trecientos mil Moros, con su Capitan Abraym. No le devemos menos al primero y Catolico Alfonso, al inclito Bermudo, que vẽcio al Moro de Moncayo, a don Ramiro, que nos libròdel infame tributo de las Virgenes; Ordoño que vencio a Muça en Albayda: Iñigo Arista portento de Aragon al glorioso y nũca assaz loado Conquistador don Iayme el

Magno Alfonso que sujetò a Toledo, dõ Ramiro que vencio Adduramen de Cordova, cõ la muerte de seiscientos mil Moros. Y finalmente, dexando a parte el de las Navas, de Tolosa, el de Algesira, los Sanchos, los Ordoños, y al ultimo Fernando, a quien ya he repetido. Demos fin a este numero con el primero Rey de Portugal don Alonso Enriquez, con el siempre dichoso dõ Manuel; y ultimamẽte, con el prudente y sabio don Felipe segundo, terror universal de los infieles, que allanò los Moros levantados, que ganò la batalla Naval, glorioso propugnaculo, asilo, guarda, y defensa de la Iglesia Catolica.

Mas pues la santidad es su mayor excelẽcia, discurramos en ella, entresacando del numeroso exercito que la patrocina y ampara, doze Santos, que con el famoso Ermenegildo engrandezcan su patria; como à Huesca el Protomartyr Español Lorenço, à Cordova Rodrigo; Iusta y Rufina a Sevilla, San Damaso a Madrid, Raymundo a Barcelona, San Vicente a Valencia, San Antonio a Lisboa, Láberto a Zaragoça, a Alcala Iusto, y Pastor, y a toda España Engracia, que con sus invenci-

bles

bles compañeros santificò la Corte de Aragon. No me engolfo en sus inumerables Martyres, no escrivo los de Merida, los de Granada, y Leon, los de todas las Ciudades que este dichoso Reyno tiene por sagrarios riquissimos, por erarios famosos de sus santas cenizas; pues todo es un plantel de tal semilla, regada con su sangre, y santificada con los gloriosos triunfos, que alcançaron de los idolatras Gentiles, de los Arrianos, y Moros, à quien con generoso espiritu venciò su perseverancia Catolica, como tambien su ciencia, sus letras, y doctrina. Es esta la excelencia ordinaria, y assi aunq el Sabio Alfonso, y sus memorables tablas pudieran dar principio à otro ygual numero, he querido escusarle, por no incurrir en general emulacion de tantos doctos. Tomarè otro camino, y assi dexando entre renglones sus mas claros luzeros, los Santos, y Doctores de sus Iglesias, y aquellos q̃ venerò la antiguedad Gentil, ilustres Senecas, Pomponio, Silio Italico, Marcial, Luciano, Quintiliano, Avicena, Aberroys; saldré de tanta maquina, diziendo doze Vniversidades, que entre sus mas famosas, resplande-

cen

cen son estas; Salamanca, Alcala, y Huesca, Coimbra en Portugal; Valladolid, Toledo, Lerida en Cataluña, Valencia, Zaragoça, Sevilla, Siguença, y Osuna; dexo las de Oñate, y Baeça, y los Estudios, Colegios, y Conventos porq̃ si hablara dellos, no ay Villa, no ay Ciudad, que no tenga uno y muchos: y assi quien esto oyere, y antes huviere leydo, que las Provincias de Africa parte principal de la tierra, solo tuvieron a Medauro, ni Grecia mas que a Athenas, Italia a Bolonia y Pavia; Francia a Paris y Tolosa, Flandes a Lovayna, a Ojonia Inglaterra, y Alemania a Colonia, avra dexcõcedernos su mayor excelencia.

Y quien nos negara la valentia Española? quien el honor y gloria de sus temidos Capitanes, de sus grandes vitorias, de sus magnificas hazañas? y quien las robustas, y monstruosas fuerças con que las han alcançado? bié conocida es su verdad en quãto mira el sol, pues ni sus rayos an oy tocado parte, en q̃ sus hechos, sus grãdezas, no seã memorables y eternas, y con todo no pretẽdo escularme sin agravio de aquellos q̃ depresẽte olvida mi memoria, de escrivir otros doze varones invẽcibles,

acu-

a cuyo lado sin descredito pueda el Portugues Viriato (terror de las vanderas Imperiales de Roma) mostrar su compañia: y assi el segundo a este, sera el celebre Bernardo, el famoso Ruydiaz, el gran Fernan Gonçalez, el venerable don Artal de Alago, Mudarra, Sancho Ordoñez, el grũ Capitan Gonçalo Fernãdez de Cordova; y sera el noveno el siempre vitorioso Galeoto Bardaxi, admiracio de Italia, y gloria de Arágon; y el ilustre portento de America don Fernando Cortes; Alfonso de Albuquerque, assombro del Oriente, y don Fernãdo de Toledo Duque de Alva, con cerrãdo digna mẽte el ofrecido numero, podre mejor passar a la excelencia q̃ se sigue, al dominio de Espãña, q̃ segun gravissimos Autores, está tan dilatado, q̃e de Oriente a Poniente, dãdo el Sol buelta al circulo del Orbe, siempre va caminãdo por tierras y Provincias q̃ le son tributarias. Por q̃ en Europa sugeta a Flãdes, Borgoña, Milan, Napoles, Sicilia, Cerdeña, Ibiça, Pocrita, Mallorca, y Menorca: y en Africa, y su costa, a Orán, Mazalquivir, Melilla, Tanger, Ceuta, Larache, y la Marmora; sin la grãdeza inmẽsa de Guinea: y quãto al Reino Portugal adquir

do: Asia le rinde populosas Provincias, Reynos, ciudades, inumerables Islas, y fortalezas en los dos lignos Persico, y Arabico, y en las partes de Goa, Cochin, Malavar, Malaca, Filipinas, Malucas, como en todas las costas del Oceano. Tiene toda la America, en cuyo espacio, siendo la mitad de la tierra, nadie, ni de sus grandes Islas, y tesoros triunfa gloriosa, mas que sus castillos, y leones, sus Armas de Aragon, y aun estas ultimas hizieron las primicias del gasto, la costa y el avio de aquellos sus primeros esploradores, del famoso Colon, y sus inmortales compañeros.

Mas ya es justo tratemos de la excelencia de su Imperio, de los ilustres y generosos Principes que la han señoreado con este titulo; porque mejor en ellos a pesar de la embidia se conozca en el mundo, la felicidad con que España ha dado en todos siglos muestra de su bondad con tales hijos: y pues los mejores que tuvo Roma, fueron los suyos, justo será que en doze Emperadores que ha producido España se comience por ellos. Y assi devidamente Trajano podrà ser el primero, y seguirle Theodosio, Valentiniano, Arcadio,

Honorio,

Honorio, el ſegundo Theodoſio, y Adriano: dan Alonſo el que ganó a Toledo, y el Magno de ſu nombre, tuvieron ygual titulo, el decimo fue electo en Alemania; y el de Aragó, y de Caſtilla, el gran barallador don Alonſo mereció tal renombre, y ultimaméte los dos caros hermanos Fernando y Carlos Quinto, de cuyas hazañas y victorias eſtà el Orbe cubierto, por ſu excelente madre, fueron tambien de Eſpaña, con lo qual ſolo me reſtarà cumplir ſu mas grave atributo, y la excelencia en que mas reſplandece ſu prudentia y conſejos: repartaſe eſte (dexo en ſilencio la ſantidad y acuerdo de ſus layes, y fueros) có govierno politico, maravilloſo y exemplar, por diverſos motivos, Juntas, Congregaciones, Cabildos, Corregidores. Regimientos, Conſejos, que reconocen ſujecion en lo que toca a cada uno; a doze Conſejos ſuperiores, que ſon la clave, baſa, fundamento, y govierno de ſu mas dilatada Monarchia. El de Eſtado, cõ poder abſoluto (en cierto modo ſuperior a las coſas) abraça lo eſſencial de ſus acciones, mira y conſerva la reputacion de los Reynos, como el Real de juſticia, la adminiſtracion li-

bre

bre della. La temida y venerable Inquisicion; zela y ampara, intacta y pura, la santa Fe Catolica; y el Consejo de Hazienda, procura sus aumentos y cresces; el de Guerra, consulta, premia servicios, provee atentamente expertos Capitanes, y los demas progressos, incidentes a su mejor execucion: el de Ordenes dispone en los Maestrazgos, Alcãtara, Calatrava, y Sãtiago, juzga sus dependencias: y el de Cruzada las que se ofrecen en la publicacion de las Bulas, distribucion de sus efetos. Todos estos assisten en la Corte, y juntamente el supremo Consejo de Aragon, y de Italia, Flandes, y Portugal, y el Real de las Indias: sin los quales en Valladolid, y Granada, ay dos Chancillerias; en Sevilla, y Galicia, dos Reales Audiencias: el Reyno de Navarra se govierna cõ con otra, y los de la Corona de Aragon, Indias Occidentales, y Orientales, con tantas tã ilustres, q̃ cada qual forma por sí distinctamẽte, otra grandiosa Corte, y suprema Magestad q̃ las assiste y aprecia con mayor esplendor. q̃

Basta el q̃ sobra en todas, a deslumbrar aquestе atrevimiento, con que acobardada mi pluma, reprime su carrera, y aun remite al curioso

rioso investigador de tantas excelécias, a mas diestros pintores. Veanse entre los muchos q̃ las an divulgado, a Mayneo, Domingo Baltanas, y Iuan Vasco: pues qualquiera destos graves Autores, llenarà sus desseos, y suplirà mi empeño bastantemente, y si ya su opinion no les satisfiziere, sean las palabras de Suetonio Tranquilo, o las del famoso Historiador Iustino, pues en confirmacion de mi verdad, el uno describe esta nacion, con titulos magnificos, indomita, invencible, valentissima; y aun no contento, realça su valor, su lealtad, aventajandola entre todas las gentes de la tierra: por cuya causa Iulio Cesar, los eligio y mantuvo en su propria guarda. Y el otro confirmando este mismo argumento, haze increyble su tolerancia y sufrimiento, espantosa su fè, y su cõstancia, tan incõtrastable, è inaccessible, q̃ ni la desnudez, hambre, cansancio, ni trabajos sin numero, la prevaricaron, ni vencieron. Con que dignamente, à llegado a sugetar el poder mas sobervio, y la emulacion de tantos enemigos, predominandolos con mas estimacion, aplauso y honra, que los Assirios, Persas, Griegos, Cartagineses, y Romanos; y assi

la

la dilacion deste resumen merece escusa, como el ceñirle a terminos mas breves, rigurosa censura. Fuera muy digno della, si tratando casos tan peregrinos, como verà el Lector; no huviera hecho de la Provincia y Reyno, que les fue madre, tan corta digression. Supla same su enfado mientras con la restante diversion le pareciere digno de su perdon y aplauso. Passando juntamente los ojos para su mayor calificacion y certeza; por estos versos del divino Claudiano, con que bastantemente quedarà satisfecho, y mas gloriosas las excelencias de mi patria.

Quid dignum memorare tuis Hispania terris,
Mes humana valet. Primo leuat equore so
India, tu fessos exacta luce iugales, (lem,
Proluis, in quo tuo respirant sidera fluctu
Dives equis, frugũ facilis, preciosa metallis
Princeps fœcunda pijs, tibi sæcula habent
Tartarum, series, his fontibus Aelia fluxit.

HISTO-

HISTORIA NOTABLE, SVCEdida en la Imperial Ciudad de Zaragoça.

Con el origen y antiguedad de sus mayores excelencias.

EN los sagrados margenes del celebrado y famoso Ybero, y casi en la mitad de su estendida y espacioſa vega, està fundada la ciudad de Zaragoça, honor y gloria de España, cabeça imperial de la Corona de Aragon, y de sus poderosas Provincias, Reynos y Condados: digo, Rossellon, y Cerdania, Cicilia, Hierusalen, y Napoles, Cerdeña, Ybiza, Mallorca, y Menorca, y en primer grado, Aragon, Valencia, y Cataluña; y en los passados siglos, de los valientes y fidelissimos Celtiberos, colonia de Romanos, y Audiencia, o Chancilleria predominante, a los nonibrados pueblos Edetanos. Segun Plinio, Gaulberto, Marineo Siculo, y otros graves Autores, es

una de las mas ilustres, y opulentas ciudades, no solo de la Provincia citerior Tarraconense, sino de lo restante de España. Y si bien en su origen y notables principios, tienen diversas opiniones, como siepre los padecen todas las cosas muy antiguas. La mas segura, verisimil y cierta, es, averla edificado aquel tan decantado Principe Tubal, nieto de Noe, a quiẽ con otros lugares de España que fundò entõces, honrõ con su famoso nombre: porque es sin duda, que el primero que tuvo esta antigua ciudad, fue el de Saldeba, que es lo mismo q̃ Satubal: y no tan ligera objeccion, cõmo la corrupcion de una letra, y tan semejante como la D. y la T, haze menos segura esta verdad: pues es llano, que en España no ay pueblo, no ay ciudad, que oy retenga su primero apellido, sin semejante mengua: Culpa a la ancianidad de los tiempos, y a las invasiones y assistẽcias de tan diferẽtes naciones, como la an señoreado: ni menos obsta lo q̃ Gauberto siente, quando dize, que la vezindad de sus montes de Saldiba y Saldiba su nombre: pues con y gual razõ con tem̃ jante causa, se pudiera dezir lo mismo de Setubal, villa de Portugal, y atribuirle este nom-

nobre: supuesto q̃ casi dentro de sus muros hu vo en aquellos siglos, y en los presentes ay, las salinas q̃ oy vemos, y cõ todo hasta ora ningũ autor lo à emprẽdido, ni aun negado la comũ tradiciõde sus fundamentos. Y si realmẽte cõ atencion consideramos las circũstancias q̃ pudicró obligar en su fundacion a aquel Principe y a nuestros primeros Españoles, claramẽte se conocera esta verdad; pues es biẽ llano, advertido su sitio, su amenidad; su vega, los rios q̃ la fertilizan y la saludable influẽcia de sus astros, q̃ no assi dexarian desamparadas, y desiertas tãtas comodidades y provechos para la vida humana. A demas q̃ no tan facilmẽte pudierã ellos elegir en España, puesto mas apazible, mas templado, delcitoso y alegre. Y assi juzgo que no tan solamente, se movio por tan justas razones, el divo Augusto, a su restauraciõ, sino que juntamente assegurado de la verdad deste origen, emulo de sus glorias: assi como Tubal, por ser su primero Principe, y quien siendo su verdadero Fundador, la inmortalizò con su nombre: assi tambien como su primero Enperador, y reedificador verdadero, la quiso calificar cõ el suyo. Esta es la razon porque oy

perdido, pero no olvidado, el nombre de Salduba obtiene el de Ceſſar Auguſta; o algo mas conciſo, pronunciacion Arabiga, el de Zaragoça: y es eſta opinion tan ſegura, tan comũ y abraçada de todas gentes, que no ay otra ciudad en Eſpaña, que tan ſin contradicion pueda preciarſe de tan eſclarecido y poderoſo inſtaurador. Porque aunque ay otras muchas de quien lo fueron Hercules, Iulio Ceſar y otros varones inclitos; todas padecẽ opiniones contrarias, y todas caminan en ſus principios y fundacion, con dificultades inmenſas: y aſsi ſolo con razon evidente, con juſticia notoria, ſe deve a eſta ſola el nombre de Imperial, y la excelencia de Auguſta. Y no me atreviera yo a dezir con tanta libertad, verdad tan clara, ſi el divino Iſidoro Doctor de Eſpaña, y Arçobiſpo de Sevilla, no me huviera animado a confeſſarla: pues el (no obſtante que reſidia en una de las mas amenas, y populoſas Ciudades del mundo, y a quien en parte devia afectos proprios, y natural inclinacion) hablando de Zaragoça, teſtifica con palabras expreſſas, ſer la ciudad mas iluſtre y mejor de Eſpaña. Si bien aun ya pudo eſte Santo en

aque

aquella edad hablar con mas razon que los antiguos, reſpecto de eſtar calificada ſu verdad con el mejor teſtigo que deſpues de Dios, huvo en los cielos y en la tierra; pues la Virgen ſantiſsima, con ſu dulce aſsiſtencia, con ſu elecció divina, en cierto modo la ſeñalò por la mejor de las Eſpañas, quando mandò al Apoſtol, que la erigieſſe ſu Angelica Capilla, Santuario famoſo, y no inferior a ninguno del mundo, el qual oy haze dichoſa eſſa ciudad, con el erario y teſoro riquiſsimo de cuerpos milagroſos martyres infinitos, con que puede ſin alguna objecion, no ſolo compararſe con Roma, empero afirmar con verdad, que ſus calles, ſus plaças, eſtàn regadas con ſu ſangre, y enloſadas con ſus ſantas cenizas. Tan continuos anſido en ella los martyrios, y tan acoſtumbrados en todos tiempos a recibirlos ſus hijos, q̃ aſsi en los del Romano Gentiliſmo, Arrianos Godos, y Moros Berberiſcos, como en el de nueſtros padres, le padecio el venerable Pedro Arbuez de Epila, y no muchos ſiglos deſpues, ſu natural fidelidad. Porque ſi el padecer innocentes, es hablando moralmẽte, cruel Martyrio, quien como ſus nobles Ciudadanos

an assi tan sin culpa padecido, terribles y arrojadas opiniones, efetos de la mala inteneiõ de algunos estrangeros, que emulando su gloria, an impiamente presumido amanzillar su credito. No es deste assumpto proponer su defensa, podra verla el curioso en la Apologia, q̃ hize el año de mil y seyscientos y veynte y dos. Pero bolviendo aora a mis intentos, digo que aviendola Octaviano ennoblecido, recdificado con las ruynas de sus grãdes y antiguos edificios, porque es cierto y sin duda, que para hazer la plaça de armas, y ponerla en defensa contra los inquietos y valerosos Cantabros freno a los Celtiberos, y Astures, antes recogio su grandeza, unio sus espaciosos terminos, ciñendola y estrechandola con murallas fortissimas, que no la dilató, como otros an dicho, con las ruynas de Iulia Celsa, y Bilbilis. Porque ella, segun mi conjectura, mas tuvo necessidad entonces de estrechar su grandeza, fortaleciendose, que no de ampliarse con agenos despojos. A esta sazon la dio Augusto su nombre.

No ignoro assentado este punto, que ay quien la llame, juntamente Auripa, por el oro

de

de sus vezinos montes minerales y rio: y aun quien afirme ser ella, Numancia, alegando a Pomponio, y Calepino. Pero no es muy fiel su inteligencia: defiende la contraria nuestro Alderete; sin embargo, que el subir los navios desde el puerto, a Garay, o Soria, es tal dificultad que no se yo como puede apearse, y maiormẽte teniendo, alli el rio Ducro tan poco fondo, q̃ ni aun pequeñas tablas se pueden sustentar, quanto y mas naves, y subiendo mas de ciento y diez leguas cõ rodeos inmẽsos, y lugares inaccesibles. Todo lo qual en confirmaciõ de la verdad de tales autores, estava facil y posible en aquesta ciudad, mediãte la grãdeza del rio, el fõdo caudaloso de sus aguas, y la vezindad del Mediterraneo. Mas en efecto quede se su certeza en opiniones, pues en unas, y en otras, no ay poca autoridad, y digamos lo q̃ resta en la descripcion de Zaragoça, a la qual, perdida ya por los Romanos, ganada por los Godos. y despues por los Africanos, libertandola dellos el Emperador D. Alõso el Batallador puso por siglos largos, su assiento y Corte en ella, y de suerte cõtinuãdola sus successores, hasta don Fernando el Catolico, fueron casi 17. los

Reyes que la an habitado : excelencia notable, pues no se yo que otra ciudad de Espaňa pueda dezir ygual; como tambien ocasion segun la Real y proseguida asistencia; para la Magestad, esplendor y nobleza con que la vemos oy; y no alsi solamente adornada de hermosissimas calles, suntuosos palacios, y edificios sobervios; sino aun de la mayor muestra de su piedad de Iglesias y Templos sin numero ; y estos tan ricos, tan espacioſos y magnificos; q̃ pueden en grandeza, en ostentacion, y (arquitectura, competir cõ los anfiteatros de Roma, y con sus memorables edificios. No singularizo sus partes; porque seria imposible ; ni menos hago mencion, como deviera, de su espaciosa Lonja, de su armeria, sobervias entradas, apazibles salidas, grandiosas puentes, innumerables torres, nombrado Cosso, calle en quien caben holgadamente dos ciudades de Espaňa; ni menos empreňdera mi atrevimiento, la pintura de sus admirables Santuarios, su Iglesia Arçobispal, su Hospital memorable, o aquel Altar primero de la tierra, la Angelical Capilla de la Virgen, su Imagen del Portillo, que la guarda y defiẽde, o aquel templo Real

Sepul-

Sepulcro digno de la glorioſa Engracia, del di vino Lamberto, y otros innumerables Santos; como ni ſera empreſſa de mi talento, eſcrivir la nobleza de ſus iluſtres hijos, el valor y riqueza de ſus Ciudadanos, el numero infinito de ſus moradores, ſu natural circunſpecion y gravedad, la inmunidad de ſus preeminencias, la excelencia y ſantidad de ſus leyes, y fueros. Pues no es pequeña gloria poder dezir, que entre ellos ſe mira eſtablezida dociẽtos años à la inmaculada Concepcion de la Sacratiſsima Maria. Ni tampoco los tribunales que la goviernan, el Virrey què la aſsiſte, el Governador del Reyno, ſus Illuſtriſsimos Diputados, ſus dos Conſejos, y el ſobre todos temido y venerado, del gran Iuſticia, Oficio no tan ſolo unico y ſingular en el mundo, ſino aſsi meſmo el mas ſanto, el mas pio, y digno de renombre inmortal. Pues en ſu Corte ſin afectos humanos, eſtà la conſervacion de las leyes, el remedio de los agravios, y el blando y ſuave medio, entre la ſuperior Mageſtad y ſus vaſſallos, digo entre ellos y los arrebatados impetus de la ira. Eſta inclita Ciudad goza oy ſolo deſte unico bien, deſte beneficio y merced de aque-

llos

llos sus primeros legisladores. Y esta es quien entre quantas contiene nuestra España, a pesar de los tiempos, conserva oy en si el esplendor ilustre, la pompa obstentativa del Senado Romano, la autoridad de sus padres conscriptos, la libertad prudente de sus Senadores, la madurez de sus graves consejos; pues todo esto se mira retratado en el mas preheminéte y autorizado oficio desta Ciudad, q̃ es el Cõsistorio; en quien por su cabeça, assisten cinco Iurados; electos por extracion y suerte, no assi del numeroso pueblo, sino de cierta cantidad de Ciudadanos, en quien han de concurrir, no solamente muy grandes calidades, experiẽcia y virtud, sino ansi mismo lustrosas apariencias y aun particularidades esquisitas. Su habito en las acciones publicas, y el delos Ministros q̃ los acõpañan y sirven, retratan vivamente al de aquellos Senadores antiguos, de sus ropas Talares, de las insignias, y vestido de sus Lictores. La assistencia de sus juntas y acuerdos, es debaxo un dosel con tan grande decoro, q̃ ninguno de quantos les assisten, propone, y aconseja, menos q̃ estando en pie. Y a su Iurado in Cap. (porq̃ se entienda mejor la autoridad de

aqueste

aqueſte cargo)en qualquier acto publico, entradas de ſu Rey,o de otros Principes,nadie le precede,ni yguala,porque a el ſolamente ſe le deve,el de la dieſtra: y admiro mucho, q̃ cierto autor moderno ignoraſſe eſtos terminos. Tal pues,es la Mageſtad delos Iurados,y tãta la grandeza y ſoberania de ſus Oficios,pendiẽte ſiempre dellos el bien comun,el eſtado politico,la conſervaciõ,haitura,y abũdancia deſta Ciudad;a cuya deſcripciõ,ſerà bien demos juſto limite, honrandola en ſus mejores fines, ſus mas dichoſos hijos,el divino Prudẽcio, el famoſo Braulio,decãtado Zuſita,Blancas,y el nunca aſſaz loado,don Antonio Aguſtin,ſugetos tales,que qualquiera por ſi, baſta a inmortalizarla; como tambiẽ mi prometida hiſtoria,a quien concluyendo eſte Elogio,dare breve principio;ſi biẽ quiero ſe advierta,que por juſtos reſpesos, avre de bautizar de agenos nombres ſus perſonages:pues aunque ſe note por apocrifo mi credito,parecera mas licito,q̃ no caer de ojos en algun precipicio. Sirvame eſta ſalva de eſcuſa;mientras con nuevo aliento ſe deſempeña mi promeſſa.

Corria a la miſma ſazon el año de mil qui-

nien-

nientos y ochenta y nueve; cuyo invierno fue ayrado, nevada, escura, y fria la noche desse proprio lucesso. Entrava pues casi a la mitad della, por la calle del Cosso, un hombre de camino, Religioso en el habito, aunque sin compañia; quando al llegar al Monasterio donde yva encaminado, impensada, y aun temerosamente, le cercaron cinco hombres, de quien aunque al principio presumio defenderse, fueran de repente salteado, que sin contradicion huvo, no sin espanto, de seguir su mandado, y a la voz de uno dellos, que en mal pronunciado Catalan le ordenò se apeasse. Executòlo al punto, y juntamente advirtiendo que solo le pedian confessasse cierto hombre, que alli cerca tenian mortalmente herido, alegre se reduxo a su primer sossiego; no obstante que el temor de diferente aprieto, le privó por entõces de mejor parecer; porque es notable el hõbre, que bien sabe elegirle en el impensado peligro. Assi por esta causa atropellando inconvenientes, que se veran muy presto, concediẽdo a su intento, a pocos passos rebolviendo una esquina, algo confusamente, mirò en la blãca nieve, si bien ya matizada de su reciẽte san-

gre,

gre, un hombre que con gemidos graves se re bolcava casi en los umbrales de la misma por teria del Convento. Alli los cinco, que no tan solamente en el adorno de sus personas, sino en su buen olor, ponian en mayor credito y opinion el suceſſo, apartãdose un poco del Frai le, dieron lugar a que acercandose al herido, pudiesse miniſtrarle aquella ultima y saluda ble medicina; si bien solicitando su breve des pidiente, quando el uno, o el otro, fomentavá su priesa; o ya temiendo ser hallados en el delito, o ya juzgando que la noche yva con presurosos passos acercandose al dia.

Concluyose a su parecer aquel articulo; y assi, viendo al Frayle que se venia azià ellos, y oyendole dezir que aquel miserable hombre avia espirado en sus braços, llegando al reconocimiento, y ciertos de su verdad, le dexarõ, bolviendo al Convento las espaldas; en donde queriendo el Religioso quedarse, asiendose del los dos muy fuertemente le advirtieron, que callando prosiguiesse con ellos, porque de hazer otra cosa correria semejante peligro: assegurauronle con aquello la vida, y juntamente la buelta en mejor coyuntura, con que rodea-

do

do de temores intrinsecos, y con inviolable si lencio, huvo de seguir su derrota; hasta que atravessando algunas calles, salieron bien fuera del concurso del lugar, y a donde la soledad y tenebrura de la noche, acõpañados del sordo rumor y cõbate de los vientos, acrecentavã su cuydado, y afligian con nuevas causas su turbado espiritu. Acercavanse a unos paredones antiguos, ruynas, o vestigios de ciertos assolados jardines, adonde apartãdose dos dela compañia, oyò al uno (y aun al que a el le avia parecido, que como a dueño obedeciã los demas) que assi hablando con el otro, dezia; hermano yo me voy desangrando poco a poco; y assi antes que mi peligro se acreciente, conviene dár la buelta a nuestra casa; hazed vos entretanto de suerte, que esta diligencia tẽga el efeto que todos desseamos; pues aunq esse hombre quiera con obstinacion cõtradezirla, en parte os le dexo, q podreys a puñaladas cõseguirla: y q sin alargar su platica (dicho esto, y respondido del q llamava hermano, a su proposito) se bolvia acõpañado de uno dellos, cõ q passando los demas adelante, su temor y sospecha confirmada, se auméto de suerte, q casi

de

de turbado no acertava a levantar los pies; en efeto aviẽdose alargado por entre la espesura de unos arboles, y teniendo el lugar por oportuno, aquel q̃ avia quedado con la orden acercãdose al Frayle le dixo estas razones: Padre mio, bien entiendo q̃ sabido el intento q̃ hasta aqui nos à traydo, à de pareceros demasiado, y aun nuestra curiosidad tan indiscreta, como poco piadosa; mas supuesto la resolució ultima q̃ a nuestro dueño oystes, ni yo podre eximirme della, ni vos escusaros de responder a quanto os preguntare, advirtiendo que replica ninguna bastara a satisfazerme, menos q̃ la verdad; cuyas premissas y conjecturas fueres, traygo tan bien reconocidas, que sera por demas qualquiera prevencion, o rodeo. No le dexò proseguir oyendo su aspereza, el Religioso, antes (en medio de tales confusiones) alentado, le respondio. No sê por cierto cavallero, adonde tantas estratagemas van endereçadas, y mayormente usandose con un hombre indigno; por la veneracion destos habitos, de semejãte violencia: hazed sin tenerme mas atribulado, lo q̃ os està dispuesto, q̃ de mi yo os prometo, que pudiendo satisfazer en algo

a vues-

avuestro gusto, no querre ponerme, ni pone-
ros en mayor contingencia. Assi pienso repli-
co el mismo hombre, que os será mas a cuen-
to: y porque sin dilatarlo mas, salgamos uno y
otro de dudas, sabed Padre, que para lo que
aqui os emos sacado, no es otra cosa que a q̃
nos reveleys sin excepcion alguna, la confes-
sion que aquel herido os hizo; y con tanto ce s
sando en su abominable pregunta, dexò lo
horrible y espantoso della, tan enmudecido y
acobardado a su mismo dueño, como turba-
do y temeroso al que le oya; cuya respuesta
despues de una larga intermission, no sin ad-
miracion de los presentes, fue bien agena de
lo que esperavã: porque sin dilatarlo mas, des
tocandose la capilla y sombrero, que hasta en-
tonces avia tenido puesta, y descubriendo el
cabello ygual y sin distincion, o señal de coro-
na, cõ intrepido animo, le dixo estas palabras:
La mayor satisfacion que puede daros mi tur
bada lengua, es la que al presente teneys de-
lante; y ansi señor, si esto no aprovechare, satis
faraos almenos saber que no solo no soy, como
aveys pensado, Sacerdote, pero ni aun Religio
so Lego. Esta transformacion que veys, y el

valer-

valerme della, ocasionaron no mas, que mis proprios peligros, mi necesidad y secreto, y sobre todo, el ampararme mejor de la justicia, de quien mal de mi grado ando escondido el rostro: por lo qual aviendo de venir de Epila esta noche por mas seguridad, previno desta suerte mi jornada un hermano mio Religioso, que assiste en el Convento, en quien nos encõtramos; y adonde tengo aora por infalible y cierto, que la impensada ocasion de verme entonces, devio de animar vuestra resolucion y pensamiento, si ya mejor no la juzgamos por atrevimiento detestable y horrible. Yo os cõfiesso al presente; que pude en los principios desta tragedia, declarar esta enigma, aunque si va a dezir verdad, prometoos que el temor de mi proprio castigo, y el verme tan de repẽte salteado, me privò de qualquiera razonable discurso; pues juzgandome en poder de mis enemigos, o en las manos de la justicia, mas dificil empressa, se me hiziera muy facil; como realmente vuestra demanda, y el tenerme por Confessor y Sacerdote, me lo parecio: no obstante (que con diferente presupuesto) con aquel infeliz hõbre, no me alargue a mas,

C que

que fingiendo confessarle, piadosamente exor
tarle á morir; representandole el juyzio teme-
rolo, a donde tan en breve avia de ser juzga-
da. Tambien conozco aora, el riesgo en que
è puesto mi vida con tal declaracion, si ya vues
tra prudencia no reprimè su injusta colera, ad-
mitiendo por disculpa a este engaño, tantas ra
zones. Pues aunque por reservarme cuella, pu
diera con palabras confusas, con discursos
equivocos, fingir el cumplimiento de vuestro
injusto dessuo, y disimular mi disfraz: no solo
no lo è querido, ni aun imaginado intentar, pe
ro antes è determinado primero padecer dos
mil muertes, que infamar con tan grave injus
ria, la Religiõ y el habito, de quiẽ para sombra
y amparo de mi vida me è favorecido, y aũ la
nobleza y fe de mi nacion, de quiẽ por las pre
missas q̃ è tenido parte soys estrangeros.

No passò adelante el fingido Frayle, ni aun
bien le dexaron los oyentes, antes conociẽdo
en la turbacion que les avia causado, su mayor
detrimento, acordò como valiente Aragonés
valerse en la defensa de tan inviolable sacra-
mento de mas asperos medios, q̃ no le fueron
poco necessarios, segun lo que le avino. Porq̃

vista

vista de aquellos hombres, la claridad de su satisfacion, y no teniendo replica que hazerle, brevemente discurrieron en lo que a su parecer mas convenia; q̃ siempre es miserable propriedad del pecado, q̃ uno engẽdre, y acarree otro, hasta caer en la ultima desesperacion.

Avian estos, quando resolvieron su primera maldad, asseguradolo juzgando, que (aunq̃ se consiguiesse) el proprio daño y castigo en que incurria el Religioso revelando la confession, esse mismo les avia de salvar, y guardar secreto. Y assi faltando tan cierta circunstancia, y conocida la cõtingencia en q̃ su mal consejo les dexava; justamẽte temiendo, tomarõ aora por remedio otro tercero, y en su modo, tan barbaro delito, determinandose a matar al pobre q̃ en ninguna cosa los avia ofendido. Mas la justicia de Dios, a quien ya la concurrencia y perseverancia de tales ofensas tenia irritada, permitio que la execucio dellas hallassen el castigo: no se contentavan aquellos perversos homicidas, con la muerte que dexavan hecha, ni con el depravado sacrilegio, q̃ intẽtarõ antes frustrada su esperança, y despechados en furiosa coleta, juntamente confirman con el

ultimo excesso su perdicion, porque los cielos, quanto parecen al castigar mas remissos y tardos, tanto mas suelen acrecentar el tormento y la pena.

Prostrado el animo entonces mas se alienta y resucita (aun en los muy covardes) quando se ven cercados de mayores peligros, reconocio el suyo el aparente Religioso, y assi antes de verse acometido, ya el estava con mejor prevencion, sacando un corto pistolete de la manga, defensa que el avia reservado hasta el ultimo trance. Amagos de aqueste, y reparos con el manto rebuelto, pudieron al principio serle alguna resistencia, mas viendose ya rodeado por todas partes, y que ni el ameaza de aquel pequeño rayo, no les templava, o suspendia: disparandole al uno, conocieron su audacia, y el efeto derribandole muerto. La turbacion que este sucesso causò en los compañeros, aunque fue muy corta, toda via dio lugar a que recibiẽdo algunas heridas, cobrasse el agressor la espada del difunto, y con ella (ayudado de Dios, que començava a pagarle su buen zelo) tan grande esfuerço, que a pocos golpes, le embiò compañia; y queriendo

envel-

envestir al ultimo que ya bolvia las espaldas, reconocida su buena suerte, corrio la vengança, y tomando su mula, con diligentes passos dio la buelta al Convento.

Suelen la providencia y el coraçon humano, tal vez hurtar su oficio a la profecia; y assi no obstante que los dos procuraró, ya con evidentes persuasiones, y ya con secreta resistencia, torcer aquel intento, representando el forçoso peligro en que nuestro fingido Frayle se ponia. Su fatal suerte atropellò tan seguros rezelos, pareciendole mas acertado proseguir su viage, que dilatarle a mejor coyuntura: y assi no reparando en que precisamente avia de bolver por el puesto a donde quedò aquel hõbre herido, o muerto, y en lo que podia en su breve ausencia averse ofrecido; y assi mismo en los indicios y bastantes muestras que yvan dando, su habito y las manchas de la reciente sangre de sus heridas: atropellando por todo, apresurò la jornada, poniẽdo su perdicion en contingencia: porque apenas atravessò dos calles, que endereçavan su camino, quando poco antes de llegar a la porteria, le saltcò un tropel de gente, que en oyendo el rumor de las

herraduras le salio al encuentro, dandose facil mente a conocer, por ministros de Iusticia, de quien, con el alboroto q̃ les avia causado, lo q̃ despues sabreis, aunq̃ los habitos pudierã eximirle de su jurisdicion, no por esso dexò su diligencia, y libertad, de proponer su intento preguntandole de q̃ lugar venia, por que parte, o camino, y aun que personas en el avia encontrado, todo a fin de sacar por semejantes conjeturas, la provança y averiguacion, que ya andava haziendo, acerca del herido que hemos dicho, al qual poco despues que sus homicidas se desviaron del puesto, llegò esta gente encaminada de otros nuevos y mayores indicios, sucessos de tan grave importancia como el que queda escrito.

Andavan pues algunas horas antes, rondãdo la ciudad aquellos hombres; y en aquelle exercicio discurriendo de unas partes a otras, quando menos pensaron dieron de ojos, con una de las muchas y peregrinas aventuras, a quien suele assistir el silencio, secreto, y oscuridad de la noche; digo que al emparejar de unas grandes y autorizadas casas que cayan detras de aquel Convento, sintieron q̃ de sus altas

tas ventanas, poco a poco, yvan deſcolgando unas ſabanas; de cuya novedad prometiédoſe mayores lances, ſin deſplegar los lábios eſperaron ſu efeto, q̃ no ſe dilatò, antes en un momẽto, ſirviendo aquel debil inſtrumẽto de ſegura eſcala, vierõ cõ varonil deſpejo baxar por ella una muger, q̃ en tocãdo en el ſuelo fue rodeada de ſus armas y luzes. No eſcuſò el femenil ſugeto la turbacion que el caſo requeria; y aſſi que deſſeara encubrirſe, le faltaró las fuerças, con q̃ mal de ſu grado quedò parente el vergonçoſo roſtro, acompañado de tan peregrina hermoſura, q̃ dexò a los preſentes cõ ygual reſpeto y admiracion; por q̃ eſte don de la naturaleza, privilegio del ciélo, y breve tirania, no ſolo atrae y fuerça los coraçones y benevolencia de los hombres; mas aun trueca en afabilidad y corteſia, la mas inculta y barbara condicion. Paſſoſele a la dama con el repentino ſobreſalto, parte de ſu temor, y aſsi mas ſoſſegada, retirando a los principales miniſtros a una parte, deſcubrio ſu pena ſacãdo entre ſuſpiros tiernos de ſu pecho las ſiguientes razones. No os admire tanto mi atrevimiẽto, ò noble gẽte quãto os laſtime el afrentoſo caſo en que me

veo. El dueño y señor deſtas caſas, hombre bien conocido, aunque eſtrangero deſta grande ciudad y Reyno, es, no ſe ſi diga mi deſdichado eſpoſo, cuya ofenſa, o indicios de que la aya en ſu mayor reputacion, le ha obligado a ſalir en eſta miſma noche, en buſca del complice que preſume; y ſegun los efetos, è ſoſpechado que a darle muerte, acompañádoſe para ello, de algunos criados y deudos. Dexome pues en aqueſte intermedio, en el encierro y ſeguridad, de quiẽ no faltãdome aparejo para romper ſus puertas, è ſalido con diſinio, y propoſito de huyrle el roſtro, y juntamente el peligro que amenaza mi vida; la qual con el honor encomiendo a la obligacion de vueſtro oficio, y proceder. Interrumpio llegando aqui con lagrimas ſu cuento laſtimoſo, y los oyentes informados de otras circunſtancias conve nientes y movidos de una ſecreta fuerça, que para provocar a miſericordia, mas que el hõbre, encierra en ſi qualquier muger, con bien penſado acuerdo diſpuſieron el remedio; y aſſi reſueltos, reſpeto de las partes y calidad de aquella dama, los unos la acompañaron haſta dexarla en ſeguro depoſito, y los otros, parte

que-

quedaron en eſpera de ſu eſpoſo, y parte ſe di vidieron por las vezinas calles; diligencia tan buena y acertada, que ella ſola al fin como diſ puesta de mejor providencia, les puſo en bre- ve eſpacio, los delinquentes y la averiguació en ſu poder: porque los que aſsiſtian al mari- do, viendole aunque mal herido, llegar a las puertas de ſu caſa, quando penſo que ſus inté tos eſtavan mas ocultos y celados, ſe apodera ron del, y juntamente de un criado, cuyos om bros por venir deſangrado, le ſervian de arri- mo. Bien quiſiera el aſligido cavallero diſsi- mular el caſo, mas como la juſticia eſtava ſo- bre aviſo, ni ſus razones ſatisfizieron, ni ſus rue gos y promeſſas les obligaron. No obſtante q temiendo ſu vida, le dexarō con muchas y fie- les guardas, acoſtado en ſu caſa; adonde enten dida la auſencia deſu eſpoſa, cōfiriendopor ella ſu declarada y mas publica afrenta, el interior torméto de tal deſdicha, ayudò a ſus eridas, de manera que las hizo irremediables.

En el interin que ſucedio eſta priſion, y mientras el criado fue llevado a la carcel, lle- gando los demas que ſe avian repartido por vezinas calles a la porteria del Convento, y

ha-

hallando en ella y rebuelto en su sangre aquel cuerpo; queriendo para conocerle mejor limpiarle el rostro, en el, aunque mortal y palido, y en la hõrosa señal de Calatrava, no sin general compassion, fue conocido, y no menos q̃ por uno de los mas generosos y bizarros mancebos de aquella gran ciudad. Su nombre era don Felix, y su sangre y virtud tan conocida, q̃ no solo causò en los circunstantes el dolor que è dicho, mas aun les fue incentivo, para su castigo y vengança: y assi queriendo con nueva compañia, proseguir los unos tan importante prueva, y los demas en el ultimo remedio del desdichado cavallero; al ponerlo en sus ombros, sintieron que como si bolviera de algun gran paraſismo mortal, el cansado espiritu anhelava de si pequeñas lumbres: con que apressurando el camino de su casa, con mejor esperança, se le entregaron a sus deudos y criados; que no sin lagrimas y mayor alboroto le recibieron, y acudiendo al remedio de su vida, en breve termino le restañaron la sangre, dispusieron otros saludables antidotos y medicina; si bien en este tiempo, no se descuydo la justicia en lo que la tocava, antes dexando

hasta

hasta el fin del suceſſo, en baſtante guarda ſu perſona; diuidiendoſe en calles y quadrillas, procuraron raſtrear los delinquentes: para cu yo efeto, hazian las repreguntas que ya oiſtes al disfraçado Religioſo: que por muy buen partido, tomara en ſemejante ſazon, hallarſe muchas leguas de tal aprieto; y no aſsi ſu recelo le ſalio engañoſo, antes á penas començo a reſponderles, quando en la voz y el roſtro, deſcubierto con la luz de las linternas, fue de todos conocido. Era pues elle deſgraciado hõbre hijo de la ciudad, y aunque algo inquieto, perſona de calidad y valiétes manos, y de preſente aviendoſe hallado en una muerte, mientras con ſus deudos y hazienda ſe acomodava, yendo y viniendo de Epila, en aquel diſfraz, le ſucedio lo q̃ aveys oydo; y ultimamente el caer en las manos de la juſticia, que nõ menos alegre con tan buena priſion, guiò con ella a la carcel pública; adonde reſpeto de la religion, a ſu inſtancia le permitieron dexar los habitos: aunque la reciente ſangre, de que venian mãchados, y las heridas que traya (ſobre ſu principal delicto) acrecentò nuevos y diferentes indicios, vehementes preſumpciones de

de que podria el, aver sido alguno de los com plices que buscavan; con que haziendole primero curar, acordando nueva orden, le dexaron encerrado, y sin comunicacion, en uno de los aposentos, y camaras destinadas a semejãtes cosas; adonde el pobre y desgraciado Federico (que este era su proprio nombre) con tristeza entrañable, efeto de tan extraordinarias desventuras, gastò lo restante de la noche y otros dos dias, sin entender ni penetrar el fin de aquel encierro, ni el silencio, con que aun de los mismos que le curavan era tratado.

En medio de tanto desconsuelo, la justicia divina a cuya poderosa diestra avia movido, el zelo y religion con que aqueste hõbre aventurò su vida, contra la detestable maldad que al principio oysteys; guiò por sus particulares, y secretos juyzios, no solo los successos en que estava inocente, mas aquellos que mas pudieran apretarle; de suerte que quãdo se juzgò por perdido, entonces casi llegaron amontonados, el galardon, la estimacion y fin de todos sus temores y trabajos: porque es oficio del cielo, recompensar con beneficio y premio duplicado, las obras que se hazen por su

respeto. Mas antes de tan dichoso afecto, y mientras los juezes (ya con la dama que tenia en deposito, ya con el marido preso en su misma casa, y mortalmente herido, y ya con el galan don Felix en la suya, y no menor peligro, y finalmente con el criado que asistia en la carcel) yva haziendo diligente pesquisa. En una de las prolixas noches de su encierro, como el dolor de las heridas, y el intenso temor, desvelassen al pobre Federico; estando fatigando su espiritu con varios pensamientos, sin pensar interrumpio su pena una voz lastimosa, que en medio de suspiros tristes, se dexava entender confusamente, con que no poco alborotado, olvidando sus fatigas, mas atento aplicò los oydos, y la vista, a una juntura breve, que en forma de resquicio, hazian los ladrillos de un tabique, y por donde salia a su parecer aquel nuevo rumor: y no fue en vano aquesta diligencia, pues a penas puso alli los ojos, quãdo en el aposento vezino, mirò en un pobre colchon, tendido un hombre, mas tan oprimido de grillos y cadenas, que casi su pesadumbre sola, le hazian inmobil. Tenia pegada en la pared frontera, una vela encendida, con cuya

yaluz,tambien determinò el roſtro;y en el aũ que llorоſo y laſtimado,la poca edad del duc-ño:al qualmovido de ſu natural compaſsion, y deſſeando en alguna manera conſolarle, le començó a llamar en baxa voz,diziendole:A-migo y compañero de mis deſdichas, cuyos trabajos bien pienſo las ygualan; ſuſpended a mi ruego parte de tanta pena;porque ſino es poſsible remediarla quexandoos, menos ſera acertado prevenir el dolor antes de ſu execu-cion.Sirvan os de conſuelo mis cõformes cuy dados,y participando yo delos vueſtros jũ-tamente deſcançaran nueſtros coraçones co-municandoſe. Aqui eſperando la reſpueſta, y viendo q̃ con ygual admiracio̅ le bolvia el roſ tro,callò Federico,y con mas atencion, vio q̃ acercãdoſe al tabique miſmo el fatigado cuer po,ſatisfazia a ſus razones, con la ſiguiẽte pla tica. Si en tan graves deſventuras pudiera diſ-penſarſe el ſentimiento,o mitigarſe al menos; eſtad cierto noble y piadoſo amiga, que vueſ tra prudente perſuacion, venciera ſu rigor, o ſuſpendiera el temor inceſſable, q̃ me aflí-ge;mas el es de tan miſerable condicion,q̃ co̅ mo el mas eſpantoſo de los males,irremedi-

blemẽte me tiene sin consuelo, incapaz de cõ-
sejo: yo espero por instantes la muerte, y aun-
que serà corta satizfacion de mis delitos; ellos
y mi mala vida, produzen tan covardes estre-
mos; porque àsi como el morir es dulce y agra
dable a los buenos, por el contrario para los
malos, es sumamente amargo y espãtoso. Sus-
penso dexaron a Federico tan notables razo-
nes, y aunque le parecio por demas el consolar
su dueño, toda via con nuevas replicas bolvio
a intentarlo assi. Aunq̃ tan justas causas como
aveys referido, pueden en parte atajar mi ra-
zon, y aun aumentar mi pena; el desseo de di-
vertir la vuestra, avra tambien de escusar mi
importunacion y porfia: yo soy de parecer, q̃
afligiros con tal desconfiança, no hara mejor
efecto, q̃ anticipar el daño q̃ se espera; cosa por
cierto indigna de un animo varonil, en quien
no solo an de ser los trabajos tolerables, mas
hasta el fin acompañados de constancia y fir-
meza; apartese pues de vuestro espiritu tan mi
serable presupuesto, q̃ si para facilitarlo gusta-
reles q̃ con mis desdichas os entretenga, dan
dome en cãbio el alivio y cõsuelo de las vues
tras, tendre a muy buena suerte el referirlas.

Casi

Casi ordinariamente, o ya con el temor, o ya con la razon, se conocen los hombres; con que no seria mucho, que las de Federico, obrassen en aquesta sazon segun su intento, como al fin sucedio, pues obligado, y aun reconocido el afligido preso, no solo mostro con nuevo aliento mayor animo, mas desseando parecer corregido, enjugò las lagrimas; y en vez de escuchar agenos males, como quiera q̃ comunicados estos son menos, mejorò la eleccion, tomando por partido el referir los suyos y assi apercibiendose para contar su historia, puso al nuevo amigo en justa obligaciõ, y aun en cuidado de ensanchar el resquicio: despues de lo qual, ofreciendo atencion, y acomodandose segun su miserable estado, uno escuchò en silencio, y otro de aquesta suerte dio principio a su cuento.

Aunque sin desligarme a exortaciones y preambulos, pudiera reduzir mi promessa, a mayor brevedad, dexando circunstancias; sino forçosas, no agenas del intento; toda via (si bien a costa de mi alma) desseo tanto pagar vuestro consuelo, que pienso referiros su pena, sin celar mi secreto, muchas cosas, que

vergon-

vergonçosamente han de aumentar mis culpas; no obstante que ya dellas tengo por permision del cielo (que al encubrirlas acobardò mis fuerças) hecha bastante confesion, a quitarme la vida, cuyo fin pienso que se suspẽde hasta ratificarme. Con esta prevencion, si ya no lastima, podreys amigo tener paciencia, oyendo mi discurso, la mala cuenta que à dado de si este misero compañero de vuestras desgracias.

Doze años podra aver que infelizmente, con semejante edad, sali por muerte de mis padres de las montañas de Leon, patria de muchos buenos, con que sino se escusa, almenos se acrecienta la ingratitud infiel, que me à reduzido a tales terminos: mi nombre es Fulgẽcio, y mi hazienda tan corta, que para sustentarme fue preciso doblar mi inclinacion, acomodandola a servir en aquesta ciudad, a un cavallero, de quien no solo vine a ser su mayor privança, mas juntamente amigo y compañero (no criado) de su unico hijo, mancebo de mi tiempo, aũque de diferentes partes y virtudes. Con este (bien que su padre viejo endereçava a otros fines sus acrecentamientos) curse en la

Vniversidad, ciñendome al gusto de mi dueño algunos años, en el loable exercicio de las letras; sin que dellas me divirtiessen el hervor de la sangre, ni la inconstancia de la juventud, cuya naturaleza, no solo inclina a variedades y caydas, mas pronostica (ociosa) arrepentida y trabajosa vejez. Y si bien reconozco excepcion desta regla, no culpo no tan bien gastados dias, lloro si, con razon el aver huydo sus documentos, y cedido al furor de las armas, la quietud de los estudios, pues quiçà esta desorden, acarreo el presente naufragio.

Preveniase en aquesta sazon en la Coruña, en Lisboa, y parte de Vizcaya, la mas potente armada que an visto nuestros siglos, magnanimo y piadoso remedio del Catolico Felipo, contra las invasiones de la India, y expugnacion de Inglaterra que las fomentava.

Alborotose para esta jornada tan bien acepta, la nobleza de España: y singularmente la de aquesta Corona, entre quien dexando este su mejor parayso, por gusto de su padre, fue mi dueño, y yo en su cõpañia; y aviendole primero hecho merced de un habito, nos embarcamos en vasos escogidos, casi veinte mil hõbres

bres de pelea, ſetecientas pieças de artilleria, municiones, arcabuzes, y picas, para los Catolicos de la Iſla, q̃ en viendo las vanderas de Eſpaña, ſe avian de juntar a nueſtro exercito: de quien era General el Duque de Medina, con quien ſalimos de Lisboa a los fines de Mayo, maltratando deſde el miſmo punto los vientos el armada; perdiendoſe primero en la coſta de Bayona, algunas galeras, y abraſandoſe gran parte de la polvora; rindiendoſe navios; y finalmente, faltando prevenciones que a cargo del Principe de Parma, dexaron en opinion ſu credito. Ceſſò, ſin mejores efectos, jornada tan bien prevenida, dãdo a Eſpaña la buelta, y en ella a algunos puertos de Galicia, en quien deſembarcando, perecieron de enfermedad, ocaſionada del trabajo padecido en tantas borraſcas, y contagio de los mantenimientos, muchos ſoldados y perſonas de luſtre, q̃ avẽtureros avian ſervido a ſu Mageſtad, no ſiẽdo mi amo y yo delos mas biẽ parados. Si bien convalecientes, quiſimos deſde la Coruña bolvernos a Zaragoça; y poniendolo por la obra, a dos, o otres jornadas, una ſieſta llegamos al Cebrero, al punto que otros muchos

de a mula, acompañando una litera: de donde parando en la posada, salieron dos mugeres, una de ancianidad, mas la que la seguia de tan pocos años, que pienso frisavan con los quinze, digno asiento de la mayor belleza de la tierra. O quan bien a este atributo llamarõ los Gentiles, mudo engaño; porque si muchas hablando engañan, solo la hermosura callando engaña y ciega, al que la considera. Sucediole lo mismo a mi inconsiderado dueño, pues apenas hizo la vista objecto de sus partes, quando abriendo por ellas francas puertas al alma, sin mas consideracion, troco su libertad en vassallage. Quedò como rendido, humillado y sugeto a diversos cuydados y cõfusiones, y assi no sabiendo que remedio tomarse, de mi consejo, supo su nombre, su calidad, y naturaleza; porque sin dificultad absolviò estas preguntas uno de sus criados, eran las dos señoras hija y muger de cierto cavallero de los de la jornada, que quedava enfermo en Santiago, y con tan grande aprieto, que les conviño venirle a acompañar desde Zaragoça a donde (no se si diga para mi total perdicion) tenian como nosotros su morada. Llamavase

la

la hija doña Elena, y por unica y ſola, exagera damente querida de ſus padres, cuya hazienda era tanta como ſu calidad. Con tal informacion ſe reſolvio mi dueño a hablarlas, y aſſi el ſaber que eran de nueſtra patria, facilitò ſu intento, llegando con tan buen achaque a hazerles corteſia. Son los ricos veſtidos, los adornos precioſos, el mejor ſobre eſcrito de la perſona, y mas quando con tan honroſa inſignia, como un habito, las partes ſe aventajan y luzen: y cayendo todo eſto, ſobre la preſencia gallarda, roſtro agradable, y algun conocimiẽto de ſus padres, no ay duda ſino que ſeria mi dueño recebido con guſto, como aſsi ſucedio: y aunque no admitidos ſus ofrecimientos corteſes, correſpondido con ygual agaſajo. Hablaron de ſu tierra algunas coſas, y no pocas de la infeliz jornada; procurando el nuevo enamorado, por dilatar rato de tanto guſto, introduzir materias que lo alargaſſen: mas llegandoſe la hora de comer, y poco deſpues la de ſu partida, haziendo eſfuerços para acompañarlas; ellas a ſu peſar lo divirtieron: quedando tan triſte y afligido, que juzgando que de ſu inclinacion y amoroſo afeto, ſe avia hecho po

co caudal (y como siempre la mas fiel señal de un cierto amor es, començar temiendo y desconfiando) de tal suerte estas dudas aumentaron su incendio, que olvidado del primer viage, se dispuso a bolver haziendo escolta a doña Elena; para lo qual, passando aquella tarde a Villafranca, por mejor disimulo, haziendo dos esclavinas, dimos la buelta: cumpliendo votos; que si en la passada tormẽta no los prometimos, no sè como los cielos nos sacaron a seguro puerto.

Al fin siguiendo la voluntad de mi amo, me acomodè a su modo, caminando aunque a cortas jornadas, las q̃ hasta Compostela nos quedavan, cuyo divino Santuario, tercero a los mayores de la tierra, visitamos el siguiente dia; siendo tanta despues nuestra diligencia, que no solo dimos con la posada de las damas, mas aun tuvimos orden para aposentarnos pared en medio. Con semejante prevencion, todas las horas que queria ponerse delante de su dama, sobrando la ocasion, vezindad de ventanas y assistencia suya por la enfermedad y cura de su padre, facilmẽte podia cõseguirlo y assi fueron sin numero las q̃ se ofrecio a sus

ojos;

ojos, que al principio ſino repararon en ſu cuy dado, la continuacion de ſu preſencia les fue poco a poco grangeádo, halta que el advertir algunas ſeñas, y el parecerla que antes le huvieſſe viſto, la hizo que dudaſſe curioſa en ſu conocimiento; y deſta duda, que cayeſſe en la cuenta: acabando de entender entre el baſto ſayal de la eſclavina, la cauſa de ſu peregrinació. Mas no mudádo cõ la fineza de eſte amor la ſeveridad de ſu condicion; mi amo fue perdiendo la paciencia, y al peſo que ſu guſto y deſden le enflaquezia, yva en aumento ſu paſſion; mas como en las mayores reſiſtencias ſe alienta y ſe mejora el noble eſpiritu, aſsi agonia el deſprecio y deſden q̃ juſtamente diera al traſte con otra voluntad, parece q̃ animava la ſuya; con que no ſolo, fiò atrevido ſu amor de la fortuna, mas puſo en credito, ſi ya tal vez, pueden los acaecimientos dichoſos, ſubordinarſe al deſpejo y audacia. En fin el tierno amãte juzgando q̃ con la comodidad de las vẽtanas, facilmẽte en hallãdola ſola podia darla un papel, y q̃ ſi ofendida le arrojaſſe, no perdia reputacion en ſeguir ſu intento. Vltimamente ſe reſolvio a eſcrivirla, y en tan buena ocaſion

que no solo tuvo su diligencia efeto, mas juntamente fue admitida con agradables muestras; cosa para el amante tan alegre, que puso en contingencia su buen juyzio. Deziale en el villete entre tiernos afectos, la fuerça de su amor, la firmeza de su perseverancia; y aunque en bosquejo, assi mismo mezclava algo de sus merecimientos, parte de su calidad, y mucho de sus pretensiones, hazienda, y esperanças; endereçando tales razones, a que su dama tuviesse de sus cosas mejor credito, y su indignacion de sus empleos, acogiesse menos esquiva, los que solo a su honor se dedicavan. Leyò casi a sus ojos doña Elena todo el papel, y con tanto contento de mi dueño, como ya aveys oydo. Mas como nuestros faciles plazeres tienen tan seguros descuentos, brevemente se hallò con mayor pena, y su dama con ygual confusion. Porque en medio de la suspension, en que sus conceptos la tenian, sin poderlo remediar ni encubrir, la hallò su madre con el hurto en las manos, y al turbado galan pendiente de sus ojos. Quando aun los flacos principios, o ya por razon o causa accidental, llegan a errarse, parece que aperciben yguales fines. Ve-

reys

reys preſto en mi propia experiencia, eſta verdad, bien que fomentada de proprias culpas de ingratitudes, de vengaças y alevoſos deſſeos. Cayò pues de improviſo la baſa, el fundamento deſte edificio, cuyas ruynas entre ſu primera eſperança, llorava mi dueño, convertidas en ceniças y humo: retirandoſe en tanto D. Elena, y ſu madre, la qual ſi en publico no hizo grandes eſtremos; en la clauſura y encierro de ſu hija, ſe moſtraron mayores. Mas antes que paſſeys adelante advertid eſte punto, y en el la fuerça de una privacion, el rigor de una voluntad oprimida, y ultimamente los efetos que de tanto cuydado, enclerro y diligencia reſultaron.

No deſmayó el amante con tal deſgracia, aunque conſiderada en la ocaſion primera favorable, era juſto temerſe, a no diſponer la fortuna el ſuceſſo, por diferentes medios: porq̃ lo que ſin duda fuera ſin largo trato, ſin finezas muy grandes y continuos ſervicios, impoſible alcançar, ni merecer; ſin penſar lo hizo facil una madre indiſcreta, un recato encogido, y una ſeveridad demaſiada.

Mi dueno pues, a quien las dificultades ponian

nian mayor esfuerço, constante en su proposi to, assistio a conseguirle, viviendo con cuyda- do y recogido, tanto por no causarle a doña Elena, quanto por no ser conocido en semejã- te disfraz, de los muchos cavalleros que acu- dian a la jornada. Por estas causas lo mas del dia guardavamos la casa, en quien en estos in- termedios, y muy cerca de mi propia cama, no sin poca advertẽcia, en diferẽtes noches, y oras sentia unos pequeños golpes, dados segũ mi parecer en la pared vezina; cosa q̃ aunq̃ al principio no me causò novedad, su continua- ciõ, y hora extraordinaria, me obligò despues a sospechar curioso, y juntamente, a dezirselo a quien (como tan buen amante) menores cir cunstancias le alborotaron, y assi con vigilan- cia, queriendo el assistir a esta, sucediendo los golpes en la siguiẽte noche, y en la misma par te, tiẽpo y sazõ; sin mas considerar (porq̃ el, ya antes tenia cõjeturado por señales y muestras evidentes, que aquel tabique caya al quarto en q̃ doña Elena posava) prometiendose un a- legre sucesso, comẽço a responder con los mis mos golpes, y luego suspẽdiẽdo la obra a escu- char si repetian en el reclamo, como en efecto

se

se hizō. Porque a penas aplicò los ōydos, quā do en vozes confusas, entendio q̄ le preguntavan, si era alguno de los dos peregrinos, a q̄ no obstante, q̄ por entonces se distinguia mal el conocimiento de la voz, cō mayor alegria fue satisfecha, mas antes es justo, q̄ sepays, porque no se dificulte este acaecimiento, que no solo las casas de Santiago, empero casi todas las de Galicia, son por la mayor parte de madera, digo los traveses, divisiones, tabiques, y aposentos: de los quales era este, de quien voy hablā do, y por dōde assi en la presente, como en otras noches, comunicò mi dueño mas bien, re conocida a su dama; y aunq̄ a su ingenio, a su vehemēte voluntad se le devia tā discreta industria; receloſa de algū engaño, no quiso aquella primera noche, alargarse mas, q̄ pedir acomodassemos, de tal suerte aquel puesto, q̄ pudiesse ella vernos: pues con algunos faciles barrenos saldria de duda, y passaria con mejor objecto. En fin unos y otros por entonces quedamos dudosos, hasta q̄ haziendo segū dixo, los barrenos, mi amo salio de confusion, y aun de juyzio; y doña Elena, mostrò aunque vergonçosa ygual contento: y descubriose bien en sus

razo-

razones, como a si mismo el tierno amante en sus agradecimientos humildes. Queria ella obligarle y salir ganancioſa, y assi en breves palabras, estimò su voluntad, assegurose de su perseverancia, encarecio las primicias de su recompensa, y el peligro a que se ponia, el temor y cuydado de sus padres, y ultimamente, recibiendole por suyo, puso limites a los efetos de su amor, anteponiendo su honra, y la obediencia paternal: y si bien con esto, raras vezes dexa de atropellarse, replicando su amante, la dexò tan contenta como segura de su buen empleo.

Por esta parte, y con el viento en popa, fue engolfandose aqueste amor reciproco, y viendose casi todas las noches, en ellas acabaron de satisfazerse, y aun de encadenarse con tan estrecho ñudo, que solo la muerte à podido romperle. Aqui haziendo el afligido Fulgencio una gran suspencion, dando nuevos gemidos, interrumpio su cuento; no obstante que la promessa hecha a Federico (dexandole aun mas confuso su impensado estremo) le forçò reprimiendo las lagrimas, a proseguirle desta suerte.

No

No ay tan valiente antidoto; contra toda aſpereza, como el trato y la comunicacion, dulce y agradable tyranía delos coraçones humanos; ella reduze la condicion mas barbara, el animo mas entero, y el deſſeo mas eſquivo; y aſsi llano es, que ſiendo tal ſu operacion, mejor aora en dos tales ſugetos, en dos eſpiritus generoſos, en una diſcrecion apazible, haria ſu efecto. Pues es cierriſsimo que no pudo mi amo hallar remedio mas ſeguro para conſeguir ſu deſſeo, y amartelar de veras el pecho de ſu dama, como la continuacion de ſus viſitas; en cuyo termino, teniendole la enfermedad de ſu padre, llegó el dia de ſu convalecencia, y deſpues el de bolverſe con ygual regozijo a ſu natural: ſi bien ya entre los dos amantes tenian diſpueſto para oportuna ocaſion en el camino, la mayor ſeguridad de ſus intentos, y eſſo temeroſos de que la condicion terrible de ſu madre atropellaſſe con ellos; y mas ſi a las ſoſpechas referidas, ſe le juntaſſe el entender la voluntad de ſu hija: y aſsi para mejorar ſu partido y recato, mi amo en diferente habito, adelantava las jornadas, y a las noches en el de moço de eſpuelas, fingiendoſe mi criado, eſpe-

rava

faxa solicito la ocasion : que aunque a las ve-
zes tarda, alfin se dexa hallar de quien la bus-
ca. Y assi como por providencia superior, yvã
encaminados sus fines, todas las cosas endere
çadas a ellos, les sucedian a proposito.

Estuvo en un lugar mitad de la jornada, co-
mo recien convaleciente, apretado su padre
de doña Elena, con que la noche misma que
a el llegamos, el alboroto y confusion de los
criados, y el nuevo affigimiento de su madre,
dieron lugar a que los dos se viessen, y con tã
buen espacio, que hallandonos presentes yo y
otro criado de apie que nos acompañava, des
pues de ternissimos abraços, haziendo a noso
tros, y a los cielos testigos, se dieron fe y pala-
bra de esposos: y con tãto, gustando doña Ele
na que estuviesse encubierto hasta mejor co-
yuntura, de comun acuerdo, y por obviar al-
gun inconveniẽte que los dañasse, se despidie
ron aunque no sin lagrimas, para no verse mas
hasta Zaragoça: adonde en breve tiẽpo, y mas
crecido gusto, fuymos bien recebidos, no obs
tante, q a suspenderle mas nuestra venida, ha-
llara mi señor, muerto a su padre. Estava este
cargado de vejez, y de achaques tan arraygã-

dos

dos y poderoſos, q̃ a pocos lances le concluye ron, quedando mi dueño, aunq̃ heredado y ri- co, ſumamente lloroſo. Con q̃ ocupado en ſus obſequias y retiramiento forçoſo, y aumentã do ſu triſteza, la auſencia y tardança de ſu da- ma, ſe le paſſaua un mes : deſpues del qual, à ſer el arco de Yris, de ſus tormentas, llegò a eſ ta ciudad, proſiguiẽdoſe enella, nueſtra empre ſa amoroſa, con mayor libertad: y aunque lle- nos de luto y exteriores triſtes, tan alegre el amante a la viſta de ſu eſpoſa, como ella dili- gente y ſolicita en moſtrarſele ſiempre, que ſu zeloſa madre diſpenſava en ſu recato y guar- da. Mas duroles eſte pepueño alivio, ſolamen te lo que ella tardò en penetrar ſus paſſos: por que quando un amor es vehemente y fiel, caſi ſe impoſsibilita el encubrirle : fuera de que ſu mayor inquietud, y nuevo deſaſſoſsiego, puſo en los ojos de ſu madre la cauſa: y juntamente con los paſſos y aſsiſtencia de ſu amante, el au tor della; al qual no obſtante que dos vezes tã ſolas le avia viſto, tenia con la primera ſoſpe- cha, tan impreſſo como aborrecido y odioſo, en ſu coraçon; con que creciendo agora la o- caſion, quedò aſsi miſmo confirmada ſu malã

volun

voluntad; y no assi como quiera, sino con tan notable estremo y aversion; que de la propia suerte juzgò de su persona para yerno, como si realmente fuera un hombre indigno. Dezia-se entonces que el ser esta señora estrangera del Reyno, y de nacion poco afecta, ocasiona-va sus desprecios. De aqui nacio el retirarse-la, bien que nunca pudo escusarse su comunica-cion, valiendonos de diferentes traças para continuarla; aunque con tales inconvenientes que considerados, muchas vezes mi dueño, propuso a doña Elena el declararse, pidiendo-la a sus padres; mas ella que interiormente, sa-bia que intentavan casarla con un deudo cer-cano de su madre, quiso primero se desbara-tasse aquel disinio, que se les propusiessen sus desseos: temiendo que su declarado rencor, ayudado de la ocasion presente, los atropella-ria, o pondria de peor condicion; y assi esperã-do que el tiempo dispusiesse estas cosas, para mejor satisfazer su fiel amante, y vencer la difi-cultad del verle, acordó otra ingeniosa estra-tagema.

Advirtiònos pues, doña Elena, quanto im-portaria al cumplimiento, y fin de sus amores; que

que mi perſona, archivo entonces dellos, procuraſſe entrar en el ſervicio de ſus padres; pues eſte penſamiento tendria efeto, o ya valiendoſe de negociaciones, o ya de interceſſion, que no ſe lo negaſſen: con lo qual no juzgando dificil eſta traça, porque ni tampoco ſu madre me conocia, uvo de aprovarla mi amo; y yo aunque ſenti el dexaile (por ſu mayor cõtento) me diſpuſe y fingiendo con mis compañeros y amigos diferente ocaſion, valiendonos de inteligencias poderoſas, ſe conſiguio la nueſtra, y de manera, que en breves dias pude no ſolo contarme por criado de doña Elena, mas juntamente (a fuerça de aſsiſtencias y pũtualidades) por el mas confidente y querido de ſus padres. Quando al tirar el arco, paſſa el pulſo ſus limites, o la cuerda ſe deſañuda y rompe, ó el faltando, ſe quiebra y deſpedaça. Tal ſucedio por la celoſa guarda, por la aſpereza y terrible ſeveridad de ſu madre, pues llegó a apretarla de ſuerte, que privada con declaradas muęſtras de la eſperança de ſus deſſeos, ſe aumentaron ſus llãmas. Para que ſazonadas con eſtas repugnancias, llegaſſe mas apriesſa el ultimo lance; por cuya execucion,

traçandolo ella, se dispuso mi persona: que co. mo ladron de casa, sin guardarse de mi, pudo facilmente meter al dueño de mis trans'or- maciones en mi aposento; y de! (en conveni- te hora con llaves hechas de proposito) en el de su dama: con quien yo entiendo, que ni el andaria corto, ni puesta en semejante aprieto ella, mas desdeñosa.

Ratificose entonces la primera palabra, y consumādola, salio en mi compañia su ser sen tido. Con esta traça tambien assegurada, con- siguieron su gusto, y prosiguieron sus deseos, que aun en su cumplimiento, anhelavan por mayor esfuerço. Porque no la dulce posses- caula despreciosen el amante hel, antes goza- da, crece la estimacion, y el conocimiento de mas amables partes. Mas quien pensara aora, que en tan estrechos lazos, en vinculo tan in- disoluble, pudiera aver quien sin desañudarle, para su destruycion, como el Magno Alexan- dro, le cortara por medio.

Ocasiond tan grande desventura el ausen- cia forçosa de mi dueño, q a precisos negocios de su religion, huvo de partir a Castilla, cō gus to y beneplazito de doña Elena, cuya persona

y el

y el despidiente de sus cartas, avisos y sucessos quedó a cargo de mi mucha diligencia; y van las de sus padres aumentandose en aquella sazon: cuydadosos de darla estado y mayormente la compañia del pariente q̃ è dicho; mas como la hermosa dama estava ya tan impoisible resistiendo, aunq̃ humilde, ya cõ su corta edad, q ya con otras causas, procurava escluyrse. Parecieróles frivolas y aparentes, y assi apretavã su delicado espiritu, el qual mientras pudo vencer las amenaças, estuvo firme; mas quãdo de su resolucion y parecer, previnierõ libertades secretas, trocando netamente su blandura en rigores, determinaron oprimirla con fuerça.

Quitaronla en consequẽcia desto, sus galas midieron sus passos, y acortaron su clausura y encierro, y con tan exagerada diligencia, que de ningun criado, por mas familiar y confidente que fuesse, llegava por entonces a ser vista. Y con ser tal su tratamiento y pena, pienso que aun la llevara con paciencia gustosa, si a estas desdichas, no se le acrecentaran otras mayores: culpa de su poca capacidad; pues en tales estremos fuera justo escusar qualesquiera inconvenientes. Digo pues, que la afligida

gida dama en medio deſtas tribulaciones, y para ſu mayor conſuelo, reyterâdo una y muchas vezes, las cartas y villetes de ſu amante, recreava el coraçon doliente, y con la dulçura de ſus requiebros, y la diſcreciõ de ſus razones, acõpañava la triſte ſoledad de ſus encierros. Y aunque à ſu parecer hazia eſtas mueſtras recatada del ſol, no aſsi lo fueron del cuidado y recelo de ſu madre, en cuyas manos dieron a ſu peſar eſtos papeles, y juntamente el deſengaño cierto de ſus inobediencias. Cõ que no obſtante, q̃ en ellos ſe no eſcrivia o mẽtava mi aſsiſtencia, ni razon que enmangrentaſſe en algo ſu ſoſpecha; toda via lo que leyò baſtò a creer que aquella pretencion yva muy adelante.

O providencia inutil deſte fragil ſugeto! no es bueno que la cauſa urgentiſsima de verdades tan claras, de tan averiguado amor y voluntad, en vez de remediar el inferior daño, y de deſiſtir de ſu intento, no ſolo no la obligò, pero al cõtrario, vẽcida de ira, atropellò el maternal amor ſu propio guſto, deſalentò ſu confiança; y finalmente con amenaças y obras, no ſolo puſo en detrimẽto ſu vida, mas lo que

doña

doña Eſena ſintio, y aun temio mucho mas, mengua en ſu honeſtidad, falta en ſu honra.

Haſta aqui pudo durar la perſeverancia de una muger principal, en quien mayor bateria haze, mayor eſtrago un atomo de infamia, q̃ todos los rigores, aſperezа y crueldad; porque no la eſpada furioſa de Tarquino, ſino el amago afrentoſo de ſu eſclavo, forçò a la caſtiſſima Lucrecia. Y aſsi rendida de tan grave dolor, y aumentandoſe con nuevas amenaças, pues aun ſe eſtedieron a intentar eſperiencias imprudentes, en la entereça de ſu cuerpo. Temiendo eſte ultimo golpe, dio el ſi forçado doña Elena, y poco deſpues al ſegundo eſpoſo y pariente (con las diligencias neceſſarias, y bẽdiciones de la Igleſia) la poſſeſsion de ſu perſona. Paſſaron todas aqueſtas coſas, con tanto ſecreto a los principios, y deſpues (porque doña Elena no ſe bolvieſſe atras) tãn por la poſta q̃ aunque con ella aviſè al auſente, quando a toda diligencia llegò al remedio, ya ſu dama eſtava ſin el. Pagando yo, que ni tenia la culpa ni avia faltado a coſa de ſu guſto, el tormẽto rabioſo de ſus penas, el entrañable y nunca oydo dolor que rompio ſus entrañas. Pues a

la primera vista que tuvimos, discurriendo en el caso, no solo puso falta en mi diligencia, sobra en mi olvido, y obstaculo en mi fe, mas arrancando de la espada, en vez del premio merecido, por tantos servicios y trabajos, saqué de sus manos muchas heridas; y lo que mas senti, injurias indignas y afrentosas de su boca.

Convinome por no dexar la vida, huyrle el rostro, y assi llegando a mi posada, y diziendo en ella otra diferente ocasion; di orden en mi cura, y no se consiguio tan facilmente, que primero no me viesse en mortal peligro: y fuera deste, en largos dias de cama, y convalecencia, obrando en su progresso, de tal suerte la memoria de tan injusta ofensa, que no solo no me abstuvo lealmente, de tales pensamientos nuestra antigua crianca y amistad estrechissima, el pan, el sustento; que como al criado, y hombre noble, deviera anteponer a la injuria; sino que olvidado destas y las demas circunstancias, que pudieran divertir la vengança, cerrandoles los ojos, me dispuse a ella, y con tal presupuesto, dissimulando, recibi algunos recaudos, muchos dineros, y mayores regalos,

los, que ya con menos passion me embiava mi arrepentido y pesaroso dueño, casi en todo el discurso de mis males.

La miserable vida, q̃ en estos intermedios padecia doña Elena (en quien porque no se me olvide, avia muerto su padre) bien claramente la mostrava su rostro; cuya hermosura marchitada y triste, hazia publicas sus interiores penas, su forçado gusto, y sobre todo la aborrecible compañia de un hombre siempre mal afecto a sus ojos; y de quien, o su propia conciencia, o el defeto que pudo presumir de su persona; la tenia temerosa, y en continuos recelos. Y no presumo que fuera de razon, porque con desear su esposo y deudo, tiernamente su agrado, y sumamente su possession; desde el dia que llegò a tenerla, ni el rostro se le mirò contento, ni en sus affectos y razones, se conocio el gusto que antes, ni menos las caricias, assistencia y amor del nuevo estado: y en conclusion, segũ el tiempo lo declarò despues, don Rodrigo (que tal era su nombre) tuvo mas que premissas del successo; y poco a poco, en confirmacion de sus sospechas, vino a entender las que mas le irritaron. Porque muchas

vezes,con los juyzios del animo,adevinamos la fuente,dóde nacé nueſtros bienes,ó males.

El eſpiritu amante de mi dueño,perdida ſu antigua poſſeſsion, bevia los vientos por ver y hablár a doña Elena, y ella que no menos cautiva diſpuſiera ſu alma à tener quien la animara;con el miſmo deſſeo vacilando, intentava mil medios;que yo por principio de mi mayor vengança, dificultava y corregia: mas no pudiendo ſin declarada contradicion, negar en todo la inteligencia de mi ayuda,no obſtãte que entella ſe fundò la execucion de mi cruel deſſeo, propuſe el tratarlo de manera, q̃ a horas eſcuſadas y ſin ſoſpecha, los dos amãtes ſe hablaſſen muchas vezes,por una alta vẽtana;de cuyas platicas (deſpues de amargas lagrimas y ſatisfaciones ſin remedio)à no prevenirlà mi ingratitud y alevoſia,reſultara ſin duda una extraordinaria reſolucion. Mas yo que ſolamente deſſeava con obſtinado coraçon,rabioſa vengança, atajè ſus intentos, divirtiendolos haſta mi conveniencia con diſsimnlació cautelоſa;que es ſingular deſtreza(permitaſeme culpe mi propia mãldad) tener ſiempre cõſigo la traycion, palabras dulces, obras mor-

mes,

mes, ſeguridad matando, y promeſſas y diſsimulaciones para engañar mejor.

Confieſſo amigo, que fuy ſobre todos los hombres a mi buen dueño ingrato; y que ni ſus injurias, ſus palabras y heridas, pudieron lastimarme en la honra. Porque el ſeñor no afrenta a ſu criado, y por el conſiguiente, ni en mi cupo ſu ofenſa, ni en el mi vengança y ſatisfacion: y aſsi qualquier caſtigo, qualquiera pena, juzgo por muy ygual, al merecimiento de mi delito. Eſte llegò en efeto a ſazonarſe y prevenirſe en mi pecho, de tal manera, que advertidas las ſoſpechas y diſguſtos de don Rodrigo, ſu peſar y cuydado; hize de ſu furor, de ſu ira (al parecer juſta) inſtrumento y cuchillo, para vengarme. Y en ocaſion oportuna, vendiendome por muy ſu confidente y leal criado, puſe en ſus oydos los paſſos de mi antiguo ſeñor (y aun antes y deſpues del caſamiento, ſin tocar en coſa de mi daño) ſu pretenſion y voluntad. No obſtante que della, por parecerme honeſta y juſta, a los principios; y por juzgar deſpues que con el nuevo eſtado ceſſaria, no avia prevenido, como al preſente, ſu proſecucion, y ſegun me obligava mi lealtad. Con

lo

lo qual diziendole a si mesmo, el modo de sus visitas, la ventana, y la hora, y ofreciendo ayudar con la vida: ultimamente prometi perderla, en la satisfacion de su honra. Dexando a razones tan tristes, absorto y suspendido su coraçon: mas satisfecho de mi verdad, y no poco ayudado de su sospecha, se alentò a la vengança, ordenandola sin mayor dilacion, por el camino mas breve y conveniente a su honor, y castigo de semejante afrenta. La qual aun vio primero, a instancia mia, con sus propios ojos: porque como los seguros amantes, fian de los mios su secreto, facilmente, redundando de mi, podian cogerles en el hurto, mas de otra suerte no; porque para empreenderle, las ausencias que don Rodrigo hazia de noche, a la conversacion, o el juego, eran su sazon principal, y yo en la calle, la centinela, y cierto aviso de su buelta.

Aviendo pues conseguido parente el desengaño de sus zelos, crecio en el, el sangriento animo; si bien quanto a su esposa, aunque a su primera duda, acreditava semejante muestra, toda via, el parecerle que conjeturas solas, no bastavan a disponer della; le tenia indeter-

mi-

minable. En fin, la siguiente noche, acompañandole su hermano, yo, y otros tres criados; puestos en diferentes sitios, esperamos el lance, de quien era mi vigilancia y orden el fundamento principal. Llegò pues el deseuydado galan a su acostumbrado desvelo, y debaxo de mi seguro y confiança, apenas con doña Elena començò su platica, quando su esposo juntamente dio los primeros passos de su vengança. Los quales fueron cerrarla por defuera, el aposento adonde enagenada con su amante (digo desde sus ventanas) estava en dulces coloquios; y luego descendiendo a la calle, en viendole, rodeado de todos, se hallò en vestido, y aun herido de mi espada mi pobre dueño. A los principios no dexò de mostrar valiente resistencia, pues a nuestro pesar en cõpassado termino, fue retirandose un grandissimo espacio, hasta que finalmente, acossado de tantas armas, ciego de la escuridad y tenebrura de la noche, resvalando en la nieve que los nublados con inclemencia despidian, caido, perdio el sentido, y juntamente las esperanças de su defensa. Con que siendo blanco a nuestra colora y espadas, quedò rendido, y

pidien-

pidiendo por ultimas ansias confesion. Mas curandonos poco de su demanda, juzgandole por muerto, nos quisimos bolver, si al mismo tiempo, no interrupiera este proposito, el sentir los passos de una mula, y poco despues, q̃ en ella se acercava casi al puesto en que estavamos, un Religioso: cosa, que inopinadamente causò en don Rodrigo notable alboroto, y no tanto por el riesgo en que estava, quanto porque la no pensada vista de aquel Frayle, induzio de repẽte otra nueva salida, para del todo acabar con sospechas. Mas ella fue de suerte, que entiendo el mismo infierno no se atreviera a imaginarla.

Alfin, aunque nosotros la ignoramos entõces, confiriendo de la nobleza de su pecho, q̃ queria hazer a su enemigo aquel beneficio: por orden y mandato suyo apeamos al Frayle, y advirtiendole el caso, no sin alguna alteracion, asistio a el confessandole; no obstante, que quando concluydo aquel acto, quiso pidiendo beneplacito, despedirse y llamar en la porteria de su Convento, cuyo umbral ocupava el desangrado cuerpo; entonces sacandonos de duda, descubrio don Rodrigo su duña-

do

do propoſito, pues nos le hizo ſacar a mas ſeguro puesto; y aunque ſintiendoſe en el camino herido mortalmente, no ſe hallò en la execucion, encomendandola a ſu hermano, y a mis compañeros, arrimado à mis hòbros, dio la buelta a ſu cala, y a mi en el camino della, baſtante parte, y cuenta de ſu eſpantoſo atrevimiento: pues no era menos, que para penetrar ſi de la confeſsion de mi dueño, reſultava el ſeguro de la ofenſa que preſumia en ſu eſpoſa; hazer que el Frayle, o de grado o de fuerça la revelaſſe. Mas no permitio el cielo que tã grave pecado ſe ſiguieſſe a ſu primer delito, ni que uno y otro ſe quedaſſe ſin el caſtigo que todos merecia mos: porque apenas llegamos a las puertas de nueſtra caſa, quando en ellas ſe apoderó de don Rodrigo la juſticia, y a mi me truxo a eſtos apoſentos, adonde aviendo eſtado tres dias, que a lo que yo ſoſpecho fue ſuſpenſion por mayores indicios, oy que es el tercero, me ſacaron a un temeroſo tribunal: en quien viendome de una parte rodeado del verdugo cruel de mi conciencia, y de otra declarandome la confeſsion de doña Elena; la la de don Rodrigo ſu eſpoſo, y la del mal ven-

dido

dido dueño mio; en que los unos me culpavã de traydor, y los otros de complice; y juntamẽ te sabiendo la mejoria del uno, el deposito de la dama, y el peligro mortal de don Rodri. go, la muerte de su hermano, y las heridas de otro criado, que assi mesmo con el ha. llaron en el campo, porque assi la divina Iusti. cia, por mano de aquel Frayle los avia casliga do) y ultimamente, juzgandome por causa de tan grandes desdichas, acovardado y confuso sin esperar a que negãdo, se pusiesse en contin gencia mi vida; no solo confesse quãto me im putavan, mas agravando mi culpa, la tomé tan de atras, como en la prolixidad deste cuento aveys oydo de mi boca. Estas fueron las ultimas palabras del misero Fulgencio, y aun el pricipio de su mayor confusion de Federico, pues aun no acertava a darle las devidas gracias, ni menos el consejo que tan por la posta convenia en sus declarados delitos.

Satisfecho Federico, por lo que avia escu. chado, de q̃ su tragedia y aquella eran una mis ma; pues el don Felix q̃ la justicia halló; fue el q̃ en habito de Frayle el avia ayudado a mo.

rir,

rir, y a quien matò cõ el pistolete; su hermano de don Rodrigo; y su criado, el que tãbien dexò herido en el campo. Y cierto de que su culpa, segun tales indicios, estava averiguada, perdio totalmente la confiança, y con ella el breve consuelo, que la ignorancia de tal sucesso le avia causado: mas puesta en los cielos su esperança, y remedio; con animo constante, aguardò el temeroso fin, dividiendo la noche, y hablando sobre el caso con el nuevo amigo, hasta que a las primeras horas del siguiente dia, oyendo abrir su puerta, le convino callar, y seguir a uno de los ministros, que alli le avia encerrado. Bien presumio que yva a la presencia de los Iuezes, y assi encomendandose al que lo es de todos, llego a su tribunal, en quien haziendole ante todas cosas, cargo de su antiguo delito; se prosiguio a los indicios presentes, leyendole la confession q̃ mas le culpava, q̃ era la del segũdo herido, cõ quien assi mismo fue entònces careado, y aun convencido, en lo q̃ traya resuelto confessar de plano; y assi sin mas apremio, incitado del cielo, y sin querer valerse de otros recursos y manifestaciones que pudiera, Declarò largamente

quan

quanto en aquesta historia queda escrito, concluyendo con la exageracion que merecia el honrado y piadoso zelo que le movio a ponerse por la defensa de su fe, del inviolable sacramento, de su patria y nacion, en tan grande peligro. De que no solamente los considerados y advertidos juezes, no se indignaron, mas antes con impulso particular, y convencidos de otra fuerça mayor, poco a poco, fue su rigor trocado en misericordia, y en muestra de su efecto, mandaron le curassen, y hiziessen honrado tratamiento, con que alborotado y lleno de alegria, remitido a mas facil prision, quedò esperando mejorado sucesso.

Mientras esto passava en la carcel, lastimado de tan vergonçosas injurias, y vencido del terrible dolor de las heridas, murio el lastimado don Rodrigo; castigando los cielos, en este y los demas afrentosos golpes, no solo su temerario y detestable intento, mas el loco rigor, la imprudencia, y aprietos de su suegra. Con lo qual desengañados los juezes; en acuerdos, y consultas consideradas, mandaron hazer justicia de los dos criados; digo del que hallaron herido; y del triste Fulgencio: dieron

por

por libres a don Felix, y a su dama: y en quanto a aquella culpa, absolvieron a Federico, y premiando su buẽ zelo, por lo demas, fue suelto con faciles fianças. Determinacion que entendida del pueblo, no solo fue aplaudida de sus vozes, mas aprovada con general decreto de los hombres prudentes: calificando aquesto regozijo, con mayores estremos, la convalecencia y salud adquirida del gallardo don Felix, y finalmente, la revalidacion de sus bodas con doña Elena, premio tan bien devido a su perseverancia, quato indigno de averselo por tan infelices y estraños caminos dilatado la imprudencia y rigor de una mnger; a la qual no assi termino largo, se le dilatò su castigo, mas antes prevenido y apresurado por sus propias manos, apenas vio a don Felix en la possession, que tanto por su parte se avia contradicho, quando juzgandolo por su mayor desdicha, desamparò su casa, dexó su unica hija, y acompañada de dos criados, tomò el camino de la ciudad de Xativa, donde era natural, y en cuyo viaje, rabiando con desseos de vengãça, y pidiendola al cielo de su sangre, se le cumplio bastantemente; pues haziendo la ultima

noche de su vida, jornada en un lugar peque-
ño de Moriscos, hasta oy se ha sabido mas de-
lla, ni su compañia: y assi se cree, que por qui-
tarla muchas, y ricas joyas que llevava, o por
el odio que aquellos perfidos tenian a nuestra
Religion, o por uno, o por otro, hizieron della
y de sus criados, lo que de otros innumera-
bles Christianos, que en tan vil hospedaje, mu
rieron a sus manos, si bien, ni tampoco ellos,
an quedadose sin el merecido galardon: mer-
ced al cielo, y al benigno y santo Rey don Fe-
lipe III. que acabò de arrancar de entre no-
sotros, tan maldita y perniciosa
semilla.

EL

EL DESDEN DEL ALAMEDA.

HISTORIA SEGVNda, ſucedida en la ciudad de Sevilla.

Con el antiguo origen y fundamento desta Ciudad.

LA Ciudad de Sevilla cabeça del Andaluzia, ſegun los mas graves Autores; es una de las primeras y grádioſas poblaciones de Eſpaña. Fúndola Hiſpalo ſeyſciétos años deſpues de la inundacion y diluvio general del Orbe; y llamòla de ſu nombre Hiſpalia. Siglos deſpues vino Hercules, y como por ſeñal y pronoſtico de ſu magnificencia, puſo en la parte donde eſtà oy mas eſtendida y ampliada, dos colunas, cuyos veſtigios e antiguedad iluſtre, ſe conſervan, con eſplendor maravilloſo, en ſu famoſa Alameda. Mucho tiempo adelante enlos arruynados trofeos deſta ciudad, el ſiempre vencedor y primero Ceſar, reedificò a Iulia Romulea. Y no obſtante que Hiſpalia, y Iulia,

quiere Plinio, no sean una misma cosa; por lo menos San Isidoro lo dize assi, y afirma, que Iulio Cesar la poblò, y dio este nombre. Y finalmente los Arabes, y Moros, de quien con notables trabajos, y prolixo asedio, la ganò el santo Rey don Fernando, la llamaron Sevilla, que en su lengua significa lo mismo que preciosa y rica. Su assiento està en unas grandes y amenissimas llanuras, que fertilizadas con las aguas del caudaloso Betis (rio por quien toda la provincia se dixo Betica) aũ le haze mas apazible, alegre, y deleytosa. Tiene en solo el ambitu de sus muros y arrabales (que alguno es de cinco mil vezinos) entre Parrochias, Cõventos, Hospitales, y casas de Oracion, mas de trecientos edificios; digna muestra de su piedad y riqueza incomprehensible. Por esta causa, en sus actos y demonstraciones, es unica es incomparable. Y assi los Oficios de la semana Santa, celebra en particular, tan sumptuosamente, que dexa a Roma cabeça del mundo, y silla de la Iglesia, muy atras. Entre sus cosas notables, bien merece lugar primero su Templo Arçobispal, en quien està aquella torre de elevacion y arquitectura memorable. Sus alcaça-

caçares, o por mejor dezir huertos pensiles; segun la amenidad de sus jardines, y la fragancia y artificio de sus hermosos quadros, tambien pueden competir con sus mayores grandezas: aunque no obstante las de sus tres Audiencias, y Consejos; las Dignidades de Assistente; Provincial de la Hermandad, Casas de la Contratacion, y Moneda: Tenientes, Alcaldes, y Ministros inferiores, Iurisdicion grandiosa, edificios magnificos, Lonjas, y Caños de Carmona. La de mayor admiracion, riqueza y nombre, es su Aduana, en quien cifrandose los tesoros de Oriente, sus gomas preciosissimas, y la inacabable y espantosa maquina, q sin cessar, en montañas de plata, barras de oro, cochinilla, corambre, y otras mercaderias inmensas, brota lá estendida America; siendo de todo, escala y receptaculo, esta ciudad y casa, justamente la pueden hazer sin ygual en la tierra. Pues Venecia en Italia, Lisboa en Portugal, Alexandria en Egypto, Malaca, Goa, y Cãton en el Asia; ni pueden compararsele sin grãdes excepciones, ni a su caudal, tesoros y riquezas, llegar en mucha parte. De mantenimientos es abundante; y mas particularmente su

comarca, de lindo azeyte, y olorosos vinos, y en general aun en tan gran concurso, todo se vende a precio moderado; facilitandose esto mas por la entrada y comunicacion del rio, cuyas aguas corren con tanto fondo, que suben desde el mar quinze leguas, sin riesgo alguno los baxeles. Y finalmente desta insigne poblacion salieron aquellos tres Luzeros de Santidad y letras, san Iisidoro, y san Leandro, y el santo y martyr Principe Hermenegildo, y della juntamente, oy el assumpto y materia essencial de nuestra historia, cuyo principio es el que se sigue.

Poco mas puede aver de cincuenta años, q̃ vivio en esta ciudad Claudio Yrunça, hombre noble, y cargador de los mas opulentos y ricos que à tenido la Europa. pues llegò el valor de su hazienda a un millon, y el de su credito y confiança a mucho mas. Este aun passando ya de los quarenta casò en Mexico, con una principal muger, hija de otro poderoso mercader Vizcayno, con quien demas de sus virtudes y hermosura, llevó en dote cien mil ducados, cosa por cierto, sino increyble, digna de admiracion, q̃ en hombre particular se juntasse

tal

tal maquina de hazienda; y que tan a vande-
ras desplegadas repartiesse cõ el la inconstãte
fortuna de sus bienes. Pues realmẽte si uvie-
dellos gozado larga vida, venerable vejez; pu
dieramos contarle entre los mas dichosos q̃ la
fama celebra. Mas como las riquezas tẽpora-
les, los contentos mundanos, traen consigo tã
amargos descuẽtos: raros an sido, los q̃ enellos
no ayan experimẽtado esta verdad. Assi nues-
tro Claudio reconociẽdo como agora sabreis
su inconstancia y fragilidad; casi enel fin regozi
jado de sus bodas, le faltò el de sus dias, dexã
dole en catorze que estuvo enfermo, sin hazie
da, sin muger, sin criados, sin amigos, y sin vi-
da. Ocasionose esta ultima miseria, delõ que
con mayor razon devieran aumentarse sus ale
grias; porque fue el caso, que aun no siendo en
Mexico, passados tres meses de su casamiento
como su esposa sintiesse en la novedad de los
accidentes desabridos, la preñez con que su
persona poco a poco yva agravandose. Entẽ
dida tan buena nueva de sus deudos y mari-
do, queriendo celebrarla con mas exageraciõ,
concertaron unas grandes fiestas, de quien
desgraciadamente resultò su muerte. Porque

aviendo querido por honra de aquellos regozijos, que eran juego de cañas, y valientes toros, ser uno de los que en ellas se hallaron, el rico Claudio, no solo a despecho de su esposa, se contentó de aver andado en las cañas, mejor que su exercicio prometia; sino q̃ assi mesmo, como quien ya pretendia con semejantes actos, obscurecer tales principios; se dispuso acõpañado de criados y pintados rejones, a meterse entre aquellos furiosos animales; como en efeto lo hizo, mas con tan triste suerte, que a la primera vista lloraron en el los presentes, el mismo successo, que en la plaça de Alva aconteció a don Diego de Toledo: si bien lo q̃ en aquel fue suma desdicha, en Claudio Yrunça, fue poca destreza, y menos experiencia. Porque al meter en el toro el agudo rejõ, quedò tan incorporado y desigual, que quando le quiso romper, con el impetu y fuerça de la indomable cerviz, deviendo sacar el cuento al diestro oydo, siendo al reves, el mismo se hizo pedaços el rostro, y con tan grande ruyna, que ni a su golpe hizieron resistencia los cascos.

Cayò a los pies del cavallo sin sentido, de adonde aviendo muerto su feroz homicida,

corta

corta vengança en tan terrible daño: levantá-
no el desmayado cuerpo; dieron sus criados
principio, cõ sus lagrimas, á las obsequias que
despues se le hizieron; no obstante que bolvié-
do en su acuerdo, en el termino referido de su
enfermedad, haziendo testamento, dexò en el
por heredero universal de sus riquezas, al pos-
tumo que vivia en las entrañas de su esposa.
A quien en defeto de salir a luz, nombrò tam-
bien en el mismo grado; con condicion que
no se casasse, y no cumpliendola, a diferentes
legados, y obras pias, en que se dispendiesse.
Quedò con tanto la hermosa dama, casi antes
viuda, que casada, y imposibilitada, por no
perder tan absoluto poderio; de las segundas
bodas; y si con muchas lagrimas, no del todo
desconsolada en la esperança de sucesion. La
qual cumplido el tiempo destinado, fue de u-
na hermosa hija, con quien mitigando el sen-
timiẽto de su difunto esposo, resuelta a cumplir
su ultima voluntad, vivió contenta y assi des-
de a diez años, aviendose en ellos muerto sus
padres, quitados tales inconvenientes, por no
faltar a tan grande hazienda, como en Sevilla
estava, en no buena administracion; haziendo

varias

barras la que en dote la cupo, y la demas heré-
cia, felizmente embarcandose, llegò con tod
al famoso puerto de Sanlucar; de donde acor
pañada de amigos y deudos de su marido, en
trò en Sevilla, y en la desseada casa y famili
que la esperava.

Aqui pues, rica, poderosa, y generalmente
venerada, assiltio alegre; creciendo en tanto,
el peso de sus tiernos años, la rara y peregrina
belleza de su hija, cuya inestimable possessiõ,
por tantas razones desseada, y pretendida de
muchos y grandes personajes, auntan fuera
de tiempo, començo a darla no pequeños en-
fados, è importunaciones. Siendo tambien,
las que por su propio casamiento la hizieron,
de condicion tan apretada, que como no obs-
tante el ser moça, desseasse perseverar en la
fe de su primero dueño; la fue fuerça, para
mejor huyr semejantes inquietudes, retirar-
se a una pequeña aldea, en quien sorda a in-
finitos combates, hasta que del todo se enten-
dio su determinacion casta y honrada, assis-
tio otros dos años entretenida, tanto en la
disposicion y aumento de su grande hazien-
da, quanto en la educacion, recato, y virtuo-

las

sas costumbres de Floriana (que este era el nombre de su hija) como la que pensava, y no sin graves causas, que en ella se criava, digno sujeto de sus altivos y sobervios empleos. El cavallero que antes desta ausencia, y en la mayor perseverancia della, insistio mas en la pretension desta señora viudad, fue don Pedro de Castilla, Mayorazgo grandioso, y nobilissimo, y con quien (segun se dixo entonces) estuvo muy adelante el concertarse, si bien el amor de su hermosa hija, y el considerar que no solo la perdia en casandose, sino la possession de tal riqueza, huvo de contrastar a sus desseos, y poner en silencio tales platicas; aunque assi mesmo, porque toda se entienda, huvo de parte de don Pedro, no pocos defetos e inconvenientes, que impidiessen su gusto, y no el menos advertido y considerable, el de su desvanecida y sobervia condicion, con lo qual se juntava el estar este cavallero en Sevilla infamado, y no sin culpa, del implacable odio, con q̃ tratava a un hermano suyo, cosa que aunque entre particulares naciones barbaras, sea costumbre, al fin son barbaras, al fin viven de sus leyes del amoroso

afecto, que se engendra y produze en la afinidad de la sangre, pero entre Christianos y hombres de razon y discurso, sino es faltándoles estos atributos, juzgasse por impiedad y afrenta. Digo pues, que teniendo este cavallero un solo hermano, y hasta entonces sa forçoso heredero; era tan aborrecido de sus ojos, y tan mal respetado y acudido de sus obras, y lengua, que no avia en toda su familia y casa, persona mas abatida, mas pobre y desechada; y este ruyn tratamiento, cayendo sobre un hombre semejante, y mayormente por sus muchas gracias, gentileza, y virtudes, indigno del; vino a ser tan mal quisto y peor parecido, que no se hablava de otro particular en Sevilla, ni (menos piadosamente afectos, y lastimados) avia en toda aquella poderosa ciudad, cavallero, o ciudadano, mercader, o plebeyo, que en competencia noble, no acudiesse al luzimiento, aumento y regalo de don Sancho (que este era el nombre del infeliz y bien afortunado cavallero) dos atributos, que si no es advertido el aplauso del pueblo, y por el contrario, la sabiduria y rigor de su hermano hará repugnancia en qualquiera sugeto.

Esta

Esta mala opinion (proceder barbaro) aun sin conocimiento del pobre que lo padecia, descompuso tanto como su honesta determinacion, el casamiento que dõ Podro desseava, con aquesta dama; si bien ella, aunque desengañandole claramente primero su voluntad, como muger discreta y prevenida, no del todo quiso perder la parte que en el tenia, ni el rendimiento y vassallaje que su alma le avia hecho; antes mostrandose cautamente agradecida (aunque vivia satisfecha de que para su hija sobrarian maridos) le hizo entender que gustaria se empleasse en servilla; empeñandole assi dudosa, y confusamente, en esperanças que con su continuacion y largo progresso, pudieran dar al traste con su rico mayorazgo; tales efetos causa una vana aficion, ostentacion loca, y gastos desproporcionados.

Tendria ya en aquesta sazon, la graciosa Floriana catorze años, edad tan bien luzida y empleada, que dexado a parte su peregrina y notable hermosura (dote por si solo bastantissimo) no avia gentileza, habilidad, o estudio, licito a persona semejante, que no estuviesse en ella muy aventajado y perfeto; y esto con

tan

tan singular estremo, que aunque con la dulce musica y delicada voz, enloquecia los hombres, su destreza y artificio los suspendia y assombrava; y si la agilidad, labores, y bordaduras exquisitas de sus manos, los admiravan no tenian mas que entender, mas que desear en qualquier festin, junta, o sarao, que el honesto concurso de sus mudanças, y la graciosa gentileza de sus movimientos. Sabia a demas no pocas letras, Latinidad, y Retorica competente a su estado, y sobre tantas y tan generales excelẽcias, siẽdo honestissima, era ygualmente un perfeto retrato de la compostura, recato y vergueça, de una donzella noble, con que no solo tales partes le hizieron conocida por sus muchas riquezas, sino amable, estimada y mas apetecida, por sus heroycas virtudes. Desta suerte começo el Andaluzia, digo los grandes señores della, a moverse en competencia y emulacion a tan grande pretencion, ya algunos para si mismos, y ya otros por gusto y conveniencia, para sus dependientes, y deudos: y no parò en tan cortos limites la fama deste luzidissimo objecto; que alargandose à mas, no huvo en España ciu

dad

dad en quien no se mostrassen los triunfos, las vitorias de su hermosura; y en Sevilla, por tan honrosos huespedes, estuvo largos dias he[illegible]a grandiosa corte, y divertidos sus ricos tra[illegible]os, en regozijos y fiestas continuadas, no avié[illegible]do en todas ellas, quien a muy grandes costas de su hazienda, campeasse con mayor demonstracion, que el enamorado don Pedro. Porque ni vistio la hermosa Floriana, color q̃ el no luziesse, ni gala, que hasta en las libreas de sus muchos criados, no se admirasse; ni aun flor pintada de sus ricos tocados, que no sirviesse de artificiosa enigma, hasta en las adargas y motivos de sus alegrias; haziendo punta en aquestos estremos, a los mas persuadidos por su grandeza o partes, en la pretension de su dama.

Vivia en el interin que estas cosas passavan el pobre de su hermano miserablemente afligido, y sobremanera afrentado mas que nunca; porque no obstante, que siempre generalmente amado y favorecido del pueblo; en qualquier fiesta ninguno mas q̃ el se avẽtajasse, assi en cavallos, galas, y jaezes, como en la estimacion y aplauso de sus actiones. Como todo este

a der-

adorno en su discrecion parecia venir violéto y forçado, si ya no por la voluntad, de los que con el largamente partian sus haziendas, por el vergonçoso y noble pecho, con que eran admitidas: no pudo passar mas adelante en semejante vida. Y assi no sin grande nota y sentimiento de toda la ciudad, porque de toda era acariciado y bien visto, se retirò y encubrio en su casa, a todas estas ultimas fiestas y regozijos, en quien don Pedro por su ausencia, fue el mas luzido, aũque no el mejor mirado, porque el trato de su hermano, le avia puesto en aborrecimiento comun de todos. Era fuera de aquesto el noble don Sancho, tan mirado y cortès, en los respetos de su hermano, que aunque no le movieran a ocultarse tan justos sentimientos y causas, el lo hiziera, tanto por dexarle luzir, quanto por no ocasionarle a nuevos enfados con su presencia. Y assi aunque entendia el progresso de sus pretensiones, no solo estava ignorante del conocimiento y sujeto de su hermoso dueño, mas ni aun sabia su casa, ni en dos años que duraron, atravessò el Alameda, ni muchas calles de su contorno: solo porque avia oydo, que era en aquel comedio,

dio, el barrio y morada de la hermosisima Floriana, a quien en esta sazon, por su adostumbrado recato y honesto encogimiento, atribuyendolo sus pretendientes a desdeñoso melindre, o propia estimacion, començaron por la cercania, a llamarla, el desden de la Alameda; nombre que la hizo tan conocida en el mundo, que pudiera a ser ygual mi intento, dar titulo famoso a aquesta historia. En semejante estado estavan estas cosas, quando a la fama dellas, llegaron a Sevilla los dos Duques de Medina, y Alcala, desseosos de gozar en sus antiguas casas, parte de tá crecidos regozijos. Y assi nuevamente alboroçados y contentos los que los fomentavan, començaron a disponer otros mayores.

Andava don Pedro con esta novedad, mas que nunca divertido en sus galas, inventando libreas, y gastando con prodigalidad y grandeza: ocasion que en don Sancho aumentando sus penas, apressurò el mejor remedio y salida dellas: y assi estimulado y persuadido, aun de los mayores amigos y confidentes de su hermano, dispuesto a yrse a Flandes, tratò de hablarle, y de acomodarse con el, sin intervenciõ

de justicia, en el modo de sus alimentos, y del apercebirle y aviarle, conforme a su calidad y persona; para lo qual el mayor estorvo que se le ofrecia era llegarle a hablar; porque en su casa tenia mandado le impidiessen la entrada de su quarto; y para sus intentos y pretensiones, no era a proposito remitirlo a la calle. Y como el noble moço desseasse escusar violencias, huvo de procurar que el verle, se guiasse en buena coyuntura. Eralo muy a pedir de boca, cogerle de noche en el acostumbrado passeo del Alameda, adonde en siendo tarde se apeava a coger el fresco con sus amigos; los quales avian de ser, quien dissimuladamente pusiessen a don Sancho en ocasion, que a solas tratasse su pretension con dõ Pedro. Efectuose a gusto esta diligencia de los que la desseavan, porque llegando el a buen tiempo, y atravessando platicas con su hermano, aunque se le hizo nueva y aspera tal correspondencia, temiendo dar mayor motivo a los que le acõpañavan, dissimulò; y sin poderlo escusar, viendo que pedia a los demas licencia para hablarle, y que todos alegres se la concedian, huvo de quedarse passeando con el, y atender aun-

que

que a ſu peſar, a eſtas tan diſcretas quanto bié comedidas razones.

Doze años à, hermano y ſeñor mio, que aũ ſin tener yo los ſeys de edad, faltãdo nueſtros padres, quedé amparado de vueſtra ſombra, teniédoos deſde entonces, el reſpeto y en el lugar q̃ a ellos. Y ſabe Dios que en todo aqueſte tienpo, deſſeãdo ſobre todas las coſas de vueſtro agrado, no è preſumido en ſecreto, ni en publico, accion ni penſamiento que degenere de vueſtra ſangre, ni que me hizieſſe indigno de vueſtra gracia; ſi bien no ſé porque contraria eſtrella mia, à muchos tiempos que eſtoy tan fuera della: que no ſolo ſe me á negado el alivio, y conſuelo de vueſtra viſta; pero lo que mas puede cauſar admiracion y laſtima, el veſtido y adorno de mi perſona; y aun el pequeño y moderado alimento ſuyo; coſas que por ſer tan ineſcuſables y preciſas, y mayormente por no daros enfado, è procurado ſuplir haſta oy afrentoſamente, o ya valiendome de nueſtros deudos, o ya de amigos mercaderes, y ciudadanos, que condolidos de tanta calamidad la an remediado: y pongo agora por teſtigo a los cielos, que hiziera lo

mismo en la ocasion presente, y me valiera desta diligencia antes que llegar a cansaros, si el natural empacho, si la verguença noble, que con los años y mejores discursos me an abierto los ojos, no impidieran tan poco honrosa salida. Hasta agora parece, que mi poca edad podia disculparla, pero ya que alcanço lo mal que està a vuestra reputació, no permita Dios que yo la infame, ni amanzille; soy vuestro hermano, y hijo de unos padres, ellos me dexaron hazienda y joyas, que con los alimentos de vuestra obligacion; pueden sustentarme, sino en Sevilla, honradamente en Flandes, donde sus alteraciones pueden servir de empleo a los hombres de mi suerte; y assi con esta determinacion, y seguro de que a pensamientos tan honrados aveys de ayudar con tan generoso espiritu, è querido proponeroslos, para que cõ mayor voluntad, pues teneys mi hazienda, se disponga la jornada, y el modo que se à de tener en acudirme en aquellas Provincias. A demas, que es muy justo, que assi en ellas, como en qualquiera parte, luzga en mis obras, el esplendor de ser hermano vuestro, y segundo de la ilustre casa de nuestros padres. Aqui dio

fin

fin don Sancho a ſu brêve y proporcionado diſcurſo; y ciertamente que en qualquiera ſugeto que le tuvieſſe de hõbre, laſtimara y moviera a mas graves efetos; no obſtante que fueron bien contrarios y diſformes, los que en dõ Pedro ocaſionò eſta juſta demanda, el qual rebentando de ira y ſobervia loca, aun mucho antes que dõ Sancho acabara, quiſiera el aver le buelto las eſpaldas; y ſino lo executó dexãdole ſin reſpueſta, no fue por mas eſtimacion, ſino por parecerle conveniente, dexar decididas con ſu deſengaño, las pretenſiones honradas de ſu pobre hermano; y aſsi con tal reſolucion en viendole callar, con fingida riſa le reſpondio.

No ſe para que à ſido canſarme (dixo don Pedro) con tan eſtudiada arenga, ni apartarme de la converſacion de mis amigos, a oyr tanta necedad, pues con un memorial que ſe me diera, ſe huviera eſcuſado mi enfado, y vos tuvierades ſatisfacion baſtante. Don Sancho, que querays, o no, emplearos en Flandes, ſirviendo al Rey, o en vueſtros paſſatiempos, ni que por mi reputacion eſtimeys vueſtros luzimientos, ni q̃ por la miſma cauſa, procureys

escusar favores y ayudas poco honrosas; en mi deto aqueſto à hecho tan corta reflexion, que pienſo que haſta aora no me à quitado el ſueño, quanto y mas reparado en que vueſtras deſordenes y baxezas, puedan obſcurecer mi eſtimacion: pero dexando eſto a parte, lo que yo ſe deziros al preſente es, que nunca los hermanos ſegundos, que tienen la mucha honra que vos blaſonays, pretenden de ſus mayores, licencias tan coſtoſas, ni gaſtos tan fuera de propoſito, antes deſſeando como nobles y honrados, que en ellos reſplandezca la grandeza de ſus progenitores, y cabeça de ſu caſa y linaje, o procuran executando lo que vos proponeys, aliuiarles de carga, o profeſſan alegres, tomando el habito de alguna Religion. Mas intentar lo que en vos reconozco, pedir hazienda, importunar por joyas, o enflaquecer con alimentos el mayorazgo, es muy contrario deſtos juſtos propoſitos, y muy ageno, de lo que viendome embaraçado en tan altas pretenſiones y gaſtos, deviera eſperar de vueſtra obligacion; mas no ſin cauſa, no ſin particular myſterio, à puesto el cielo en mi alma tan grande abilidad y contradicio

a uel-

a vuestras cosas, pues es llano, es certissimo, que a aver en esse pecho sangre de mi difunto padre, ni en mi faltara el natural afecto que os repugna, ni en vos el miramiento, que en tales causas os obligara a ser mi hermano, y no mi mayor emulo. Con esto, sin esperar otra replica, bolvio don Pedro furioso las espaldas. Y sin duda dexara interrumpida la proposicio de su afligido hermano; si el con desacostumbrada alteracion de tal respuesta, y mas de las finales razones della, no le tuviera de la capa: accion con que la sobervia de don Pedro, poniendose en mas colera, acabò de reventar, brotando el veneno de sus entrañas, entre afrentosas injurias; repitiendo sin termino ni juyzio, aquella ultima y vil resolucion, de que no era hijo de su padre, sino exceffo afrentoso de su honrado lecho. Soltole oyendo tan infames, tan nefandas razones, el pacientissimo mancebo, mas no con el sufrimiento y cordura, que hasta entonces avia mostrado, porque antes fue tan implacable la ira y furor que del se apodero, luego que oyò repetir mancillas, tan indignas y afrentosas, y que sus blanduras y humildades huviessen

alentado tan grave atrevimiento; que sin mas esperar, ciego y loco con pasiones tan justas, bolviendo:e a don Pedro empuñada la espada, en alta voz le dixo: Ea pues infame cavallero, yo soy contento de no ser vuestro hermano y pues al peso que me librays de tan justos respetos; me obligays juntamente a la defensa de mi honrada madre, callad la lengua, y avetajad los braços, en tanto que os la cortan mis manos; si bien serà vengança poca, respeto de la injuria; y repitiendo aquesto en un instante, aunque al principio don Pedro intento defenderse cõ libertades y palabras viles, y despues apretado con sus armas, siendo todo corta defensa, cubierto de su sangre, y casi hecho pedaços por las muchas heridas, se hallò en un punto sin sentido en el suelo.

Avian, quando los dos hermanos començaron su platica, apartandose sin sentir, tan a lo largo de la demas compañia, que casi este impensado acidente, les vino a hallar por lo mas alto y superior del Alameda, y gran trecho apartados de sus arboles; y con todo esto; no faltò alguna gente, que al ruydo de las espadas, y confusos gemidos de don Pedro, no

acu-

acudiessen bolando, haziendo yguál diligencia sus amigos, aunque unos y otros tan tarde, que ya estava dispuesto el mal recaudo, y don Sancho, rompiendo por los ministros de justicia, que nunca faltan en tales ocasiones, ya en parte con algunas espaldas, y ya dandole lado no huviesse en un momento desparecidose. Y fue el caso, que cogiendo la primera calle, hallando a pocos passos abierta la puerta de una grandiosa casa, arrojandose en ella, y cerrandola con una fuerte aldava, sin ser de nadie visto, asseguró algun tanto su temor, del qual recogido, pareciendole que el ruydo y concurso de la calle, era todo en su busca y seguimiẽto; sin reparar en lo que hazia, viendo una pequeña luz, al fin del zagvan, guiò azià ella, y hallãdo un cancel abierto, se entrò en la primera quadra; en quien durmiendo, y en mortal descuydo, mirò una esclava encima de unos caxones: cosa que le hizo presumir, aguardava gente de fuera, con que alentando el passo, sin mas considerarlo, de un aposento en otro, y de una sala en otra, y sin ser sentido de algunas personas, que a la confusa luz que entrava de la luna, por unas altas rexas, vio en diferentes le-

chos,

chos reposando; vino a dar con su cuerpo en unos largos y espacioſos corredores, y dellos en otro rico quarto, y sin comparacion mas adornado con precioſas colgaduras y diferentes aricos. Del qual (cosa que espanta, siendo de noche y con tan breve luz) salio a una galeria cubierta de tanto oro, assi de los marcos de diverſas pinturas, como de los follajes, y maçoneria de sus bovedas, que no echò menos a los rayos del Sol.

Estava toda la galeria a concertados trechos, llena de ventanaje, que caya a un ameno jardin. Corriola don Sancho brevemente, admirado tanto de su gracioſo adorno, quanto de ver que en la pared frontera de una puerta, se diviſava un reſquicio de luz; con que perdido ya aquel temor primero, no parando hasta ella, a penas la tocò, quando abriendola, se halló en una quadra, cuya riqueza y curioſidad, siendo admirable, interrumpio algun tanto, el verse en un instante salteado, y hecho salteador, de la mas notable aventura que hasta entonces vieron sus ojos. Quien le dixera a aqueſte cavallero, que en una noche tan rigoroſa y llena de peligros para su vi-

da,

da, hallara tales desenfados y alientos. Por cierto los acaecimientos de los hombres son notables, y la providencia superior que los gouierna, assombro digno de toda reverencia y estimacion; verase cuerdamente este infalible efeto, antes que demos fin a nuestra historia; y assi bolviendonos a ella, digo, que aun no avia don Sancho puesto los turbados pies en aquel aposento, quando impensadamente se vio ofuscado, y casi sumergido entre los blandos rayos de unos divinos ojos, y esto con tanta fuerça y enagenacion, que en buen espacio no pudo discernir, en que realmente la verdadera luz que alumbrava aquel puesto, era una blanca vela, que un candelero de plata, bufete de lo mismo; dava alma a un libro, en quien leya aquel abjecto hermoso que le tenia suspendido. El qual viendo tan temeroso acaecimiento, queriendo dar vozes, a la primera despertò a don Sancho, que reconociendo su peligro, si aquel Angel alborotava la casa (que hasta entõces aun dudava fuesse muger mortal) acercandose al preciso lecho en q̃ estava acostada, procuró suspender su temor, allegurãdola como mejor el sayo le dio lugar;

si

si bien importara poco esta diligencia, si abriendo mas los ojos, no repara el daño, y acudiera con descorteses muestras y amenaças al remedio, con que la triste dama, eclypsado el mas hermoso rostro que miraron mortales, estando casi muerta, huvo de reprimir su voz, començando, viendose en tal aprieto, un muy amargo llanto, que enterneciendo nuevamente el pecho de don Sancho, no escusò el mitigarle; satisfaciendola, con dezir en la forma siguiente el origen y causa que le avia traydo. Mucho siento señora mia (y tanto como el peligro que a vuestra casa, y a daros este enojo me reduxo) la passion con que os miro y considero, por tantos caminos temerosa, de ver, y con razon, hombre no conocido y a semejantes horas, en tal puesto; mas el aprieto y riesgo de mi vida, y la natural defensa suya, me obligò, a que viniendo huyendo de quien desseava quitarmela, y hallando esta casa abierta me valiesse de su sombra para mi receptaculo y custodia; con que de un aposento y quarto en otro, è llegado hasta aqui, anhelando siempre por quien pusiesse con seguridad y salida secreta, limite a mis cuydados, y nunca é dessecu-

cubierto, hasta ver este milagroso portētor persona a quien recomendar mi necesidad y afliccion, y assi piadosamente pudiendo darles el remedio que pido, os suplico por su execució, pues seguramente podreys creer, que ni mis riesgos an buscado otra causa, ni el noble ser q̄ tengo, aunque vos le ignoreys, me la permitira emprender.

Avia estado el tiempo que duró esta breve platica, considerando, aunque temerosa la gētil dama, el rostro grave, la persona bizarra, y la compostura y discrecion de aquel hombre que la estava hablando; y paretiēdole no aver visto en sus pocos años tan grande perfecion, poco a poco, haziendo juntamente sus partes, la blandura de sus razones, la piedad de sus ruegos, fue perdiendo el medroso desvelo; y resolviendose a favorecerle, sacandole del presente peligro, con mejor semblante le respondio, que ella le pondria en salvo, y que mientras para hazerlo se vestia, descansasse, consolado de aver llegado a casa que por dos, o tres puertas, podian darle el seguro que buscava. Serian en este tiempo las doze de la noche, y assi al dexar de Moytines, tirando las corti-

nas

nasta su cama, brevemente salio vestida de un faldellin Frances, ropa de levantar, y una y otro de precioso tabi; que no poco aumentavan sus visos y reflexos, a la secreta fuerça de los hermosos ojos de su dueño, cuyo talle bizarro, aunque al parecer de no diez y seys años, era sumamente gentil. Abrio con esto otra segunda puerta de su quadra, y siendo guia a don Sancho, baxando un caracol, dieron en el jardin, que arriba dixe, cuya fragancia, tanto como las sombras y bosquejos que de sus quadros, cenadores, altas paredes, y doradas rexas, descubria la luna, dexaron al mancebo en larga admiracion: mas sacole della, el ver que acercandose a una, que a su parecer, y segun el desatiento que traya saldria al campo, siendo la verdad que no correspondia sino al Alameda, aunque a distante sitio del de su pédencia, llamandole la dama le dezia, advirtiesse el gran alboroto, que sonava, quiça efetos de su misma ocasion, y que assi le parecia suspendiesse el proposito, hasta mas sossegarse. Obedecio don Sancho este consejo, y juntamente la siguio a un hermoso cenador, adonde sentandose los dos, a ruego de tal huesped,

por

porque ya con menos miedo le mirava, con-
tò sin nombrar los sugetos(digo à si, y a su her
mano)todo el succsso referido.

No escuso en aquesta sazon el suspender
mi historia,a una breve consideracion,pues es
sin duda que a no dexar diferidas las muchas
que pueden ofrecerse, fuera poner en contin-
gencia la verdad, y no facilitar sus repugnan-
cias; porque realmente no dexara de parecer
terrible confiança,o suma libertad,la que có-
tèplo en esta hermosa dama,de quiẽ si ya por
los requisitos,grandeza y esplendor conq̃ la è
pintado,queda desvanecido el ultimo defeto.
Toda via el primero arguye poco juyzio, y
menos experiencia, pues le fuera mas facil a
no ser esto assi,el llamar a su gente,y hazer po
ner en cobro aquel hõbre, q̃ animarse a exec u
tarlo por si sola,con tan disculpable materia a
qualquier excesso. Esta objeciõ a mi ver no pè
queña, à suspendido muchas vezes la pluma,
hasta que mas atento di en la escusa que mas
verdaderamente pudo favorecerle. Porque
es creyble,q̃ la afligida dama viendose entre
los terminos,cõsiderò profundamẽte,que del
llamar sus padres, o criados, venia a incurrir

en

en una irremediable y evidente sospecha, y por el consiguiente, en el daño mayor que podia temerse: porque es caso certissimo, que hallando en su aposento hombre de tales prendas, ni su honestidad dexara de quedar en opiniones, ni su fama en terrible detrimento, y assi con mas prudencia que prometian sus pocos años, eligio el menor riesgo, fiandose de aquel q̃ por el mismo suyo avia de callar qualquier frascaso, antes que delos muchos criados, que a sus vozes era fuerça acudiessé, a demas que tampoco don Sancho, temiendo su peligro, se lo permitiera ni escusara el estar muy sobreavisado, con que ciertamente ella segun el estado presente, avia elegido buena resolucion, si como en este cavallero resplandecian muchas y grandes excelencias, huviera la abstinencia y castidad sido de semejante numero: mas porq̃ se conozca lo flaco y debil de nuestra ruyn naturaleza, y quan poco deve nadie fiarde de su esfuerço, sin ayuda y favor del cielo, por mas ajustado que nos parezca, y de mas perfecciones y virtudes: dire deste, a quien con general estimacion y aplauso, dava Sevilla el titulo de mayores requisitos, teniendole por espejo de

su

su juventud, por exemplar virtuoso de sus costumbres; la facilidad de su caÿda, el defeto q̃ ocultava en su pecho, y la ruyna, que causò su inconstancia; pues quando mas pudiera lamentar su peligro, assi precipitado y ciego, le dexava despeñar en otros nuevos, y en su tanto mayores. Llorò tierna y amargamente la verdad de su costosa experiencia la hermosa dama, de cuya vista rendido torpemente, apenas acabò de contarla su historia, quando valiendose de la ocasion que mas deviera agradecer, atrevido y descompuesto, la dexò sin honra: cosa que no sè como en medio de tan grandes cuydados y temores, pudo emprender un hombre de razon. Ello en fin passò assi, quedando en el de su lacivo intento, la forçada señora desmayada, y el tan arrepentido y afrentado (efeto de su yerro y pecado) que sin tener animo, ni cara para esperar las quexas lastimosas, que el caso prometia, subiendo de una rexa a las almenas del jardin, a todo riesgo de matarse, o dar con la justicia, se dexò derumbar; y encogiendo el buelo, sin atender a tomar siquiera alguna muestra, o señas de la casa, en quien avia executado semejante destroço, se metio

en la ciudad, atravesando calles, y cruzando plaças: y librandole su fortuna de tratos, como le buscavan, llegò en salvo a la puerta de dos grandes amigos suyos mercaderes Flamẽcos, y hermanos, de los mas poderosos y ricos de Sevilla, adonde avien dole sus criados conocido, y siendo avisados, salieron a recebirle con entrañable amor. Contoles brevemente su desgracia, y como entendia quedava en ella muerto su hermano; y juntamente les pidio le amparassen: razon, que sin encarecimiento, estimaron en mas que el mayor acrecentamiento de sus tratos y hazienda: y assi sin temor de su daño, gratos a la eleccion y confiança, desde luego encargaron la importancia de tal secreto a la familia, y agasajando al huesped, le hizieron cenar y reposar, hasta el siguiente dia, que con dissimulacion y cordura, hechos exploradores del sucesso, y estado de don Pedro, entendieron, que el aun no avia buelto en su acuerdo, y que las justicias del Audiencia, y Assistente, buscavan el matador con tanta diligencia, que tomadas las puertas, los passos, los caminos; no dexavan piedra en sepulchro, ataud, ni bovedad, cuyos

huesped

huessos no rebolviessen, ni secreto lugar, Iglesia, y Convento, que una y muchas vezes no trastornassen, e inquiriessen, sin perdonar las casas de sus deudos, amigos, y allegados: los pregones eran temerosos, las amenaças terribles, y en fin todo era rigor, todo apercebimientos y cuydado; si bien en sus nobles pechos antes aumentaron con esto nuevos desseos de acudir a su huesped, favoreciendole, o muriendo en la empressa: y realmente ellos anduvieron tan generosos en el discurso de su determinacion, como oy reys, y santo, que a no tener yo larga experiencia del aliento y despejo, con q̃ emprenden semejantes acciones los nobles de aquella belicosa nacion, dudara de escrivir la que tenemos entre manos.

Finalmente, aũque por el desaffolsiego de don Sancho, quisieran encubrirle tan graves prevenciones, no pudieron, viendole que importuno desseava salirse luego de Sevilla; y assi advertidas tales dificultades, huvo de reprimirse, y dexarse governar de sus buenos amigos; a quien es muy puesto en razon, demos tan hóroso titulo, pues considerada la ocasion en que se mostravan, a qualquiera menos

fino en quilates, hiziera, como dizen, temblar la barba. Era don Pedro de Castilla, como avcys entendido, uno de los grandes y calificados cavalleros del Andaluzia, y esto junto con el riquissimo Mayorazgo de que era dueño, no obstante su condicion sobervia, le tenia puesto en estimacion y predicamento grandissimo; a demas que aunque toda la ciudad disculpava a don Sancho, cierta (aun ignorandose lo secreto del caso) de que huviesse indigna y afrentosamente sido irritado a semejante excesso: como quiera que la justicia tiene obligacion a proceder por diferentes terminos, y puesto en sus processos y preambulos, sonava el matar un hermano a otro, fea y detestablemente, y mas por materias de hazienda; es sin duda, que a caer en sus manos, la cabeça del reo corriera notable riesgo. Estava aun hasta entonces don Pedro sin sentido, acrivillado con horribles heridas, desangrado, y en evidente peligro de morirse; porque aunque sus amigos le acudieron con priessa, como todo fue tarde, ni el restañarle brevemente la sangre q̃ perdia por tantas bobas, fue parte a que dexasse de verse casi en los umbrales de la muerte:

aunque

aunque ſiendo el cielo ſervido de que al ſegũ-
do dia bolvieſſe en todo ſu acuerdo, las eſpe-
ranças de ſu hermano ſe mejoraron: y aun las
diligencias, y prevenciones de la juſticia hizie
ron pauſa: y aſsi en ſabiendoſe eſta buena nue
va, ſe acudio a ſu declaracion: porque haſta a-
quel punto, con ſu deſfallecimiento, todo fue.
a ciegas, y por conjecturas en lo eſcrito. Hi-
zola el herido don Pedro, verdadera y fiel: y ſi
fue a ſu peſar, cierto ſeria temer la eſtrecha
cuenta, que ſegun el peligro, le eſtava amena-
zando: y aſsi tomando fuerças el credito y o-
pinion de ſu hermano, en breves dias (aſſegu-
rado de ſus nobles amigos, y llevando a delã-
te el preſupueſto que tã gran quiebra avia oca
ſionado) ſe embarcò en una Vrca Flamenca,
con tan diſpueſto avio, que ni ſus padres viviẽ
do, ſe le ordenaran mas rico y regalado. Hi-
zieronle bizarros veſtidos, plumas viſtoſas, ga
las de ſoldado, y coſtoſa ropa blanca: y junta-
mente le dieron quinientos eſcudos, y letras
para que ſus agentes le acudieſſen al mes con
otros cincuenta, y con tanto, y cartas impor-
tãtes a ſus deudos y amigos, le embiaron a
Ambers. Buenos amigos erã eſtos de don Sã-

cho: no pienso que estos tales se hallaran oy en el mundo: y aun sospecho, q̃ entonces no se inclinassen tan fuertemente menos, q̃ compelidos de alguna favorable simpatia. Que desde este punto mostro piadosa su invencible poder en quantas acciones, passos, y movimientos executò don Sancho; el qual puesto ya en aquellas Provincias, a pocos dias su generoso y gallardo espiritu se hizo bi̇ conocer, assi de los naturales, como de la milicia belicosa, que a la sombra del excelente Duque de Alva cõtrastava la fuerça de los alterados Payses.

Mostrose tan cortès, tã llano, y socorrido el valiente Andaluz, que no avia en el exercito, Principe ni señor que no le honrasse, ni soldado de estimacion, que no se preciasse de su lado y posada. Llegò esto a noticia del Duque, y como la virtud del animo puede mal encubrirse, assi desseando en don Sancho salir a luz, en las primeras ocasiones que le empleo, que fue la toma de Mons de Enão en sus assaltos, arrastrando una pica la enarbolò el primero a pesar del cõtrario, en sus mismas almenas; y prosiguiendo tan honrados principios, despues en diferentes trances hizo ygual experiẽcia,

cia, y en la famosa rota que se dio al enemigo, prendiendo a su General Mons de Genlis, el fue quien aclamando la vitoria, anticipò el sucesso, y quien mediante su esfuerço y valêtia, en aquel memorable Esguaço de Targoes singular exemplar para el de Cinquizea, dio a España honor eterno, y a lo restante de la tierra con semejante hazaña, admiracion, y espanto: y este fue assi mesmo, quien en singulares y peligrosos desafios, por la preeminencia y honra de su naciõ, saliẽdo victorioso, la dexò en yguales respetos y opinion que el Portugues Viriato; y ultimamẽte el fue quien, y por quien los exercitos del Duque, vivian quietos, pues en la variedad de sus compuestos, fue siempre la absolucion de sus duelos y dudas, el montante de sus pendencias, amparo de sus riesgos, remedio de sus necessidades, y el amigo y compañero de todos. Con que no solamente vino a hazerse amable y famoso en aquellos Payses, sino en toda España, adõde aviendo llegado por diferentes medios al Consejo de Guerra sus servicios, y por el consiguiente a los oydos y noticia de aquel potentissimo Principe, y Monarca Felipe II. prudente apreciador de

rales meritos, desseò mucho verle y remunerarle, segun su grandeza, y assi lo dio a entender, remitiendole por su medio del Duque, un habito de Santiago, ventaja, y conduta de cavallos; en cuyo ministerio, aviendo servido algunos años, no con menor aplauso, antes con nuevos casos y dichosos sucessos, aumentó su opinion, y el amor y agasajo del excelente Duque; de manera, que sabiendo el desseo y gusto de su Magestad, con el primero aviso conveniente a su calidad, se le embiò a España; en quien, y particularmente en Sevilla, estava su fama estendidissima: porque los dos amigos Flamencos, con quien siempre fue su correspõdencia, y amistad en aumẽto, no dexavan perder lance ni suerte, con que no aplaudiessen la ciudad, y con que ella no se engrandeciesse y alegrasse, dandoles el plazeme: no obstante, que para don Pedro su hermano que ya estava sano dẽ las heridas, aunque con sus cicatrices y costuras, manco, y disforme; eran semejantes nuevas, mortales flechas que atravessavan su alma. Avia el odio y rencor envegecido con su acaecimiento, y juntamente con el dolor continuo, que cada dia mirandose al espe-

jo,

pejo, le refrescavan las señales del rostro, endurecidose en su alma de suerte, que ningunos respetos bastaran a reconciliarle con don Sancho; el qual tambien, por su parte aumentando esta pena, cõ poderes que remitio a sus dos amigos, avia fomentado el pleyto de la hazienda que le tenia usurpada, y de los alimentos pretendidos; y aunque bien defendido, diligenciandolo con larga mano tales agentes; y por otra parte cartas y favores del Duque, y sobre todo su justicia; tuvo tan buen efeto, que en todas instancias condenaron a don Pedro en la restitucion, frutos y reditos de lo uno, y en mil y quinientos ducados de alimentos, cõ que se fue allegando tan gran suma, que le fue bien preciso, para su recompensa estrecharse en sus gastos; y aun deshazerse de sus mejores joyas y preseas, porque obstinado y terco, no quiso que de mano de su hermano le le hiziesse en la paga, la mucha comodidad, que le ofrecieron los dos amigos. Con esto don Sancho se vino a hallar con mas de treynta mil ducados, y sus alimentos, gajes, y habito. Y don Pedro lleno de mil ponçoñas, y aunque empeñado, contento en parte por ver que su casa-

mien

miento por tantos años pretendido, y desseado andava ya en terminos de concluirse. Avia en tal particular, corrido con diferentes rumbos y accidentes: ya unas vezes con prospera fortuna, y ya otras con tormentas, y borrascas deshechas.

Dixose casi generalmente en Sevilla, que la honesta y hermosissima Floriana, desde la noche, que don Pedro fue herido, no se le mirò el rostro alegre; y inquiriendo motivos, unos juzgavan su tristeza respeto de las defetuosas cicatrices, y otros, por la arruynada mengua de su empleo. Y si va a dezir verdad, de la ocasion redundavan sus mayores sentimientos, y con tan grande estremo (bien que guiados por desiguales y secretos caminos) que no queriendo admitir ninguno de los muchos y aventajados casamientos, que se le proponian, los mas dellos perdida la esperança, y ofendidos de su ingratitud, disistiendo en su pretension, dexaron perseverante en ella a su primero amante; con quien (aunque naturalmente le aborrecia su afligida madre) a falta de buenos, huvo de ponerse en platica. Sentia entrañablemente la noble viuda con-

considerar su hermosa hija en edad de veynte y cinco años, y que aun en ellos su abstera y desdeñosa presumpcion la huviessen puesto en termino incasable: y por la misma causa despintádosele graves y altos sugetos, q̃ a averlos ella apetecido, lo menos fuera tener entóces un titulo su casa; y a demas desto conociendo sus resoluciones y tristezas continuas, no tenia por buẽ medio apretarla, ni persuadirla cõ mayores violencias, juzgando, q̃ si las emprendiesse le meteria en algũ Convẽto, como diversas vezes avia intentadolo, con q̃ perdida la esperança de succesion en su casa y herencia, no solo contava por perdida la grandiosa hazienda sino por desvanecido, y deshecho el fruto q̃ por tantos tiempos avia sido de todos los suyos desseado. Tales y tã justos temores la trayan cuydadosa, y no sin alguna sospecha, de q̃ segun lo que se dezia del sentimiento, de las heridas de don Pedro, huviesse la antiguedad y continuacion de sus porfias, hecho en su hija algun aficionado efecto: y assi sin cũrarse de las grandezas a que siempre aspirò, desseava aora que ella se declarasse, y que don Pedro no se arrepintiesse.

En

En tales terminos andavan estas cosas, al tiempo que don Sancho honrado de los Grandes de España, y al lado de algunos, que por su mucho valor le acompañaron; entrò a besar la mano a su Magestad, de cuya Real presencia agradablemente recebido, salio con una Encomienda de tres mil ducados. Dixose, que con alguna singularidad avra admirado la valiente persona de don Sancho, con que bastò a estenderse, aun hasta Flandes, aquel grave concepto; tanto era poderosa qualquiera accion, o movimiento deste Principe, el qual no contento con mercedes semejantes, aviendo de embiar a Sevilla un personaje de su casa, q̃ fomentasse el efecto de cierto servicio que assi aquella como las demas ciudades de sus Reynos, le avian concedido en forma de donativo para los gastos de sus continuas guerras, sabiendo quan bien quisto, y mirado era don Sancho en ella, le mandò proponer su voluntad, y el servicio que recebiria, siendo el quien lo dispusiesse; cosa que estimò el buen cavallero como era justo; y assi alegre obedeciendo al punto, tan solo replicò el inconveniente, que de las heridas de su hermano, y del caer con el en

otros

otros mayores; podia recrecerse, para que su Mageſtad informandoſe de la verdad, y circunſtancias del ſucceſſo, puſieſſe en ello el remedio que fueſſe ſervido. Hizolo como ſe le pedia el prudente Principe, y enterado baſtantemente, aſi con la noticia del caſo, honrò mas a don Sancho; y no ſolo mandò eſcrivir a las Iuſticias, ſino que aſsi miſmo le dio ſu Real Cedula de amparo y ſeguro. Y aunque ſegun ſu arriſcado eſpiritu, deſta ſegunda diligéncia juzgò don Sancho poca neceſsidad, toda via conociendo el guſto de ſu Rey, le eſtimò por favor notable; y con tanto ſabiendo ſu yda, generalmente regozijada, previno la ciudad, o ſu mayor parte, un gran recebimiento: de ſuerte, que a la entrada no quedò cavallero, mercader, ni oficial que no le acompañaſſe y aplaudieſſe, haſta ſu poſſada, que fue la miſma de los nobles Flamencos ſus amigos. A donde aderençada ſumptuoſamente, fue apoſentado, y con tanta mayor grandeza, que lo pudiera ſer en todo el Reyno; porque ademas de la ineſtimable y preciosa voluntad con que era admitido, el poder y riqueza de los dos hermanos, era el mas cierto credito de la Europa. En fin,

don

don Sancho tomando desde luego con fervor particular, el beneplacito de aquel magnifico ayuntamiento, dio principio al intento para que le embiavan, y prosiguiendo en el con prudencia y cordura, no solo grangeò los animos a cumplir la promessa ofrecida; sino que por su amor y respeto la adelantaron a porfia, y de suerte que su Magestad se tuvo por tan bien servido quando lo entendio, que le mandó dar buen acostamiento, y acrecentar los gages, y ventaja.

Las fiestas que en este interin le hazia Sevilla, eran por otra parte tan continuas y alegres, que pocos dias se passavan, sin que o ya en una plaça, o ya en otra, se corriessen toros, o dispussiessen diferentes regozijos; entre los quales sus dos caros amigos, no queriendo en alguna demonstracion quedar cortos, trazaron a su usança un alegre festin, en quien hallandose particularmente lo mejor de su nacion, no quedò dama en Sevilla de calidad, y cuenta, que ya de emboço, o descubierta, no le honrase con su presencia. Huvo en el notables aventuras, ingeniosas letras, invenciones y mascaras: y sobre todo un hermoso teatro,

infinito de bizarros emboços, q̃ sin dexar los mantos y el secreto, dançarõ admirablemente sacando muchas vezes al gallardo huesped, digo a don Sancho, blanco y fin desta fiesta: el qual hizo en tal noche ygual muestra de sus gracias y gentileza. Entre las damas que dançaron con el, dos solas fueron las que aventajando a las demas, pudiera su despejo dar embidia al sol mismo, si bien la una no admitio ygualdad, porque en los circunstantes, no huvo quien le negasse el premio justo, y vitoria conocida. Desta dama pagandose mucho el galan don Sancho, con singular afeto procurò conocerla, aunque de aquel desseo y aficion le libro facilmente uno de sus amigos, diziendole como era la hermosissima Floriana, y hablandole mas claro el famoso desden del Alameda, sugeto que segun estava publico, seria muy presto esposa de su hermano, cosa que escandalizo en oyendola a don Sancho; de suerte, q̃ aun con hazer encima de su cuerpo mil cruzes no le parecia bastante muestra para el sentimiento de su breve desseo, tanto estimó siempre a su hermano, que ni con tales rompimientos perdio un punto el decoro a su obligacion;

empe,

empero sacole de aquesta suspensió el ver que la otra dama, que avia dançado con el, aviendosele acercado dissimuladamente, brindava con sus hermosos ojos, y alguna inclinacion su voluntad, con que no rehusando el embite, en honesta conversacion y platica, gastaron lo q̃ duró el sarao, en cuyos fines dexando concertado verse otro dia en parte mas segura; despidiendose alegres, y quiça alguno de los dos engañado, se fuerò a descansar a sus posadas. Haseme olvidado advertiros, como el agraviado don Pedro, sin tratar de otra cosa que de su casamiento, el qual andava en terminos de concluyrse, estuvo retirado en su casa, sin parecer, ni ser visto fuera della, todo el tiempo que a su aborrecido hermano festejava, y aplaudia aquella opulentissima ciudad; con q̃ entendido su recogimiento por don Sancho, noble y generosamente afligido, fue apriessa previniendo su jornada, y aun muchos dias antes de lo que tenia pensado, y uno dellos, que fue el siguiente al del festiò que è dicho, estando la tratando y disponiendo, siendo ya despues de comer, entrò un page que le traya un papel, que sin quererle dezir su dueño, viendo

que

que esperava respuesta, sin apretarle mas, para darsela, abriendole, leyò en ellas razones siguientes.

Si la ocasion de anoche fuera mas a proposito, procurara hablaros muy de espacio; porq̃ esto à muchos dias que lo desseo; mas consolãdome con tan breve remedio, su execucion, remito a las ultimas horas desta tarde, en quiẽ os suplico, que solo me espereys junto a san Diego, adonde en tan buenas soledades, serè puntualmente en un coche con vos; y porque de vuestra fama y valor puedo prometerme mayores empresas, no os encarezco cumplais mi voluntad, seguro de que la deveys mayor merced. Dios os guarde.

Muy alegre acabò de leer este villete don Sancho, y presumiendo al punto, que segun el concierto, era de aquella dama, con quiẽ quedo aplaçado, despidio el mensagero, diziendole, que cumpliria sin duda la salida, y el modo con que se le ordenava; y assi no discurriendo mas en el caso, apretando la siesta se retirò a dormir.

Aun no del todo yva el sol de cayda, quando pareciendole hora para lo prometido, subien-

dò bolver don Sancho a sus criados, y quedãdose cõ un solo lacayo en llegando a la puerta de Xerez, se apeò, y mandandole que alli le aguardasse; passò adelante hasta el mismo Convento de San Diego, si bien en todos sus contornos, ni aun en aquel estendido campo descubrio coche alguno, con que pareciendole q̃ avia acudido algo temprano, començo a passearle, con determinacion de esperar fielmente hasta la noche: mas a pocos passos casi en un mismo punto, vio assomar azià la puerta de Xerez un coche de quatro cavallos, acompañado de quatro, o seys criados y gentiles hombres, que con su vista templaron el contento, que si viniera sin ellos le aumentara; y por las tapias y huerta de San Diego, otros quatro robustos mancebos, que poco a poco acercandose a el (que de lo sucedido estava bien agena) en llegando a postura sin hablar palabra, sacando las espadas, le envistieron, y con tan grãdes impetus que a no averlo con hombre tan experimentado en tales refriegas, fuera cierto el llevarsele en los primeros golpes, mas hallaronle, aunque desuydado, tan en si, que como si estuviera prevenido qual otro Alci-

d. s/

des, se rebolvio entre todos: pero sin duda alguna su esfuerço y animo suplieran mal el impensado aprieto, porque demas de hallarse muy desnudo, los que le acometian venian tan bien armados y seguros, como el hecho requeria, y assi abriendose de pechos, hazian el caso de sus puntas, que si tuvieran una trinchea delante.

Ya el, en este medio conociendo la evidencia del daño, a fuerça de destreza sustentava la vida; aunque no sin algunas heridas, bien que no corrian poco riesgo sus contarios; porque desseando el vengar su muerte, arrojandose entellos, tenia ya al uno atravessada la garganta, y tendido en el suelo, con que apretado rabiosamente de los compañeros, viendose en la ultima perdicion, huvo de retirarse a las cercanas tapias, y assegurando en ellas las espaldas, pudo entretener su final gemido algun pequeño espacio; que este fue el que tardò en acercarse el coche, y en ser reconocido de dos damas tapadas que venian en el, las quales advertido su aprieto, con turbacion notable y mayores vozes, mandaron a sus criados que le favoreciessen. Hizieronlo assi

en un punto: porque ademas de ser seys, eran todos hombres de verguença y respeto: ayuda tan milagrosa, como bien necessaria, y conociose presto, pues a pequeños lances desistieron los contrarios de su empresa, y tan mal parados y heridos, que los dos corrieron en los mismo terminos que el que quedava agonizá do. No ay encarecimiento que signifique bastantemente, el agradecimiento de don Sácho: y assi, aunque mal herido, reconocié do la parte de donde le viniera el socorro, no parò hasta tocar los estrivos de su coche, en quien hallò dos mugeres, como è dicho, tapadas, que viendole tal, y casi desangrandose, con mayor sentimiento del que creya; le forçaron a que entrasse en el; y assi por verse yr desmayando, quanto por el riesgo que podia accarrearle el hombre que quedava muriendose; sin esperar a oyr de su boca la ocasion de su alevosia, juzgando que sin duda la dama del concierto y villete, la huviesse fomentado, y aun passando le por el pensamiéto, que fuesse la misma que burlò la noche funeral de su desgracia; teniendo en mas averse librado, obedecio a las que entonces devia tan buena suerte; aunque tan

flaco

flaco y sin alientos, respeto de la sangre vertida, que al arrojarse en el estrivo, juntamente se quedò desmayado en el regaço de las piadosas damas; las quales con nuevos sentimientos, y lastimas, mãdaron que por la puerta de Carmona, diessen a toda priessa buelta a la ciudad; como en fin se dispuso, y con tal brevedad, que con hallarse bien lexos de su casa, antes de anochecer estavã en ella, dó Sancho curado, y restañada la sangre; aunque a poco rato bolviendo en si no sin grande admiracion, se hallò en un precioso lecho rodeado de venerables dueñas, y aun de hermosas dõzellas, no obstante que las que le truxeron a semejante alvergue, no le parecio segun las señas, que estuviessen en toda la quadra; con que estrañando a las demas, preguntò por ellas, y juntamente quiso saber a donde se hallava, y si sus huespedes y amigos avian sido avisados de su desgracia: mas como a nada desto para responderle tuviessen licencia, viendole que muy penado insistia en ello; y que por entonces no convenia dezirselo, poco a poco se fueron levantando, y dexandole solo; y con tan grave confusion y desassosiego, que si hallara

sus ropas infaliblemente se vistiera, y saliera de dudas; empero con todo esto mas se le passaron de dos horas que saliesse dellas, gastando aquel espacio en discurrir, pensar y maquinar sobre el negocio que tenia entre manos, haziendo con su indispolicion y melancolia, discursos tan desvanecidos y trilles, que el mejor fue juzgarse por vendido; y assi, o ya presumia, que las damas del coche fuessen las mismas del villete, y quien sacandole con su traça al matadero, viendole en el defender su cabeça, trocando la hoja, avian assegurado su castigo con el segundo engaño, trayendole a aquel puesto, para mejor vengarse; o que si este disparate mal pensado no fuesse, el tiña duda estava en poder de don Pedro su hermano, y enemigo mortal; y assi vacilando en uno y otro destino, viendo que la noche se alargava, bolviendo a la rema de querer vestirse, con nueva furia se levantò del lecho, y no dexò en todo el apolento lugar alguno, que buscando sus vestidos y espada, no trastornasse, hasta que oyendo de la parte de afuera el ruydo que sobre aquello hazia, que quiça de intento esperaffen aquel punto, o que por otra

causa

cusa lo huviessen dilatado; abriendo con ruydo una pequeña puerta, recogiéndose á su cama don Sancho, vio que por ella entrava una muger en cuerpo de hasta veynte y cinco años, pero tan hermosa y gentil, que aunque el en tan diferentes provincias avia visto sugetos biçarrissimos, todos respeto del presente, le parecieron bosquejo, o negras sombras; con que suspenso a tan peregrina vista retratada en sus ojos, espero lo que acercandose a su lecho le dezia.

Traya la graciosa dama, vestidos solamente los ultimos arreos, digo, pretina y faldellin de una tela tan rica, que solo sus reflexos pudieran dar luzes a la quadra; el tiempo era Verano, la hora muy cerca a media noche, y assi el venir tan ligera, se pudo atribuyr a estas razones, si bien no entendiendo el herido en tales circunstancias, mas sossegado recorria su memoria, y atentamente mirando aquel divino rostro (aunque como entre sueños) se le antojava averlo otra vez visto. En este pensamiẽto sumergido le cogio la dulce voz de aquella dama, q̃ con halagueño semblãte, y no sin alguna verguẽça y turbacion le pregũtava

como se sentia: a que sacando esfuerço de flaqueza, la respòndio don Sàcho de aquesta suerte: Aunque mis heridas fueran mas peligrosas, no es posible que amparado de tal sugeto dexe su dueño de recobrar muy presto la salud perdida; y assi hermosa señora, si el aver conocido vuestra piedad puede escusar en mi nuevos atrevimientos, encarecidamente os suplico me digays en que prision estoy, o quien es el Peregrino Alcayde q̃ me guarda; porq̃ si como sospecho es el que miro, inmortales quisiera fueran estas heridas, pues alargandose su cura, juntamente se dilatara mi cautiverio, y el gusto inestimable de vuestra compañia.

No encareceys covarde, respondio la bizarra dama, vuestros pensamientos, si como sabeys digerillos con palabras ygualarades a su execucion con las obras, mas ya es propia galanteria de los hombres, prometer grandes cosas a las pobres mugeres, y cumplir despues lo que frisa mejor con sus desseos, y aun con sus torpezas y apetitos. Yo estoy, señor don Sancho, muy desengañada en lenguaje, y lisonjas semejantes, y assi tambien podreys vos escusarlas, creyendome por cierto, que a no tener

lo

lo que menos desseo, que es algun accidente, en vuestra salud, que no escusara el absolver vuestras preguntas facilmente; porque no obstante que lo apresure vuestro mal conocimiento, en mi conmigo puede mas el cuydado que è dicho, y la cura de que por agora tanto necesitays. No á de ser esso causa replicò el sospechoso cavallero, para que por mas tiempo me permitays estar confuso; porque ni el acha que presente es inconveniente, que importe a un hombre que à passado por otros inumerables y semejantes peligros, ni mi paciencia y sufrimiento podra mas tolerarse, sin precipitarme primero por aquessas ventanas: fuera de que os asseguro y certifico, que ni aun caer se sobre mi aquesta casa me ocasionara mayor turbacion y disgusto, que el negarme lo que os è suplicado, y vos deveys hazer por no ponerme en desiguales riesgos. Desta suerte, alterado replicava don Sancho; quando sentandose la dama encima de su lecho, advirtiendo con su sospecha tan terribles razones, sin poder reistirlo, començo, sino a verter menudo aljofar de sus ojos, almenos un liquido cristal en vez de lagrimas; de cuya novedad mas ad-

mira-lo

mirado, queriendo proseguir menos colerico, le suspendio el ver q̃ la llorosa dama, embueltas entre ardientes suspiros, pronunciava estas dulces razones: Es posible amado señor mio que assi tan por la posta, como agora reconozco en vuestro olvido, passaron en esse noble pecho los sucessos amargos, que ya tuvistes en esta triste casa? y es posible que con tanta crueldad os ayays perſuadido a despedir del coraçon, del alma, una muger, que en esta misma quadra, en este mismo lecho, no ha diez años que hallasteys descuydada del miserable fin, que hallò su honra entre aquessos braços? y es posible señor, que assi los cavalleros trataran tales mugeres, y que sin acuerdo de vuestra obligacion, ayays dexadome llegar a aquestos terminos de tristeza, y edad, sin gusto, sin consuelo, y sobre todo, sin remedio, è incasable; siendo yo aquel sugeto a quié para su esposa pretendieron tan grandes personajes, tantos titulos nobles, y tantos poderosos cavalleros? como, y que esto permitan los cielos que nos oyen, y el mas cortès y virtuoso de los hombres, y que a tan largo llanto, a tan continuas lastimas y ruegos, no se ayã

con-

condolido los unos, ni enternecido los otros? compadeſcanſe pues, en eſta alegre noche, a-legre porque os gozan eſtos ojos, de quien aunque forçada ſoys el dueño, ceſſen pues mis deſdichas, ſueldenſe ya mis males, y mi-ſerias; para vos me eligio el cielo, para vos à guardado la mas eſpantoſa maquina de ha-zienda, que haſta oy vio la Europa, gozalda pues, querido ſeñor mio, deſpendan mis rique-zas eſſas manos, ſi vanos de eſplendor, deſ-pues de tantas fatigas; y ſi ya mi triſte deſven-tura, mi contraria ſuerte, a tan fuertes razones a obligaciones tales, cerraren por mi mal eſ-ſos oydos; rendida eſtoy a vueſtros pies, vueſ-tro gusto obedezco, vueſtro guſto adoro, y cũ plirele con acabar llorando la necia confian-ça que hize de vueſtra fe, el credito que di a vueſtras palabras, y la piedad que por ſalva-ros uſe tan à coſta de mi honra. Mas ſi eſto aſsi quereys, ſi eſto os parece juſto, almenos ſeñor mio, no quede aſsi la hazienda de mis padres, no quede no, ya que yo me è perdido, al alve-drio de mis deudos, a la diſtribucion de alba-ceas; tratad ſi quiera de q̃ eſte retrato vueſtro (y ſin paſſar adelante, levantandoſe, y llegãdo

a la

a la puerta por donde avia entrado, bolvio tra yendo un Angel de la mano, un hermoso ra- paz de hasta diez años, y prosiguio su razon tornando a repetir) que este retrato vuestro, este cósuelo unico de mi alma, quede de puer- ta en puerta; vuestro y mio es, noble dõ Sácho, esta sola prenda me dexastes, alimentada con mi sangre, criada entre mis lagrimas y gemi- dos; pagadme en remediarle, como os pido, los trabajos que padeci tantos tiempos, encu briendole, y recatandole de mi mádre, y cria- dos; las ansias y congoxas, con que siempre en mi lecho, passe por el mismo temor, los morta- les dolores, y la incomodidad, con que en tan tiernos años le saque a luz; y finalmente, el a- frenta y verguença del descubrir mi falta, y el trabajo, traça; y cautela, con que fingiendo, nos le avian echado a la puerta, dispuse su criá ça, su regalo, y educacion en mi propia casa. Grãdes son estas causas, grandes vuestras obli gaciones, no indigno mi sugeto, ni mi calidad, y bienes de fortuna inestimables. Considerad lo bien don Sancho mio, pensad cosas tan ar- duas esta noche, quiça algun Astro feliz, incli- nara a mi amparo vuestra voluntad.

Acs.

A eſtas razones ultimas, llegava vertiendo eſpeſſas lagrimas la hermoſa dama, acompañada con ygual ſentimiento del Angel bello, que ſacò por padrino, quando el noble cavallero, como quien deſpierta de un peſado letargo, deſpidiendo del alma tantas dudas, y mayores congoxas, quedò tal, qual podeys ponderar; oyendo tales coſas, mirádo tales prendas; y reconociendo la verdad, el ſucceſſo, ſu culpa, y obligacion; con lo qual cubriéndoſele el cuerpo de un ſudor frio, el alma de opreſiones y verdades, y el roſtro de tiernas lagrimas, ſin poder hazer menos, forçado por infinitos modos, obligado por tantos caminos, y contento con tan eſtrañas dichas, abrio los braços, recogio madre y hijo, llamò eſpoſa a ſu hermoſa dama, dio nombre de padre a ſu retrato miſmo, y finalmente ſin interrumpir tanta gloria, ſin dilatar ſu juſta ſatisfacion, hizo llamar á algunos criados; y en ſu preſencia, y en la de ſu madre, que ya oiendo el ſucceſſo (que ella avia aſsi diſpueſto) llegava a abraçar el nuevo yerno, dio la mano de eſpoſo a ſu hermoſa hija, y con ella principio al regozijo y fieſtas de ſu caſa y familia; de quien luego entendio como ſu

eſpoſa

esposa era, no menos que el forçoso heredero del riquisimo Claudio, la hermosissima Floriana, el famoso desden del Alameda, el engaño amoroso de su hermano don Pedro, la que el forçò la noche de sus heridas; y ultimamente la muger mas perfeta, mas rica y virtuosa, de la mitad del Orbe; con que satisfecho del todo, quedó loco de gusto, admirado del sucesso, y sobremanera glorioso, de aver puesto con el, un firme clavo a la inconstante rueda: y ciertamente don Sancho podia con justissimas causas, tenerse por dichoso: porque no sè yo quien sera el ciego y falto de discurso, que assi no lo confiesse, ponderando el frascaso de aquella triste noche, el hallar la puerta abierta para tan gran ventura, la impensada fuerça, el rigor de la justicia, la piedad de los amigos, la buena suerte de los Payses, la merced de su Rey, el amor de sus naturales, el socorro de tan grave traycion, sus inopinadas heridas, y la cura y seruicio que para ellas tuvo; y ultimamente el impensado fin y paradero de su carrera. Quien pues sera en esta ocasion el atrevido, q̃ dè al sobervio dõ Pedro, al q̃ tenia por acabadas sus pretensiones, al q̃ con tã-

tos

tos años de servicios, y gastos increibles, se juzgaua por digno de mayores empresas, aquesta triste nueva, aquesta impésada salida, y el ultimo desengaño de su amor? Ciertamente, que aunque el no merece ninguna lastima, que no puedo escusarla en mi pecho; mas tales disposiciones, y rodeos, sō secretos juyzios de Dios, a quien emos de venerar, y no inquirir.

Don Pedro persuadido, a que Floriana le queria, juzgava esta falsa sospecha por certissima, trayendo a la memoria el sentimiento que hizo por tan largos dias, quando fue herido: mas agora entendido este caso, y quan burlado se hallaria, porque lo cierto fue; que la triste señora, entonces llorava su desdicha, y encubria su preñez; y como esta empeçola noche de sus heridas, y durò lo necessario, y forçoso, engañò con yguales apariencias sus locas esperanças; y assi despreciando tales sentimientos, con ansia de su madre; y pena propia, dio lugar a que mientras ella librava en solo Dios, el remedio de su perdida honra, atribuyendo su tristeza a presumpcion, su abstineridad y suspésion, a otros intétos vanos, creciesse el titulo de desdeñosa, y las quexas de

sus

sus pretendientes y amantes; si bien en tantos tiempos nunca su madre presumio la causa, pues de averla entendido, llano es, que en estos dias ultimos no intentara, aunque a mas no poder, el casarla con su cuñado; y assi es certissimo que hasta la noche del festin, que Floriana reconocio a don Sancho, y aun dançò cõ el; el boluer a su casa con tan grave y repentino alboroto, y algunos congoxosos desmayos la hizieron juzgar su ultima hora, y juntamente por cosa necessaria el dar cuenta a su madre del succesſo, con que no desconfiandola, antes como muger prudente, assegurando su perdida esperança, la hizo no solo recobrar el sossiego, mas aun dispuso el acuerdo de hablarle, y traçò para ello el villete y recaudo q̃ aveys oydo: porque la verdad fue, que Floriana le escrivio, y no las otras damas que el esperava, las quales quiçà en saliendo del sarao, no se acordaron mas de su concierto, ni aun de que tal hombre estuviesſe en el mundo. En fin todas aquestas cosas entendio don Sancho, tan alegre y gustoso con su nuevo estado, quanto alentado y fuerte en sus heridas; tanto puede un subito contento, y un no esperado bien.

En

En medio deſte guſto, o por mejor dezir, en ſus principios; apenas rayava el ſol los chapiteles, y balcones dorados de Floriana, quando llamando con grãdes golpes a ſus puertas, entẽdida la cauſa, fue avilado de que el Aſſiſtente miſmo acompañado de otros cavalleros y muchos miniſtros de Iuſticia, preguntavan por el: y aſsi aũque preſumio luego lo que era no dandoſele mucho, hizo que les ſaliesſen a recebir; y finalmente en viendoſe, el uno ſalio de cuydado (porque el Aſsiſtente, reſpeto de la recomendacion de ſu Mageſtad, le tenia grãdiſsimo) y el otro entrò en otros en ſu tanto mayores. Admiròle, y no poco el hallarle en tal caſa: porque aunque traya barruntos y premiſſas dello, por aver entendidoſe el ſocorro y ayuda que le dieron ſus dueños, aſsi con ſus criados, como con ſu carroça; nunca ſe perſuadio a que avia ſido para mas que ponerle en cobro; y aſsi ſu diligencia mas era a informarſe del, que a buſcarle en tal parte: mas quando enterado en todo el caſo, miròa don Sancho, como a dueño abſoluto de la hermoſa Floriana, no pudo encarecerle ſu alegria, antes en demoſtracion della ſe ofrecio por Padrino de

sus bodas; y queriendo con tanto despedirse ya en pie por contera de su platica, les refirio que assi el herido que dexó en vez de muerto como otros dos de los que avian huydo, estavan en la carcel, y confessos en su delito y culpa; en la qual, por principal actor y delinquente condenavan no menos, que a don Pedro su hermano, que sin temor del cielo, ni aun del Real amparo, que le obligava a un crimen lesse, les avia induzido a que por quinientos escudos le matassen, y q̃ andádo muchos dias antes en su espia, la tarde precedẽte, valiendose de su cuidado y soledad, le avian acometido segũ aveys oydo; y no parãdo en esto el Assistente, concluyò su razon, con dezirle como tãbien su hermano, prevenida la fuga que hazia a Portugal, estava ya en la torre, y puerta de Triana, con prisiones y guardas suficientes. Despidiose con esto, dexando al herido don Sancho con nuevas lastimas, y aun mayores cuydados, y tan en sumo grado, que temiendo el peligro de su hermano, sin reparar en el suyo, ni en la traycio y maldad cometida, juzgó por mal lograda su alegria, y aun por muy necessario el consuelo de su nueva desdicha.

O po-

O poderosa fuerça de un animo justamente generoso y honrado; quien creera semejantes eltremos ? y quien el excesso notable, que poco despues desto executò sobre la misma causa; en cuya prosecucion y sustancia, dando el Asistente cuenta de todo al Rey, fue sentido el sucesso por sumo atrevimiento, y encargandole cõ veras su castigo, en breves dias fue don Pedro sentenciado a degollar; si bien el eltava (en aver entendido su desengaño, y la buena fortuna de su hermano) tan desesperado y doliente, que hizo poco caudal de la sentencia; y no cessando en esto sus desdichas, como fusse el sugeto melancolico, cavando poco a poco en sus discursos, sin poder reprimirse, cayò en tal enfermedad, que a los primeros accidentes le turbò el juyzio. Con todo, en tãto apreto, sus deudos apellaron a Audiencia; pero importara menos esta diligẽcia, si el piadoso don Sancho, con animo de verdadero hermano, no acudiera a su defensa; y assi aun sin eltar convaleciente, entẽdida la precisa sentencia q̃ amenazava a dõ Pedro, y la certeza de su confirmacion, con tacito seguro, de que en veyate dias no se executaria,

a pesar de su esposa partio en ligeras postas a Madrid, que a no ser tan robusto, esto solo le costara la vida. Y en llegãdo, se echò a los pies del Rey, y le pidio la vida de su hermano; y no obstante que aquella su admirable severidad suspendio la respuesta mas de lo que el termino pedia. El noble cavallero hizo tantos esfuerços, y se valio de tan grãdes favores, que alfin alcançò su perdon; mas con tal cortapisa, que luego se entrasse en Religion, y professasse en ella; y esto por aver entendido el estado de su enfermedad, que sino, su profession fuera en Oran, o Melilla: y finalmente aplicando de hecho su hazienda y Mayorazgo al forçoso heredero; cosas, que aunque al parecer eran muy duras, don Sancho las aceptò en su nombre, y con la misma priessa, despues de aver cumplido su dever y respetos, bolvio a Sevilla, y a su casa, a donde de una y de otra, fue recebido y celebrado con voluntad y amor jamas oydo. Publicose el perdon, y assi don Pedro se entrò en el Convento de san Pablo, a donde apretado de su enfermedad, cayendo y levantando vivio dos años, sin que en ellos su hermano tratasse de la aplicada hazienda, como

mo ni la admitiera si viviera dos siglos, con lo qual quedando para cavallero particular el mas rico y poderoso de España, y aviendose celebrado sus casamiétos con el mayor aplauso que vio Sevilla; vivio en ella en compañia de su amada esposa, y en correspondencia inviolable con sus dos amigos los hermanos Flamencos; y teniendo ocho hijos, y otra hermosa Floriana, a todos los fundò grandiosos Mayorazgos, y a todos los vio puestos en estados dignos a su calidad; que fue la ultima felicidad de sus buenas dichas, y la mayor que puede aver en esta vida transitoria y perecedera.

LA CONSTANTE CORDOVESA:

HISTORIA TERcera, ſucedida en Cordova.

Con el antiguo origen y fundamento deſta Ciudad.

ESs tan notoria y conocida en lo deſcubierto del Orbe, la antiguedad, fundacion, y excelencias de la ciudad de Cordova, tanto por ſu originaria nobleza, quanto por los Iluſtres Varones, que aſsi en armas como en letras, à produzido en todos tiempos; que pudiera eſcuſar por demaſiada, eſta breve narracion, ſino temiera, que el interrumpir el eſtilo con que è començado, avia de cenſurarme con nota: y aſsi por diſuadirla, en pocos renglones, hare de ſus grandezas eſte facil reſumen. En las vertientes y amenſsimas faldas de la famoſa ſierra Morena, y en lo mejor y mas poblado del Andaluzia, eſtà fundada la Ciudad de Cordova, en llano hermoſsiſsimo, que entre la ſierra y el caudaloſo rio Guadelquivir, formò naturaleza,

faleza, para asiento y mayor esplendor de su poblacion; a quien segun Plinio, Estrabó, y otros Autores, edificò Marcelo, insigne Capitã de los Romanos; y no assi como quiera, disponiendola con los soldados comunes de su exercito; sino entresacando y escogiendo della flor de la nobleza, los Patricios, y Cavalleros mas ilustres de Roma: y assi parece, q̃ desde aquellos memorables principios, à conservado generosamente, aqueste maravilloso pundonor: pues oy es cierto, no ay ciudad, ni poblacion en toda la Europa de mas limpia, y apurada nobleza; ni en sutanto, de mas Cavalleros de sangre, y Mayorazgos riquissimos. Es su terreno, su comarca y ribera, abundante de pan, vino, y azeyte, frutas, y seda: y sobre todo, celebre, y conocida, por los velozes, y alindados cavallos que produze, y por las aguas puras y delicadas del Betis, en cuya margen hazen sus altos y torreados muros, magestuosa y agradable vista. Los ayres son saludables y delgados, de suerte, que aunque en parte la infama el caluroso Estio, ellos con su bondad y fresura, participada de la vezindad del rio, hazen bien engañosa esta opinion. De sus Tẽ-

plos magnificos, en quien mas resplandece la piedad de sus moradores, ni de sus grandes palacios, sumptuosas casas, y peregrina Iglesia Catedral, dicho està harto, con aver apuntado la antiguedad, riqueza, y nobleza por tantos años continuada en sus hijos; pues ella cõ mas elegancia y verdad, que mis réglones, hablara en su derecho: y assi, solo dare un facil rasguño por su mayor Iglesia, la qual fue primero la mayor Mezquita que tuvieron los Moros, despues de la de Meca, y segun el Suplemento de las historias, su notable y sumptuosa fabrica, se començò por Abduramen en el año de ochocientos y noventa y dos. Tiene veynte y quatro naves, con infinitos y compassados arcos, sobre marmoles y colunas de jaspe, que passan de quinientas. Y aunque conforme los edificios Arabes, y respèto de su grandeza, es la techumbre baxa, empero aũ en aquella forma, representa una espantosa y ostentativa maquina, como tambien hazen alarde y muestra los Alcaçares, y jardines Reales, de que està hermoseados, y en perdurable Primavera. Hablando Marcial de las cosas desta ciudad, dize que avia un platano en aquellos Alcaçares,

res,

res, de tan monstruosa y esquisita grandeza, q̃ cubria con sus hojosas ramas, la mayor parte dellos; que si fue assi, no se yo como lo pondero tan sobrepeyne; si bien agora se pudiera mejor culpar en mi diferente objeccion, pues olvidado de lo mas essencial, è antepuesto en esta descripcion, las ruynas, los vestigios, las murallas y torres: a los edificios vivos, a los verdaderos, y mas admirables monstruos; pues no lo han sido menos entre los hombres, sus excelentes hijos. Dos Senecas, un Lucano, un Orador Balonio, un Christiano y doctissimo Obispo Osio, un Avicena, un Rasis, un Moyses, Medicos famosissimos, un Aben Ruyz, Comentador insigne de Aristoteles; y finalmente el ingenioso y venerable Iuan de Mena; y sobre todo el valiente y gran Capitan Gonçalo Fernãdez de Cordova, honra de su patria, y gloria de su nacion: con cuyo ilustre remate, cessarè en las demas excelencias desta ciudad, y empeçarè el sucesso que en ella tengo prometido en quié su principal persona, es no menos que un cavallero de su esclarecida sangre: con que mas animosa y atrevida, se alentara mi pluma haziendo del la narracion siguiente.

En

En los años passados de quinientos y veynte, governando estos Reynos, por el ausencia de la Catolica, y Cesarea Magestad de Carlos V. el Cardenal de Tortosa su Maestro; que despues con el nombre de Adriado, fue Pontifice Maximo; vivia en esta ciudad don Diego Fernandez de Cordova y Montemayor, nobilissimo mancebo, en sangre esclarecido, poderoso en hazienda, y por sus buenas partes, amable entre sus Ciudadanos, y una de sus mayores cabeças. A este cavallero (aviendose primero servido del en sus primeros años) casò la Magestad de Carlos, con una illustrissima señora llamada doña Aldonça Ossorio, tanto a fin de aquistar algunas diferencias, quanto por hazerle con muger tan poderosa (que lo era mucho esta dama) una grande y señalada merced. Reconociolo assi don Diego, y desseando se conociesse en sus obras, convocò a sus casamientos la nobleza del Andaluzia, a quien con esplendor, magnificencia, y gastos, festejò; siendo assi mesmo las fiestas, los torneos, y mascaras, tan grandes, tan continuos, y varios, que dexò su nombre conocido en Espa ña; aunque no lo es poco el de su antigua estir

pe,

pè,el de sus progenitores valerosos, cuya originaria valentia ymagnanimidad,parece,que de padres a hijos heredada, es tan perdurable y excelente; ya en la famosa casa de Aguilar, ya en la de los Condes de Alcaudete, Cesar, Feria,Guadalcaçar.y otras inumerables, q̃ como ramas de su fi me tróco se an estẽdido por lo mejor de Europa,mientras durare en ella la memoria de los hóbres. Y assi no pienso yo q̃ deve aquella generosa ciudad,a ningũ hijo suyo mas hórosas hazañas ensu provecho,ni mayores servicios en su defensa, q̃ a los de aquestas casas referidas ; de quien si me fuera licito contarlas, facilmẽte desempeñara mi verdad su credito,pero aũq̃ se alargue algo el sucesso, ya q̃ no las mayores,dire entre tantas dos , en que supuesto que voy a realçar, y engrandecer mas convenientemente el Eroe principal desta hiſtoria , avra de suplirme su breve dilacion,fuera de que tambien apetecera el curioso saber con gusto,con la antiguedad, y excelencia de sus claros asc̃edientes de dõ Diego, la causa original,y tã decãtada en España, de averse llamado capo dela Verdad,aquel llano estẽdido q̃ tiene su ciudad passado el puente:

y aun

y aun antes desto, el hecho memorable, y de pocos sabido, que emprendio Martin Alonso de Montemayor, en el cerco y socorro de Castro el rio: y assi con esta salva, digo, que Alonso Fernandez de Cordova, hijo de don Fernã Nuñez de Temes, y Donora, señora de dos hermanas, que fue Adelantado del Andaluzia, y dueño del lugar y torres de Cañete. Tuvo dos hijos, Martin Alonso que heredò a dos Hermanas, y Hernando Alonso que sucedio en Cañete: Martin, casò con doña Aldonça de Aro, hija de don Lope, el que llamaron el Chico, Mayordomo mayor del Rey don Alonso, y a quié por que se vea quan grave estimacion se hizia entonces desta familia, dire lo que en tal casamiento acaecio. Parece ser que se dispuso este sin sabiduria del Rey; de lo qual muy sentido, reprehendiendo a don Lope, le dixo, que como sin su orden se avia atrevido a casar con ningun su vassallo a su hija; a que cuentan, aver respondido don Lope, con despejo y valor, q̃ no lo avia hecho segun devia, temiendo que su Alteza lo avia de impedir y estorvar para casar su yerno con la Infanta su hija; que ciertamente fue gallarda satisfacion, y estimable

salida

ſalida al enfado y enojo de ſu Rey. Mas dexã-
do eſto a parte, deſpues de algunos dias, vi-
niendo Moros contra Caſtro el rio (lugar en-
tonces de eſtimacion y importancia notable)
fue cercado con inumerable gẽtio, para cuyo
remedio, ſiendo el darſela a cargo de la ciu-
dad, ſe juntò en ella lo mejor de la Provincia:
pero no conviniendoſe en el modo, y crecien
do con la dilacion el peligro; Martin Alonſo,
como verdadero hijo de ſu patria, dixo, que ſi
le prometieſſen ſocorro, el ſe aventuraria a
meter en la villa, por medio de ſus enemigos,
gente y baſtimento, que entretuvieſſe ſu ayu-
da. Ofrecieronlo aſsi, y juraron de acudirle cõ
mayor prevencion; con lo qual ſin detenerſe
un punto partio a Montemayor, caſtillo inex-
pugnable, y a quien el avia fundado; en don-
de, y en Eſpejo, juntando alguna gente, al rõ-
per del alva, con animo audaciſsimo, rompio
el juntamente, y no aſsi como quiera por diez
o doze mil hombres, ſino por un eſpantoſo, &
inumerable exercito de dozientos mil Moros;
por el qual en un inſtante, acaudillãdo ſus buc
nos ſoldados, llegò a la fortaleza: y bien ſe de-
xa entender, ſi en tan grãde peligro moſtraria

neceſ-

necessariamente su valentia y esfuerço, y si en el que agora passados los Reales les sobrevino, seria preciso conformarlo; porque es de saber, que quando mas acosado penso tener su animo trevido algun reparo, el que hallò fue cupiadas las puertas del castillo, y encima de su poca gente, el numerosa y contrario exercito, de quien rodeado sin defensa, o murallas, començo nuevamente a verse compelido; y ciertamente, que parece increyble, que tã poco numero pudiessen sustentarse un solo instãte: mas era leon fuerte el capitan, y assi aunq sus soldados fueran mansos corderos, hizieran aun mayores efetos, y viose claramente esta verdad, pues sin turbarle el temeroso riesgo, bolviendose a romper por desiguales tropas, y peleando a vezes con valor invencible, a pesar de tan grande Morisma, rodeò la fuerça y por un pequeño postigo descargò el bastimento, metio su compañia, y socorrio el lugar casi perdido; grangeando la mayor fama, opinion y nombre, que tuvo capitan de su tiempo; y tanto que oyendo el Rey Moro el dueño del succsso, desconfiò del suyo, y alçó el Real, bolviendose afrentado. De suerte que podemos

mos dezir, que el valor admirable deſte hombre atropellò un Principe tan poderoſo, y a un exercito tan deſproporcionado.

No fue eſta hazaña el ſervicio mayor, que de tan buenos hijos recibio ſu ciudad; pues no mucho deſpues don Alonſo Fernandez hijo deſte cavallero, emprendio el hecho memorable, de quien al campo referido, le quedò el nombre de la Verdad, el qual paſſò deſta manera.

Parece ſer, que como el juſticiero Rey don Pedro, facilmente ſe dexaſſe engañar de algunos mal intencionados, y quiſieſſe por cierras ſoſpechas, hazer matar a nueſtro don Alonſo, y a dõ Gonçalo Fernãdez de Cordova ſu primo, y ſeñor de Aguilar: q̃ aũ por chiſmes y conſejas ſolas, no era menor el caſtigo déſte Principe. Embiò a eſte efeto al Maeſtre de Calatrava dõ Martin Lopez de Cordova, q̃ mejor informado, y cierto de la falſa relacion, q̃ al Rey ſe le avia hecho; ſobreſeyo en ſu voluntad: de lo qual fue tanto el corage y ſentimiẽto que recibio ſu ſangriento animo, q̃ ſin mas ſuſpenderlo, bramãdo por vengança, ſe avino con el Rey de Granada, y a fin de diſponerla

con

con su poder le prometio a Cordova; y con tal conveniencia sacaron los dos el mayor exercito que jamas se vio en aquellos contornos: y dando vista a la ciudad, y mayor temor a sus moradores desapercebidos, porque nunca creyeron de su Principe y señor natural semejante resolucion, fue tan notable su fidelidad, y su lealtad tan maravillosa, que aun viẽdo entrar por el Alcaçar viejo los contrarios, no huvo hombre que se les opusiesse; respetando la presencia de su Rey, queriendo antes perderse, q̃ tomar las armas en su contra: y passara adelante este desman, si advirtiendolo algunas principales señoras, no salieran por las calles, y cõ ruegos tristes y tiernas lagrimas, les quitaran de tan necia perseverancia; y con tan buen efeto que no solo los obligaron a compeler a los que entravan, retirandolos con muchas muertes; sino que nombrando por su capitan al noble don Alonso, se dispusieron a mayores empresas; y assi hecha la eleccion, y junta buena parte de gente, embiò al Rey un mensagero, pidiendole se sirviesse de aquella ciudad, y como su Principe y señor entrasse en ella, y dispusiesse de sus vidas y haziendas, como mejor le

le pareciesſe, mas que esto fuesſe sin semejante compañia, de la qual respeto de ser enemigos de Dios, estavan resueltos a defender su Religion, y Fè. A lo qual, como la indignacion de don Pedro no admitia ruegos, ni intermisiones: la respuesta que dio, fue mas llena de amenaças; pues juròde castigar de tal manera la ciudad, que solo de los pechos de las mugeres se llenasse el pilar de la Corredera, y bevieſſe los vivos, sangre en vez del agua que entonces corria. Esta fiera y cruel resoluciõ, cubrio las gentes de lagrimas y miedo, digo al vulgo, y comun, que como novelero, sin atender a mas, viendo a su valiente capitan que salia a pelear, se persuadio a que se yva a concertar con los Moros, y crecio de suerte su infame presumpcion, que llegò a los oydos de doña Aldonça de Aro, madre del dicho don Alonso, y de don Lope Gutierrez de Cordova, Alcalde mayor de la ciudad, y señor de Montilla de quien decienden los de Guadalcaçar; la qual saliendo al passo de sus hijos, y encontrãdolos debaxo de los arquillos de la Iglesia, sin mayor advertencia a grandes vozes les dixo: A don Alonso, advertid que estas gentes me

en dicho que vays a entregarnos a los Moros; y si esto à de ser assi, permita el cielo quitarme antes la vida, que ninguno me llame la madre del traydor: mas no dexandola proseguir su noble hijo, arrojandole del cavallo, y besandola la mano, la satisfizo respondiendola: Quando yo no tuviera sangre vuestra, aun se pudiera dudar mal de mi lealtad, quanto y mas, siendo vuestro hijo: y tomando el cavallo, con mas colera levantando la voz, discurrio diziendo: Quedaos a Dios, madre y señora mia, que al campo salgo, donde se sabra la verdad. Esta es la causa, y el origen famoso de su nombre; mayormente, con lo que luego sucedio, porque saliendo con gallardo denuedo en passando la puente, mandò echarla por el suelo, licenciando primero intrepido y feroz, a quantos de los suyos se quisieron bolver; y cõ semejante hazaña resueltos a morir el, y los q̃ le acompañavan, no solo ayudados del cielo, rompieron los dos Reyes, sino que siguiendoles hasta Castro el rio, dexaron hecho de su sangriento estrago, lloroso y memorable acuerdo para sus enemigos, y a sus descendientes, y hijos, eterno y perdurable renombre, dandole

a si

a si mesmo a aquel campo estendido, teatro de sus grandes hazañas.

Tales an sido y fueron los troncos nobilissimos, de donde entre otros ramos, procedio el principal Eroe desta historia; si bien es justo disculpemos primero, lo que en ella pareciere degenerable a su sangre, pues la amorosa causa que obligó sus muchos desacuerdos, bastantemente disculpara mayores yerros.

Cortamos pues el hilo del discurso, dexandole casado, y entretenido en los regozijos y fiestas de sus bodas. En medio de los quales nacio el assumpto de sus desvelos, y mayor ocasion de sus disgustos; porque no fueran ellos contentos y alegrias de la tierra, sino truxeran tras de si, frascos tristes, y desastres lastimosos.

Hizianse por remate, y fin de tantas fiestas en una destas noches, ciertos torneos y mascaras, para cuyo efeto, atajando lo suficiente de la plaça, y calle de don Diego, ygualaron con vétanajes, y andamios de madera, los cercanos edificios: y siendo Mantenedor el, huvo tanto que admirar, y tantas galas, cifras, invenciones, y letras, que ver; que a pretender

La par-

particularizarlo todo, creciera, sin proposito es te volumen: y assi por escrivir solamente lo importante al intento, dire el fin que tuvieron; pues no fue menos lastimoso y terrible, que venirse con estrepido y rumor espantoso, uno de aquellos artificiosos ventanages al suelo, q̃ oprimido de la inumerable gente que le ocupava, fue el estrago que hizo no poco miserable y sangriento. No quedò a tan impensada ruyna hombre en ventana, plaça, ni tablado, q̃ no acudiesse al remedio della, y hasta los cavalleros del palenque, arrojando las armas, las plumas, y libreas, fueron de los primeros: con esto el rumor fue aumentandose, y assi la temerosa confusion, al passo que los tristes gemidos, llantos, y vozes, parece que crecia; y mayormente no oyendose, ni viendose otra cosa que miembros desgarrados, cuerpos partidos, golpes y terribles heridos; y sobre todo arroyos de sangre: que embueltos con los tristes gemidos, y quexas de los que la derramavan, formava junto un horrible y lloroso espectaculo. En este concurso de desdichas, y en medio de miserias tan grãdes; no fue pues quien menos assistio a su remedio, don Diego de Cor-

dova,

dova, antes juzgandose por el mas obligado, con noble y generoso espiritu, acompañado de criados y luzes, atajò muchos males; y assi sacando casi ahogados a los que ya anhelavã con la muerte, y haziendo abrigar y recoger en su misma casa a los que con mas cierto peligro, necessitavan de Sacramentos, y otras medicinas forçosas, sin parar discurria a unas partes y a otras, hasta que no aviendo mas que hazer, cansado, aunque no satisfecho en sus piadosas obras, al bolverse a su casa, como para salir a lo ancho, quisiesse saltar unos andamios, yendo a poner los pies en los maderos rotos de sus ultimas ruynas, parece que se le enmollecieron, y sintiendo blandura, no sin particular providencia del cielo, sospechando algun daño, muy apriessa mandò quitar las tablas, y maderos; debaxo de los quales (no sin grande lastima) hallò, que enmedio de un tapete de estrado, y casi en el amortajada y rebuelta, estava una muger; cuyo adordo precioso, pocos años, y hermosissimo rostro, si bien matizado de reciente sangre, acrecentò no solo el sentimiento, mas el cuydado de su remedio, pareciendole persona de suerte: y assi con nueva

compaſsion,tomandola en ſus braços,aunque ſiempre juzgò que eſtava muerta,con todo no parò haſta ponerla en los de ſu eſpoſa, que en eſte interin, no con menos piedad avia moſtrado(con los muchos heridos que ſe acogieron a ſu amparo)la nobleza y ternura de ſu pecho:con que pocas palabras fueron baſtantes, a que al daño preſente,trataſſen de remedio, ya previniendo Cirujanos, y Medicos, ya como en tan grandioſa caſa,alvergue y hoſpedage conueniente. Todo lo qual aun ſe aventajò con mas eſtremo,luego que conocida de unos y otros ſe advirtio ſu calidad. Era pues eſta ſeñora herida, o por mejor dezir, medio difunta, una donzella, aunque pobre, hija de padres nobiliſsimos y cavalleros, no poco conocidos en aquella ciudad; no obſtante que a eſta ſazon viuda ſu madre, vivia en ſu poder y compañia, de adonde ſacandola a ſu peſar para el torneo unas parientas ſuyas,ocaſionaron ſu deſgracia, y aun participaron de yguales daños:y aſsi entendido eſto ſin mayor dilacio mandò avilar don Diego a ſu afligida madre, la qual, aunque al momento vino cubierta de tiernas lagrimas, è infinito en llevaſela, toda-

via

via no le fue permitido, antes los piadoſos hueſpedes la obligaron a q̃ tambien ſe quedaſſe acompañandola. Fuera lo demas poner la dama en notoria contingencia, por ſu mortal peligro, con que le fue preciſo obviarle, y aſsiſtir a los muchos y eficaces remedios, que para bolverla en ſu acuerdo ſe le hazian, como en efeto el mas eſſencial punto y conſiſtencia de ſu vida, la qual fomentada con tantas medicinas, como buenos deſſeos, al cabo de dos dias bolviendo algun tanto en ſi, mejorò ſu eſperãça, y conſolo a los preſentes: y yendo poco a poco recobrando el eſpiritu, al miſmo paſſo q̃ ſe morigeraron los tumores, los golpes cardenos, y la ſangre eſparcida, fue deſcubriendo en ſu roſtro un portẽto admirable, un retrato del cielo; tan bello era el ſugeto, que pudiera en ſu efigie, no ſolo ponderarſe lo mas hermoſo dela tierra, mas conocerſe juntamente la ſuma perfecion de ſu Criador.

Dexò eſta impenſada y peregrina viſta, quando llego al punto y perfecion que è refe- rido, tan aſſombrada y ſuſpendida la familia de don Diego, que no ſe hablava en otra mate ria; y aunque todos en general contento, no

assi ygualmente doña Aldonça, y su esposo (digo no a un mismo fin) porque si ella con piadosas entrañas juzgava alegre el averla hecho el cielo, segunda causa, y instrumento en la vida de aquel Angel hermoso; don Diego arrepentido y triste de aver traydo a su casa el incendio della, no solo blandeava en la devida fé, a su nuevo estado, mas compelido de una secreta y poderosa fuerça, temia, y aun llorava su perdicion, si bien como discreto procurádo en los principios atajar su fuego, quãto podia retirava la vista de su hermoso huesped, divirtiendo el alma y pensamiento, entre los amorosos y tiernos laços de su muger; pues no solo por la virtud de su alma, mas aun por las partes graciosas de su cuerpo, por su nobleza grãde, y riquezas sin numero, era digna de correspondencia, y voluntad perseverante. Pudiera yo considerando tantas razones, admirarme, y no poco en la fragilidad deste cavallero; la qual advertida en lo superficial, muestra gran mengua, indigno proceder, corta aficiõ, y menos voluntad cõ tal persona; porque ni en su escusa militan, ni aun podemos juzgar en su favor, las disculpas del lecho quotidiano, de la

mes-

mesa cõmun, del ordinario hastio, y finalmente de una possessiõ continuada y prolixa; porque aũque todas son razones impias, y de malos casados, y peores Christianos, no podia dõ Diego valerse de ninguna; pues apenas mudò estado, tomò la possessiõn de su esposa, quando mudò tambien de pensamiento, prevaricãdo sus honrados propositos. Empero ahondãdo mas este particular, no obstante que parece imposible hallarle causas, que disculpen su yerro: toda via, no con pequeño esfuerço lo escurece y deshaze el averse casado dõ Diego, segun ya queda dicho; mas por convenien cias de estado, y materias yguales, que por cõfrontacion de estrellas (hablo mas claro) que por inclinacion dulce de amor; y assi no sin razon bastante, pensò bien el que dixo, ser infeliz el hombre que se casava sin enamorarse primero de su muger. En efeto, insistiendo por agora cuerdamente en la ocasion, no solo el tierno moço se esforçava atrevido, mas juntamente solicitava la cura y convalecencia de la enferma, pareciendole, que siendo assi preciso el bolverla a su casa, quitada la causa principal cessarian los efetos de su operacion: mas

enga-

engañoſe en eſto notoriamente, porque apenas doña Elvira en ſalud rindiendo con ſu madre humildes gracias y ofrecimientos, dexò ſu caſa, quando en la privacion de ſu viſta creciò el fuego mayor de ſus deſſeos, de quiè dexandoſe vencer, precipitadamente cayo en ùn inmenſo pielago de amor; y no obſtàte la cuerda reſiſtencia, ſometio la cerviz al fiero yugo, y la voluntad libre y eſſenta, a una injuſta tyranìa, que dominò en ſu alma, en ſus potècias y ſentidos, de ſuerte, que aun deſpues de largos dias y prolixos diſguſtos, fue neceſſario para ſacarle de tà duras cadenas, medios y fuerças ſobrenaturales y portentoſas.

Llevò pues con tal reſolucion la correſpondencia adelante, viſitando a doña Elvira y ſu madre, y ellas diverſas vezes a doña Aldòça.

Hallò don Diego pobriſsimo el menage de ſu caſa, las paredes deſnudas, la ſala ſin eſtrados, y en concluſion, uñ grande y antiguo ſolar, lleno de arneſes viejos, de adargas rotas, de lanças y vanderas; troſeos honroſos del padre de ſu dama: pero en quanto a lo demas, vazia de lo forçoſo y neceſſario, y aun de ſillas en que poder ſentarſe; con lo qual pareciendole

dole camino para obligarla, tratò de que ſecretamente ſe remediaſſe con larga mano, tanta incomodidad; mas ya la hermoſa donzella, quando intentó eſtos medios, avia penetrado por ſus ojos, lo interior de ſu pecho, porque aunque era niña, y de corta experiencia; es tal la enfermedad de amor, que aun dexa conocerſe de los mas incapaces; y aſsi con diſcrecion y blandura rechaçò el recebir lo q̃ otro dia truxeſſe tras de ſi la paga, o una aparejada execucion en ſu honra. Exemplar puede ſer eſte en las muchas ocaſiones de nueſtros tiẽpos, en quien no ay firme roca, no ay caſtillo inexpugnable, q̃ el interes no vença y avaſſalle. Pues ſiendo eſta dama (aunq̃ noble) pobriſsima, y por el conſiguiente cargada de mayor pundonor y obligaciones, ninguna fue parte a torcer ſu propoſito, antes viendo que picado don Diego, continuava las viſitas, y que dellas, ni ſus entradas y ſalidas podia reſultarle mejor credito; por no perder el grangeado, tratò de parecer primero deſcortés, y aſsi con tal intento, o ſe negava declaradamente, o ſi alguna vez la cogia deſcuydada con deſabridos ojos, dava a entender ſu poco guſto. Deſta

mane

manera vino a ſaber ſu amante el ruyn efeto de ſus cuydados, y la mala acogida de ſu voluntad, con que perdiendo el alegria, y aun la converſacion de ſus amigos, eſtuvo en poco de perder la paciencia. Avia haſta aquel punto conſervado el ſecreto, mas viendoſe irremediable y falto de conſejo, para tomarle y conſolarſe mejor en tan ciega paſsion; dio cuẽta della a ſu mayor amigo, a un cavallero de ſu miſma ſangre, y con quien ſolia comunicar ſus mas arduos negocios. Y aunque don Garcia (era eſte ſu nõbre) procurò delvanecerſela en los principios, y afeãdoſela cõ la obligacion de ſu nuevo eſtado, y ya dificultandole la empreſa; viendole firme enella huvo de ponerle los ombros, y de comun acuerdo, juzgando por remedio el declaraſe, y que eſto fueſſe mediante otra muger, y con algun villete, ſin mayor dilacion lo diſpuſieron; porque dõ Garcia buſcò un valiente tercio, y tal, q̃ ni la famoſa Celeſtina, o Claudiana, ygualaron ſus obras, ni Tulio ni Demoſtenes, ſu perverſa eloquencia; y aſsi don Diego aviendo eſcrito ſegun ſu motivo el ſiguiente papel, ſe le entregò en ſus manos.

Papel

Papel a doña Elvira.

NVnca entendi (ſeñora) que del aver piadosamente reduzido a mi caſa el fuego abraſador de vueſtros ojos, y deſſeado con tantas veras vueſtra vida y ſalud, huviera redundado todo mi daño y perdicion, pues es cierto, que de uno y otro, no ſolo nacera el incendio y ruyna de mis coſas, mas juntamente al peſo de vueſtra ingratitud, mis mayores deſacuerdos y penas. Yo eſtoy reconociendolas tan impaciente, o por mejor dezir falto de diſcurſo, viendo quan mal eſtimays eſta vida, que tenio y muy en breve, ſino mudays eſtilo, hallarme arrepentido y peſaroſo de aver (con la que os reſtauro mi propio braço) dadoos armas, y valentia para tantos deſprecios; porq̃ aunque (como quien ſoy) confieſſo no merecer vueſtros favores, por otra parte alcanço q̃ pudierades moderar el deſden, y conocer que me deveys la vida; y quando eſſo no queray: entender, alomenos por fin deſte papel os ruego, que ſi quiera creays no ſer buen camino, reprimir el raudal de mi furioſo amor, con el mayor incentivo de deſpreciarle. Reſpondedme ſuelta, y no de ſuerte que experimenteys

el

el triste estado en que me reconozco, el qual es tal, que juzgo mil desdichas en mi credito, è irreparables daños en mi salud.

Por cierto maravillosa muestra de un ciego, loco, y desatinado desseo; y bien haze dõ Diego en llamarle furioso amor, porque semejante papel, tal discurso y palabras, quien las escriviera, menos que arrebatado del frenesi de su voluntad. Mas desculpemosla en alguna manera, no afeemos del todo la opinion de aquese cavallero, sirvale pues de escusa, lo mismo que le sirvio de objeto y culpa, la furia de su amor, el incendio de su alma, las llamas vivas de sus desseos crueles, y finalmente la yesca, el incentivo poderoso de los desprecios y desdenes de su dama, la ingratitud de sus buenas obras, el olvido de tan grandes beneficios, y mal conocimiento, que a su parecer mostrava a la restauracion de su vida y ser. Y si alguno dixere, que estas mismas razones militan mejor en alabança de doña Elvira, pues sin reparar las atropella a todas, por conservarse honesta. A esto responderè, que no por otro inconveniente, pintaron ciego al poderoso amor, y que assi ciegamente nuestro perdido amante,

pudo,

pudo mal conocer ſemejante verdad, ni tan ajuſtadas, y bien digeridas cauſas, con que faltandole un ſentido tan eſſencial, fuerça es que avia de dar en mil tropieços y barrancos mayores. En fin, el papel ſe le dio a ſu dama, por mano de la muger que è dicho, en que no menos ſe moſtrò la ceguedad del q̃ la embiò; pues llano era, que el valerſe de ſugeto tan vil avia de llorar afrentoſamẽte doña Elvira. Mas con todo la cauta Celeſtina, cõ achaque a propoſito, llegò a ſu preſencia, y proponiendola primero la fuerça, con que temeroſa y compellida de un moço poderoſo y arrebatado, venia a tal diligencia, y juntamente la propuſo en ſu idioma el miſerable eſtado en que ſe hallava, las obligaciones que ella le devia, y la facilidad y ſecreto, con que podia hallarſe brevemẽte riquiſsima, y fuera de neceſsidades tan largas; y en concluſion abreviò ſu platica, pidiendola leyeſſe el villete, y la reſolucion de ſu reſpueſta.

Avia doña Elvira, deſde que atendio a ſu razon primera, determinado en ſi el daſſela a la vieja tan aſpera y terrible, que quedaſſe por memoria de ſu atrevimiento, ſepultada en

una

una asquerosa sima: mas quãdo llegò a leer el villete, y en el a conocer tan asperos discursos, tan nuevo estilo de enamorar, y pretender, cõ mejor acuerdo reprimio su enojo, y advirtiendo en el caso, y aun en el mensagero, mirò por si, y por las assechanças y encantos suyos: y no hizo poco en esto, antes presumo, que consistio en su recato su contento y salud: porque otra fuerça, totalmente la niego a los hechizos; turban estos el juyzio, ahogan y ofuscan los espiritus, y como realmente todos a la larga, o a la corta son venenos, quitan la vida; pero pensar que tocan en la voluntad libre, en el racional alvedrio, es disparate indigno de escrivirse, quanto y mas de creerse.

A este ultimo fin, a esta pues desesperada medicina de sus desseos, avia ofrecidose la diabolica vieja; y assi por esta causa, mas que por otra, y con el pretesto del villete que è dicho, se valieron della los dos amigos. Mas la virtuosa donzella, advertidamente dexò en vazio su intencion depravada, no permitiendo la tocassen sus manos, y despachandola en un punto, con dezir que don Diego viniesse el siguiente dia por la tarde, y tendria su resolucion, y ulti-

ma

ma volũtad por reſpueſta; y ſin mas eſperar, ſe quedò aguardando a ſu madre, con la qual enterada del caſo, y previniendo eſte aviſo, la dexaremos, bolviendo a ſu abraſado amante, q̃ aviendo oydo de la tercera el deſpidiente; y creydo por el, que ſus deſinios tomavan mejor rumbo, aunque alegre, ſiglos eternos juzgò los atomos de la hora aſsignada, en quien con nuevas galas y mayor bizarria, ſe fue a la poſada de doña Elvira, adonde en vez de hallarla mas amoroſa, y menos intratable; lo que hallò fue la caſa deſembaraçada, yermos los aposentos, o al menos con ſu humilde pobreza, y en lugar de ſu dama un eſcudero viejo por guardian; del qual abſorto y ſuſpendido, recibiẽdo un papel con intrinſeca pena de ſu alma, acabò de ſalir de ſu engaño y confuſion, leyendo en el eſtas razones.

Si entendiera, que por aver recebido de vueſtras nobles manos la vida que reconozco por ſu hechura, ſe me avia de pedir tan deſigual recompenſa, creed ſeñor don Diego, que primero me dexara morir mil vezes, q̃ admitir ſemejante beneficio, fuera de que ni aun parece compatible, querer por el vueſtro gene

roso animo, tã incomparable y mayor interes? Yo confiesso, q como vos dezis, soys juntamẽte el acreedor de mi vida; mas no por esto podreys negar agora, que en pedirme por ella la misma honra, usays conmigo de cruel tyrania: pues es llano, que quanto mas participa aquella de perecedera y mortal, tiene ella de inmortalidad y estimacion: a demas, que a que mayor desdicha pudo reduzirme mi muerte, si es indubitable, y certissimo, que es afrentoso y desgraciado el dia, que se sustenta sin honor. Resuelta pues a perseverar en el, y desseosa de satisfazer las buenas obras que me aveis hecho, è querido dexar mi tierra, y desamparar mi casa, para que quitada con mi ausencia la ocasion de vuestras inquietudes, aunque tan a costa de mi sossiego, vos le tengays en tã to que peregrinando pobre y miserablemente, llora mi alma esta mal lograda hermosura, que a vos por mi tanto os á divertido, y a mi por vos tanto mal hecho. Quien pues en este punto supiera ponderar la locura, y furor que le apoderò desde perdido moço? quien el sangriento animo, conque se puso en terminos de quitarse la vida? quien la opression y enagena

miento

miento de su espiritu? De mi puedo afirmar, q̃ no me atrevo, y assi solo dire, que fue no poca suerte el aver escapado sin lision de sus manos el ancia no escudero; al qual ya algo divertido el raudal de su colera, haziendole intrincadas preguntas, y conocido dellas, y sus respuestas, que assi mesmo su dama avia del recatado sus intentos, y que no sabia della, de su madre, y una criada que las compañava; bolviendo las espaldas, y buscando a don Garcia, le contó el suceso: y lleno de passion, rebentò en mugeriles lagrimas, parte del fuego que le abrasava el pecho: mas no el llorar en casos de tan irremediable amor, es injuria, o afrenta de los hombres.

No se hallò el discreto amigo poco indeterminable y ofuscado, y mayormente por la corta, y dificultosa noticia de doña Elvira, dudò el remedio conveniente a don Diego; mas viendo que su valor y sentimiento le avia de reduzir a alguna mortal desventura, deseando atajarla, o por lo menos entretenerla, consolo sus cuydados, divirtiendolos cõ esperanças de salir presto dellos: y assi brevemente por caminos, y atajos despachò a todas

partes diferentes personas, diferentes espias, y centinelas; que aviendo gastado muchos dias sin fruto, se bolvieron ayunos, y sin saber particularidad, o circunstàcia de aquello que buscavan; cosa que en los dos cavalleros, y aun en otro qualquiera pareciera impossible; y no assi creedero, que tres mugeres, y de la calidad que è referido, se huviessen ocultado y encubierto, de suerte, y con tan grande brevedad y priessa, que como si se las huviera tragado la tierra, assi dexaron el rastro y la noticia: y assi no sirvio de mas la diligencia del buscarlas, q̃ de dexar el secreto amor del infeliz don Diego, al alvedrio y gusto de semejãtes hombres. Y como su dolor impaciente creciia al passo q̃ se le imposibilitavan, sin dilatarlo mas, previniendo para su noble, è ignorante esposa causa de obligacion, y achaques mas forçosos; acõpañado de algunos criados de su caro amigo, dio buelta en pocos dias a toda el Andaluzia, gran parte de Castilla, y Estremadura, y corrido la Sierra, sin aver antes dexado ciudad, villa, ni aldea, sin inquirir y ver, se bolvio a Cordova, con no mejor noticia, pero tan sin esfuerço y esperança, que sin poderse yr a la mano,

cayò

cayo en una melancolia profundiſsima, y de ſuerte mortal y peligroſa, que ſe dudò en ſu buen juyzio, y ſe temio muy mucho ſu locura, y perdicion. Porque no a menos deſdichados terminos, truxo ſu ciega voluntad a eſte cavallero; y doyle tan triſtes atributos, por parecerme, que no pudo hombre humano llegar a eſtado ſemejante, a deſeſperacion tan terrible, a enfermedad tan incurable, ſin que para eſcuſarle della, le valieſſe ſu calidad, ſu ſangre, ſus riquezas, ſus amigos; y aũ ſobre todo el ſer perſona de claro entendimiento y diſcurſo; que es la mas eficiente cauſa para reprimir tales efetos. Por donde mejor conocciemos nueſtra fragil y vil naturaleza, y quan breves, y limitadas ſon las fuerças, y traças de los hombres. Vn año, y mas ſe le paſſò a don Diego en tan amarga vida, y aũ ſoſpecho que toda ſe le paſſara aſsi, ſi el cielo no le abriera, y quiça para ſu mayor caſtigo, el camino, y luz que tanto avia deſſeado y con tantas coſtas, y trabajos. Pero antes que a el le demos eſta alegre nueva, y que el letor ſe deſpene en ella, quiero yo dar tambien cuenta baſtante de ſu hermoſa dama, del lugar de ſu aſsiſtencia, y juntamẽte

de los sucessos de su ausencia larga. Y assi biẽ os acordareys, que segun queda dicho, en recibiendo doña Elvira aquel villete, la dexamos dispuesta a tratar con su madre la ultima resolucion de sus intentos. Diola pues cuerdamente noticia de la pretension de don Diego, de sus ofrecimientos, y ultimamente del papel, cuyas razones libres y arrojadas, les dieron bien claro a presumir el peligro en que estavã, y el detrimento que corria su honor; con lo qual, juzgando por forçoso el prevenirse, y ayudando a su miedo la sospecha cruel en que a demas la puso la hechizera; justamẽte resueltas por fin de sus consejos, eligieron remedio, que sin duda huviera sido suficiente, si la fortuna, o suerte de su amante, no rodeara las cosas en su favor, y tan a tiempo ciudo, que atardarse mas dias el saberse dellas, por lo menos el hallar a doña Elvira, fuera en diferente estado, y con tales arrimos y respetos, que tuviera don Diego por preciso llorar su desengaño eternamente.

Avian en este tiempo las afligidas damas, antes de salirse de Cordova, vendido una possession, que solamente les avia quedado, con

pio-

proposito de traçar con su precio algũ empleo que les adelantasse el provecho, y assi hallandose en la ocasion presente con el dinero, q̃ seria mil ducados, facilitãdo su jornada, la dilpusieron la noche de aquel dia, y començada cõ secreto inviolable, y en tres mulas, o quatro forasteras, q̃ por ventura estavan en un meson, cerraron por todas partes las puertas a la noticia, y rastro de su viaje: y desta suerte caminando las nòches, al alva del tercero dia, llegaró alfin del, a un lugar apazible de hasta quinientas casas, en quien al levante de la Sierra vivia en razonable puesto, un antiguo criado de su casa, el qual admirado de su venida, y lastimado de la causa della, se resolvio a ampararlas con su misma familia, y haziendo por su mano empleos del dinero, y facilitandolos con su solicitud; passavan las pobres señoras, aunque incomodamente, aquel honroso y voluntario destierro, con menos soçobras y temores; y esto con tan grande recato y advertẽcia, que pudieron en breve no solo grangear la estimacion del pueblo, sino hazerse invisibles a quantos ojos las buscaron. Seys meses passariã en ellos intermedios, quando sin pensar en tal

acaecimiento, ſe vio en no pequeña inquietud ni menor deſaſſoſsiego, la honeſta dama, y mayormente ſiendo en la miſma parte que ella avia elegido para ſu receptaculo y cuſtodia, pues por lo menos fue hallar debaxo de las propias almoadas de ſu cama, un villete amoroſo: ſuceſſo que no tan ſolamente la dexò turbada, mas aumentò ſu pena y diſguſto, tanto por el cuydado de otro peligro ſemejante al paſſado, quanto por preſumir de las razones del papel, y de la ignorancia de ſu dueño, que de ſu caſa miſma, o al menos de algun criado della, nacia la terceria de aquel atrevimiento. Y aſsi eſtimando eſta ſoſpecha en mas que ſu peſar, ſin eſperar mayores lances, trató de mudar caſa, y con eſcuſa honeſta dexar la de ſu criado. Efectuoſe todo, y pareciendola que aun no eſtava ſegura, no bolvio en muchos dias a ſalir a Miſſa, ni la vieron en puerta, ni en ventanas.

Olvidavaſe me eſcrivir la continencia del villete, ſus razones diſcretas, y el propoſito y fin a que ſe endereçava. El qual ſi leyó doña Elvira, no fue tanto curioſa, quanto cuerda y prudente, juzgando convenir a ſus coſas el enten-

der

der y prevenir qualquiera inconviniente: y assi con semejante pensamiento, abriendole en aquella sazon, vio que dezia las palabras siguientes.

Papel a doña Elvira.

MI buena suerte, o mi mayor desdicha, porque uno y otro pongo en vuestras manos, me truxeron avra quarenta dias, a passar mis estudios a esta aldea, seguro de que en el sossiego de sus soledades, pudiera hallar ocasion que inquietara mi alma, y divirtiera mis sentidos; de suerte que adonde presumi salir aprovechado en la facultad que professo, è aprendido otra nueva doctrina, otros documentos de amor, y en vez de repassar leyes del Reino, passo en la tyrania de las suyas amargas horas y desconsuelos sin medida. Esta suma aficion, y barruntos bastantes de vuestra nobleza y honestidad incomparable, animaron este atrevimiento; si bien de lo primero, no pretendo remedio contra vuestra honra, y de lo segũdo, aunque soy cavallero, puedo dezir, que aũ me juzgo por indigno de vuestra sombra; y de suerte reconozco esta verdad, que ni por noble sangre, ni por generosa humildad, sieto sujeto,

geto, que os merezca; con que yo miſmo ven-
go a ſer el caſtigo de mis libres ojos, y un abra
ſado eſtio de mi corta eſperança: pero no obſ-
te, eſtara a todos vientos perdurable mi fe, o
ya haziendome el cielo dichoſo en vueſtra gra
cia y reſpueſta, o ya dexandome conſumir en
vueſtro olvido, é indignacion.

Don Iuan de Zuñiga.

Eſte diſcurſo breve y amoroſo, y aun igual-
mente corteſano y humilde, con la ſegura o-
ferta, hizieron en el honeſto acuerdo de la da-
ma tan ruyn efeto, que antes puedo afirmar,
ſintio la traça de ſu arrojamiento, como ſi ſe le
huviera hecho una afrenta; y aſsi atribuyendo
a algun deſcuydo de ſus ojos, o a alguna men-
gua de ſu recato, aquella libertad reprimio ſus
ſalidas, acortò ſus paſſos, y cerrò ſus ventanas,
haſta que deſpues de quatro meſes, pareciē-
do que ya el incognito amante avria buelto a
ſus eſtudios, ſe dexò ver del mũdo, dãdo mas
luz ſus ojos, deſde aquel pobre alvergue, que
los rayos del ſol deſde ſu eſfera. Salio a Miſſa
el diſanto, llevando tras de ſi las almas, y dos
mil bẽdiciones de aquellos ruſticos; y finalmẽ
te ſin penſar, en la Igleſia (porque muy de pen-

ſada

sada se le avia puesto enfrente) vio de repente un moço tan gallardo y bien hecho, que pudiera hazer tuydo en la ciudad, quanto y mas en una aldea; en quien no solo el habito, mas el rostro agradable, hazia la misma diferencia que el luzero a las demas estrellas: arrebatole un espacio la vista su presencia, y tanto, que quando cayò en su desman, de empacho y de verguença cubrio el rostro de nacar, y el manto hasta los pechos: pero aunque de su parte dio carcel al desseo, la novedad solicitava alos ojos, y estas a la voluntad, y no se si tambien anduvo inquieta el alma, y aun desseosa de q̃ fuesse el dueño del papel referido; semejante sugeto; mas con aquestas dudas y su acostumbrado encogimiẽto, se bolvio a su casa, no obstante, que tomandola primero la buelta de la calle, antes de entrar en ella, se le bolvio a ofrecer la misma persona, y haziẽdo con la gorra, y el pecho humildes cortesias; de que aun mas bien pagada doña Elvira, en recompensa levãtó un poco el manto, y el galan prosiguio su camino, dexando aquel pecho de marmol, cõ unos calosfrios, que sino procedierõ de amor, al menos creo q̃ se inclinaron algo de su parte;

por.

porque lo que hasta entonces no le avia sucedido,comio poco gustosa, y durmio sin sossiego,y no solo aquel dia,sino otros quinze, que forçando animosa a sus propios desseos,quiso con remedios tan graves morigerarlos y rendirlos;si bien al cabo ella se hallò vencida honestamente,y sobre todo ignorante en la causa.O quantos razonables discursos propuso en este tiempo, quantos proteitos caltos, quãtos honrosos medios, y con quanta facilidad tomando unos,y tripulando otros, quando quiso valerse de consejo,se hallò imposibilitada del ; porque aunque mas desseò reprimir sus ojos, bolviendo otro disanto al mismo sacrificio,no solo la fue casi imposible,mas aun dio avilantez a aquel mancebo , para que al bolverse a su casa le arrojasse dissimuladamente en sus umbrales un villete ; el qual alcançado della,si en conociendo que era la propia letra del passado,la pidieran albricias,diera su coraçon;aunque no se si ya se le hallaran en el pecho,porque los efetos presentes tyranizavan y oprimian lo mejor del. Holgose summente doña Elvira , coligiendo que el cielo tan a su honra y condicion honesta abria la puerta a su

reme-

remedio, pues siendo tal la calidad del sugeto, y segun lo ponderado en el papel de aora y el passado, no podia codiciar su limpio intento, cosa mas a proposito, dueño mas a medida de su desseo: y assi, aun antes de darle el menor favor, ni de imaginar la respuesta, llamando aquel su criado antiguo, y consultando el caso con su madre, propuso al uno y otro, la pretension de don Iuan de Zuñiga, y advirtioles en sus dilatados desdenes, enseñò los villetes, y el fin de su demanda, que era su casamiento; con lo qual, dexandose informar del criado, q̃ muy bien conocia al cavallero, sabiendo que lo era, y natural de Vbeda, hermano de cierto Mayorazgo, alimentado razonablemente, y las grandes esperanças de sus estudios, cõ mas sano consejo que hasta entonces, acordó por buen medio el que para remate de sus trabajos la ofrecia su ventura, y assi con semejante presupuesto se dispuso a escrivirle, digo a responderle estos breves renglones.

Doña Elvira a don Iuan de Zuñiga.

LA primera vez que para escrivir a hombre humano è tomado con voluntad la pluma, quisiera mucho (señor don Iuan) que creyera-

des

des es la preſente, y juntamente, que ſegun tá eſquiſita novedad, eſtimaradesel ſervicio q̃ os hago, ſi bié antes de agora no à ſido pequeño en conformidad de mi encogimiento y recato, el aver leydo muchas vezes vueſtros papeles, y aun el credito que è dado a ſus razones. Y alsi, pues ya ſabeys eſtas verdades de mi pecho, y no ignorays que ſoy tan rica de calidad y buena fama, como pobre de bienes de fortuna, agradandoos tal dote, madre tengo, y vos deudos y hermanos que diſpongan lo demas, encomendaldo a ellos, pues ni mi eſtado pide otra coſa, ni a vos os eſta a cuento querer mas que ſaber lo intentays con mi guſto.

El papel referido tuvo don Iuan la miſma tarde, porque poco cuydado ballò a ponerſele delante, valiendoſe al paſſear la calle de ſu propria licẽ; con que fuera de ſi en leyendole, eſtuuo para hazer eſtremos locos, y en concluſion para abreviar con ello, tales replicas, demandas y reſpueſtas huvo de por medio, que doña Elvira ſe diſpuſo a hablarle, y con tan gran favor, ſi a don Iuan ſuſpendian algunos inconvinientes (porque realmente quiſiera que el caſarſe y las nuevas llegaran a ſu her-

mano

mano a un miſmo tiempo) facilmente quedaron atropellados, haziendo al punto que dos criados ſuyos huyendo el cuerpo a Vbeda, ſe partieſſen a Cordova, y en ella previnieſſẽ las galas, preſeas y joyas mas preciſas al caſo; de adonde reſultò todo ſu daño, y el ſaberlé el afligido y enamorado don Diego; porque quiſo ſu ſuerte, que el oficial a quien lo encomẽdaron, acertaſſe a ſer no ſolo el miſmo ſaſtre de ſu caſa y perſona, ſino uno de aquellos que por orden de don Garcia ſalieron en buſca de doña Elvira; y aſsi apenas oyò agora de los necios criados el nombre, ſeñas, y caſamiento, quando con la mejor noticia del lugar dio aquella nueva alegre, a quien ſe le pagò tambien, que quedò rico. Bien pienſo que ſe podra creer, ſegun lo referido, que ſi a tan impenſado ſucceſſo no acabò el tierno amante de perder los ſentidos, o ſeria ayuda milagroſa, o hallar templado ſu guſto y alegria con el deſconſuelo de las futuras bodas, aunque eſte eſſencial punto, mas le irrito el eſpiritu que le acrecentò la voluntad, porque eſta no podia ſubir a mayor altura, ni ſu zelóſa rabia levantarla de punto: y aſsi deſde aquel miſmo en

que

que tuvo el aviso, llamando a don Garcia, y à doze hombres, para qualquiera afrenta, arrancò por la posta, llevando ya resuelto no dexarse morir como amante cortès, sino quitarsela por fuerça a quien se le opusiesse.

En este interin como en negocio hecho, y por escusarse de mayor nota, las mas noches entrava a verse con su dama don Iuan, si bien nunca estas vistas passaron los limites honestos, ni aunque el lo pretendiera, ni aun tomarla una mano, sirviera de otra cosa, que perder a doña Elvira, y caer para siempre en su indignacion; con lo qual en conversacion amorosa, dulcemente entretenian las horas, que sus criados dilatavan la buelta, valiéndose para aquellas entradas y visitas de medios que escusassen escandalos, y que sin intervencion de terceros guardassen mejor que ellos el secreto.

Llegò pues en esta coyuntura don Diego y su compañia, que a tardarse algo mas, hallara hechas las bodas, de quien a penas se apeò en una posada, quando creyendo el huesped, que venian combidados, les dixo, aun sin preguntarselo, la casa de su dama. Cenaron luego cò tan cierta noticia, porque aunque era bien cer-

rada

rada la noche, no tenian la hora por conveniéte; mas como el coraçon de don Diego no ſoſſegava, aun con el bocado en la boca, dexò a ſu gente proſiguiendo la cena, y bien agenos de imaginar lo que hizo, que fue tomar las ſeñas, y ſin mas compañia hazerſe explorador de la avéntura, y no con otro intéto que de hurtar ſus deſſeos, y aun ſus ojos, viendo y tocando los umbrales que piſava ſu empleo, y las paredes altas que ocultavan ſu luz: y aſsi diſcurriendo a tiento de unas partes a otras, al bolver de una eſquina ſin penſar le tocò en el roſtro y parte de la viſta, una cinta que colgava de una ventana de rexa, a la qual movido tanto mas de ſu proprio enfado, que de lo que reſultò, apenas dandola con la mano tirò della, quádo ſe aſſomó una muger que en baxa voz le dixo que eſperaſſe a la puerta, de cuya novedad admirado y confuſo, juzgando que no ſolo en las grandes ciudades ſe hallavan ſemejantes ſuceſſos, ſuſpendiendo el que mas le importava, ſin mas acuerdo ſe acercò a la puerta, que ya eſtavan abriendo; y aunque de la parte de adentro ſe diviſava una pequeña luz, atropellando por todo ſe arrojò al çaguan, en quié

no dio tres passos, quando se hallò casi en los dulces braços de su dama, en la desseada y hermosa presencia de doña Elvira, la qual conocièdole assi mismo, no tuvo esfuerço ni animo para moverse; si bien aunque turbada y ciega, dio vozes, a que despertando don Diego como de un pesado sueño, conociẽdo ser ciertas sus sospechas y zelos, quedò mas desmayado que la ocasion pedia, y aun de lo que fuera menester, segun el peligro en que se vio: porq̃ como el uno y el otro con su impensada vista olvidaron la puerta, aun no avia dado doña Elvira dos gritos, quando se entrò por ella un hõbre con tan grande alboroto y inadvertencia, que huviera de dar de ojos con don Diego, al mismo instante que su furor zeloso estava en terminos q̃ a tardarse el socorro, fiera de puñaladas a su dama; que conociendo aora su esperado dueño, digo al galan don Iuan, a quien ya esperava como a esposo, con nuevo aliento se amparò de su lado, tratando el defenderse, y defenderla tan venturosamente, que no solo retirò hasta la calle a su contrario, mas en tanto q̃ cerrava doña Elvira las puertas, le dio algunas heridas tan peligrosas y crueles, que a

no

no llegar entonces don Garcia y su gente que le andavan buscando, dexara el buen don Diego entre sus manos y armas la vida y pensamientos. Y si bien auaq̃ huyendo don Iuan, tantas ventajas, se puso en cobro; no fue tan a su salvo, que no llevasse juntamente que curar muchos dias; no obstante que al bolverse los que le avian herido, hallaron a su dueño tan desmayado y herido, que cargandole a hombros les fue preciso suspender su vẽgança, y matar mui apriessa de su vida y su alma.

Corrio, aun a aquellas horas la voz desse sucesso por todo el lugarzillo, y assi mismo sin poderlo escusar la ocasion y el personaje herido, cõ q̃ otro dia no solo no quedo hõbre con hombre, pero llegò hasta Cordova la nueva.

Don Iuan entendiendo la verdad, mal curado y peor prevenido, no se hallando seguro, mudò de tierra; y aunque no los pensamientos amorosos, perseverante en ellos, tanto como satisfecho en la integridad y pureza de su querida prenda, no el atrevido y loco intẽto de su opuesto, baltò a mẽguar un punto su aficiõ, ni a desacreditarla en su pecho. Fuera de q̃ a esta sazon ya el sabia los ingeniosos cuydados de

don Diego, y juntamente las peregrinaciones y trabajos de su honrada resistencia. Y assi aun que el peligroso estado de tal sucesso le metio en Portugal, y despues el saber que alli le buscavan la muerte, le sacò a vagar por el mundo siempre amartelado: y no pienso que en ausencias tan largas (aunque en su correspondencia huvo olvidos y grande intermission) fue menos desseado, y aun llorado por doña Elvira, a quien bolviendo a nuestra historia, sin respetar su sangre y su decoro, los villanos Alcaldes pusieron guardas, y en son de presa la assegurarò en su casa; hasta que respeto de tan gran cavallero, aun sin pedirlo el, de oficio embiò la Audiencia Real a la averiguacion de sus heridas: para lo qual, y para la comprovacion de otros indicios, llevaron a ella, a su madre y criada, a Cordova, adonde sabido por don Diego, a quien primero avian traydo en una litera, como ninguno mejor entendia su inocencia, cargando en si la culpa de todo, no solo las hizo dar por libres, mas con declaraciones y protestas honrosas, bolvio por su opinion y buena fama; si bien esta, aunq̃ faltara semejante diligencia, no padecio nunca detrimẽto, antes en me

dio

dio de tribulaciones tan graves, permaneció intacta y durable, y al peſo que las unas crecie ron, luzio mas ſu verdad, y ſe acriſolò con ma yores quilates ſu conſtancia y firmeza.

Con la publicidad a que ſe reduzieron ta- les negocios fue forçoſo entenderlos la noble y generoſa doña Aldonça, de quien no abſtan te (agaſajado y recibido ſu diſtraydo eſpoſo) mientras con paciencia Chriſtiana tratava de curarle, diſpuſo tambien, con guſto y beneplacito de doña Elvira y ſu madre, ſu mas ſegura vida, y ſu mayor comodidad y conſuelo. Y aſſi alimentadas con mano liberal y piadoſa, ſe encerraron en un Convento, reſueltas a eſperar el fin de ſus infelizes bodas, y al dueño que avia eſcogido para eſpoſo, o acabar unas y otras con ſu clauſura ſus perſecuciones y vida. Mas ni tan ſano acuerdo fue de importancia, porque ni la prudencia y ſufrimiento de ſu ſanta muger, ni los conſejos de ſus deudos y amigos, baſtaron a que en convaleciendo don Diego, ſe eſcuſaſſe de bolver a ſu amoroſa tema, y con deſſeos tã vivos y nuevas fuerças, que parece cobravan mas vigor en ſus mayores reſiſtencias, y que competiã en inmortal pelea dos

afetos tan poderosos y contrarios; el desden y aborrecimiento de su dama, y su incurable amor y voluntad. Y assi entendido el lugar a dó de estava, renovando las passadas fiestas de sus casamientos, no huvo dia en quien la plaça del Convento no sirviesse de teatro a sus invenciones, a sus mascaras y regozijos, y otros publicos juegos, con que no solo turbò la paz, quietud y recogimiento de aquellas mugeres, sino que juntamente las obligò, a q̃ advirtiendo el descredito de su Religion, y el escandalo de la ciudad, lo remediassen con sacar de su compañia la ocasion. Con que las afligidas señoras con lagrimas del alma, y pidiendo vengança de sus injurias a los cielos, se huvieron de recoger a su antigua morada, resolviendo en su pecho duña Elvira, morir con varonil animo en ella, antes que bolver a sus peregrinaciones, ni verle por don Diego, escarnecida.

En estos tiempos aviédose passado despues delas heridas tres años, y aviendo en el primero dellos aportado don Iuan de Zuñiga a Bolonia, y tenido diferentes sucessos, de tal suerte llevando adelante sus estudios, aprovechó en ellos, resplandeciendo su ingenio y letras,

que

què sin contradicion, por comun voto llegò a ser su concepto, el mas calificado, y su opinion y jurisprudencia, la primera silla de aquella insigne Vniversidad, y tanto, que yendo en la misma sazon la Magestad de Carlos V. a celebrar en Bolonia el acto solemnissimo de su coronacion, teniendo de tan gran sugeto larga noticia, y queriendo servirse del, le entretuvo consigo hasta venir a España; sibien antes de aquesto sucedieron en Cordova cosas notables, porq̃ prosiguiendo toda via don Diego en sus locos devaneos, sin un minimo alivio, o esperança de fruto en tantos años, corria ligero el curso de su vida, engañando sus penas, y divirtiendo sus passiones, cõ passear la calle, con besar las paredes y rexas de su dama, sin que el herizado y prolixo invierno, ni el abrasado y seco estio pusiessen limite a tantos desconciertos. Estava entonces la ciudad, y aun lo restante de España, sumamente afligida, y sumamente apretada de una peste mortal, que inficionando el ayre, la circundò con estrago cruel y lastimoso, y assi pocas, o ninguna casa se libraron en Cordova desta plaga y açote: y no obstante, sin temor seguia don Diego su

carrera; cifrava como dixe, su consuelo māyor en sus passeos, en quien bien de ordinario, ya con la diversion de su platica, ya con el gusto de su compañia, ayudava su amigo don Garcia, no aviendo dia, ni hora que no diessen mil buēltas a la casa de la honesta donzella: cuyas puertas aunque siempre estuvieron con recato y clausura, pareciendoles que en aquesta sazon casi tres dias continuos, las hallavan en una misma forma: notando tales muestras con mayor advertencia, no solo confirmaron sus dudas, mas dellas y del silencio grāde; y sobre todo del no salir persona, ni oyrse, ni entenderse indicios o barruntos de que la huviesse dentro, presumieron otra segunda ausencia, otra impensada fuga, o semejante determinacion a la pasada; con lo qual como realmente al afligido amante no le avia quedado otro alivio, otro refugio y descanso, viendo perdido aquesse, no ay ingenio que pueda encarecer sus ansias, sus congojas y penas: habló mil desatinos, dixo mil tristes lastimas, llamò a vozes su dama, injuriò su fortuna, y finalmente llorò cō tiernas lagrimas sus rigores crueles, y sus resoluciones ingratas; y tal le vio su amigo, tal le consi-

considerò, que movido a lastima, o regido de otra superior causa, desseando aplacarle, procurò juntamente, no solo hazerle creer la presumpcion por falsa, sino que sin quexarse a los vientos, ni hazer mas fundamento en esperanças, entrassen en casa de doña Elvira, y acabassen (hallandola) por fuerça, lo que tantos suspiros, congoxas y tormentos no avian de grado conseguido: y assi con tan vivo incentivo alentado don Diego, en siendo mas de noche con dos linternas facilmente penetraron la entrada, por una puerta falsa que a pocos golpes abromada del tiempo, y de su ancianidad, se dexò franquear; y con aquesto rodeando los patios, no hallando tan fragil resistencia en otra que dellos, subia alos corredores, sirviendoles de escalas sus pilares, en un punto uno y otro se hallaron allá arriba, mas no oyendo rumor, ni viendo que aun del suyo con ser bien grande resultava alborotò, perdiendo la esperança y bolviendo a su tema, se quisieron salir por donde entraron, y sin duda lo hizieran, si entónces la curiosidad y frenesi del amartelado cavallero, desseando ver el aposento, o segun el dezia, el relicario y lecho de su dama, aquel tes-

tigo

tigo mudo de su mas secreta hermosura, no les passara adelante, hasta q̃ atravessando dos tan despejados como crecidos aposentos, al entrar al tercero, casi les huviera suspendido largo espacio el ayre contagioso y ardiente q̃ salia del; mas con todo animados, arrojandose dentro, apenas dio la luz de las linternas alguna claridad, quando en pobres y diferentes lechos miraron desmayadas, o en terminos de muertas a la hermosa doña Elvira, a su madre, y en un colchon algo distante dellas a su fiel criada; q̃ bien esta como de natural mas robusta, con algun acuerdo.

No ay dudar, sino que semejante espectaculo, vista tan lastimosa, y nunca de don Diego imaginada, haria en su pecho sangrienta operacion; pues es cosa bien cierta, que teniendo librados su gusto, su alegria, y su mayor riqueza en la vida y salud desta muger, aun estando en su desgracia, aun siendo su cuchillo, oy que a su parecer la hallava muerta, sin cura, sin regalo, y aun sin una mortaja; que avia de ser grande su pena, y grande su valor, pues pudo resistir golpe tan duro.

En este medio avïendo don Garcia mas li-

bre

bre de pasion, llegado a doña Elvira y su madre, hallãdolas con pulsos, y teniendo por cierto, que el humor pestilencial les tenia en tal estado, y su pobreza y falta de remedios en semejante peligro: advertido a don Diego, dexando el llanto, sin mayor tardança el uno fue por medicos y lumbre, y el otro por personas que asistiessen a su cura y regalo: dando el amante a todo tan facil expediéte, como el caso y su aficion pedian; y con tanto dexando a la criada cantidad de dineros, sin saber doña Elvira por entonces quien en tan grave aprieto avia sido el restaurador de su vida, se bolvieron a sus casas; y ella y su madre recobrado el sentido con los muchos remedios y eficaces antidotos opuestos al veneno, luzgaron su mejoria por sobrenatural, y su regalo y cura por milagrosa: y aunque con justa razon devieron assi atribuyrlo, toda via de la misma criada entendieron las segundas causas, y el braço piadoso con que assi se avian dispuesto; si bien ni el verse dos vezes (digamoslo assi) resucitada por una mano, por un sugeto mismo, pudo trocar su pensamiento, ni mudar su intencion en esta: porque

aunque

aunque es verdad, que agradecida, y con pecho obligado reconocia tan grandes beneficios, primero se dexara errar el rostro, vender por esclava, y primero ofreciera dos mil vezes su vida por salir de tal deuda, que rendir su firme volutad al ciego y torpe fin de sus desseos.

Bien presumo, que muchos oyendo entonces dureza semejante, y aora leyendo tan admirables pruevas del amor de aqueste cavallero, disculparan sus yerros, y aun culparan en su dama tantas ingratitudes, y no me admirare, porque los hombres assi juzgamos el fondo de las cosas, presumiendo de las virtudes, vicios, y de la perseverancia y pureza, tema y locura. Llegò pues esto a tanto, que aun de su misma madre, de su fiel criada, vino a ser persuadida, y aun a ser reputada por ingrata. Tal es el imperioso braço de un interes, y de las buenas obras recebidas, pues aun disponiêdose a malos fines, rinden las voluntades, y echã duras cadenas al mas libre y prudente juyzio.

Mucho se temio doña Elvira viendo blandear a su madre y criada, y con justa razon por que enemigos tan caseros, golpes tan cõtinuados, avisos tan secretos, y guardas tan sobornadas,

nadas; no ay que pensar, sino que una vez o otra avian de dar entrada a su contrario, y cō ella al tratte con su honra; y assi de nuevo cuydadosa y solicita, apenas le vio convaleciente de su mal, quando se hallò rodeada por tā graves temores, que para que mas se acrecentassen, y la causa creciesse, no pararon en las que è referido sus obligaciones, ni las generosas obras y beneficios de su amante, porque sobre la plaga pestilente, de que no se via libre aquella ciudad, la castigò el cielo con otra en su tāto mayor; con una hambre general, con una carestia espantosa: que assi aora se cayan los hōbres por las calles hambrientos, como poco antes por el contagio y pestilencia. Es muy ordinario seguirse a esta semejante desdicha; y assi hallandose doña Elvira en ygual trabajo, su madre con el discurso de los dias pereciendo, y su criada sin alientos ni fuerças, passandose los dos, y aun los quatro sin comer, y los mas con muy fragil sustento, vino a descaecerse, y consumirse la virtud natural, de suerte que sus cuerpos en breve termino se bolvieron anotomias de huessos, y esqueletos descarnados. Y como el tierno amante, aunque sabia sus aprietos,

tos,

aunque es verdad, que agradecida, y con pecho obligado reconocia tan grandes beneficios, primero se dexara errar el rostro, vender por esclava, y primero ofreciera dos mil vezes su vida por salir de tal deuda, que rendir su firme voluntad al ciego y torpe fin de sus desseos.

Bien presumo, que muchos oyendo entonces dureza semejante, y aora leyendo tan admirables pruevas del amor de aqueste cavallero, disculparan sus yerros, y aun culparan en su dama tantas ingratitudes, y no me admirare, porque los hombres assi juzgamos el fondo de las cosas, presumiendo de las virtudes, vicios, y de la perseverancia y pureza, tema y locura. Llegò pues esto a tanto, que aun de su misma madre, de su fiel criada, vino a ser persuadida, y aun a ser reputada por ingrata. Tal es el imperioso braço de un interes, y de las buenas obras recebidas, pues aun disponiẽdose a malos fines, rinden las voluntades, y echã duras cadenas al mas libre y prudente juyzio.

Mucho se temio doña Elvira viendo blandear a su madre y criada, y con justa razon por que enemigos tan caseros, golpes tan cõtinuados, avisos tan secretos, y guardas tan sobornadas,

nadas ; no ay que pensar , sino que una vez o otra avian de dar entrada a su contrario, y cō ella al tratte con su honra; y assi de nuevo cuydadosa y solicita, apenas le vio convaleciente de su mal, quando se hallò rodeada por tā graves temores, que para que mas se acrecentassen, y la causa creciesse, no pararon en las que è referido sus obligaciones, ni las generosas obras y beneficios de su amante , porque sobre la plaga pestilente, de que no se via libre aquella ciudad, la castigò el cielo con otra en su tāto mayor; con una hambre general, con una carestia espantosa: que assi aora se cayan los hōbres por las calles hambrientos, como poco antes por el contagio y pestilencia. Es muy ordinario seguirse a esta semejante desdicha; y assi hallandose doña Elvira en ygual trabajo, su madre con el discurso de los dias pereciendo, y su criada sin alientos ni fuerças, passandose los dos , y aun los quatro sin comer , y los mas con muy fragil sustento, vino a descaecerse, y consumirse la virtud natural, de suerte que sus cuerpos en breve termino se bolvieron anotomias de huessos, y esqueletos descarnados. Y como el tierno amante, aunque sabia sus aprietos,

tos, tenia cerradas las puertas para remediar-los, porq aũ la passada cura se dispuso por los mismos medicos: ella corria aora por la posta a la sepultura, y su pobre madre y criada, los mismos passos, sin querer dar lugar, no digo a su deshonra (que aun tanto daño pudiera re-primirla) sino a un solo bolver blãdos los ojos, y digo menos, a una ligera permissiõ, pues bas-taua esta para salir de mayores trabajos, y para que don Diego la entregara su hazienda.

En conclusion, firme en morir rabiando, an-tes que verse deshonrada de sus lacivos lazos permaneció en su dureza doña Elvira, hasta que cediendo a sus ayunos y vigilias el flaco y tierno espiritu, mirando morir su triste madre, y su criada perecer, con lastimosas lagrimas y suspiros celebrava sus obsequias y muerte. Mas a esta misma hora, que serian las onze de la noche, como nunca la mano liberal de Dios faltò en el mayor aprieto, en la mayor neces-sidad, estando como è dicho esta constante y famosa muger, oyò un grande golpe, que a su parecer avia sonado en otro diferente apo-sento, cuyas altas ventanas cayan a una calle escusada y sin salida, y cõ un varonil esfuerço ani-

animandose lo mejor que pudo, y tomando una luz, guiò con su madre y criada azia aquella parte; mas aunque su valor procurava alentarse, toda via coraçon mugeril, turbada y temerosa, llegó al aposento, en quien en vez de algun vestigio, o sombra, hallo en medio del un costal grande, que abriendole al momento, para su desdicha y miseria, fue tierra de promission, y una oficina llena de apazibles conservas, de carnes adobadas, de cecinas y empanadas diversas; cò lo qual, y un bolsillo de quinientos escudos, remediaron no solo la presente necessidad, pero el reparo de otras cosas forçosas, y assi no quiriendo la dama inquirir tan nuevo modo de milagro, sin hazer sobre el discursos ni quimeras, dio al cielo muchas gracias; y su madre y criada aun sin saber lo cierto, juntamente mil bendiciones al piadoso don Diego; el qual no pudiẽdo soportar cõ su alma el ver mas padecer al dueño ermoso della, aunque dilatò tan buena traça, presumiendo rendirla por hãbre, al fin el se huvo de vencer primero, y cõ dos escaleras biẽ ligadas, por ser la vẽtana muy alta, cõ un criado, y su maior amigo previno esse milagro a tiẽpo,

que

que a suspéderle un dia, se hallara sin su dama; y ella desesperadamente sin vida.

Hasta este punto y ocasion pudo seguir su madre, y aun perseverar en su honrada opiniõ mas agora governando echò por diferentes rumbos, y siendo la criada del mismo parecer, traçaron entre las dos, con notable secreto la satisfacion y premio de tantos beneficios, y el assegurar sus aumentos para otra semejãte desventura, y assi con semejante acuerdo, tomando por su cuenta el disponerlo, sin mayor dilacion se vio la criada cõn don Diego, y con la misma, sin usar de preambulos y figuras retoricas, en liso y llano estylo, rindio gracias humildes a tantas mercedes, a tantas buenas obras y beneficios. Y passando adelante, culpando la entereza y cruel condicion de doña Elvira, su aspereza y desden, de parte de su madre, y con su beneplacito y gusto dio fin a su demanda, ofreciendosela liberalmente, con que el como noble y generoso cavallero tomasse su remedio, y el darla estado por su cuenta. Tal fue el recaudo y orden de la gentil criada, tal la resolucion de quien la governava, y tal en conclusion oyendo tan increybles, y no pensadas

nuevas

nuevas, el alboroço de don Diego; que dudo mucho, y con razones juſtas, que ſegun è leydo en autores diverſos, pueda matar un ſubito contento, una alegria impenſanda, pues ſiẽdo eſta tan grande y ſuperior a ſus fuerças, le dexò con la vida, y no aſsi como quiera, ſino con mas vigor, con mayores alientos.

Dio a la criada dos mil abraços, y tras cada pregunta repetido eſte eſtremo, no ſabiendo como ſatisfazerla, aun ſu gran mayorazgo juzgava por corta recompenſa, y a ſu miſma perſona por indigna de tanto bien. En efeto aſſentado el concierto, y aſſegurado un rico y grande dote; al preſente la criada bolvio con muchas joyas, y no menor promeſſa, y don Diego quedando previniendoſe, hizo llamar a don Garcia, a quien loco y fuera de ſi, dio parte de ſu guſto, y aſsi meſmo de como ſu entrada en caſa de doña Elvira avia de ſer aquella tarde, y antes de anochecer.

Era eſte, ultimo aviſo y prevenció de la criada; pareciendola que eſperando a mas tarde, ſeria dificultoſo meterle en caſa ſin advertencia de la ya ſoſpechoſa doña Elvira, cõ lo qual ygualmente gozoſos los amigos, eſperaron la

hora; si bien como en don Diego los muy cortos minutos fuessen años prolixos, aũ antes de llegar dispusieron su yda, entreteniendo lo restante del tiempo en la Iglesia y Parrochia de su dama, por caerles muy cerca, y aun casi enfrente de sus mismas ventanas, adonde passeãdose por una hermosa nave, anduvieron buen rato confiriendo sus cosas, y desmembrando los diversos caminos, por dõde sin pensar se hallava dueño dellas. Assi era la cuẽta q̃ se hazia don Diego, y quiza en tiẽpo q̃ la inocente cordevilla vendida por su sangre, o por mejor dezir, destinada a tan detestable sacrificio, por vẽtura estaria con mas fervor y lagrimas pidiendo a Dios remedio. Veyase ya la afligida dõzella perseguida de su madre, insidiada de su criada, y finalmẽte de aquellas q̃ tantas vezes fueron su consuelo, y tantas el arrimo y apoyo de su perseverãcia, y no teniendo aora a quiẽ bolver los ojos, fuerça era q̃ con mayor aliento acudiesse a su unico amparo, al verdadero Padre de los huerfanos, al consuelo delos afligidos, y al siempre vengador de graves injurias.

En fin, bolviẽdo a mi proposito, siẽdo las cinco de la tarde, y poco menos del termino aplaçado,

gado, alegre el tierno amante, y su amigo con tento viendo llegar la hora con mas nuevo plazer, de una buelta y otra, dividian la espaciosa nave, ya haziendo breves pausas en su conversacion, y ya bolviendo a ella con donayres y motes; quando en medio de su mayor discurso casi inpensada y repentinamente parando dõ. Garcia, se quedò embelesado mirando al suelo; cosa que advirtiendose con admiracion y cuydado por su amigo, viendole assi pasmado, le tirò del braço, y de tal suerte, que como si despertara de un pesado sueño, assi le hizo bolver el rostro; y no parando aqui, oyendo que don Diego preguntava admirado la causa de su suspension, con nuevo espanto bolviendose a el, le dixo: Como es posible, amigo y compañero, que vos me pregunteys lo mismo que aveys visto? a caso en este punto no os hallasteys conmigo? no veniades a mi proprio lado? no os sucedio lo que a mi? o por ventura vivis tan sin sentido, discurris tan sin ojos, sumergido en vuestro ciego amor, que no aveys visto, oydo, ni entendido, q̃ al passar estas losas, estos marmoles cubiertas de sepulcros, se an levantado con nosotros del suelo portentosamẽte?

Yo colijo sin duda, que si este estupendo caso se os à passado en blanco, o è perdido el sentido, o vos la vista, là memoria y el juyzio. Aqui sin dexarle passar adelante con descompuesta risa, gritos y vozes desentonadas, atajandole don Diego discurrio por la Iglesia, haziendo estremos tales, que qualquiera juzgara se avia soltado de la cadena, o casa de los locos; tales estremos ocasionò el assombro de su turbado amigo con quien bolviendose a juntar con trisca y burla celebrava las suyas, pues nunca arribuyò su mejor acuerdo a cosa semejante, y aun pienso que oy estuviera en ygual parecer, y don Garcia corrido del crédito y engaño de su presumpcion; si a esta hora mas solegados y quietos bòlviendo a su passeo, nò se hallaran inopinadamente desengañados, y aun perdidos; porque apenas en el mismo exercicio, y aun con la misma risa y desemboltura, quisieron juntos atravesar la losa; quando al poner los pies en ella, con horrible estampido alçandose con ellos, los arrojò como un trabuco, seys passos adelante; y luego sin suspenderse alli el sucesso espantolo, mientras los dos se pusieron en pie, no sin horrible turbacion, vieron

que

que del Sepulchro ſe yva poco a poco levantando un hombre, que en vez de la mortaja, veſtia un habito Franciſco, el qual deſtocando el roſtro, y aviendo con ſumiſsion profunda, reverenciado a los Altares y Simulacros, bolviendoſe hazia ellos con tremenda voz, aſsi mirando al miſero don Diego, dava principio a las razones ſiguientes.

Haſta quando as penſado (ò atrevido mancebo) que avran de ſuſpender los juſtos cielos, el caſtigo y açote de tus deteſtables intentos? haſta quando con tan graves ofenſas y pecados as de irritar ſu tremenda juſticia? teniendo juntamente lleno el mundo de eſcandalos, alborotada eſta ciudad, y cubiertos de lagrimas y miedos, los ojos caſtos, y pecho virtuoſo, de mi deſdichada y perſeguida hija; pues aun no an perdonado en la proſecucion de tus torpes deſſeos, y mi afrenta, hollar tus pies eſtas lozas y marmoles, aſsilo de mis hueſſos; y por tantas razones lugar digno de mayor reſpeto y veneracion; buelve buelve ya ſobre ti miſerable hombre, antes que tu perſeverancia deteſtable apreſure el caſtigo, para el qual como oy ſe me à permitido la amenaça, entonces ſe me

cometera la execucion de su ira, y tu satisfaras en desgracia de Dios siglos eternos, el tiempo mal gastado de tu vida.

Aqui llegava la temerosa voz, quando sin poder el animo y valor delos dos cavalleros escuchar mas razones, dieron consigo totalmente en el suelo, y al mismo punto, haziendo como al principio una reverencia umilde, aquel bulto espantoso se bolvio a su lugar, cubriendose la losa por si misma con tan grande estampido, que no solo acabó de quitarles a los dos el sentido, sino q̃ juntamente su novedad y rumor truxo al puesto en q̃ estavan algunos clerigos, y otras muchas personas de la vezindad, q̃ hallandolos en tan triste estado, brevemente se estendio su noticia por toda la ciudad, y sin poderlo remediar, assi mismo a los oydos de la virtuosa, y noble doña Aldonça.

A esta razon, aunque se me à olvidado referirlo, no obstante las inquietudes de su esposo, estava la afligida señora preñada, y muy vezina adar luz con su parto al fruto que esperavas para sossiego y paz de su casa y marido: mas como las determinaciones y juyzios de Dios sean tan investigables y secretos, muy al con-

trario

trario se disputierõ sus propositos, siendo aquello sin duda lo q̃ mas convendria, porque apenas entendio la afligida señora la triste nueva (pues indiscretamente añadida, fue no menos de q̃ avia hallado muerto a dõ Diego en aquella parte) quando rompiendo la fuerça del dolor y sobresalto, lo interior del pecho, abortò un hijo, y con tan grandes ansias, y mortales fatigas, que en breves horas rindio el alma; y poco despues con general sentimiẽto, y lagrimas de toda la ciudad, la siguio el tierno infante; q̃ quando el cielo empieça a enojarse, y sentirse, no suelen ser menores los efetos de su ira; y assi julta, aunque desastradamente, comença a experimentar don Diego su espantoso aviso. El qual ya a esta hora (que fue el siguiẽte dia) bolviendo en si estava, aunque ignorante de tal perdida, en terminos de seguir a su esposa, y no en mejor su amigo, porque uno y otro en muchos dias no se levantaron de la cama, sobreviniendoles tales accidentes, que fue milagro escapar con la vida: y mas quãdo entẽdio dõ Diego los daños de su casa, la muerte de su muger y sucessor, el perdido dote, y la falta de otras comodidades y cõveniencias q̃ pudie-

pudieran dar al traſſe con ſu ſalud, y aũ con ſu ſufrimiento; mas como cavallero Chriſtiano, reconociendo cuerdo y humilde, de adonde, y porque cauſa le venian tales açotes, proteſtando grandes encomiendas, y conformandoſe con la voluntad del cielo, eſperò mejoria y convaleſcencia.

Aviaſe en eſte tiempo, eſtendiendo aun lo mas eſſencial del ſecreto por toda Cordova, adonde en diferentes cócurſos y platicas, añadiendo y acrecentando circunſtancias ſe contava con horror, y general admiracio; porque aunque ſe pretendio encubrir por juſtos reſpetos, de adonde menos ſe eſperava ſalio en publico; y fue de la miſma caſa de doña Elvira, en quien no quedandoſe ſin caſtigo ſu madre, como mas culpada, le tuvo a la hora miſma, que a don Diego le vino, apareciendola otra ſemejante ſombra, que la dexò no menos mortal, mas antes llena de horribles miedos, y tan eſpantoſos temores, que dieron con ſus quexas, con ſu cura, y poco anima al traſte con el juſto ſecreto; haziendo patente el caſo, la culpa, y aun ſu ruin determinacion. Si bien tocado de mas ſuperior braço, atendiẽdo don Die-

go al remedio y ſatisfacion de tan graves eſcá dalos y quiebras, reſuelto a darla; propuſo a ſus deudos y amigos ſu ultima voluntad, y aplaudida de todos, aunque toda via indiſpueſto; aſignó para el ſiguiente dia a eſta junta ſu execucion, y el hazer notorio al mundo el remate de ſu amor y deſſeos: pues era no menos que llenar el vacio de la difunta y noble doña Aldonça, con la invencible, caſta y virtuoſa doña Elvira; y aſsi acompañado de lo mas generoſo, é illuſtre de aquella nobiliſsima ciudad, ſin dar aviſo deſte intento a ſu dama, porque quiſo que la prevencion y el hecho la cogieſſen a una; guiò a ſu caſa, adonde aunque penſo hallarla en el recato y ſoledad que ſiempre, no aſsi le ſucedio, antes muy llena de alboroto, las puertas principales abiertas, la calle cõ quatro coches de camino, literas, acemilas, y recamara, y finalmente el patio y corredores con muchos criados de librea, Alguaziles con varas, y todos forasteros, y de ninguno conocidos; coſa que ſobre tantos ſobreſaltos y penas dexò a don Diego ſuſpendido, y a ſu compañia en duda y confuſion.

Creció eſte eſcandalo quando entendida la

cauſa

causa se supo la verdad, pues era por lo menos venirse a casar con doña Elvira, no menos que un ministro gravissimo, de uno de los mas principales y superiores Tribunales de España; y no fue tan grande este cuydado, ni sentido de don Diego con tan largos estremos, como quã do apoderandose el calo de apearle, y de saber que era su antiguo competidor, el que le sacò tanta sangre del pecho; y finalmente don Iuan de Zuñiga, cuyos grandes estudios, y partes, trayan por primicias aquella plaça, y otros acostamientos generosos del Cesar Carlos Quinto; con que acabando su colera de ponerse en su punto, acreciendola su zelosa rabia, dio a los circunstantes parte de todo, y juntamente de su justa vengança y resolucion: y aunque algunos quisieran, que estando en tales terminos las cosas, se guiaran con mayor cordura, como el pecho abrasado de don Diego, no estava ya para admitir consejos, siguiendo el suyo, entraron en la casa de doña Elvira, que bien agena de semejante novedad, alegre y gustosamente recibia entonces, si ya no por amor, por ultimo remedio de sus males al que en don Iuan le ofrecia su for-

tu-

tuna; mas como aun no estava esta cansada de afligirla, quando penso averla puesto un clavo, vio en terminos de perderse su casa, y honra: porque sin guardar otro mejor decoro, otro respeto, a pesar de don Iuan, y de toda su gente, la hizo meter en una silla; y diziendo que llevava a su muger, mandò guiar con ella a su posada; aunque esso se hiziera, no sin algunas muertes, y mayor dificultad; porque determinandose don Iuan a resistir tan descarada injuria, animado con la autoridad de su oficio, començava una muy terrible sedicion, si a este tiempo no la atajara el Corregidor, que avisado de todo, y siendo un grave, y prudente personaje, su blandura y respeto mitigò a don Diego, dando lugar a que su pretension tuviesse mas justificacion, y assi de su consentimiento fue puesta la hermosa dama en un convento, a donde por terminos juridicos conocio el Eclesiastico de la causa, y sus impedimentos; no obstante, que teniendo tanto poder don Iuan, dio parte de su agravio al Consejo, que proveyendo en ello como mejor convino; remitio orden particular, para que sin embargo dello actuado y escrito, el Corregidor

pusiesse en libertad a doña Elvira; para que cõ ella, y sin perjuyzio de los dos pretendientes, pudiesse en su presencia eligir a su voluntad, quien dellos mas bien le estuviesse: y assi no atrevien dose el apassionado don Diego a prevertir tan estrecho mandato, perdidas totalmente las esperanças de buen sucesso; huvo mal de su grado, de obedecer y assistir, aunque por cumplimiento, aquel acto: el qual no sin grande concurso de la ciudad se dispuso en su casa del Corregidor, adonde sacando el por la mano a la honestissima donzella, alli en publico la propuso la orden, y juntamente la dixo hiziesse su eleccion; con q̃ esperandola todos los circunstantes, pendientes de su boca, cubierto el rostro de virginal verguença, buelta a don Iuan de Zuñiga, dio principio a este breve discurso.

Aunque en esta ocasion pudiera justamente quexarme de vuestro largo olvido, y corta correspondencia, y aun del aver acordadoos mas de vuestros acrecẽtamientos, que de mis grandes persecuciones y trabajos; toda via no es mi intento don Iuan, contradezir el vuestro con semejantes causas, pues ninguna fuera iusticiera,

ciente, ni eſcuſara el ſer vueſtra eſpoſa, a no tener delante el mayor exemplo de amor y perſeverancia que vieron los mortales, y a quien no opa, ſino tres vezes devo la vida, y no ſolo la vida, mas aſsi melino por mi propria ocaſion (aunque ſin culpa mia) la perdida de ſus mejores prendas, de ſu ſanta muger, de ſu hijo y hazienda, coſas por cierto indignas de ingratitud, y por quien con juſtiſsima cauſa pudiera el mũdo deſeſtimarme, y aborreceme: ſi ya en terminos tales yo faltare a tantas obligaciones y deudas, a que vos no aveys de dar lugar por las muchas vueſtras, ni menos yo è de quitar a don Diego el premio y galardon que merece. Y paſſando adelante ſin eſperar reſpueſta, cubiertos los ojos de aljofaradas lagrimas, abraçando a don Diego, proſiguio ſu oracion, diziendo: Vos ſi, dueño y ſeñor mio, deveys ſerlo de mi alma, y a vos en contrapueſto de todo el mundo, eligira mi boca, y obedeceran mis ſentidos, mientras me durare la vida. Y ſin poder proſeguir atajada del aplauſo y vozes de los preſentes, de la verguença y diſguſto de don Iuan, de los eſtrechos lazos de ſu nuevo eſpo-

ſo,

ſo, ceſando ſu diſcurſo, començó el de ſus ale-
gres bodas, en cuya proſecucion el opueſto
amante corrido y no poco afrentado, proſi-
guio ſu jornada, y don Diego alcançó el fin
deſſeado de ſu larga y bien reſiſ-
tida voluntad.

(??)

PACHE.

HISTORIA QVARTA, ſucedida en Toledo.

Con el origen, fundamento, y antiguedad deſta inclita, è Imperial Ciudad.

LA Imperial Ciudad de Toledo, corte y ſilla Real de los mas eſclarecidos Reyes Godos, y al preſente trono mageſtuoſo del Perlado mayor de las Eſpañas, digo de ſu Primado Cardenal y Arçobiſpo: tienen ſus fundamentos tan venerable ancianidad, que caſi en ellos, o ſu mejor noticia, emos de proceder mas por cõjeturas q̃ evidencia notoria. Della hazẽ mencion bien ſingular, Titolibio, Tolomeo, y Plinio, poniendola en la citerior Tarraconẽſe, y en la provincia Carpétanea; todos tres graviſſimos autores, y que illuſtran ſus glorias, ſus vitorioſos triunfos, y ſu inmortal memoria, cõ aplauſo tan digno, q̃ pudiera ſu ſola autoridad ſu reſpeto ſolo, hazerla conocida y famoſa entre

entre las mas inclitas, generosas y opulentas ciudades del mundo: y assi no sin muy justa causa por infinitos siglos, y por edades largas, adquiriendo con sus grandes empresas, con su valor altivo, con su riqueza inmensa, el titulo grandioso, el renombre Imperial, la magestad insigne de sus augustas armas, las coronadas aguilas de sus insignias, à merecido conservarle juntamente, y casi desde sus primeros principios.

De los quales con singularidad y atencion an escrito libros copiosos muchos autores nuestros: digo naturales de España, y aun hijos propios desta Imperial ciudad; si bien uno dellos, y no el menos autentico, el docto Arçobispo don Rodrigo (no sè en que se fundò) dandola a Tolemon, y Bruto por fundadores, quiso defraudarla de muchos siglos de anciandad y origen, aunque otros que le investigaron profundamente, an afirmado y dicho, que fue edificada por los Griegos, y su valiente y magno Capitan Hercules Libio, ayudando no solo a esta opinion la fuerça de la tradicion que en su famosa cueva oy se conserva, mas aun la misma dicion mudando algunas letras lo testifica,

fica,

fica;porque *Ptoliethron* palabra Griega,lo mil mo significa que ciudad.

Otros no sin grandes desvelos, dizé que un Ferrecio,insigne Astrologo y Griego, conociéndo por el benigno aspecto de sus astros, que avia de ser tal sitio felicisimo, la fundó y dedicò su cueva a Hercules,como a deidad de su adoracion 1270. años antes del nacimiéto de Iesu Christo.

Diferente opinion sigue Garivay,alegando a Beurer, Figueras, y Ariasmontano, pues todos se resuelven, en que los exercitos de Nabucadnecer,formados de Caldeos, Persas, y Hebreos,viniendo a España,y la edificaró,llamandola, Toledoth, que es lo mismo que generaciones; mas segun la mayor parte de autores graves y dotos, es lo menos dudoso,que el valeroso Hercules fue su verdadero fundador, y averla essotros ampliado y engrandecido.

Su asiento desta Illustrisima Ciudad es una montaña proporcionada con su mismo circuyto, y por el consiguiente inaccesible, aspera y firmisima; siendo gran parte de su fortaleza y adorno las famosas riberas del caudaloso Tajo, cuyas aguas en forma de herradura

hermósamente la rodean, fertilizando su anchurosa vega, y terreno abundante, con magestad y aplauso maravilloso. Esto, y la templança de sus frescos y delgados ayres, y el privilegio de que gozan contra los terremotos, nieblas, inundaciones, y la abundancia de mantenimiétos, prosperas influécias, hermosissimas y discretas damas, y tátos, y tan estimados sugetos como á produzido en todos tiépos y edades, parece q̃ justamente recompésan la parte q̃ le cupo de aspereza y fragosidad. No escrivo lo q̃ pudiera de sus excelentes Sãtuarios, insigne Iglesia, Primacia de España, sobervios Alcaçares, magnificos Palacios, Puentes, edificios y antiguallas: porq̃ ademas de repugnar mi assumpto, fuera alargarme infinuosamente, y assi no pretendiendo ser prolixo en las cosas que de suyo tienen grangeado tanta fama y conocimiento, avré de esculsar esta censura, dando de aquella sucinto principio al cuento prometido.

Quando en los años de mil y quinientos y veynte y uno, la mayor parte de España parcial y dividida en opiniones, que otros an llamado Comunidades, abrasandose en sangrientas y civiles

civiles guerras, dio tanto que hazer y que dezir a lo restante de la tierra; sucedio en esta Imperial ciudad, el caso de quien al presente escrivo, con la verdad y fe q̃ è protestado. Y por q̃ cai en medio del espantoso estruendo de las armas, y mientras tantas venganças, castigos y atrocidades se executaron, nacio la causa de su mayor particularidad; bien me atreveré a dezir; que nunca con mas justa razon pudo el hijo de Venus, preciarse de su adulterio pa lic; pues entre la desigualdad de dos tan contrarios efetos, como son guerras y amor, mostrò mas claramente la poderosa fuerça de su braço, y la verdadera significacion y moralidad de su metaforico nacimiento.

Estava en esta sazon por las pasiones y vandos que seguia, tá afligida la ciudad, q̃ fue evidente muestra de su opulencia, el no quedar perdida, o arruynada del todo. Señalandose en el fomentar su desdicha, los mejores y mas poderosos hombres della, entre quien los dos hermanos Palomeques, famosos por el animo y fuerças q̃ alcançaron, tanto como por su antigua nobleza, no fuerõ los q̃ menos dierõ a sentir su valor. Llamavase el mayor dõFernãdo, y

el segundo don Pedro, y entrambos grandes conservadores de su republica; siguiendo en esto las acciones y passos del noble don Rodrigo su padre, al qual en los principios destas rebueltas, mataron desgraciadamente en la plaça de san Iuan delos Reyes; ocasion no pequeña, para que las inquietudes creciessen, y las parcialidades se aumentassen; si bien con mas particular emulacion mostraron su indignació con don Lope Pacheco, mancebo illustrissimo y conocido por sus heroycas y loables costumbres, amable y generosa presencia, pues por excelencia notable fue llamado el perfeto.

Dos vezes fueron delle, y algunos deudos suyos, echados los Palomeques de Toledo, y perseguidos con tan notable estremo, que llegaron a cercarlos en una casa de plazer, de adonde en diferentes ocasiones se les escaparó dichosamente, y con tan secreta huyda, que dio motivo a que en la ciudad no supiessen otro nombre al Cigarral, o Quinta de los Palomeques, sino la casa del Encanto. Tantas injurias y ofensas declaradas, no prometian en tan valientes hombres, menos que una terrible vẽgança, la qual procuraron por quantos cami-

nos

nos y vias les fue posible; sin perdonar desve los, vigilias, y aun jornadas no poco peligrosas: no obstante que todas les salieron inciertas, porque don Lope y los suyos, se guardavã con recato y prudencia. En medio pues de tã ta confusion, y quando con ygual vigilancia procurava este cavallero huyr de Caribdis, dio sin pensar, no menos que en el Scila de unos hermosos ojos; cuio dueño le tiranizò el alma. Digo que aviendo en una fiesta publica, visto a Laurencia, donzella hermosissima, no solo hizo en su animo suspension de las armas, sino que juntamente rindio en su amorosa conquista la libertad, joya inestimable sobre los demas attributos del hombre. Era esta dama hija de un ciudadano, mas rico de honrosos respetos, que de caudal y hazienda; portillo al parecer de don Lope, suficiente a salir con el assedio que ya començava a poner a la fortaleza de Laurencia, y assi regido de semejante industria, solicito buscava medios, que dandola a entender su passion, juntamẽte grangeassen con obras y regalos su voluntad: no le saliendo vana tan fuerte diligencia, porque, años pocos, mucha hermosura, viçarros pensamientos,

y cortas fuerças para lograrse en ellos; suelen desbaratar y romper los mas cautos propósitos. Assiu mas obligada del precioso interes, q̃ de correspondencia amorosa, abrio Laurencia facil puerta en su gusto al nuevo amante, y aunque en las de su casa tenia su padre el cuydado conveniente, todo importara poco, si primero no fuera avisado y prevenido, de un paciente, que pretendiendo de muy atrás el ser su yerno, desvelado en su intento, y receloso por algunos indicios, hizo tan vigilante centinela, que a cortos lances alcançò la causa, y aũ particularidades mas secretas della; porque encubriendose una noche en parte q̃ con facilidad se podia apercebir lo que con don Lope hablava Laurencia desde cierta ventana; clara mẽte acabò de entender, no solo por cierta su sospecha, sino q̃ temerosa la dama, de algunas q̃ en su padre yvan descubriendole, trataua cõ su amante le previniesse, sacandola de su casa y poder, como en efeto lo hiziera si la advertẽcia del deudo no atajara sus passos.

Era seguũ ya tengo dicho, hombre su padre desta dama, de mas reputacion, que bienes de fortuna, y assi sintio el afrenta que don Lope

avia intentado hazerle, cõ mas estremos q̃ sus fuerças pedian; esmerandose en su satisfacion, con tan poca cordura, q̃ alfin segun presto veremos, vino a perder la hija, y a poner su vida y honra en contingencia. Declarole ante todas cosas por del vando y parcialidad de los dos hermanos; en cuyo poder, digo en el de su madre, que assistia en Toledo, dexò la mejor prenda de su alma, cierto de que en tal casa, ni el atrevimiento de don Lope pondria los ojos, ni la perseverancia de su voluntad llegaria a efeto, y con tanto saliendose a las aldeas y villages, donde aquellos cavalleros alojavã; mostrò en quanto pudo, el desseo de su vengança, aunque le huviera sido mas acuerdo remediar su ofensa, dando cuerdamente a su hija esposo, pues cõ el no solo escusara la infamia de su publicidad, sino q̃ assi mesmo huvieran atajado los daños que por su causa sucedieron.

No sintio don Lope menos esta desgracia, antes cõ amorosa y ardiente colera, estuvo en terminos de emprender una temeraria violencia; porq̃ sospechoso de q̃ le la avian encerrado en algun Monesterio, hasta que cierto los fue desengañando, tuvo su impaciencia algũ

ſufrimiento y conſuelo, con la fuerça de que penſava aprovecharſe: mas quando ultimamẽte, y como ſi ſe la huviera tragado la tierra, perdio las eſperanças del hallarla, bien le fue neceſſario valerſe de ſu cordura, y diſcreto atributo; pues no le merecia de perfeto, ſi en ſemejantes trances ſe dexara rendir de ſu paſsion. Eſta en efeto como mal remediable, fue ſu cura remitiendoſe al tiempo; y aunque la convalecencia ſe alargò muchos dias, no por eſſo dexava de acudir, aſsi a los cuydados de ſus civiles guerras, como a la ſolicitud de las coſas q̃ en ellas tenia a cargo. No eſtava en caſa de ſus enemigos y contrarios, la hermoſa Laurencia poco afligida en eſtos intermedios: porque ſi bien no amava con tanto fuego, como ya dõ Lope, la coſtava algunos diſguſtos y malos tratamientos, y la vagante imaginacion, en la mayor clauſura y encierro que ſu paſſada libertad la avia puesto, hizieſſe mejor ſu oficio, poco a poco la memoria de ſu perdido empleo, la forçò a ſentir de veras, lo que al principio diſponia con diferentes motivos; y aſsi como el fragil natural de la muger, es mas incapaz de reſiſtencia, facilmente pudo a coſta de ſu

diſi-

disimulacion conocerse, si ya no su accidente, a lomenos el disgusto que padecia; origen sufficiente, para que en el noble hospedaje se sintiessen sus dueños, por mal correspondidos: aũque no obstante ello, como realmente desseassen su agrado, y el sugeto de Laurencia por su mucha hermosura fuesse digno de ser amado; por el consiguiente qualquiera sinsabor cuella les era dispensable; sin escusarle todo el agrado y agasajo de sus fuerças, alargandose en esto con mayor assistencia, **doña Iuana Palome** que, hermana de los dos valientes cavalleros; que assi por su corta edad, como por particular confrontacion, mas se le inclinava. Era esta noble señora, segun el recato con que su madre la criava, tan poco conocida, que no digo la gente ciudadana, pero ni aun muchos de sus criados, pudieran dar razonables señas de su persona, cuya belleza peregrina, no se que aya humano ingenio, que sin muy grandes yerros se atreva a reduzirla a breve suma; pues en la imperfecion de sus pocos años, y sin aver llegado al precio inestimable que despues tuvo, puedo afirmar con razon, que no sin justa providencia quiso el cielo ceñir sus rayos, entre tantas

parc-

paredes y clausura; porque si al mundo estuvie ran parientes, es cierto, q̃ mas desdichas, y males huviran ellos ocasionado, q̃ vengãças y daños, las disseciones y armas de sus deudos; y assi en tal compañia, aun mas culpable y reprehẽsible era el desabrimiento de Laurencia; de quien mal resistidos sus desconsuelos y cuydados, a pocas hõjas (como doña Iuana, aũque niña, re nia de ingenio y agudeza, suplida la falta de es periencia) leyò en su frente con evidencia cla ra, la ocasion de su amorosa pena, que conoci do no tardò su dueño en descubrirsela.

Bien sabia Laurencia, la emulacion y enemistad de aquella, y la casa de don Lope su a mante; mas deseando con tan grave sugetò, disculpar su yerro, quiso juntamente informar la en su empleo; si bien mal afectò su nõbre en los oydos de doña Iuana, q̃ como dizen, avia en la leche bevido el mismo veneno, furia y rẽ cor de sus hermanos; apenas le oyò, quãdo pro curò disuadirsele, aunque en vano, porque la tierna dama por y gual causa governada de su aficion, y como ordinariamente acontece a los mas enfermos de semejante passion; pues siẽ pre quiere sea apreciada de todos en su esti-

maciõ propia la cosa amada; no solo no desistio de su propolito, mas antes con mayor vehemẽcia, pintando lu sugeto, tal vez le juzgò el mas gallardo, el mas valiente y generoso; y tal vez el mas noble, el mas virtuoso, el mas galan, el mas entẽdido, y de mas peregrina hermosura; y pretendiendo, aun mas largas disculpas, añadiẽdo a las objecciones de sus replicas otras semejantes razones, tal vez cõ mas ternura, la dixo las siguientes. Si de tal hõbre señora y dueño mio, à merecido ser Laurencia querida, quien en el mundo puede como don Lope grangear su correspondencia? no es este por ventura el amparo y remedio de los caydos? el fuerte y poderoso con los sobervios? el humano cõ los humildes, el generoso y liberal cõ sus amigos, el terror de sus contrarios, el blãdo y apazible con las mugeres, y el cortès y agradable cõ los hombres? y finalmente el no es quien entre todos, por tantos requisitos y excelencias à merecido el nombre de perfecto? pues si a el solo todos le reconocen valallage, todos le rindẽ voluntad, y atributo; yo q̃ por tan fragil, è indigna cola me reputo, como podre negarle? o como auq̃ quisiera, dexarã de forçarme su razõ

y justi-

y justicia? las quales son tan poderosas y desa-
pasionadas, que estoy por afirmar, que ò fal-
tan en vos para conocer esta verdad, o os so-
bra el odio y rencor de vuestros hermanos pa-
ra escurecerla. Desta suerte, y en diferentes o-
casiones, oyò en defensa de su amor doña Iua-
na tales y mayores encarecimientos de Lau-
cia, y referidos con tanta exageració y esfuer-
ço, que suspensar, poco a poco, perdiendo en
su opinion la que de su sangriento y feroz ho-
micida tenia don Lope, fue adquiriendo en su
alma no solo diferente concepto, mas desseos
grandes de mirar con los ojos su desengaño; y
assi determinandose a cessar en su contradicio
juntamente se dispuso a favorecer su ayuda la
causa amorosa desta dama; de quien entendi-
da tal determinacion, fueron sus demostracio-
nes y agradecimientos tan encarecidos, que
doña Iuana se tuvo por mas que satisfecha; y
como ya regida de aquelle parecer, tanto co-
mo por su nuevo desseo y curiosidad, sin ma-
yor dilacion con su consentimiento começo
a prevenir Laurencia, los medios que para ha-
zerle sabidor de su assistencia a don Lope cõ-
venian; segura de que la razon porque su pa-

dre

dre eligio ſemejante amparo, era endereçada a ſolo encubrirla: y como eſſe fueſſe enla profecucion de ſu voluntad, el primer eſcalon que ſe avia de apear, no dexò para facilitarlo, camino que no rodeaſſe, ni maquina en ſu imaginacion, que no diſpuſieſſe: y finalmente tantos vados atentò, y tantas dificultades ſe atropellaron, que al fin por ultimo remedio huvò de aprovechar la diligente traça.

Avia començado ſu madre de doña Iuana, en la miſma lazò una novena, al milagroſo ſantuario de la Piedra; en cuya eſtacion acompañada de Laurencia, de ſu hija y criadas, aſſiſtia con ſecreto y reboço, de las ocho a las nueve de la mañana. Deſta breve jornada queriendo valerſe, eſcrivio la dama dos cartas, las quales ſiendo de una miſma ſuſtancia, y ſobreſcritas, a don Lope Pacheco, ſe las metio en el pecho, haſta el conviniente termino; en quien haziendo perdediza la una en la Igleſia. y dexando caer la otra en la calle, libròſu efeto en la diſpoſicion de la fortuna; pareciendole q̃ ſiendo tal la de don Lope, y ſu perſona tan amada y bien quiſta, de ninguno podian ſer halladas, que no eſtimaſſe con guſto el remitirſelas,

como

como realmente ello sucedio: porque apenas eran las doze de aquel dia, quando ya estavan entrambas en sus manos; aunque no hizo tan larga confiança de su buena suerte la dama, que en ellas escriviesse razon, por quien llegando a otro poder, se entendiesse el secreto. Abriolas en efeto don Lope, y aunque turbado por el conocimiento confuso de la letra, leyò en ellas este breve discurso.

Laurencia a don Lope.

POr no aventurar la buena dicha que me cõcede el cielo, remito al corto trabajo de otro aviso mas seguro, el que en aqueste escuso por su incertidumbre; y assi, porque salgamos, vos de cuydado, y yo de la pena en que estoy, os suplico, que con la puntualidad que confio, esteys mañana a las nueve en la capilla de la Piedra, a donde, si por seña llevaredes esta carta en la mano, hallareys entre las alfóbras de sus gradas, otra con mejor ordẽ y claridad de lo que aveys de hazer, Dios os guarde.

Muy alegre se hallò don Lope cõ el desengaño y salida que de sus confusiones y sospechas se le ofrecian, y assi cõ ygual cuidado, a la hora concertada, ya el estava con su muestra

plan-

plantado en la peaña del Altar, en quien aunq procurò curioſo y recatado, conocer la imagẽ de ſu devocion, como el concurſo de damas, y el yr en diferentes disfrazes, ſe lo impidieſſen, fue por de mas ſu diligencia, no obſtante que hallò la carta prometida; porque Laurencia, no ſolo en viendole, cũplio con ſu deſeo, mas pudo ſin embaigo del recato cõq ſu madre mirava por doñaluana, enſeñarle de eſpacio la ſatisfaciõ de ſus yerros, el credito de ſu verdad.

No avia haſta aquel punto, aquella inocẽte y manſa corderilla, repaſtado entre flores de tan noſcivo y amargo fruto, porque ſegun ya tengo referido, ni a ſus divinos ojos, llegava conocimiento humano, ni ſu edad y clauſura, dava lugar a mayor noticia; con q̃ no me admiro, ni eſpanto, q̃ ſiendo de tal hõbre la primera q̃ tuvo, hizieſſe en ſu alma ſemejãtes estragos, pues fue tal ſu mudança y turbaciõ (culpa a la corta experiencia de aquellos accidẽtes) q̃ caſi puſo en terminos de entenderſe ſu mal diſſimulada paſsion, q̃ fomentada por la necia perſeverãcia, con q̃ Laurẽcia la exagerava las admirables partes de ſu amante, no ſolo aquieſſe deſacuerdo añadio yeſca al fuego, mas luzo q̃

cie.

creciessen sus llamas de tal suerte, que primero perdio la vida que se mitigasse su incendio. En fin con bien disformes pareceres, ella confusa y triste, quanto Laurencia sumamente alegre, dieron a su casa la buelta, y don Lope haziendo lo mismo, en llegando a la suya abrio la carta, y juntamente las puertas de su confusion y desengaño, leyendo las siguientes razones.

Laurencia a don Lope.

DEsde el punto en que mi cruel padre, efecto de nuestra entendida voluntad, me privò de vuestros ojos, no an cessado los mios de verter en satisfacion de tal desdicha, abundantes lagrimas, cuyo fin a no avarme valido desta industria, huviera sido mi ultima desesperacion; mas ya que el cielo piadosamente, acudiò a mi remedio, cierta de vuestra animosa resolucion, me atrevo à pediros procureys verme esta noche en la casa de vuestros contrarios, adonde con su madre y hermosa hermana, estoy desde el amargo dia que me ausentaron de vos. La empressa aunque parezca dificil, mediante la ayuda que de acà se me ofrece, se os hara muy possible, y assi en una de las

venta-

ventanas del jardin, que caen junto a la muralla de la vega, os esperaré a las doze; el lugar es secreto, la hora acomodada, vuestros enemigos ausentes, vos don Lope Pacheco, y quien os lo pide vuestra firme Laurencia, con que ni tengo mas que encareceros, ni vos razones para escusar la paga de tan verdadero amor.

O quantos y diferentes pensamientos cercaron a don Lope, luego que acabò de leer las razones que aveys oydo, hallandose por una parte tan sin pensar, alegre con la perdida prẽda; y por otra no poco melancolico, viendo q̃ el lugar adonde avia parecido, fuesse tan lleno de sospechas, pues la menor que entonces confirio su pecho, bastara a acobardar al mas animoso. Tambien considerava, y no poco temia el descredito de su persona, si a caso quando todo saliesse muy cierto, con la continuacion, sus secretos amorosos se descubriessen, y el quedasse mal reputado, y desdorada la opinion grangeada, por el noble trato y cortesia, que con la casa de sus contrarios avia usado. No obstante que a tan graves causas, no le faltavan replicas, que en su animo hiziessen mayor contradicion, pareciendole que segun la

honrosa confiança de Laurencia, no solo podia sin mucha nota escusarse de veilá, sino q̃ jũtamente quedavan en nuevo empeño su reputacion, el dia q̃ sin ygual descuẽto, se entẽdiesse la arrogancia de sus emulos, q̃ entonces era tanta, q̃ la dama a quien su mismo padre, aun estando presente, no se avia resuelto a defenderle; ellos por cosa suya, y hazerle semejante pesar, tomaron el guardarla por su cuenta.

Con que inferiendo de aquesto hecho poca estimacion, sin mas consulta, arrojadamente indignados, atropelló por los demas inconvenientes, y cumplio la orden referida, aunque como prudente y recatado, yendo dos horas antes del concierto, cautamente notò en ellas todos los vestigios y señales que de sospecha, ó traycion se podian temer; con que algun tanto mas asegurado llegò a ponerse debaxo de las ventanas del jardin, quando apenas las acabava de abrir su dama, que ya puesta en la una y conocido, le recibio con el gusto que sus desseos prometian: y assi aviendose dicho muchos tiernos y amorosos concetos, ya culpando Laurencia, el descuydo de su amante: y ya don Lope la suspension de semejante traça,

alc-

alegre el uno, y satisfecho el otro, se despidie-ron, aplaçados para las siguientes noches; en quien prosseguidas sus amorosas vistas, crecio con ellas en Laurécia, el incentivo de su ardié te desseo (y lo q̃ deve causar mas lastima, mas grave sentimiẽto) q̃ vino a ser incurable y sin re medio el veneno furioso, q̃ del tierno y aficio-nado coraçon de doña Iuana, se avia apodera-do. La qual los breves ratos, que faltava a la custodia y centinela de su amiga, fingiendo va na curiosidad en sus desseos, y encubriendose con ella de dõ Lope, gozava entre el amargo acibar de la pena zelosa de su alma, las dulces blanduras y requiebros de su comunicacion, haziendo esta su curiosa diligencia, sobre tanta aficion, tales efetos, que puso en con-tin[illegible]ncia su salud, y aun su vida en conoci-do riesgo.

Siempre el amor fue reputado por tormen to cruelissimo, si bien nunca es mas insufrible que recatado y encubierto, de adonde nace, que mientras el coraçon mas se anima a disi-mularle, entonces crece con mayor furia, bro-tando como efimera ardiẽte al rostro y a la bo ca, las reliquias de su fuego. Nadie hizo desta

verdad tan costosa esperiencia, ni muger con mayor tolerancia y cordura, procurò resistir en tan fragiles fuerças tan juntas y amontonadas penas, con que de su valiente resistencia, el fruto que doña Iuana vino a sacar, fue caer del todo rendida en una cama, en que poco o mal entendida la passion de su alma, aplicandola desiguales remedios, llegò a ser juntamente enfermedad del cuerpo, aumentandose por esta razon, en su afligida madre, el disgusto continuo, en que la tenian las inquietudes y vandos de sus hijos: y cessando en Laurencia, las visitas y platicas de que avia gozado hasta entonces, mediante la industria y traça de doña Iuana, cuyo amoroso y doliente espiritu, si por algun camino pudo recibir alegria esta privacion impẽsada, no solo se la dio, mas doblò su cõsuelo; porque es sin duda el mayor de una zelosa pena, pues al fin no se fomenta su dolor imposibilitada la causa del. Aunque no por esta dificultad, dexavan de comunicarse los amantes què prevenidos antes por lo q̃ pudiesse suceder, remitieron la prosecucion de su empressa, a una cinta, en la qual esperando ocasion, el uno atava sus papeles, y el otro

reci-

recibia sus respuestas: mas como Laurencia totalmente ignorante en el daño que hazia, no encubriesse a doña Iuana este, y sus mas interiores pensamientos, tambié fue sabidora del, aunque con diferentes efetos de su pecho, porque desseando no dexarse morir en semejante desesperacion, apenas entendio la discreta traça, quando en su idea, la eligio por ultimo reparo de su vida.

Passava la suya don Lope en este tiempo có poco gusto, nacido tanto de las dilaciones de su amor, quanto porque realmente desde la primera intercadencia que enel huvo, mas por propria reputació, y enfado de sus enemigos, q̃ por fuerça de su voluntad, perseverava en su demanda, ansi que esto, y el ser tan llena de peligros como infructuosa, le hizo que poco a poco fuesse prevaricando en ella. Semejante tibieça, que como mala nueva, aun antes de cósultarse llegó a noticia de su dama, y de su boca a los oydos dela ya convaleciente doña Iuana; apresurò su resolucion temerosa, de que desistiendo en su aficion don Lope, que dava sin remedio, el que para entenderse la suya, tenia maquinado; con que sin mas tardança (porque

a la fuerça y necesidad de amor, ni ai ley q̃ la reprima, ni precepto tã grave que la mitigue) pues ella sola con mas facilidad, rompe y atropella las del honor, polpuesto este, su fama y reputacion, el temor de sus hermanos, la vengança de su padre muerto, y el odio intrinseco por tantas injurias recibidas, determinò la execucion de sus intentos en la manera que presto entendereys.

No del todo declaradamente avia don Lopè desistido en los suyos, antes sabida la mejoria de doña Iuana, con la esperança de bolverse a ver presto con su dama, acudia a la correspondencia de sus papeles, en cuya prosecucion, yendo por la respuesta de uno que la noche antes avia escrito, hallandola en la parte asignada, la tomò, y queriendo para mejor leerla, dar la buelta a su casa, previno su desseo, el parecerle que assi en el manejo, como en el mayor peso del villete, mostrava en si diferente novedad que los passados, con que sin esperar a mas, llegando al cobertiço de una Iglesia en quien avia una lampara, abaxandola, y rompiendo la nema, apenas desplego sus dobleces, quando salio del ultimo, un rayo penetrante

trance que le atravesso las entrañas, pues con verdad puedo dezir que no menos sangriento y poderoso, fue el efecto que hizo en ellas, el retrato de un monstruo, de un portento de hermosura y belleza, que se descubrio en el. Este acaecimiento notable, y el ser la letra que mirava, de agena mano, y diferentes señas; acrecento, y con razon, su turbado espiritu; si bien teniendo tan cerca el desengaño, embaraçados el sentido y los ojos en la divina effigie, aun no acertava a valerse del; hasta que satisfecho de que en sujeto humano no podia caber tan rara perfecion, queriendo saber a que efeto Laurencia le escrivia de otra letra, y con la enigma de aquel pintado Serafin, poniendo su Lamina en el pecho, dio principio al villete, y a su mayor confusion de aquesta suerte.

Doña Iuana a don Lope.

SAbe el piadoso cielo, a quien hago testigo de mi honrada resistencia, las penas, los tormentos, lagrimas y dolores, que el perseverar en ella, me ha costado, pues por no verme rendida a semejante liviandad, he querido primero padecellas, y aun dexarme desespe-

a la fuerça y necesidad de amar, ni ai ley q̃ la reprima, ni precepto tã grave que la mitigue) pues ella sola con mas facilidad, rompe y atropella las del honor, posposito este, su fama y reputacion, el temor de sus hermanos, la vengança de su padre muerto, y el odio intrinseco por tantas injurias recibidas, determinò la execucion de sus intentos en la manera que presto entendereys.

No del todo declaradamente avia don Lope desistido en los suyos, antes sabida la mejoria de doña Iuana, con la esperança de bolverse a ver presto con su dama, acudia a la correspondencia de sus papeles, en cuya prosecucion, yendo por la respuesta de uno que la noche antes avia escrito, hallandola en la parte asignada, la tomò, y queriendo para mejor leerla, dar la buelta a su casa, previno su desseo, el parecerle que assi en el manejo, como en el mayor peso del villete, mostrava en si diferente novedad que los passados, con que sin esperar a mas, llegando al cobertiço de una Iglesia en quien avia una lampara, abaxandola, y rompiendo la nema, apenas desplego sus dobleces, quando salio del ultimo, un rayo penetrante

trance que le atravesso las entrañas, pues con verdad puedo dezir que no menos sangriento y poderoso, fue el efeto que hizo en ellas, el retrato de un monstruo, de un portento de hermosura y belleza, que se descubrio en el. Este acaecimiento notable, y el ser la letra que mirava, de agena mano, y diferentes señas; acrecento, y con razon, su turbado espiritu; si bien teniendo tan cerca el desengaño, embaraçados el sentido y los ojos en la divina efigie, aun no acertava a valerse del; hasta que satisfecho de que en sujeto humano no podia caber tan rara perfecion, queriendo saber a que efeto Laurencia le escrivia de otra letra, y con la enigma de aquel pintado Serafin, poniendo su Lamina en el pecho, dio principio al villete, y a su mayor confusion de aquesta suerte.

Doña Iuana a don Lope.

SAbe el piadoso cielo, a quien hago testigo de mi honrada resistencia, las penas, los tormentos, lagrimas y dolores, que el perseverar en ella, me ha costado, pues por no verme rendida a semejante liviandad, he querido primero padecellas, y aun dexarme desespe-

radamente llegar a los fieros umbrales de la muerte; mas si la ultima ruyna de mi casa infeliz, está ya delo alto subordinada a vuestro braço, de quien ni el valor de mi difunto padre, ni la audacia de mis desterrados hermanos an podido ampararse, como la fragil fuerça de una muger avia de ser bastante a contrastarle: al fin, al fin don Lope, oy permiten los cielos, que en vez de las venganças tantas vezes contra vos repetidas, sea mi alma victima, y ultimo sacrificio de vuestra voluntad, para que desta suerte no se reserve cosa de vuestros enemigos, que no sienta su rigor y poder. El efeto q̃ deste reconozco desde el punto en que Laurencia me dio de vos noticia, es de tal calidad, que ni me atrevo a reduzirlo a palabras, ni los raudales de mis amargas lagrimas, an dexado lugar en el papel para escrivirle; y assi, aunque temerosa de semejante arrojamiento, cierta de que vuestro noble pecho, sabra darle disculpa, le remito, siẽdo vos servido, a nuestra vista, si bien esta quise primero grangearla y merecerla, embiando a pedirosla con semejante mensagero; al qual os ruego trateys con el secreto y hospedaje que deveys a su original; y

sobre

ſobre todo con mejor acogida, que de mi deſdicha, y muchas partes dela hermoſura de Laurencia puedo prometerme. Dios os guarde, y a mi me haga agradable a vueſtros ojos, que ſi tan buena ſuerte me ſucede, ſeguramente podre eſpararos mañana en la miſma hora, y ventana que ſabeys.

Tales como ya aveys leydo, fueron las ultimas razones con que acabò don Lope de leer el tierno y amoroſo papel de doña Iuana, en cuyo hermoſiſsimo retrato bolviendole a ſacar del pecho, elevado a ſu contemplacion, y paſſando otras mil vezes por los ojos el villete, ſin ſaber lo que le avia ſucedido, caſi en medio de tan extraordinaria ſuſpenſion, huviera de cogerle el dia; por lo qual temiendo el ſer hallado en ſemejante lugar, huvo de proſeguir el camino de ſu poſada: adonde arrojandoſe en el lecho, aſsi veſtido como eſtava, ſin dormir, ni comer, paſſo la mayor parte del dia; y eſſo con tan maravilloſa cõfuſsion, y deſſaſoſſiego, que como enagenado de ſentido, aſsi en el ſembláte de ſu roſtro, como en las demas acciones de ſu perſona, dava juſtamente a preſumir a los criados que con ſilencio le miravã;

o que

o que huviesse lastimosamente perdido el juyzio, o que sin duda maquinasse en su idea alguna empressa, o jornada gravissima, como verdaderamente en esto ultimo no se engañavan; porque nunca don Lope, aun aviendo manejado cosas tan grandes, se hallò en su mayor aprieto con yguall aventura. Ella era por cierto segun los casos y muertes succedidas, en el presente estado, bien digna de consideracion, y tanto, que a no tener en el bello retrato tan valiente estimulo, q̃ le animasse, y en el premio ofrecido, tan agudo azicate, q̃ aligerasse sus descos, pienso q̃ doña Iuana se hallara corrida, y burlada en su determinacion: mas esta dama anduvo tan prudente en el embiar el retrato, como discreta en la disposicion del papel, pues uno y otro asseguraró el temor de dõ Lope, y grangearó su voluntad de suerte, q̃ ni la evidencia del peligro, ni la sinrazon y lastima de injuria tan atrentosa, le pudieron mover de su proposito, y assi no reparando en la correspondencia antigua de Laurencia, ni menos en los medios con que doña Iuana avia de governarse, remitiendose en todo a su prudencia, puso resueltamente la vida y honra en sus manos.

Con

Con semejante determinacion aviendo sossegado algun tanto; esperò la noche, y juntamente con ella la hora deseada, en la qual vestido un fuerte jaco, y con armas al hecho convenientes, sin compañia ninguna por la importancia del secreto, poco a poco se fue acercando al puesto, en quien despues de aver le bien reconocido, oyò que sentidos sus passos, yvan de la parte del jardin abriendo las ventanas; con que acercandose a ellas, apenas doña Iuana se dexò ver, quando aun sin poder llegar a la rexa quedò inmobil, gozando como en extasis; de aquel simulacro de hermosura, y confiriendo en el, el presente gusto que avia hasta entonces tenido por gloria imaginada, ni la lengua pudo hazer su oficio, ni las plantas llegar mas adelante.

Passò en fin la turbacion deste accidente, y llegandose a menor distancia el uno al otro, sin mover los ojos, por un largo y dulce termino se retrataron en ellos; hasta que don Lope vencido de su justa cortesia, rompio de aquesta suerte su silencio. Es posible unico y solo portento de hermosura, adoracion de los humanos, que los ojos de vuestro mayor enemigo,

migo, indignos por tales causas de assistir a tã to resplandor, a merecido veros, y cõtemplaros tan de cerca? Que venturosa Estrella, que Astros, o que influxos dichosos miraron aquel dia mi nacimiento, pues haziendome en vuestra dulce vista agradable, juntamente inclinaron la voluntad a sacarme de las tinieblas en quien hasta aora è vivido? Que secreta deidad rigio mis passos, o que piadosos sacrificios amerecido por descuento, tan inestimable galardon? ventura incomprehensible, feliz sea mil vezes el punto que mire a Laurencia, ocasion de tantas dichas, y mil vezes bienempleados y dichosos los desvelos, movimientos, y acciones gastados en su empressa, pues a costa de tan breves servicios, y con el sudor de tan cortos trabajos, è descubierto mina de tan incomparable tesoro, joya de tan inestimable precio, y sobre todo alivio, que si alguno en esta vida mortal puede ser comparable al de aquellos divinos y elisios campos, a el solo se le deve semejante ygualdad. Digan pues, o hermoso dueño mio, mas apriessa mis ojos, lo que como incapaz de tanta gloria, ignora y calla mi lengua; porque aun mi alma propria no sa-

be mas que ſentirlas, como ni ſu humildad agradecerlas. Bien confiada eſtava yo reſpondio doña Iuana (atajando ſu platica) que de tã noble y corteſano cavallero, avia de ſer mi voluntad correſpondida con demonſtracion ſemejante; aunque ſi bien no me podreys con ella poner en mayor obligacion, pues la mia à llegado ſin poderla reprimir, al mas ſubido grado; toda via buelvo a ratificar en vueſtra preſencia la fé, que para ſiempre os ſera inviolable. Vos don Lope aveys ſido deſpues de mis hermanos, el primer hombre de quien ſus mis ojos tuvieron particular noticia, y el que ſolo por ellos tomò la poſſeſsion de mi alma; y a ſi vivid ſeguro, que bien o mal pagada, no ſaldreys della mientras la vida me durare, ni otro ocupara el lugar q̃ vos ſolo mereciſteys, aunque por ello aya de perderla mil vezes: no eſpero en recompenſa deſte amor mas finezas, que las que vueſtro guſto diſpuſiere, porque ni de que viva, o muera en el Laurencia, haran mengua las mias, ni de ſin amor y vueſtra perſeverancia formare agravios. Con eſta carga emprendi eſta hazaña, y quando yo ſea tan deſdichada, y vos tan deſconocido, en la deſi-

desigualdad de nuestros meritos, que querays proseguirla, pagaranlo en silencio mi sufrimiẽto y lagrimas, mas no vuestro sosiego y mi correspondencia.

No quedaron estas palabras ultimas, y zelosos temores, sin la satisfacion y promessa que doña Iuana merecia, y assi desseando sobre todas las cosas, el apassionado cavallero, el firme apoyo de su nueva voluntad, procurò acreditarla con amorosas replicas, entre las quales aviendo entendido el origen y principio de su aficion, y la enfermedad de doña Iuana; tambien supo como para escrivirle, se avia aprovechado de la misma industria de Laurẽcia, que como ella le comunicasse sus papeles, fuele facil el verla atar el ultimo, y el quitarle despues sin ser sentida, poniendo en su lugar el del retrato, con que pareciendo cosa conveniente para su mayor quietud, de acuerdo y consentimiento de su dama quedò assentado, que don Lope prosiguiesse, entreteniendo a la pobre Laurencia, a quien para poder venir seguramente a aquel puesto, avia dexadose en profundo sueño, sacando primero de poder de su madre las llaves del jardin; que sacado todas

dlas

eſtas diligencias en ſu modo, de ygual peligro ann con mas evidencia conocio don Lope, la verdadera fe con que era amado:

Dos horas avria, que los nuevos amantes en apazible platica gozavan las primicias de ſu voluntad, quando oyendo don Lope un rezio golpe, como de perſona que ſe avia arrojado, o caydo de alta parte; y tras de aqueſto algun facil rumor, algo alterado, hizo que mui apreſſa cerraſſe doña Iuana las ventanas; y con la miſma brevedad, aun ſin deſpedirſe, abixandoſe al ſuelo, para mejor encubrirſe, y deſcubrir lo que era, ſe metio entre unos altos malvares y carriços, deſde adonde con mas ſeguridad, vio en un inſtante cubierto de hombres y armas aquel ſitio. Qualquiera por de corto diſcurſo que ſea, conocera en tan triſte ſucceſſo, el temeroſo y afligido aprieto, con que ſe hallaria don Lope ſalteado; el qual dandoſe por perdido, y preſumiendo que huvieſſe ſido alevoſamente vendido; ya que tan cerca juzgò ſu amargo fin: ſe reſolvio aſsi meſmo a vender por muchas vidas ſu temprana muerte; y aſsi con valiente animo diſpueſto eſperò, como quien deſſeava dilatar aquel breve eſpa-

espacio de vida, a que sus contrarios le hallassen y embistiessen; los quales acercandose juntos a la puerta del jardin, y avicudose aguarda do un corto termino, vio que despues del, entendido de adentro el contraseño, abriendoles con recato y silencio, se yvan entrando sin curar de otra cosa, hasta que no quedando ninguno, buelto a cerrar el jardin, dexaron aquel sitio en el mismo silencio y seguridad; con que mas alentado, apreciando desde aquel punto su vida milagrosa, poco a poco se fue deviando azia la parte de la muralla, que era la misma por donde aquellos hombres avian venido, y en quien apenas puso los pies don Lope, quando entre unas grandes sombras que hazian los torreones y barbacanas, divisó un golpe de cavallos, que a su ver assistian a los que estavan en la ciudad, de cuyo riesgo y perdicion temeroso, y cuydando nó huviesse ygual daño por las demas partes del muro, indeterminable en su resolucion, estuvo algo confuso, porque sospechando por cierto, que eran los dos hermanos de su dama, y satisfecho de que en su fe y amor no habla el doblez que al principio de aquel fracaso presumio, como ya

informaſſen ſu pecho otros mas blandos y menos vengativos eſpiritus, quiſiera diſponer el peligro de la ciudad, ſin que le recibieſſen tan grande; coſas de una muger, a quien el devia tan maravilloſa voluntad. En efeto, regido deſte generoſo penſamiento, el ſolo por no no alborotar ſin tiempo el lugar, requirio ſus murallas y puertas, previniendo los ſoldados y guardas muy de eſpacio, ſe bolvio a ſu cala; enquié puesto a cavallo, cõ algunos criados y amigos que mandò aviſar; y haziendo juntamente q̃ en San Roman tocaſſen las campanas, cierta ſeñal para que la gente del rebato acudieſſe a ſus caſas; quando le parecio que ya los dos hermanos oyendo el alboroto ſe avrian puesto en cobro (como alfin ſucedio) a buen paſſo, deviẽdo ſalir por la puerta del Cambron, guiò a la de Viſagra, y luego al lugar en quien la tropa avia deſcubiertoſe; deſde adonde, conocida la huella de los muchos cavallos que huyan, fueron a rienda ſuelta en ſu ſeguimiento; aunque fue por demás ſu diligencia, porque con las muchas que para ſu remedio hizo el gallardo don Lope, llevavan grandiſsima ventaja; con lo qual deſconfiando de alcançarlos, y pa-

 recien-

reciendole estavan bien fingidos sus desseos, mandò tocar a recoger, dissimulando el buen sucesso dellos, y el sobrado contento de aver tan a su honra dado la vida a los dos valientes Palomeques, y hecho a su querida hermana tan importante servicio; no obstante, que como despues sabreys, huviera esto de costarle el sossiego, la hazienda, y aun la vida y reputacion; mas sin prevenir estos cuydados, todos los atropellò el noble cavallero, teniendo en mas estima el aver podido vengarse, que la satisfacion de sus enojos, y ruyna de sus mortales enemigos; porque en el generoso y magnanimo, la mayor vengança y castigo es no executarla pudiendo.

Lo restante del dia, y parte de la noche, descansò don Lope, si bien aun en tantos desvelos no escusó el ver a doña Iuana, de quien temia (y no poco) huviesse sido sentida en el rebato; y assi a la hora acostumbrada, ya el estava en el pueso, aviendo antes, y con la industria y traça que otras vezes, recibido un papel de Laurencia, y puesto para mejor engañarla, y divertirla, otro en su lugar, con que disculpando su remission, ella quedò en su ol-

vido

vido, y don Lope (en saliendo su dama) fuera de sus temores y sospechas: porque no solo supo de su boca el termino que tuvo para salirse del jardin sin ser sentida; mas el que la sobrò para poner con ygual suerte las llaves en buen cobro, con lo qual sumamente contentos; en particular doña Iuana, no sabia con que exageraciones y palabras encarecer, la satisfacion que su amante mostrava en su volsi tad, pues justamente pudo antes temer, que segun el sucesso dela primera noche, quedara para siẽpre imposibilitada de su vista; en fin, clara y abiertamente le confesso la venida de sus hermanos, aunq esta, como cosa tambiẽ sabida del, no hizo en su pecho alguna novedad; no obstãte q̃ la ocasion que los avia traydo, la causo muy grande, porque era no menos q̃ a tratar con su madre y hermana, la ultima y final conclusion de un casamiento, que muchos dias antes se le estava tratado. Convinieronse, en que hasta tomar mejor acuerdo, esto se fuesse por doña Iuana dilatando, de quien diziẽdola primero lo q̃ la passada noche avia dispuesto, para la seguridad de sus hermanos, se despidio don Lope, dexãdola de nuevo amar-

telada y agradecida: mas como en los amãtes son siglos los momentos q̃ interrũpen sus gustos, no se passaron muchos sin bolverse a ver.

Laurencia en este tiempo consumiendose, divertia los tristes dias destas intercadencias, y engañava sus prolixas horas, con la esperança alegre que de ver a su amante la dava doña Iuana; que como esta estuviesse solamente en su mano, fingiendose unas vezes mal convaleciente, y otras diferentes achaques; erale facil suspenderlo a su gusto, y fomentar en el las ansias y congoxas del engañado huesped: tambien don Lope advertido de su dama, no pocas vezes lleno de passion amorosa, ignorava el medio, y la eleccion menos sangrienta, para salir de tanta confusion: porque si por una parte conocia el peligroso punto de su casamiento aplaçado, por otra, el riesgo de escusarsele, sin renovar venganças, y acrecentar enemistades y violencias, le ponia en mayor cuydado. Todo esto conferian entre si los dos tiernos amantes, y en todo hallavan inconvenientes, y dificultades invencibles: porque como prudentes, sabiendo que los consejos temerarios, quãto al principio son de alegres, y tratados duros

ros y pertinaces, efetuados suelen salir amargos y tristes; qüisieran cuerdamente no despeñarse en semejantes daños, mas como los que ya el cielo tenia determinados, se apresurassen por la posta; ni pudieron antes tomar mejor acuerdo, ni menos prevenir su desdicha: y assi la ultima noche en que estas cosas dulcemente conformes, se comunicavan el uno al otro; con impetu sobervio rompio su tierna platica el repentino escandalo, de mil confusas vozes, los clamores de diversas campañas, el temero so estruendo del artilleria, los golpes de las armas, y las respuestas de los arcabuzes, con que salteado lastimosamente acabò don Lope de conocer su perdicion, y el mal cobro con que sus desvelos amorosos avian reduzido su ciudad, sus amigos, sus deudos, y su vida, despidiéndose con tiernas lagrimas, intentò bolverse a su posada, si bien antes de llegar a ella, supo q̃ la ciudad era entrada, y ella con las de sus mayores amigos, echadas por el suelo. Furioso y vengativo efeto de sus contrarios, los quales alentados y prevenidos con el descuydo y poco recato q̃ hallaron la noche de su entrada, y mayormente por lo mal que fueron rebatidos

de don Lope, executaron aora animosamente su intento, y cõ tan acertada disposicion q̃ primero estuvieron apoderados de Toledo que fuessen sentidos; y como el quitarse de delãte a don Lope, era lo mas essencial de su empresa, assi emplearon la mayor furia della en su casa; aunque no hallandole, la entregaron al fuego, y passando adelante, se enseñorearon del alcaçar, plaças, puertas, y famosas puentes.

O miserable fortuna de la vida humana, quan llena de inconstancias eres, quan rodeada de mudanças y peligros. Veys aqui nuestro noble y perfeto cavallero, no solo despossey-do de tan superior mando y grandeza, sino juntamente convertido en un retrato lamentable de sus miserias, porq̃ si le consideramos cercado de tan mortales enemigos, tambien le hallaremos sin casas en quien defenderse, sin amigos de quié ampararse, sin criados de quié favorecerse; y finalmente sin puerta, sin salida, para escaparse de tales desventuras; mas como en los trabajos y peligros, muestra el altivo y generoso espiritu, mayor fortaleza, mayor animo, valiendose del suyo, con subito consejo se arrojó en la primera casa que hallò abier-

abierta, adonde no solo fue amorosamente recebido, mas pudo facil y seguramente confiarse de sus dueños, los quales como si fuera hijo, o padre suyo, le guardaron tambien, que aunque las diligencias de sus contrarios passaron de limite, y sus pregones, amenaças, y promessas de termino, no tuvieron efeto, ni tan graves temores fueron bastantes a descubrirle.

Andavan con tan impensada desdicha todos sus parciales ausentes, sus criados desterrados, y sus aficionados encogidos; y assi considerando quan mal por entonces podia ser de aquellos ayudado, haziẽdo a tantos males valiente resistẽcia, esperò constantemẽte, mas sazonado tiẽpo para su libertad, la qual no se dilatò muchos dias, porq̃ la fortuna que siempre favorece a quien contrasta la violencia de sus successos, ordenò las cosas de sus enemigos de tal suerte, q̃ les fue forçoso, aunque dexando bien assegurado su partido, hazer ausencia de la ciudad, ocasionada de algunas sediciones y alborotos importantes, de los mayores lugares de la comarca; que siendole esta nueva a don Lope notoria, sin perder coyuntura, con gran secreto previno su partida, aunque con igual

y mayor cuydado, en medio del rigor de tan grave peligro, no se olvidó de su dama, cuya casa queriendo, desconocido por la seguridad, ver la siguiente noche, y consolarse besando sus dichosas paredes, fue a tan venturoso punto, que como de allà no huviesse menos firmes desseos, menos afligimientos y cuydados, hallò que prevenido su pensamiento le esperava en la cinta que solia, un papel, que abriendole, y conociendo la letra de doña Iuana, leyó en el estos renglones.

Si el cielo à conservado vuestra vida, y os atreveys a verme; executadlo sin dilacion, porque en esta consiste la mia y vuestro gusto.

Bien advirtio don Lope, que pues su dama assi lo disponia, no solo avria seguridad bastante, mas juntamente precissa, y grave causa; y como a los atrevidos no solo la fortuna, mas aun el mismo amor los favorece, intrepida y resueltamente se dispuso al peligro, adonde muy sin el, dentro de breve espacio llegò doña Iuana tan sentida y llorosa, con sus tristes sucessos, que si fuera en su mano, facilmente conociera el amante, la desigualdad de su estimacion, y aun el desprecio de la vitoria, y repura-

cion de ſu ſangre: mas no deſvaneciendoſe en ſu encarecimiento, ſin mayor dilacion le hizo ſaber quan adelante (en la determinacion de ſus hermanos) eſtava ſu aborrecido caſamiento, y otras ſemejantes razones a ſu propoſito, con que diſpuesto el animo de don Lope, brevemente ordenaron el último y forçoſo remedio. En concluſion doña Iuana ſe reſolvio a dexar ſu caſa, y para executarlo mas a ſu hora, haziendo a las Eſtrellas y a los cielos teſtigos, dio de eſpoſa la hermoſa y blanca mano al perſeguido y venturoſo cavallero, que como abſorto y elavado en ſemejante gloria, olvidado de ſus graves deſdichas, aſsiſtia a ella. Con eſto aſsignando ſu yda con limitado termino, dieron la buelta entrambos a prevenirla; y ciertamente que por ningun camino ſe le pudiera traçar mayor vengança de ſus contrarios, ſi con no ello que dava concertado ſucediera, pero como aquella ſu influyente antipatia, no ceſſava en ſu curſo, de adonde preſumieron ſu mayor deſcanſo, caſi huvieran de hallar ſu ultima ruyna.

Fue el caſo pues, que como doña Iuana regida ſolamente de la ardiente deſſeo, aquella

miſma

misma noche en sintiendo que el papel de la cinta avian tomado, quisiesse conocer luego la experiencia de su efeto, deviẽdo primero espe rar a que Laurencia estuviesse bien sossegada; ella q con yguales penas velando padecia, no solo advirtio curiosa en su nueva inquietud, si no q fingien lõle dormida, aguardò el sucesso; y en viendola salir siguio sus passos, y sin ser sentida, desde su aposento mismo hasta el jar- din y ventana donde ya doña Iuana estava ha blan lo; llegò (no sin maravillosa confusion del caso imperado) a salir de su engaño, al cono- cimiento de don Lope, y finalmente a ser testi go de sus conciertos y bodas. Quede a la con- sideracion del lector, los rabiosos y mortales e- fetos que causarian en su alma, tan declarados zelos, y mayormente ocasionados por su amiga y huespeda, por el archivo y deposito de sus malogrados empleos; pues fue notable muestra de su varonil pecho, el poder reprimir sus sentimientos, sin hazer con su boca publico alarde de su afrenta y dolor: mas disponiendo en su animo una horrible vengança, antes de ser sentida, se bolvio al aposento; en quien con infinitas lagrimas y abrasados suspiros, cele-

brò

brò amargamente las obsequias de su difunto amor, hasta el siguiente dia; en quien con el mismo desseo y resolucion, escrivio quãto passava, a los dos cavalleros: valiendose para esta sangrienta diligencia, de un criado de su padre, que siendo el mengero, no paró hasta llegar a Torrejon: en cuyo assedio, hallando solamente a don Fernando, le dio la carta. Mas antes que en la prosecucion de la vengança desta muger passemos adelante, es justo que se advierta, q̃ aunq̃ los dos amantes anduvierõ en el recato de sus cõciertos tan desdichados, no del todo les cerro sus dos puertas la fortuna: porq̃ quiero que entendays q̃ su enemiga, si bien pudo oyr la palabra q̃ se dieron, no assi con cierta distincion, el acuerdo y resolucion de su partida. Ademas, q̃ nunca ella presumio q̃ el dexar su casa fuera tã brevemẽte, ni por el camino q̃ quedava traçado, porque si esto alcançara, facilmente pudiera prevenirlo con su misma madre. Assi q̃ advertido este punto; el aviso q̃ hizo, fue solo por mayor del casamiẽto con su contrario, de la injuria de su casa, de la parte de su comunicacion, y el peligro y sospecha de su fuga afrentosa.

Este

VEste despacho fue en alguna manera favorable a doña Iuana, porque embaraçada en el Laurencia, pudo mejor prevenirse sin tal testigo; de muchas cosas convenientes a su intento; y assi mesmo en obra semejante, gastò don Lope el dia, que como le faltavan criados; solo se aprovechò de dos, que assi como el se avian hasta entonces escondido: y assi al uno mãdó que le assistiesse aquella noche, con sendos cavallos entre unas huertas, y con el otro avisò a los demas, que en una fortaleza se avian assegurado en lo mas aspero y fragoso de los vezinos montes: y dada tan buena orden, en siendo la mitad de la noche, no obstante que con su claridad la Luna les ayudava poco, doña Iuana abrio la puerta del jardin, y se puso en las manos de don Lope, y el con tiernos afetos recibiendola en sus braços, sin dexarla dellos, guiò con breves passos a la vezina muralla, en quien atandola blanda y seguramente, con una fuerte cuerda, en un instante ya estava en medio de aquel campo, siguiendola el con la misma facilidad y buena suerte.

Avia don Lope mandado a su criado, que como avemos oydo, le esperasse con los cavallos

entre

entre unas huertas; tanto por el ſecreto conve niente, quanto porque eſtando tan deſviados y fuera de ſoſpecha, ſe aſſegurava ſu negocio mejor, que no ſi los hallaran junto a ſus muros o entre la Barbacana. Por eſta razon, temiendo aora el canſancio de ſu dama, y ſobre todo el peligro de la tardança, quiſo remitir a ſus ombros aquel dulce trabajo; que entendido por ella, no fue poſsible con razones y ruegos perſuadirſelo: con que de ſu voluntad y parecer (quedando entre las yervas eſcondida) haziendo alas los pies, partio por los cavallos, ſi bien aunque la brevedad fue diligente, no ſucedio la buelta, de la ſuerte que doña Iuana y ſu temor pedian.

Antes en eſte miſmo tiempo, para acrecentar ſus deſdichas, aviendo con el aviſo q̃ aveis oydo, corrido apreſuradamente deſde Torrejon con tres cavallos, llegò ſu hermano don Fernando a la vega, y baxandoſe por la contra muralla hazia la puerta del Cambron, que era el miſmo lugar en quien doña Iuana eſtava eſcondida, fue en tan fuerte y amargo punto, q̃ como la afligida ſeñora cuydadoſa eſperaſſe a ſu amante, y ſu tardança aumentaſſe ſus miedos,

dos, ignorando si eran tres o quatro los que le asistian y guardavan, en viendo venir aquella gente, salio de adonde, aunque passaran, fuera imposible verla, y pensando que era don Lope y sus criados, se les puso delante; no obstante que en un momento, y quando su inadvertencia no tuvo remedio, conocio su desgracia, y don Fernando dando un lastimoso grito, su vestido y persona; a quien arrojandose del cavallo, y haziendo a su compañia proseguir la jornada, sin poder hablar, ni aun mirar al rostro, se le cubrio con una banda roja que a su cuello traya; y dexando un tanto passar el rabioso accidente, despues de averse lastimado y enternecido en tan afrentosa injuria, quiso saber de su alevosa sangre, la parte adonde su enemigo esperava, o el medio y traça que para sacarla a aquel puesto avia tenido. Estava a estas razones tan cubierta de lagrimas la llorosa dama, como de turbacion y desconsuelo; y assi teniendo por segura la muerte, y lo mas que ay que ponderar y dezir, persuadiendose en aquel mismo punto, a que don Lope, segun su remission, solo la avia sacado de su casa, para hazerla semejante afrenta, y to-

mar

mar desamparandola en aquellos campos, de su fragil sugeto, la vengança que de los dos hermanos no podia; arrojandose con tiernos y afectuosissimos suspiros, a los pies de don Fernando, no solo le dio brevemente cuenta de su preguata, de su infame burla, satisfacion indigna de don Lope; mas juntamente le pidio muchas vezes, que sin mas dilacion cobrasse en parte de su pecho aleyoso el perdido honor. Mas como ya el truxesse fraguado en su determinacion otro mayor castigo (si es que le puede aver mas que la muerte) no cumpliendola en esto sus desseos, sin esperarse mas, la tomò a las ancas, y mandando guiar a la puente vieja, en quien entonces avia un barco para passar la gente, atravessando el Tajo, y maquinando de don Lope, y de sus deudos una atrocissima vengança, llegò a su Cigarral, o casa de Campo; y abriendo sus puertas, y apeando a doña Iuana dexandola dentro, el mismo la cerrò cõ su propria mano, con la presteza y vigilancia que su enojo pedia, bolviẽdo a passar el rio a rienda suelta, requirio la campaña, sin dexar en to la ella, arbol, mata, ni yerva, q̃ buscãdo a dõ Lope el, y su gẽte, no rebol

vies-

viessen; hasta que hallando unas huellas de cavallos, siguiendo el rastro apressuraron su corrida con determinacion de no parar hasta alcançarle.

Toda esta vida, y sus acciones y acidentes, representan al vivo una farsa, o comedia; en quien los personajes que ayer hizieron Reyes oy salieron esclavos, y en un pequeño espacio los que vimos en mayores caydas y desgracias, los miramos luego dichosos y contentos: assi que siendo esta verdad tan manifiesta, aunque el presente caso trayga contigo ygual admiracion, no por ella será menos posible, o descreditada su inconstancia y variedad; cuya fuerça maravillosamente resistida, esperimentaron estos amantes, pues quando sus desdichas devieran tener alguna mengua; entonces parece que començavan con mayor rigor, y por el contrario en la ultima desesperacion de sus inconvenientes, ella misma era vida y remedio de sus males. Avianse estos con tan grande tropel amontonado en la hermosa y afligida doña Iuana, que estuvo en facil termino su remate, segun en la ocasion que la dexò su hermano, porque presumiendo justamente

de

de sus cosas que aquel encierro triste, avia de ser el teatro de su muerte; la carne en fin como desseada y mortal, empeço a temer su amargo trago; y vertiendo copiosas lagrimas, y suspiros sin numero, reconociendo el de tantas miserias, y por el consiguiente el galardõ que de don Lope avia recibido, aumentando su pena y trocando su temor en osadia, facilitava, y aũ desseava cõ barbara obstinacion, un breve fin.

Apenas en su alma confirmó doña Iuana cõsentida aquella desesperada voluntad, quando inopinadamente oyendo unos gemidos tristes, que con espantoso rumor salian de aquellos aposentos (aun sin aver mirado la sombra de la muerte) se juzgò por perdida, y con tan grave turbacion y miedo, que aunque diversas vezes provò a dar vozes pidiendo alcielo su favor, ni pudo desnudar la légua, ui el sentido superior hazer su oficio. Aumentaronse en tanto horriblemente los profundos suspiros; si bien con alguna intercadencia, entre unos y otros se oyan vozes articuladas, cõ que recobrando su aliento, abrio los ojos, y alargò los oydos, al mismo punto, que con mas claridad aviendose acercado aquella trille voz,

dezia estas lastimosas razones. O alma miserable y afligida, por qual de tantas puertas y heridas, determinas salir desta carcel? o hasta quá do durara la consulta de mi lastimoso fin y, sangrienta resolucion? sacame ya de tan rabiosas y mortales penas, pues no es posible que la memoria de su causa infeliz; que en este triste apartamiento, mas me atormenta, remita su dolor mientras tu aliento me hiziere compañia: ay infelizes horas mal gastadas, ay contentos mortales desvanecidos, ay glorias de la tierra perecederas; como todos me aveys desamparado, todos en viento y humo os aveys convertido, y alfin, alfin, en la mayor necesidad, en el mas grave aprieto, como amigos fingidos me aveys dexado. De aquesta suerte, y cō mayor horror, se lamentava aquel a su parecer de doña Iuana, vagante espiritu; quando infiriendo la afligida señora de tan ficios vestigios y señales su portentoso fin, tragò la muerte, y levantandose con esta ansia mortal, apenas desalentadamente dio sus passos, quā do a los rayos que de la clara Luna entravan por unas fuertes rexas, vio rebuelto en un lago de reciente sangre a un miserable hombre,

que

que arraſtrando (porque eſtava ligado pies y manos) le pretendia acercar a las miſmas puertas. Aqui acabò la dama de perder el ſentido, y aſsi falta de fuerças deſapoderada cayò encima dello: ſi bien quando deſpues de breve eſpacio bolvio de aquel peſado paraſiſmo, hallandoſe en los braços ligados de aquel hombre, y queriendo deſpavorida arrojarſe dellos, el ſangriento roſtro que tenia delante, eſtando ya tan cerca, fue laſtimoſamente conocido della, y no menos que por el del noble y deſdichado amante ſuyo; el qual no ſiendole mas favorable la fortuna, aun antes de ſu acaecimiento della, avia caydo en las manos de ſus crueles y mortales enemigos.

Porque apenas ſegun ya queda eſtrito en la demanda de los cavallos, don Lope ſe apartò de ſus ojos, quando al entrar de unas eſtrechas calles q̃ las huertas hazian, ſin poderlo eſcuſar, dio con una gran tropa de gente de a cavallo, de quiẽ ſiendo al inſtãte conocido (tãto por el aviſo y ſoſpecha q̃ trayan, quanto por aver dado primero con los ſuyos, y cõel criado que los guardava) atropelladamẽte le invistieron, eſcapando de aquel ſu primero impetu

tan mal herido, que aunque intentò, animoso vender su vida, cayendo sin sentido en el principio de su resistencia; al recobrarle, se hallò en poder de don Pedro Palomeque, que haziéndole atar de pies y manos, entrando en la ciudad, y atravessando la puente de San Martin; dio conel en su quinta, de quié assi el, como su hermano tenian llaves; y dexandole como en un fuerte Castillo assegurado, sin ser sentidos aun del que la tenia a cargo, porque dormia en diferente casa; bolvio a entrarse en la ciudad, y a proseguir la orden que de su hermano don Fernando avia traydo, el qual segun ya queda escrito, a la hora que tuvo en Torrejon la carta de Laurencia, le avia avisado a Casa Rubios, de lo que en Toledo passava; y previniendole para que antes de llegarse juntassen, errando con la priessa este designio, vino algo primero que el, y có la buena dicha que aveys oydo, pues con tanta facilidad tuvo en sus manos el Eroe principal desta tragedia. De suerte, que entendido este caso, digo esta inaudita y maravillosa concordancia, obra de superior providencia, los dos hermanos ignorantes el uno del acaccimiento del otro, juntaron en un

mismo

mismo lugar, en una misma casa, debaxo de una llave por sus proprias manos y voluntad, a los que para la diversion y apartamiento de la suya, parece que de acuerdo se avian convocado los cielos todos, y sus quatro elementos.

En fin aviendose despues de las cosas referidas lastimosamente abraçado, y comunicado sus desastrados fines, brevemente los dos tristes amantes consultaron el ultimo golpe de su implacable fortuna. Y en estos intermedios, aviendo don Fernando seguido casi dos leguas largas aquel rastro de cavallos, en cuya prosecucion le dexamos; llegando a unas caserias, sin pensar, entendio en ellas el engaño cō que caminava, porque queriendo averiguar que gente avia passado, supo que solamente don Pedro su hermano muchas horas antes yva la buelta de Toledo; con que siendo ya casi amanecido, aun en las mismas huellas, que eran las que su hermano avia dexado, conocio su infructuoso trabajo; por lo qual abrasandose en furiosa colera, no siendole por entonces otra cosa posible, dio buelta a la ciudad, como assi mesmo lo avia hecho antes don Pedro. Si bien hallando este a su madre y familia llenos

de confuſsion y eſcandalo, efetos de la fuga de ſu hermana, fue tal ſu alteracion, que eſtuvo en terminos de quitarſe la vida: mas viendo que con ſemejante ſentimiento no remediava ſu afrenta y deshonor; bolvio a buſcar por entre aquellos campos la cauſa del; y traſtornando en eſta diligencia las duras piedras, le hallò ſu hermano, de quien deſpues da averſe recibido con las nuevas que oyò de doña Iuana, ſalio ſu eſpiritu de la aficion que padecia, no ſiendo menos grave, antes ſin comparacion, mayor el conſuelo y alegria de don Fernando, luego como entendido el ſuceſſo de ſu enemigo: y aſsi queriendo ſin mayor dilacion diſponer ſu vengança; mandò a don Pedro guiaſe adonde eſtava: mas quedando en el camino comunicandoſe los dos eſtas coſas, advirtieron el yerro que ſu ignorancia avia cometido poniendo a los dos amantes en una miſma parte, en un miſmo lugar, ſe quedaron paſmados; no obſtãte, que con el imaginado y breve caſtigo que de tantas injurias péſava tomar, apreſſurando el viaje mitigaron ſu pena: la qual ſi por yerro tan diſculpable; ſi por diſgusto tan ſatisfecho, avia ſido tan grande, por

que

que el que aora oyreys que les estava esperando, que tal seria, o de que suerte a su paciencia y sufrimiento les seria tolerable; pues no solo abriendo las puertas de la Quinta, o casa del Encanto, hallaron transformados, o rebueltos en humo y sombra los dos enamorados prisioneros, pero ni aun rastro mayor de su assistencia, que la mucha sangre de las heridas de don Lope. En conclusion, el modo de su fuga fue a todos bien patéte, porque como la sobra de passion, ofusca y ciega el mas claro entendimiento; assi aunque quisierá encubrirle los dos hermanos, y mayormente la afriento sa ocasion que los traya afligidos, fuera imposible al riguroso sentimiento que hizieron al mal cobro de sus perdidas prendas: con que no solo quedò entẽdido, y manifiesto el secreto amoroso de su hermana, y don Lope; sino tambien el que con tan inviolable silencio se avia siempre ocultado en aquel Cigarral; del qual si os acordays en los principios desta historia, aviẽdose los dos cavalleros Palomeques escapado de tres cercos apretados, ignorando el camino, merecio justamente el nombre dela casa del Encanto, titulo con que tambien la t

referido en aquestos discursos. Estava pues es de maravilloso y secreto artificio dispuesto con ingenio tan raro, con tanta sutileza, que ningu no sin particular inteligencia del, alcançara su modo. Fue traça de un ingeniero Aleman, a quien don Rodrigo su padre satisfizo por ella con larga mano; yva en efeto una profunda Mina desde el menos importãte apossento de aquel quarto, un grande espacio por debaxo de tierra, hasta salir su boca (cubierta de horu ras y malezas) a la fragosidad de unos altos barrancos: pero la forma con que la puerta se dissimulava y encubria en el referido aposen to, era sin comparacion discreta y peregrina; porque en su mismo enladrillado estava un quadro movedizo, de anchura de dos tercias, fundado sobre un rezio tablon de yguai medi da, y enlosado con los proprios ladrillos: a este por la parte inferior dentro en la mina, susten tavan dos husillos con sus tornos, correspon dientes a dos fuertes clavijas de bronce, que sobrepujando por encima, torciendolas con fa cilidad, en llegando á estar atravessadas, co mo pendian en lo firme del aposento, assegu rando el artificio, quedava todo el suelo ajus

tado;

tado; y en queriendo abrirle, con torcer las clavijas, el pelo mismo hazia mover los tornos hasta tocar en el cimiento y suelo, que seria menos que un estado.

No entendian los apasionados cavalleros, que su hermana sabia este secreto, ni menos aun quando don Fernando lo supiera en la turbacion con que se hallava quando alli la encerró pudiera prevenir este aviso, ni si la diligencia y buena suerte de don Pedro tenian a don Lope en la misma prision, porque assi el uno, como el otro, regidos de un ygual pensamiento, no curaron de mas que dexar encerrada la prenda hallada, y bolver por la perdida con priesa y diligencia. Pero ni con todo esto desconfiaron en la empressa de alcançarlos, antes assi juntos como estavan, aviendo primero requerido la mina, fueron en su seguimiento; assegurando a demas sus esperãças, el conocer por el sangriento rastro que don Lope yva dexando, que era imposible el alexarseles tan mal herido: como ello fuera indubitable, si la clemencia y bondad divina no los amparara y socorriera. Mas la misma que dio a la animosa dama resolucion y industria, para que acordã-

dose

dose (en medio del peligro en que los dexamos rodeados de angustias y mortales congojas) de la secreta mina, y salieſſen de su amarga prision; gaiò tambien sus temerosos passos, y en ocasion tan acertada, que encontrando unos pobres Pastores, valiendose de su piedad, casi en sus ombros se hallaron al salir del Sol en Argete, lugar distante de Toledo una gran legua; en donde gratificados los buenos hombres, no le faltaron a don Lope otros muchos vezinos que le amparaſſen y encubrieſſen; no obstante que su riesgo evidente, no le dio mas lugar que para apretarse las heridas; las quales eran tantas, tan peligrosas y crueles, que antes parecia obra milagrosa que valor humano el sustentarse vivo. De aqui en sendos cavallos, y cõ seguras guias se puso en un fuerte Castillo, de suerte, que quando sus enemigos llegaron a aquel Aldea, entendido su viaje, y la ventaja que les llevava, huviciõ de tornarse, aunque no para desistir en su cruel vengança, antes la començaron de nuevo; siendo primicias della la zelosa Laurencia, a quien lastimosamente matarõ a puñaladas este mismo dia. Hecho por cierto, no solo indigno y repug-

nante

nante a su nobleza, pero injusto y barbaro, y mas de sangrientos Caribes, q̃ de cavalleros Christianos Persuadieronse los dos hermanos (como sabidores de la liviãdad porq̃ su padre se valio de su amparo) q̃ en la prosecucion destos amores, avia ocasionadose su afrẽta; y auq̃ era assi verdad; las circunstancias y rodeos por donde doña Iuana la dispuso, escusavan grãdemente a la pobre Laurẽcia. Mas sin topar en esto (como su origẽ principal) satisfizo con la vida, el peligroso riesgo en q̃ puso a su amante, y el aviso mortal, q̃ a tẽrminos tan tristes le reduxo: si biẽ ninguna atrocidad delas muchas q̃ emprendieron los Palomeques; ya en los deudos y amigos de su contrario; ya en su grandiosa hazienda, en sus hermosas granjas, casas de campo, ricos Palacios; fuera tan mal vista y parecida como esta barbaridad y desatino, el qual executado, sin mayor dilacion juntaron gente, artilleria, y municiones bastantes a mayor cerco; y determinando ponerselo a don Lope, salieron de Toledo. Mas como en su prudencia, no fuesse necessario prevenir este riesgo, no sintiendose con bastante defensa desaparó la fuerça, y assi como se hallava mal

doliente, aunque mejor curado, caminãdo las noches y los dias, no parò hasta entrarse en Portugal; adonde siguiendole sus criados con lo mejor de sus joyas y riquezas, lo primero q̃ hizo, fue tratar de su cura, que fue (por la remissiõn y tardança) tan larga y prolixa, y tan llena de peligrosos acidentes, que muchas vezes aun antes de sus desseadas bodas, estuvo doña Iuana en terminos de llorarse viuda: mas el cielo que de tales riesgos le avia sacado, tambien le librò deste; con que despues de su convalecencia, en dulce possessiõn dichosamente gozaron el premio y dulce galardon, digno a tantos trabajos.

Los infortunios y miserias, que en la brevedad deste tiempo, padecieron en Toledo, y Castilla todas sus cosas de don Lope, fueron tan generales, tan terribles, y agenos de satisfaciõ y vengança noble, que ni su calidad da lugar a escrivirse, ni fuera licito que injurias semejantes, assi por quien las recibio, como por el honor de quien las hizo, queden inmortalizadas en la estampa; solo dire, que la reputacion de don Lope, quedò en algunas, con tanto menoscabo y descredito, que sienlole inescusable

y for-

y forçoſo el bolver por ſu honra; dexando los demas caminos y medios de paz, que con ſus enemigos ſe tratavan, eligio el que en ley de cavallero, y ſegun ſus grandes agravios, tenia obligacion. Y aſsi aviendo primero pedido al Rey don Iuan el III. (que entõces Reynava en Portugal, y debaxo de cuyo amparo vivia en ſus Reynos) licencia para deſafiar a los dos cavalleros; luego que ſu Alteza entendio tan graves y juſtas cauſas, no obſtante que ya en Eſpaña ſe yva remitiendo, y olvidando eſte infernal abuſo, a ruego de la ſeñora Reyna doña Catalina, que mucho eſtimava a don Lope, y debaxo de plazo de quarenta dias, ſe la concedio, aſignando para ſu eſpedicion la ciudad de Ebora, adonde en la ſazon ſe hallavan ſus Altezas. Con lo qual deſpachando a diverſas partes de la Corona de Caſtilla, aſsi en Toledo, como en Valladolid, Burgos, y Sevilla, parecieron en un miſmo dia fijados ſus carteles: que como en ellos los retaſſe con atributos y cargos poco honroſos, y ofrecieſſe combatirſe lo a entrambos, o metei conſigo cavallero que ayudaſſe ſu intento; en breve termino ſe llenò Eſpaña de ſu fama y valor, y la ciudad de Ebo-

fa, de gente inumerable que acudio a ser testi-
go del sucesso. No tuvieron en mucho los dos
hermanos semejante resolucion; antes en al-
guna manera consolados por la ultima ven-
gança, que segun su valentia y fuerça; qual-
quiera dellos se assegurava, aceptando la em-
presa, y con su salvaguardia, previnieron las
cosas al trance necessarias.

Ya en aquesta sazon aviendo don Lopez
de Padilla, perdido aquella memorable bata-
lla de Villalar; y passadas las demas cosas de-
cantadas por tan graves autores. Gozava Cas-
tilla de mayor quietud, la qual con la venida
del invictissimo Carlos V. su Rey, acabò de cõ
seguirse: si bien para mas perpetualla, enten-
diendo su Magestad el estado y miserable ruy-
na que amenaçava a estas dos casas, desseã-
do apaciguarlas, y componerlas sin otro rom-
pimiento, y que estos cavalleros bolviessen de
Portugal igualmente satisfechos y honrados:
tuvo por bien de escrivir al señor Rey dõ Iuan
su cuñado sobre este punto, que no desseando-
lo menos, procurò disuadir por diferentes me-
dios y traças a don Lope; aunque como el sen
timiento de sus agravios, y la publicidad de

sus

sus injurias, corriessen parejas, no se pudo acá-
bar con el desistiesse en la empressa: por cuya
causa mal contento su Alteza, secretamente
dio orden para que ningun cavallero y fidalgo
vassallo suyo (porque muchos lo querian ha-
zer) le acompañassen en aquel desafio, parecié
do'e que aquello que con su autoridad y rue-
gos no avia conseguido, la fuerça y aprieto
de tal necessidad lo efectuaria. Esta misma di-
ligencia se usò en Castilla; si bien el gallardo
don Lope', que no por semejante camino se
avia de reduzir, aunque vio que los amigos de
Castilla tardavan, y los de Portugal se enco-
gian, ni desmayò en su intento, ni menos el ar-
plaçado dia, dexò de hallarse en medio del Pa-
lenque: cuyo teatro hermoso adornado de vi-
çarras damas, y de toda la nobleza Portugue-
sa, aunque fuera en mi pluma assumpto pere-
grino, la humildad que della reconozco, pue-
de escusarme en su narracion: y assi passando
esta en silencio, avre de proseguir en lo restan-
te de mi historia.

No quisò hallarse en ocasiò tan triste la her
mosa doña Iuana, cuyas lagrimas, aunque dissi
muladas de su esposo, pudiera como el divino

Orfeo

Orfeo con su canto, enternecer los insensibles marmoles. Porque no solo aun antes de la batalla, le afligia su peligro y rigor, mas temia, y con mayor cuydado, que faltandole a don Lope ayuda; como tambien conocia el valor de sus hermanos, se avia de ver con ellos en notable riesgo. Pero con todo esto, reprimiendo su llanto, ella misma, y con sus proprias manos, ayudò a armar a su esposo, y no fiando de sus criados apretando los pernos, y requiriẽdo las evillas y correas, infundia en su pecho nueva osadia y mayor audacia.

Salio con esto don Lope, de entre los tiernos braços de su esposa, y entrò en la plaça acompañado de muchos criados, y de algunos señores Portugueses, que assi por sangre, como por otros respetos le quisieron honrar: y no curando de galas y divisas, armado de resplandecientes armas, todas ellas, y el templado escudo, parecian un espejo de bruñido cristal. El cavallo era rucio y mas valiente y hazedor q̃ galan, en quien con su acompañamiento y padrinos dio una buelta a la plaça; y hecho su acatamiento a los Iuezes y damas, porque los Reyes no assistieron en ella, se arrojò en el Palenque,

lonque, al mismo punto que sus contrarios aso mavan: que como ellos quisiessen juntamente con su valor, mostrar su riqueza y poder; mas parecę que vinieron adornados para bodas alegres, que para batallas sangrientas: y assi el acompañamiento, las libreas, divisas, plumas y colores, fue maravilloso; con que dexaron en quantos les mirayan grangeado el aplauso y voluntad. Las armas que trayan, eran aquarteladas de oro y azul, con orlas y gravaduras, que las hazian mas hermosas y ricas, y los cavallos de Cordova, pelo castaño, y la presencia hermosa, y digna de sus valientes dueños; cuya enseña y divisa era el blason antiguo de sus famosas armas. Luego pues que se vieron en el Palenque, quisieran sin mayor dilacion dar principio al combate, aunque su mucho valor y gallardia, repugnando conocida ventaja, no obstante que de rigor y justicia pudieran hazerle jũtos, o ayudarse en qualquiera aprieto, resolvieron lo contrario; y aviendo despues de algunas diferencias y porfias (porque cada uno queria ser el primero) convenidose, apenas don Fernando esperò el son de las trompetas, quando entrando en la plaça un cavallero

en orden de pelea suspendiendo la suya, esperaron a ver su determinacion; la qual no parando hasta el asiento de los Iuezes, aviendo hecholes una gran cortesia, levantando la viseta del yelmo; les habló estas tan libres, como breves razones.

Ya que hasta agora vergoçosamente en un Reyno, cuyas temidas armas tienen sugeta la mayor parte del Oriente, se à permitido que en acto tan honroso falte ayuda a un noble forastero, y por sus grandes meritos digno de su favor, no es justo que prosiguiendose esta mengua me escuseys la licencia de enmendarla; pues siendo vuestro gusto, vereys que la ocasion de mi venida es no solo a suplirla, si no a poner la vida en ygual aventura con don Lope Pacheco. Mal indignados oyerõ los Iuezes semejante platica, no obstante que encubriendo su cólera, el uno dellos respondio desta suerte. Bien pienso gallardo cavallero, que deveis a estos Reynos poca naturaleza, pues ignorante de su nobleza y valentia notoria, aveys della en este trance presumido menos satisfaciõ, de la que a la modestia y cortesia de vuestro habito se permite: vos podeys con el consentimiento

mien-

miento de don Lope ayudarle en su batalla, de quien si escapardes vivo, tened por cierto no quedara vuestra inadvertencia sin enmienda; y entonces entenderey s, que si se à faltado a la causa presente, á sido mas por la obediẽcia justa, devida a nuestro Principe, que à desseado trocar en paz aquestas dissensiones, que por mẽgua, o cobardia de sus vassallos. Pues si por menos favor, replicò el cavallero (lenvantando la voz) à intentado reduzirlas su Alteza, perdone su magnanimo espiritu, que el medio no era licito, ni don Lope cavallero, que por temor humano dexara de hazer rostro a lo restante de la tierra; y con tanto sin esperar mas replica airado por la presumpció de la ultima, picò el cavallo, que alsi como las armas era negro, dexando de su aliodado talle, despejo y libertad. admirados los presentes, y al buen don Lope en mayor confiança de vitoria: el qual agradecido, queriendo hablarle, aun antes de su razó primera, interumpio tu platica el señor Rey dõ Iuan, que acompañado de sus grãdes y Corte, siendo informado del nuevo acaecimiento, y ayuda de don Lope, quiso en persona alcãçar del, lo que por otros medios no avia podido: y

assi con semejante desseo entrando en el Palé-
que, luego que aquellos cavalleros vieron su
Rey presencia, dexando los cavallos, le besa-
ron la mano; si bien el de las armas negras no
hizo mas que ademā y cortesia de intentarlo;
cosa que ygualmente fue notada de todos, y
tambien el averse quedado con su yelmo; no
obstante que los demas por el respeto de tan
grande Principe, se los avian quitado. En fin,
entendida la voluntad del Rey, y que a instan
cia del mismo Emperador su natural dueño,
quería, que dandolos ygualmente por buenos
y leales cavalleros, dexasse la batalla en aquel
estado, y sus interesses en sus manos; a mas no
poder, y porque hazer otra cosa, contradizien
do a tanta autoridad, fuera desatino y locura;
huvo don Lope de concederlo, teniendolo
sus contrarios por bien, y facilitada cosa al pa-
recer de tantos imposible; advirtiendo su Al-
teza, en que el estraño cavallero quería con su
licencia partirse, no lo permitio, antes gustan-
do conocer quien en su Reyno, y a su despe-
cho dava a don Lope ayuda, le mandò detu-
bir; y assi desenlaçado el yelmo, en vez de l
robusto semblante que su atrevimiento y pre-

sencia,

sencia prometian, quedò patente un hermoso y delicado Serafin, cuyo rostro y cabellos, que como trenças de oro cayeron blandamente, bordando el negro Arnes: apenas fueron vistos, quando don Lope conocio a su esposa, y los dos valientes Palomeques a su enimiga hermana! Quedaron a semejante vista los presentes atonitos, y juzgando en su aspeto otra divina Palas, corrio la voz de tan peregrino sucesso, y la noticia de su gentil persona a los oydos de su Alteza, que con generoso y real pecho conocida, la recibio en sus braços; de quien enternecidos y admirados de tan grande valor, se la sacaron sus hermanos y esposo; haziendo esta impensada y notable accion, impresion tan piadosa en sus entrañas, que no queriendo faltar a su ilustre sangre, con gusto general de sus Altezas, grandes y cavalleros, salieron de la plaça conformes, y olvidadas sus passadas injurias; con lo qual despues de averles hecho grandes honras, y mayores mercedes el señor Rey don Iuan, alegres y satisfechos, los embiò a Castilla. Si bien queriendo que tan memorable valor quedasse eterno, mandò que de la misma suerte que doña Iuana se le avia

mostrado, quedasse retratada en su Armeria Real, adonde con magestad maravillosa aun oy conserva el valiente pincel la hermosura de su original, y adonde si a algun curioso circunspecto le pareciere duro el aver yo sacado en esta historia armada y a cavallo, una delicada muger, podra leyendola satisfazer su duda, ver con los ojos su desengaño, y el

mejorabono de mi

credito.

Sucef-

Sucessos tragicos de don Enrique de Sylua.

HISTORIA QVINta, sucedida en Lisboa.

Con el famoso origen, antiguedad y fundamentos desta nobilissima Ciudad.

DEspues de aquella tan memorable como decantada destruycion de Troya, en quié fue uno de sus famosos expugnadores, el Capitan Vlixes, excelente por su elequencia y sagacidad, dizen Autores graves, que perdiendose de la conserva y junta de los de mas Priacipes vengadores de Agamenon, dio principio a sus largos naufragios, y assunto en ellos, a la honesta perseverancia de su esposa. En este prolixo viaje, es tambien tradicion antigua, aver aportado a España, derrotado por el famoso estrecho de Gibraltar, hasta la boca y desaguaderos del Tajo; por quien subiendo con sus naves, y alegre con la magestad y esplendor de sus riberas, tuvo por sitio digno de su

memoria las de mano siniestra, adonde reparandose, fundò (mil y ciento y setenta y dos años despues del diluvio) una hermosa ciudad; en quien perseveràsse eternos siglos, llamandola Vlixipolis, que en Griego significa Ciudad de Vlixes, o segun Estrabon Vlixeb por su nombre.

No es menos celebre y venerable la antiguedad y origen de la memorable y sumptuosa ciudad de Lisboa, que es la misma de quien voy hablando, y a quien por tales causas los antiguos siempre la llamaron Vlixipo. Si bien mucho despues de su primera fundacion escrive Plinio, fue nombrada Salacia, y tambien Iulia Felix, y que en su tiempo poblandose de los nobles y Patricios Romanos, la bolvieron su originario nombre. Es pues esta dignissima y principal cabeça de la Corona de Portugal, en assiento hermosissima, en comarca abundante, y por la oportunidad y manejo de su famoso rio, rica, opulenta, y entre las demas escalas y ciudades del mundo unica y admirable. Su fundacion es una parte eminente de la estendida playa, en quien se empinan siete montes, o apazibles collados, y que vestidos de levanta-

das

das torres; de edificios sumptuosos, espesas calles, inumerables plaças, y magnificos templos, y aplaudidos por el Real y generoso Monesterio de Belé, Piramides, y entierro de sus Principes, de su fuerte y artillada Torre, de la grandiosa casa de la Misericordia, Hospital de los Santos, memoria y rica fundacion de los piadosos Reyes don Iuan, y dõ Manuel, de sus inexpugnables Castillos, de su Palacio y fuerte, de su anchuroso Puerto, de sus monstruosas Naves, y de sus inumerables moradores; no solo ofrecen a la vista el mas sobervio y espantoso objecto que pudo maquinar ingenio humano, sino que juntamente aquella formidable magestad està infundiendo y pregonando en ellas inauditas y memorables hazañas de sus valientes hijos, cuyas armas y temidos estandartes (dexemos para espanto de Roma al antiguo Viriato) ya del Africa assombro, ya terror del Oriente, an tremolado protentosamente invencibles, la redondez del Orbe: con que no se yo, quien en tanto valor, en tan grande ygualdad, en tan general estremo de excelencias y maravillas pondra atrevido el intento y la pluma; pues si es llano y certissimo, que las

cosas

cosas magnificas tienen de suyo grangeado el aplauso de suyo el esplendor y alabança; mucho mas conocida seria mi locura, emprendiendo passar adelante en descripcion tan notoria y famosa; y assi, tanto por disculpar mi atrevimiento, quanto por no animarle a semejante yerro, suspendere la pluma, y cedere contento el campo, y la ventaja, a quien mas elegante y dotamente diere vida al bosquejo que presumieron alentar mis borrones, y yo en el interin proseguire tan solo en la narracion del sucesso que tengo prometido; al qual aunque por tragico y lloroso è desseado morigerar en alguna manera el sentimiento y respeto de quien me à obligado a escrivirle; no lo à permitido, ni menos la verdad que professo; assi en las demas Historias referidas, como en la que tenemos presente, cuyo principio es el que se sigue.

Assi como es dificultoso en el que govierna, poder tanto reprimir sus afetos, que desnudo dellos del respeto de la sangre, de amistad, o de su propria inclinacion, guarde ygualdad en la distribucion de la justicia, premio y castigo della, assi tambien es imposible faltar àun

a quien

à quien con mayor rectitud se aya portado en semejantes cargos, querellas, emulos, pasiones y venganças: que si bien por la mayor parte son injustas, raras vezes en el crisol de los descargos, en la prolixidad de las determinaciones, en el descredito del que está padeciendo, y en la dilacion de sus fines, dexa de quedar, aunque inocente, culpado, aunque absuelto cautivo, y aunq̃ sin pena, pobre, y su opiniõ en opiniones. Peligroso genero de servicios, peligroso camino de merecer, pues adonde un hombre à echado el resto de sus fuerças y riesgos, y trabaja mas por alcançar el premio dellos, entonces fomenta y solicita su destruyciõ, entonces una mala intẽcion, un poderoso emulo, descompone cautelosо, quanto su industria, su buen zelo y cuydados, adquirieron sudando. No sin particulares fines he dispuesto tan nueva digresion, pues casi yguales terminos, semejantes querellas, y aun mayores quexas, suspirava ofendido en la Ciudad de Goa, el noble cavallero don Luys Antonio, uno delos personajes principales desta tragedia, Capitan Portugues de admirable valor, y a quiẽ por sus hazañas se le à via dado el govierno y tenẽcia

de

de una fortaleza importãte, y de las mas essen ciales que asseguran en aquellas remotissimas partes, la magestad de la Corona. Mas como en tales y tan grandes cargos, sobra tanto de lo que è referido; la embidia rindio tiranamẽ te su inocencia, y sin ser poderosos los medios conque se procurò atajar en España; al fin el Supremo Consejo, le obligò a ceder el oficio, y remitio ordenes para que en son de preso, el Virrey le embiasse a Lisboa. El progresso de tan larga jornada, viene a ser piedra fundamen tal de nuestra historia; y assi, aunque morali zados, fueron inescusables sus principios y causas.

Esperava con la resolucion dicha, don Luys Antonio, que las naos de la India se apresta ssen, y como tambien se le mandava llevar su casa; en el interin haziendo traer a Goa sus mo jores prendas, su muger, y una hermosa hija; yva previniendo el viaje, y disponiendo de su hazienda (que era bien poderosa) hasta que lle gado el tiempo conveniente se hizieron a la vela. Era el Virrey persona de condicion sue ta; y assi, o bien por esta causa, o por las que le oponian a don Luys, al entregarle casi publica

mente,

mente, proteſtó y encargó ſu guarda al Capi-
tan mayor, o general de la armada, el qual no
obſtante; que la nobleza de ſu iluſtre ſangre, y
el ſer un gran ſoldado y cavallero, no menos q̃
de la clara eſtirpe de los Sylvas, contradezia
ſemejantes rigores; viendo quan circunſpecto
le entregava el Virrey. no pudo eſcuſar ſu ma-
yor recato, y con el, la ſeguridad de ſu credito.
Hizole embarcar en ſu miſma nave, y en ella
como mas a la mira, le truxo no tan guſtoſo co
mo quiſiera; y ſegun el preſo merecia. Puſole
ſino priſiones como ſe le ordenava, al menos
quatro poſtas para q̃ le aſsiſtieſſen. Requirio-
les ſu guarda, cuydò de ſu advertencia; y final-
mente en la diſpoſicion de tales diligencias,
grangeò poco a poco el mayor odio y rencor
del afligido don Luys, y ſu familia: a quien pa-
reciendo en medio de tan inmenſos pielagos
y mares, exorbitante, y aun impertinente tan-
to cuydado, llegaron a ſentirle por vexacion, y
aun a morderſe, y laſtimarſe en ſecreto y en pu
blico. Fomentavaſe con eſtas coſas una ſedi-
cion en el navio, y aun en toda la armada; por-
que ſi bien el Sylva era ſu General y Capitan
mayor; don Luys Antonio era de los mas com

pañero,

pañero, de algunos deudo, y de todos amigo: con que teniendo el Capitan por conveniente cumplir sus ordenes; no aflojando el cordel, antes aumentando el recato, en la ocasion primera, mandò passar de otro en que yva, a su baxel, a don Enrique su hijo.

Era este mancebo valeroso, arriscado y valiente, y a quien con respeto y aplauso estimava el armada, y por tan buenas partes importante en aquella jazon, como al fin paresció; pues ó su presencia, no solo se quietaron los sentimientos y quexas, mas se moderaron los rigores y guarda del preso; porque su padre dexandole a su cuenta, dio lugar a que enella dispusiesse a su gusto. Con esto lo q̃ hasta entonces no avia hecho, forçado de su obligacion y cortesia, emprendio don Enrique aora visitádo a don Luis en su estancia, y cortejandole para su diversion y consuelo lo mas del tiempo, atajar los começados rencores, y dexar antes deudor al preso en su agasajo, que lastimado, y quexoso en su aspereza. Y huvierale valido a don Enrique el estarse en su nave, y el ser menos cortes, menos piadoso; no menos que su total quietud, la tranquilidad de su alma, y el sossiego y paz de

su

su coraçon. Quié podra imaginar antes de leer estos discursos, que de tan heroyca virtud, de tan noble trato, de terminos tan cõcertados y honestos, naciera para aqueste mancebo, el principio de su perdicion, el origen de sus trabajos; y en fin con su mnerte el remate dellos? Y quien sera tan loco que se atreva a presumir que entre las procelosas hondas del Occeano, entre su cana espuma, entre sus aguas, y en la opresion y cerco de un tan fuerte y contrario elemento, podian cogendrarse las encendidas llamas, el fuego ardiente, que en breve tiempo, como presto veremos, fue incendio lastimoso, y miserable ruyna de su alma?

Realmente, q quando assi en aqueste, como en los passados sucessos que è escrito, llego a considerar los medios, los caminos, por donde previnieron algunos, o ya su dicha, o ya su mala suerte; que pierde pie mi humilde entendimiento, y le anega y confunde el juyzio, y el sentido, y encogiendo los ombros, sin mas rastrear secretos tan ocultos, reverencio admirado la causa superior que los gavierna.

Ya referi al principio, como don Luys Antonio traya toda su casa, su esposa, y una hija, y-

ya

ya belleza portentosa (aunque entonces la pas se cũ silencio) aorá que à de dar tal materia a esta historia, no es posible escusarlo: porque a demas de ser digna en todo de alabança, la fama que aun oy dura en la India de su hermosura, y la que en Lisboa permanecera por muchos siglos, obliga al mas sutil pincel, a la mas bien cortada pluma. Era doña Leonor (que assi llamavan este bello sugeto) moça de poca edad, mas tan gentil de cuerpo, talle y disposicion, que qualquiera juzgara sus años por mayores, y a este mismo modelo, seguian las demas facciones, el brio, el donayre, y la virtud y discrecion del alma. De suerte, que si en esta era admirable, en su cuerpo era peregrina, formandose de tantas excelencias, un divino portento, un assombro de virtud y hermosura; y aun parece, que ni queda exagerado, ni encarecido bastantemente.

A este dulce espectaculo, monstruo en belleza; tal vez descuydados, y aun libres, miraron atrevidos los ojos del incauto mancebo, llevando como siempre acontece, tras del atrevimiento y delito, la pena y castigo de su descuydo y libertad. Tenianle sus padres en Lis-

boa

boa casi ya concluydo un casamiento con una prima suya, tan rica como hermosa, y sobre todo, el empleo y caudal de su primero amor; y por cuyo respeto, sino digo desden, avia padecido no pequeños disgustos, y agora solo acabar su viaje, dilatava su possession. Y assi con tal empeño, parecíale, que ni avia causa en el mundo para que sus obligaciones y fè faltassen, ni peligro, ni obstaculo que hiziesse su palabra venir a menos. Con esta facil defensa, que en un instante se desvaneció como humo, contándose como dizen, por salado, y por el consiguiente por seguro, dio franca y libre puerta a sus dos ojos, y rendido a su inadvertencia y presumpcion, hallandose quando menos pensò, y quiso retirarse, precipitado en un abismo de desseos; y rodeado de murallas tan fuertes, q̃ jazgò por eterna su prision, y su libertad por irremediable. Olvidò el justo empleo, que alborocado le bolvia a su patria, la perseverancia prometida; y para mayor muestra de su exceso y locura, dio al mar un hermoso retrato de su prima y futura esposa. Señales eran estas mortales, accidentes eran aquestos de una furiosa calentura, y sus efectos, aunque bien escu-

biertos, facilmente, saliendo como el fuego á la boca, fueron patentes a su dama; y aunque advertidos de su discrecion, en ninguna manera acogidos de su honesto pecho. Sabia ya doña Leonor las aplaçadas bodas; y aunq esto assi no fuera, su presumcion altiva, su recato y honestidad, bastaran a contrastar fuerças mayores, y maiores peligros; o almenos (estremos semejantes) juzgava ella de su entereza y cordura: si bien yo dificulto tan ygual conveniencia, y temo que tales presumpciones suelen dar en terribles baxios; porque ser confiado, y ser prudente, de suyo trae la contradicion y repugnancia. En fin de aquesta suerte, ya en las primicias desse amor, ya en la absteridad y encogimiento de la dama, se yva prosiguiendo aquella larga y temerosa navegacion, con tan prosperos vientos, que hasta invernar en Moçambique, por no atreverse entonces a doblar el cabo, ninguno fue de tan siniestra condicio, como la mal correspondida voluntad del amante, que a vela y remo caminava, sin esperança de seguro puerto.

Llegaron al termino q tengo dicho las poderosas naves, y juntamente, segun lo an de costumbre

tum-

cumbre, alvergaron quietas; aunque no assi el preso don Luys, porque la ocasion del hallarse en tierra, acreçentò su guarda; y por el consiguiente, incomodidades forçosas. Sentia este cavallero la desconfiança del Capitan mayor; y sobre todo, q̃ siendo de una misma ciudad y naturaleza, pudiessen con el tan poco sus merecimientos y partes; de adonde bolviendo a los encuẽtros passados, y sus enojos, llegarõ al punto, de quien jamas descarecieron: con que si bien don Enrique por su ꝓprio interes desseò apaziguarlos, aunque hizo como antes lo que quiso de su padre, y acomodò a don Luys, ni por esso se reconciliaron, ni el tiempo amãte bolvio a la comunicacion de sus visitas; cõ que lastimosamente muriendo passo aquel temporal, hasta que al cabo de algunos meses embarcandose sin mejor esperança, bolvieron al viaje, y el por la cercania, a poder ver mejor a su dama, sin la limitacion, que en la tierra. Tenia muy buena voz, y ygual destreza en la musica, y assi por medio della, diversas vezes entendio doña Leonor, los conceptos y ternuras de su amante, porque las mas noches, en los corredores de Popa passava desvelado; o y

cantando al son de la viguela, o ya vertiendo amorosas lagrimas: si bien a tantas quexas, a tan amargo llanto, siempre doña Leonor estuvo sorda, siempre cruel, y siempre desdeñosa; con que el abrasado moço reconociendo su desdicha, perdio pie en su remedio; y al passo que le yua faltando la esperança, a esse mismo crecian sus tristezas, y perdiendo el vigor, vino a rendirse, cayendo en una peligrosa enfermedad; con la qual cessando el breve alivio de la vista de su dama, se aumentó su accidente, y con el el peligro de su vida.

Lloravale su padre tiernamente, y aun todos los soldados y oficiales, de quien era bien quisto; y no era don Luys Antonio quien menos lo sentia, porque reconocia que si algun buen passage se le hazia, era por su medio y diligencia. Solo doña Leonor constante, y firme como roca a estos golpes, corria parejas en el sentimiento licito, no en el que a tan estraño y prodigioso amor devia. En este interin el mal del pobre enfermo, por instantes, por puntos caminava a prevenir su muerte, apressurada tanto de la causa dicha, como de las incomodidades del navio, golpes y vayvenes del mar;

que

que tambien a esta sazon con un viento deshecho andava por los cielos, hasta que reconociendo las Terceras, casi forçadamente huvieron de arribar a ellas; con que siendo preciso reparar los baxeles, en el entretanto, la ocasion a proposito, obligó a saltar en tierra al Capitá, y a que sacassen a ella a su hijo, y a don Luys y su gente, que todos venian con achaques diferentes. Aloxaronse juntos, unos y otros en las casas del Governador de aquellas islas, que para facilitar mejor su cura del noble don Enrique acerto a ser no menos que su tio. Tenia este cavallero dos hijas donzellas, de quien y de su madre, casi ygualmente fueron con los parientes recibidos don Luys y su muger, y sobre todo la hermosa doña Leonor, porque su belleza y cordura no solo causava admiracion, mas se hazia amable. Ya se sabe quan fieramente se agasajan los de aquesta nacion, y quan poco deudo, obligacion y conocimiento an menester para regalarse; y supuesto lo dicho, no tengo para que encarecer las caricias de tales huespedes, ni la piedad y amor con q̃ el doliente moço seria curado: no se apartava del un punto sus dos primas, y si algun breve

espacio le faltavan, era solo para hazer compañia a su dama, por la qual encargado fu gusto, cada hollante preguntava don Enrique; y en medio de sus ansias y cõgoxas, aquel lu dulce nombre le alentava; con tal demonstracion, que facilmente las platicas señoras, dieron en su desvelo, y poco a poco en el origen cierto de su peligrosa enfermedad; confessolo assi mismo, casi ya desconfiado en su remedio, el enfermo amante, y cubiertos de lagrimas los ojos, las pidio, que alomenos en aviendo muerto, le dixessen a doña Leonor, su infelize suerte, y con tristes suspiros les contò juntamente, su perseverancia y firmeza, y el descuydo, que en desdenes, sobrezas y rigores, le avia reducido a tan mortal estado. No se holgaron poco las dos damas, de que su sospecha saliesse cierta: porque del entenderla, concibieron en la salud del primo mas segura esperança, y en el consuelo de sus penas yguales remedio; con lo qual alentado su desvanecimiento, tomaron a pechos su amorosa empresa, que sin mas dilatarla, aun antes de acostarse aquella noche, sabia doña Leonor ya de su boca, lo q mucho tiempo antes se tenia entendido y mejor entendido.

Quic-

Quiero que antes de passar adelãte, ñi que el lector se entere en los sentimientos fingidos, enojos disimulados, y razones leveras, con que rechaçò doña Leonor la intercesion de las dos primas, sepán tambien la altura, los terminos y rumbos en que la hallava, el peligro de su muerte, su larga enfermedad, su tierno amor, y su maior constancia, para que assi mas claramente penetrado este punto, reconozca quã cortas sò las fuerças de una fragil muger, quan breves sus rigores, y quan faciles sus resistẽcias, y mayormente cõbatida, y portentada de un continuo cuydado, de unos dulces gemidos, de un largo padecer, de unas fingidas, o verdaderas lagrimas, de una solicitud amorosa, y sobre todo, de un forçoso y cruel disimulo, de su recato vergonçoso, y de su natural honestidad y encogimiento. Nunca a doña Leonor le pareciò mal don Enrique, antes siendo sus partes tan gallardas, su condicion tan generosa, y su correcta tan bien esperimentada, era fuerça y obligacion precisa, q̃ en su pecho huviesse causado diferentes efetos de los q̃ ella mostrava; como realmẽte era lo cierto, mas tenia la arraya el saber q̃ el yva a casarse, y sobre

aquesto su pundonor honesto, que este era incomparable. Por esta causa, y por razõ tan cierta, llano es, que aumentandose en la continua vista el fuego desta viva centella, y creciendo al rigor de un viento tan deshecho, y mayormente por su causa en terminos de muerte, un moço tan gallardo, que avia de contrastar sus intentos, y desvanecer sus honrados propositos.

Declarada pues esta enigma, y entendido, que aunque oculto, en su pecho triunfava amor de su constancia, facil me sera el persuadir que no podia en la sazon de entonces suceder a doña Leonor, cosa mas deseada, y mas conforme a su estimacion y entereza, porq̃ ya con su mayor contradicion y esfuerço, avia cobrado alientos su amoroso desvelo, y de tal suerte se hallava sumergida y ahogada, que a dilatarse mas la diligencia de las dos damas, saliera della el descubrir a vozes su sentimiento, o por lo menos se declarara infaliblemente por qualquier camino con don Enrique; que no haze menos furiosa bateria, querer asi oponerse, resistiendo, dissimulando, y a braço partido con este ciego y rapazillo amor.

Este era el termino y estado en que la cogio el tierno recaudo de su amante, y en quien los piadosos ruegos de aquellas damas pretendieron ablandar su coraçon de cera, si bien para las dos provò a mostrarse entonces de azero duro, y con disimulacion y enojo tan fingido y dispuesto, que viendose en medio de sus muchas querellas tocar en la estimacion, y aun en la obligacion y fé de ser su huespeda, y por consiguiente mal correspondida, casi se huvieran de hallar muy arrepentidas; mas oyendo que en el progresso de sus quexas, mezclava artificiosamente las generosas partes de su primo, su ygual conocimiento, y ultimamẽte q̃ la juzgaba por casada, o en terminos de estarlo tan presto, no las culpara tanto, entendido el desdeñado exagerado, la dieran por rendida; y apretando la cuerda, apenas de parte de don Enrique, las dos la asseguraron en su retrete (pues no era puesto en razon, ni aun dicito pensar que el pretendiera tan ilustre muger menos que para un honrado fin) quando la abrasada señora hizo publico alarde de su amor, y rompio no sin lagrimas, el velo de su disimulacion y recato; con lo qual aclamando victoria

a per-

a perſuacion de las dos primas, ſe determinaron a hazer la ſiguiente noche ſecretamente, una viſita al doliente mãcebo, o por mejor dezir, a llevarle la ſalud y la vida, como en efeto ſucedio, porq alcançado el ſi de doña Leonor, en hora conuiniente, y en el peſo y ſilencio de la noche, entraron unas y otras, llevãdo en medio al verdadero ydoto, y remedio del enfermo, al qual en vez de la ſalud que deſſeavã, inadvertidas le truxeron acarreadole la muerte, con vn penſado y repentino contento.

Temiale a don Enrique ſus continuas congoxas en vn ſuſpiro eterno, deſvelado y ſin ſueño, y por otra parte la enfermedad terrible, y el no comer, deſatinado, y debil. Y aſſi no fue mucho juzgar a primera viſta, tal ſucceſſo por alguna de las tranſformaciones de Ouidio; y en hecho de verdad, no paſſo menos, porque deſcortado y lleno de temor y reſpeto, en viendolas le quiſo, para hazerles conforme a reverencia, arrojar del lecho, y executarlo, ſi al punto no le detuvieran ſus primas, y con el nuevo deſengaño, y nuevas de ſu buena fortuna, reprimieran ſu intento: aunq eſto no fue de ſuerte, que ſu contento tan grande, y nunca eſpera-

do

do en su cõcepto, el pudiesse exprimir alguno q̃ lo pareciesse; ni medios assegurar su turbado espiritu, si bien con todo, agradeciendo con locuras de amor este favor inestimable, dexò lugar à que sus dos primas le hablassen, y dõña Leonor le satisfiziesse. Dixo pues, la hermosa dama, cubierto el rostro de vergonçosa grana; entre otras muchas cosas con q̃ pretendio disculpar su esquiveza y rigor, la fuerça q̃ sus primas la avian hecho, lo q̃ su amor la tenia obligada, y quanto desseava su primera salud, dio un pequeño rasguño en su correspondencia; y finalmente aumentandose el virginco color, con la seguridad de su fe y palabra, assegurò ygualmẽte la suya, y sus temores; con que brotando del coraçon del que la oya, agradecimientos, sumissiones, promessas, y una inviolable fe, trocãdo en alivios sus penas, sus tormẽtos en gloria, sus tinieblas en serenidad, quedò de muertõ resucitado, y con tan evidente mejoria, que el consuelo de su alma, desde aquel punto informò nueva vida, nuevas fuerças, y alientos à su cuerpo. Despidieronse por entõces las damas, mas cõ yguales vistas, creciò los favores, creciò la voluntad, y aumentandose el trato, poco

a poco

a poco, el niño y ciego amor llegò a verse gigante en sus dos pechos; y que mucho, si auiendose plantado sus rayzes en la humedad inmensa del Oceano, crecido en medio de sus ondas, y casi endereçadose en sus islas, se lograsse del tal suerte; pues aun para su aumento y correspondencia, no solo sirvieron de terceras y arrimo dos damas tan hermosas, mas aũ aquellos escollos, aquellas islas, o peçones del Mar, le ayudaron, y favorecieron con la semejança de su nombre.

Auia todo este tiempo andado alborotado el Mar, leuantadas sus ondas, y el viento desatado y desbocado; porque aun en este rigor quiso con don Enrique mostrarse fauorable, y tanto, que parece esperaua solo la mejoria y buen sucesso de su amor y salud, para dexar trillarse de las naues; y assi abonançando, despedidos de las hermosas primas con abraços, y aun lagrimas, se embarcaron, y en ocho dias con general alegria dieron vista a Lisboa, y finalmente hizieron a los trabajos de su navegacion: con la qual (aduertidos en la prosecucion de sus amores) Don Enrique y su padre pisaron los umbrales desseados de su casa, y don Luys Antonio

tonio, a quien ya esperava un hijo suyo con me jores despachos de la Corte, guiò a la suya, acompañado de algunas guardas, y de muchos amigos. Teniasela el supremo Consejo (informado mejor) señalada por carcel, y assi juzgàdolo por diferente sucesso, que el que prometia el recato del Capitan mayor; creciendo su indignacion y odio, esperò los fines, que no se dilataron pocos dias, aunque moderandose en ellos su prision, tuvo despues de algunos meses, licencia para yr a la Corte.

En este interin, y aun luego como don Enrique convaleciente de su mal, llegó a su casa; assi de la parte de sus mismos padres, como de los parientes y deudos de la que avia de ser su esposa, como en cosa tan hecha, començaron a tratar del efecto, y a disponer las dispensaciones: porque como tengo dicho, doña Clarassa llamavase assi la dama, era su prima, y juntamente donzella riquissima, unica heredera de su casa, y sobre todo muger a quien por su hermosura y vizarro parecer, avia el olvidado amante servido largos tiempos, y aun querido con extremos locos; y bien acertè en darle semejante atributo, pues ninguno pudo mejor quadrar

con

con su variedad y mudança. Aviasele al princi
pio deste empleo mostrado desdeñosa, con li-
cion ordinaria de una muger rogada; y este fa-
cil castigo, sintiéndole; dõ Enrique por disfavor
mortal, tuvo por buẽ remedio el ausentarse, y
poniendolo por obra, a pesar de sus padres, de
quien era su mayor consuelo, se traspuso a la Ia
dia, de adonde entendida la causa, y arrepen-
tida del sugeto della, concertadas sus bodas,
yendo por Capitá mayor su padre, le traya so-
ra para su cumplimiento, mas tan diferente y
trocado como aveis oydo, pues no solo no bol
vio sosojos al passado empleo, sino q̃ resuelto
a proseguir su nuevo amor, pidio se suspendies
se el trato, como en efecto lo hizierõ sus padres,
porque solo su voluntad los governava. Cel-
sauron con aquesto las platicas, y aũque de par-
te de la dama se guardò el mismo orden, no an
si, en lo interior se estimó el sentimiento. Ama
va doña Clara tiernamente a su primo, y el juz
garse tan cierto por su esposa, no solo avia he-
chò licito este amor, mas jũtamẽte abierto frí
ca puerta a sus ciegos desseos, a sus ardientes
llamas, y a una voluntad tan arraygada y enve
jezida, q̃ fuera oy por demas, querer ceñirla, o

mi-

mitigar su fuego; y esta verdad, no obstãte q̃ el ingrato deudo la advirtio, y conocio, aunq̃ siẽpre resuelto a proseguir su gusto, nunca se persuadio a desengañarla, ni tampoco quiso q̃ sus padres lo hiziessen, antes jugando con dos manos, procurò entretenerla, y fingiendo desseos, yva por otra parte esculando, y dilatando su execucion. No puedo yo alomenos presumir me cõq̃ fines; pero a lo mas, bien veo q̃ en este trato doble, degeneró grandemente de sus obligaciones don Enrique, y que muy justamente se le pordan a el atribuyr los daños graves, que de sus remissiones y fingimientos resultaron; porque es cosa infalible, y q̃ no admite duda, q̃si luego como llegó, desengañara a su sobre prima, ni su voluntad tomara tan grandes fuerças, ni su amor huviera crecido de tal suerte, que quando quiso atajarlo, parecio irremediable; mas no se quedara sin castigo el uno y otro, porque si doña Clara lloró inmortalmente su libre y desenfrenado arrojamiento, no se olvidò a dõ Enrique, ni a sus dissimulaciones y doblezes, la satisfacion y paga merecida. Pero dexado esto para su tiempo, no andava cuydadosa la hermosa doña Leonor poco afligida

por-

porque la nueva assistencia de su casa, dificultava hasta tomarla el viento, la comunicacion de su amante; à quien aunq los mas dias veya desde sus rexas semejante a otro Tantalo, aquel breve consuelo la causava mas abrasada sed, mayor desseo, y por el consiguiente ygual pena y desesperacion: mas como la necessidad y trabajo, es prudente maestro de la industria, no sin atropellar inconvinientes, hizo que la fortjassen una llave, con la qual saliendo de su quadra, podia llegar a unas ventanas, y poder hablar con su galan seguramente; no era menos el cuydado, y vigilancia de sus padres, pues aun en tan corta diligencia, tenia su hija tantas dificultades; mas que importan estas, ni otras mayores, quando una voluntad vive dispuesta? En fin previniendo un papel con avisos y señas sufficientes, el mismo dia que se acabó la llave, arrojandosele al passar a don Enrique, y tomandola el con ygual cuydado, entendido su gusto, salio de confusiones; ademas que fue mucha no perder el juyzio.

Esta tranquilidad que è referido, este gusto y contento, les duró a los amantes largos dias, comunicandose las mas noches ternissimos, y

con-

confirmando nuevamente su amor y perseverancia, sin atreverse en tanto tiempo a tomar resolucion segura, pidiendola don Enrique a sus padres, o dando ella lugar a otro concierto. Duravan en don Luys los reñidos pleytos que de la India le avia traydo, y el rencor grangeado por su grande recato, estava con su padre de don Enrique en el mismo parage; y como estas cosas no ignorasse la dama, cierta de su contradicion, procurava hasta mejor sazon, divertir y entretener a su amante; pero en efeto el temor receloso de que con semejantes dilaciones no se bolviesse a su primero empleo, y sobre todo su insufrible desseo, la obligaron, o por hablar mas licito, la hizieron fuerça a que tomasse otra resolucion, que si bien no fue la mas honesta y acertada, por lo menos para su cumplimiento, y para la mejor seguridad de sus cosas, ella la juzgò por essencial y breve.

Quien truxere, leyendo estos renglones a la memoria los primeros de su historia, y en ellos la crueldad, el desden, el severo rostro, la continencia y recato, con que esta dama tratò el origen de su amor, y aora viere tan notable mudança, fuerça sera, o que se me conceda en su

disculpa, ser grave, ser vehemẽte su passiõ, o q̃ en su pecho hallò menos prudencia, y mayor confança, blason que locamente se atribuye mas presto, quien mas presto se precipita y cae de ojos. No niego yo que el fragil natural de las mugeres, es en quanto a desseos, mas disculpable, pero tambien no ignoro que para recatarlos y encubrirlos, es sin comparacion mas fuerte y poderoso que en los hombres; y assi censurando modesto, creo y tengo por cierto, que primero la rindiria la zelosa pena, del verse por sus dilaciones olvidada; y mayormente estando de por medio doña Clara, o congruencias diferentes, endereçadas a su honrado proposito, que no incendios de amor, llamas de sus desordenados desseos. En conclusion, doña Leonor dispuesta a divertir su amante, con mas nuevos y crecidos favores, movida por las causas ya dichas, y apressurada de sus continuos ruegos, e importunaciones, le dio orden para que entrasse en su casa; y no obstante que ella era llena de inconvenientes temerosos, y no el menor el allanar las puertas; loco de gusto, sin reparar en ellos, atropellò sus dificultades, inclinando, y disponiendo ca-

vilo

viloſamente, la voluntad de un eſclvo portero, piedra fundamental, y llave de ſu entrada; y con tanta deſtreza y diſsimulacion, que a pocos lances le tuvo de ſu parte. Porque valiendoſe para con ſemejáte perſona, de otro igual ſugeto, digo de otro eſclavo ſuyo, y bien ladino; mediante eſte, con facilidad le grangeò, perſuadido a que ſegun la verdad del intento, caſandoſe los dos amantes, o ſeria con razon dueño de ſus voluntades, o que por lo menos le ahorrarian deſu eſclavitud: y añadiendo a eſte punto, dadivas y regalos, que es el mas fuerte medio, ſin mas dificultad lo, don Enrique eſcaló la fortaleza, y doña Leonor, aunque arrepentida, ſe hallò en diferéte eſtado. Avia llegado ſu amor al ultimo remate, y reciprocaméte mas que nunca, a ſu guſto ſugeto, moſtrava dó Enrique el agradecimiento, tanto en el mortal peligro a que ſe ponia, quanto ella en los muchos, a que para ſalir a verle ſe aventurava; pues ſiendole preciſo llegar haſta unà ſala deſtrado, que era adonde el negro y falſo alcayde podia meter a ſu galan, el menos importante en ſu modo, era atraveſſar por delante de ſus miſmos padres, y hermano, que unos y

otros consecutivamente al suyo, dormian en diferentes aposentos, de quien a ser sentida, indubitablemente, y sin mayor examen, fuera muerta, porque en casos tan de honra, no es mas bien reportada la gente noble desta belicosa nacion.

En la noche primera de sus vistas, no olvidádo del todo la hermosa dama lo què devia a su sangre; antes de verla puesta en contingencia, recibio de don Enrique con ygual alegria, la mano y fe de esposo, llamando por testigos las negras sonbras de la escura noche, y al barbaro tercero de sus bodas, a las quales con tales requisitos no dexare yo de llamar muy negras, y aun tristes, desde este punto; y a lo menos si en señales y agueros, nos fuera licito creer, no se que mas contrarios, no se quales mas infelices. Ya yo estoy esperando en don Enriquè, si el verse con tan nuevo estado, y sin remedio las pasiones de su prima, le obligá a desengañarla, le fuerçan a declararse con ella. Pues no fue assi, porque ni con todo le passó por el pensamiento, antes con el mismo desvelo la traya suspendida, adorando en sus acciones, creyendo en sus palabras, y como mocõte

corde-

corderilla, dexandoſe por ellas llevar al matadero. Vivia la cuytada donzella en un continuo llanto, efetos que a los ojos reſpirava ſu alma, abraſada y encendida en ardientes rezelos, ſiendo laſtimoſa, y cruelmẽte apreſurados y prevenidos con la yeſca de tantas tibieças y deſdenes, con el incendio de fingidos requiebros, y finalmente con el incentivo de ſus dilaciones y pauſas; porque no ay acidente tan furioſo, ni locura tan deſatada, que aſsi rompa, atropelle, desbarate la mas honeſta y caſta reſolucion, como la deſeſtimacion y deſprecio de la coſa amada; y ſobre todo, la privacion, o ſuſpenſion de ſus miſmos objetos. Aſsi regida de aqueſte ciego, e implacable amor, abandonando ſu natural verguença, perdia en viendoſe conel a ſolas, los eſtrivos del recato, y lo que mas ſe puede ponderar, hazia tiernamente oprimida, con ſu olvidado primo, el miſmo oficio, que en ley de buen galan deviera el repreſentar en aqueſta tragedia; pues transformandoſe en ſi miſma, ella le requebrava, elle le hazia caricias, y con dulciſsimos y afetuoſos gemidos, ſolicita, fomentava ſu guſto, ſu perdicion y ruyna. O laſtimoſo y miſerable eſtado

de muger! quan imperioſamente eſtà apodera
da de tu triſte alma, eſſa paſsion tyrana, y quã
ciega i arrebatadamẽte, eres llevada al abiſmo
de tu final deſdicha: ciertamente q̃ llegando a
eſte punto, caſi me falta aliento para proſeguir
eſta hiſtoria, y que ſi el averme empeñado en
ſu promeſſa, no me obligara, que de mi acuer-
do quedara a otro menos piadoſo ſu progreſ-
ſo. En ſin digo, que ya abriendo los ojos don
Enrique, quando el remedio deſtas coſas con-
ſiſtia en no darſele; entonces para q̃ el daño y
fin de todas creciesſe con mas priesſa, tratò de
declararſe y deſengañarla; ſi bie̅ aũ eſte propo
ſito tardio, no llegò á executarſe por entonces,
porq̃ la afligida ſeñora cansada de ſufrir tan lar
gos males, le atajò, y acoſada de tan amarga re
ſiſtencia, deſmayãdo en ella, entregò ſus eſpiri
tus a un pielago profũdo de triſtezas, y el cuer
po hermoſo a una fuerte y poderoſa calẽtura,
q̃ en breve termino rindio ſu maior fuerça, cor
riendo en aquellos extremos unas miſmas piſa
das y parejas los dos primos; pues ſi el ſe vio,
qual oyſtes, al deſdende doña Leonor, hecho
eſqueleto; aſsi aora doña Clara por ſu ocaſiõ,
aunque con otros fines, llegò a ſemejante eſ-
tado.

tado. Desta suerte caminan los acidentes dés-ta vida, y en tal disformidad, suelen a vezes dis currir sus mudanças incessables. Llorava sin consuelo su triste madre, porque estando ya en esta sazon viuda; como a unica preada queria y estimava a doña Clara; y assi librando en su salud su esperança y contento, no dexó medicina, ni remedio que no le aplicasse, ni Medico famoso que no se desvelasse en su cura, pero sirviendo poco, y obrando menos, tan buenas esperiencias, la enfermedad creció, y el sugeto paciente vino a tanta flaqueza, porque solo sus lagrimas eran su mayor sustento, que faltando remedios que hazerle, desfuciaron su vida; por otra parte, como su madre cuydadosa y solicita, mirasse en sus aciones en sus ansias, y continuo llanto; el afeto entrañable adevinò el origen, y no cessando de importunarla con ruegos y amorosos conjuros: al fin sin mas duros tormentos, consiguio la absolucion de sus dudas, y no sin lagrimas la confession entera de su aficiò terrible, de la vil correspondencia y olvido, que a tales terminos la avia reduzido, guardando en esto casi conforme estylo al que tuvo su primo refiriendo

ſu pena, quando contandola a ſus deudas, me jorò ſu ſalud, que haſta en tan ignoradas apariencias, quiſo imitar ſu amor; ſi bien no ſu remedio, aunque aſſegurandoſele ſu madre, apenas entendio de ſu boca tan cierta preſumpcion, quando teniendolo por facil, y hazedero, diſcurſo al punto los caminos mas fuertes para ſu execucion.

Con el intento dicho, mandando llamar al padre del ingrato mancebo, ſin reparar en diferencias, dote ni hazienda, toda quanta tenia que era ſin numero, le ofreccio con ſu hija liberalmente, y no contenta con aqueſto, como el atajar la muerte de ſu hija la apreſuraſſe, juzgádo que ſu ſeveridad avia cauſado la tibieça y deſconcierto de ſus bodas, atropellando reſpetos y pundonores, el proprio dia, porque los mas viſitava a la enferma don Enrique, ella miſma tomandole a una parte, le propuſo ſu intento, y el ofrecimiento hecho a ſu padre; y no zelando la ocaſion que a ſu hija tenia en tá miſeros terminos, tambien ſupo pintarſela, tales fueron ſus ruegos, tan grandes ſus afetos, y ſu empeño, que no dexò camino al apretado moço, ſalida, ni reſpueſta que dar, o que fingir,

menos

menos que declarãdoſe; y eſta fuera un cuchillo, un golpe penetrante, que diera al traſte cõ la pobre dama, y aun con ſu triſte madre; y juzgandolo aſsi, dilatando ſu deſengaño por entõces, con nuevos fingimientos y promeſſas ſe diſpuſo a aplacarla, dando, aunque con ambiguas y dudoſas razones, eſperanças de obedecerla. Eſtas ſupo al momento doña Clara, con lo qual, y la preſencia de ſu amante, que mas tierno y alegre la ſirvio de trinchante, pudo aquel dia comer, y los demas por el miſmo conſiguiente. Porque reconociendo el primo, que en tan breve conſuelo conſiſtia ſu vida, no quiſo ſuſpenderle; ſi bien faltò por ello, no pocos ratos a la gracioſa viſta de doña Leonor, y a las delicias y regalos de ſus tiernos abraços.

Eſtava en aqueſta ſazon tan adelante ſu amoroſo trato, que la hermoſa dama ſentia, y aun llorava achaques tan ſoſpechoſos y apretados, que pudieran a no prevenirſe con tiempo, ocaſionarla un afrentoſo fin: y eſta nueva tan triſte, aunque en otra coyuntura les fuera a entrambos la mas feliz y alegre, aora les hazia, que diſcurriendo en mil varios conſejos y ſalidas, ſe les paſſaſſen juntos,

tos, las noches cortas, y divididos los proli-xos dias.

No escusara en tan cierto peligro don Enrique de pedirla a su padre, y valerse si se la negara (como fuera lo cierto) de otros mas fuertes medios, con q̃ quedara soldado semejante yerro, sino q̃ el estar don Luys Antonio en terminos de partirse a la Corte, le detenia, pareciendole q̃ mejor en su ausencia se dispondrian sus intentos. Esta consideracion, que al salirles cierta, fuera sin duda total remedio, suspendia a doña Leonor, divirtiendola, y assegurandola en los muchos temores q̃ le causava la dilatada partida de su padre. Y en este mismo tiẽpo mejorando grandemente doña Clara, con sus nuevas y fingidas esperanças, aliviandose a vezes, solicitava alegre su convalecencia, y juntamente para el efeto de sus bodas, la intercession y ruegos de sus padres de don Enrique, de los quales, tanto por esta causa, quanto por las notables conveniencias que en casamiento tal se les hazian, era no poco importunado y oprimido don Enrique, y de tal manera se hallava acosado, que solamente esperava, a que cobrasse algunas fuerças su prima, para poder

con

con ellas resistir el golpe duro de su desengaño saliendo assi, aunque con tan cruel remedio, de confusiones y disgustos.

Avia sido el ultimo y final, cõ que los medicos rigieron a la enferma señora, ciertos exercicios y salidas, q̃ tomãdo xaraves del azero, era precioso el disponerse a ellas; y assi começãdo la cura, todas las mañanas passeava los cãpos, acõpañada de una tia suia, y otras criadas. A esta agradable romeria, combidò alegre doña Clara a su primo, q̃ sin poder (aunque lo desseò escusarse) huvo de obedecerla, siendo algunas, aunque no todas vezes, el alva de aquel Sol, digo su escudero y galan. Con lo qual una destas mañanas, en quien, o sus acostumbrados fingimientos, o el incendio que siempre la rodeava fulminò en doña Clara nuevos rayos o mas ardientes flechas: hallandose con su querido dueño a solas, porque la demas gente, quiza de industria se avian adelantado, haziẽdole sentar entre unos altos y espesos arboles, con mas terribles ansias, y aun desseos començò dulcemente a persuadirle; ya con requiebros tiernos, ya con acciones amorosas, y esto con tan fuertes afetos y resoluciones, que

final-

finalmente se temio don Enrique ; y mas en la oportunidad, sitio y arrojamiento, de ocasion semejante; y cierto que ella era temerosa, y tã digna de escusarse, como de huyrle el rostro; y assi considerandolo atentamente, y viẽdo que aquellos negocios passavan de su limite, haziẽdo reportar a la prima, y no queriendo tenerla mas suspensa y engañada, discurrio cuerdamente sin reservar un pensamiento solo de quãto aveys oydo, declarando la enigma de su olvido, y la verdad de su nueva aficion; y concluyendo su dolorosa y triste platica, con advertirla el estado en que se hallava preñada doña Leonor, y el mal remedio que segun tal empeño, podia tener su malogrado amor. Espero bien cõsulo la respuestá que le dava su prima, la qual desde el instante mismo que começo a entender su cruel desengaño, se le avia poco a poco trocado la color del rostro, y por el proprio termino suspendio el vigor, amontonandose en su pecho gemidos y suspiros, de tal suerte, que quando quiso responderle, no pudo, ni menos hazer mas, que baxãdo los ojos, mirar con ellos fijos las yervas del florido campo; hasta que aviendo estado assi trasportada

un

un largo eſpacio, recobrando el aliento ſin replicar palabra, ſe levantò del ſuelo, y en la miſma manera, y aun con mejor ſemblante, callãdo unos, y proſiguiendo todos el fin de ſu exercicio, dio la buelta a ſu caſa; adonde deſpidiendoſe de don Enrique, que de tal ſuſpenſion venia turbado, ſe entró con ygual ſeveridad y diſſimulacion.

Quando los caſos de tanta gravedad, llegã a deſtrõcarſe ſin remedio, de animos y pechos generoſos es oponerſe a ellos; abriendo el coraçon, y deſahogando el eſpiritu, antes que envilecerſe con mugeriles quexas, con gritos y deſordenadas acciones. Tal juzgò don Enrq en el preſente ſucceſſo del ſilencio y deſpejo de ſu prima; y pluguiera a los cielos, que aſsi la pobre dama ſe huviera aconſejado; en fin ella paſſò el dia, o la mayor parte del, con ſu mãdre y criadas, con el ſemblante y alegria que otros; ſi bien ſolo fue diferente, en que riſueña; y aun con chiſtes y donayres graciosos, hizo de ſus joyuelas y donzeles galas, un alarde viſtoſo, y tras del (como ſi otorgara teſtamento, o como ſi con ſu eſperada boda, ſe huvieran de mejorar) un general repartimiento entre todas ſus

cria-

criadas; con que llegandose la noche, y recogiendose en su lechò, durmió, o velò lo restante della; hasta que siendo la acostumbrada hora, vistiendose para su ordinario passeo, salio de su quadra, y antes de començarle, entrò adonde su madre reposava, y despertandola cõ afetos ternissimos, la dio dulces y apretados abraços, duplicandolos, y repitiendolos, no sin espessas lagrimas, muchas vezes, y todo aquesto sin hablar palabra, porque aun pienso que no pudiera pronunciarla; y guardandò su madre el mismo silencio, porque tambien semejante novedad la tenia suspensa, se despidio de sus ojos, bolviendo una vez, y otra, hasta perderla de vista los lacrimosos suyos, de tal suerte, que como si jamas la huviera de tornar a ver ansi formavan su acciõ y sentimientò. Diferente juzgò la amorosa madre, porq̃ cuydando fuessen desdenes de su primo, tales estremos; segura de que presto se avia̅ de trocar en contẽtos, y gustos, dissimulò su pena sin preguntarsela, mas bien en breve se hallò desengañada. Salio pues doña Clara adonde sus criadas esperavan, y entendiendo ser hora de tomar el xarave, para averlo de hazer, se bolvio a su aposento,

ſento, en quiẽ tanto eſpacio ſe eſtuvo, y tanto dilatò ſu ſalida, q̃ huvo ſu tia de entrar por ella, mas viendola q̃ (aun ſentada en una ſilla) toda via ſe eſtava con el vaſo en la mano, como temiendo, o dilatando el beverle; preſumiẽdo melindre, alegremente la começo a animar, y con tal prieſſa y aceleracion, que aunque no quiſo; huvo de deſpertar doña Clara de aquel letargo, y bolviendoſe a ella, dezirla. no ſin abundancia de lagrimas; como querida tia, y vos tambien apreſſurays mi muerte? vos y todo ſolicitays mis ultimos gemidos? alto pues, executeſe el fallo, y pague ſu imprudencia mi miſerable vida; y diziendo, y haziendo con ímpetu furioſo, beviendo todo el vaſo, ſe levantò de la ſilla, y jũtamente tomãdola por la mano, ſe ſalierõ a la calle, adonde apenas uvo andado ſeys paſſos, quando arrancandoſe el alma, con un fiero gemido cayò muerta. No pẽſaron luẽgo las criadas que la acompañavan, que ſu deſdicha fueſſe mas que un breve deſmayo; y conſiguientemente tomãdola en ſus braços, como eſtava tan cerca, ſe bolvieron a caſa, en bien ya a ſus grandes vozes, a ſu alboroto y huyendo levantandoſe de la cama ſu ma viendo

tãn

tan amargo espectaculo, arrojandose al pecho de su hija, sin cordura y recato, perdio el decoro a su autoridad, y con gritos espantosos, y alaridos sin termino, solicitò un lamentable llanto en los presentes; el qual creciò sin limite, luego que llamandose los medicos, declarâron la mortal sentencia. Hallaronla estos, aunque en tan corto espacio, el rostro denegrido, morado el cuerpo, y finalmente con señales certissimas de algun penetrante veneno. Y no obstante, que tal declaracion corrio en secreto, limitandola en publico, a pocas horas sonò por aquella gran Ciudad la repentina muerte. No son menos sangrientos los miserables fines, que siempre se promete una passion tan desordenada y terrible; y assi tales podra esperarlos, quien no atajare en los principios el cancer ponçoñoso de sus desseos y apetitos. No quiero yo dezir, ni pretendo afirmar, que fuesse indubitable la presumpcion de los Dotores, pues antes creere que fue veneno de amor irremediable, que no juzgar tan temerariamente de vna muger Christiana y noble; solo es mi pretencion, mi assumpto principal, dar a entender en essos tan atroces y miserables,

quan-

quanto deven las tiernas donzellas poner freno a los ojos, reprimir ſus afectos, huyr las ocaſiones, y no empeñar la voluntad y el alma, para no hallarla ſin penſar, ſumergida en ſemejantes deſventuras. No fue mucho menor la que en eſte tiempo ſe apoderò de ſu fiero homicida, de ſu ingrato primo, a quien aviendo ya llegado nueva tan laſtimoſa, le tenia convertido en un retrato de lagrimas y duelos, y tan rodeado de temores, cercado de cuydados y penas, que caſi vino a eſtar juntamente impoſsibilitado de conſuelo: porque como ninguno ſabia mejor la cauſa de aquel daño, aſsi tambien ninguno podia cuydar, ni aun temer con mas razõ ſu mayor caſtigo; y en fin ſu ſentimiento fue tã grande, que en muchos dias no le vieron alegre, a demas, que ſegun el contò muchas vezes, nunca en lo reſtante de la vida ſe le quitò de ſu preſencia la imagen denegtida y mortal de aquella miſerable muger.

No ſe atrevio por el preſente don Enrique ver a ſu afligida madre, ni aũque lo hiziera fuera bien recibido, ni mirado, y por eſta razon fingiendoſe achacoſo, no ſe hallò en el entierro, ni bien ſu retiramiento, y mayores lutos; dierõ

bien a entender tan justo sentimiẽto, cosa que a no tener de su esposa y dama tan seguras prendas, huviera descompuestole, porque enfadada de extremos semejantes, no solo los lamentò zelosa, mas estuvo en terminos de juzgaise engañada; que no es menos desatada y cruel una muger amante, y mas con zelos; y assi no alcançò poco don Enrique, quando passados algunos dias la bolvio a ver desenojada, y satisfecha; y mayormente estando tan necessitada de consuelo con el yr dilatandose la partida de su padre, y creciendo su peligro, pues por mas encubrirle, lo mas del tiempo lo passava en la cama, no faltandole para poderlo hazer fingidos dolores, y aun verdaderos males.

Todas aquestas cosas pendian solamẽte del afligido amante, q̃ le trayan tan mortal y desalentado, que casi de sus muchas tristeças y melancolias profundissimas, pudiera recelarse, y temerse un desastre, como en efeto se le yvan acarreando sus peligrosos passos, o por hablar mas moralmente, el temeroso fin y acabamiento de su prima; pues siendo como fue ocasionado indubitablemente de sus fingimientos y engaños: cierto es, que el justo cielo no le avia de

dexar

dexar sin castigo; si bien dando su gran piedad, lugar y tiempo al arrepentimiento, con açotes de padre, y particulares recuerdos, dilatò muchos dias el ultimo rigor. Quarenta y mas se avrian ya passado despues de la muerte infeliz de doña Clara, quando menos sentido y lastimado (que el tiempo es fuerte antidoto para semejantes passiones) acudia don Enrique continuadamente a los regalados abraços de su dama, en cuyo mayor gusto, como quiera que los mas desta vida tienen la misma estabilidad, bien sin pensar en ello, fueron salteados en la ultima destas vistas, porque sin duda alguna causò su desgracia, el rumor que doña Leonor hizo, passando por tantos aposentos y peligros; que no siempre es la fortuna favorable, ni los sentidos de los hombres obedecen al sueño. En conclusion su padre, y aun su hermano no dormian, y como tal sucesso los cogio inadvertidos, en tãto que uno y otro tomaron armas, advirtiendo su daño, don Enrique, con despejo valiente, cogiendo en braços a su querida esposa, se arrojò en el çaguan, cerrando en un momẽto por de fuera aquel quarto, con lo qual juzgandose por libre, abrien-

dole el esclavo la puerta principal, salio a la calle, al mismo tiempo que a fieros puntillaços, y grandes golpes, se oya romper la que el avia cerrado; y no teniendose tan cerca por seguros, aunque doña Leonor estava muerta, toda via animandola el riesgo, acompañò como mejor pudo a su amante, que atravessando algunas calles, procurava assegurarla, delmintiẽdo los passos, de quien fuesse en su alcance; y huviera conseguido su intento, y puestole en salvo, si a esta ora no diera de repẽte con ellos una gran tropa de hombres, luzes, y armas que los detuvo. Bien conocio don Enrique aun antes de acercarse, que era ronda, y assi porque otro dia no averiguassen en el caso, hizo que doña Leonor para su vista, se ocultasse primero entre unos cobertiços, y saliẽdoles despues al encuentro; en siendo conocido menos tardaron en passar adelante, que en sus ofrecimientos y cortesias; que para quien yva huyendo serian harto pesadas y prolixas. Todo hasta aqui, por ser del mal lo menos, avia sucedido-les favorablemente, si al propriò instante que la justicia se apartò de con el (previniendo su alcance aquel espacio breve) no dieran con

su

su cuerpo por otra calle, el padre, y hermano de su dama.

Ya avian echado los dos cavalleros menos su amada prenda, y el esclavo infiel tambien sin dilacion, declarado el ladron que la llevava; y assi medio desnudos, aunque con rodelas y espadas, queriendo don Enrique encubrirse, su resolucion escusò tal disignio, porque apenas le vieron, quando le llegaron a reconocer, y tras de aquesto a embestirle furiosos, y por el consiguiente, a bolver la justicia; pero estavã los dos tan encarniçados, y don Enrique tan cuydadoso en su defensa, que primero se albo rotò la calle, y huvo en aquellos belleguines muchas heridas; que pudiessen ponerseles en medio; hasta que viendo de unas partes, y de otras acudir gente, abrir las puertas, y sacar luzes y achas, rabiando padre y hijo, se fueron retirãdo, haziendo su contrario lo mismo, siguiẽdolos a todos divididas las guardas, si bien estas cõnocidos los tres, curaron mas de curar sus golpes, que de otra diligencia; con lo qual reparandose un tanto don Enrique, hurtando el cuerpo al puesto, y a la calle; con el ansia del bien que avia dexado, bolvio por otra parte

en su busca; y aunque no fue la menor de sus temeridades esta buelta, pues ya pudieran esperarle mas prevenidos sus cõtrarios; toda via lo tuvo en poco, y aũ diera qualquier daño por bien empleado, en recambio de hallar su dulce esposa; mas saliendo al reves su pensamiento, entonces començo su mayor locura, entonces su furor, pues ciego de colera y enojo, desatinando con su grave passion, no dexò sombra rincon, portal, ni piedra, que no viesse y bolcasse, y rodeando mil vezes aquel sitio entre unos y otros lances, llamava tiernamente a su dama, y antojãdosele qualquier rumor su voz, qualquier sombra su cuerpo, bolvia de nuevo a trabajar sin fruto. Y en fin llegando a terminos de perder el sentido, pues dio como frenetico espantosos gritos, y sin consideracion de honra, o respeto, hizo publico alarde de su secreto amor. En tales desatinos le cogio el dia, con el qual no pudiendo hazer menos, huvo de retirarse a un Convento, desde adonde avisado del sucesso a su padre, quedò atendiendole rodeado de las mayores penas, y de los mas amargos desvelos que nũca tuvo; porque lo menos era, juzgar su ausẽte dama en poder

de

de sus padres, y por el consiguiente hecha pedaços de sus manos y enojos. Y assi llorando sin cessar el mal cobro de sus cosas, y la vengança y muerte presumida; su mayor alivio (si es q̃ en caso tan triste le podia aver) era prevenir y jurar el mas sangriento estrago, que huviesse llegado a noticia de los hombres.

Ya en este interin, corria el sucessō con valiente estampido, porque en los primeros movimientos, el rumor y alboroto, que inescusablemente hizieron padre y hijo al salir tras don Enrique, y el escutriño y examen del esclavo, fue patente a los demas criados; y assi de las bocas y lenguas de aquellos enemigos forçosos, salio a luz, no sin admiracion y escandalo de toda la ciudad; en quien hablandose diferente, cada qual echava por su medio, y su juyzio en el corro, trayendo la opinion de tales cavalleros de plaça en plaça, y entre tabernas y mesones, que es la suma infelicidad, y mayor ruyna a que pueden llegar las cosas desta vida.

Tambien a su llamado de don Enrique, avia venido su padre, con que bien advertido en negocio tan arduo, sin curar por entōces de otras reprehensiones, y sentimientos, que acudir al

remedio; visto el peligro que en poder de sus padres doña Leonor corria, porque siempre creyo su amante que avia dado en sus manos; el prudente viejo se resolvio a poner de veras los ombros en el caso. Y assi acompañado de algunos deudos, y teniendo por mas breve y seguro aquel camino, dio de todo el, y aun de sus ultimos temores y sospechas, cuenta al Virrey; que entendido el sucesso, juzgò del, y de la condicion de don Luys Antonio, una salida muy sangrienta, si antes no se la remediava y prevenia; y desseando en parte apaziguar por bien su justo enojo, y en parte atajar el riesgo de su hija, acordò de pedir se la diesse buena-métea su esposa, o sacarsela con su autoridad: para lo qual, rodeado de algunos cavalleros, y la guarda ordinaria, se fue al punto a la posada de don Luys, y llegando a sus puertas, por hallarlas bien fuera de lo acostumbrado, cerradas, y en profundo silencio; fue preciso el hazer que a puros golpes las abriesse una esclava, que solo estava en su guarda y custodia.

Mucho quedò admirado el Virrey de tan breve ausencia, pero muy mucho mas, quando uno de sus alabaderos, le cusçañó con la mano,

un

un buen golpe de sangre en medio del çaguã; con que apeandose grandemente turbado, teniendo por segura su suspecha, mandò seguir el rastro, el qual atravessava lo ancho del portal, hasta que llegando a la puerta de un hermoso quarto, viédola desquiciada en el suelo, y que toda via passavan adelante las sangrientas señales, discurrieron siguiendolas, hasta llegar adonde con mayor abundancia se mostrava su fin, que era en las alfombras de un estrado, cuyos varios matices, salpicados por diferentes partes, publicavan la tragedia cruel que alli se avia representado: y con tanto teniendo por perdido el hecho, que venia a remediar, mandò el Virrey que cinquenta hombres siguiessen a don Luys, a su hijo, y a la demas familia. Sabiase ya que yva a una pequeña aldea, y haziendole secrestar sus bienes; y que quedassen en su custodia guardas, dio la buelta a Palacio, y con sentimiento y animo, tan justamente indignado, que estuvo muchas vezes resuelto, a cortarles en llegando las cabeças.

Esta nueva infeliz, esta sospechosa provança de la muerte de doña Leonor, llenó de lastima y compassion la ciudad, y bolando ligera,

cubrio

cubrio de luto y lagrimas los ojos y el espiritu de su afligido esposo, que ya a esta hora, viendo que la justicia no intervenia en el caso, esta va mas seguro en su casa; pero el efeto que en el bizo, y aun en todos los suyos, fue tan terrible, tan ciego y precipitado, que casi abandonando la vida, juzgando por infamia el sustentarla sin su dueño, se resolvio a la ultima, y mas desesperada y peor salida, q̃ pudiera maquinar su desdicha, o su imprudencia y desatino.

Mas porque se conozcan los innumerables trabajos y infortunios, que acarreó tras si este arrojado moço, desde el instante y punto que mudando de amor, de fè y palabra; faltò a su obligacion, faltò a su credito, y con viles engaños desesperó a su prima. Atiendase, y verase en lo que resta destos discursos, quales y quantos fueron, y el fruto amargo que por fin de todos cogio para su muerte.

Avia el furioso mancebo entendido la ausencia de don Luys, el camino que llevava, y la diligencia que para su prisiõ prevenia el Virrey, y assi sin pedir ni tomar mejor consejo, que el que ditava su vengativo espiritu; mandò a un lacayo, que cubiertamente sacasse

a!

al campo para el y un primo suyo, moço de y-gual edad, y no menos arriscado, adargas y lanças Berberiscas; y ordenado esto, subiendo los dos en cavallos bastantes para qualquiera afrenta, por escusadas calles y veredas, saliendo al mismo sitio, y brevemente al camino, que llevava don Luys, y su hijo, en menos de un hora, y antes que la gente del Virrey llegasse a ellos, se les pulieron delante. Venian demas de un coche de mugeres, acompañando a los dos cavalleros diez o doze criados, que si bien no todos eran para ocasion, toda via era muy conocida tal ventaja; pero no obstante esta, se atravessaron en el camino los dos valientes primos, cuya enojosa vista dexò perplexos, y no poco irritados a quantos la miraron; y sin mas suspender el intento de su venida, alargando el cavallo don Enrique, con tremendo semblante, y voz furiosa, començo a dezirles las siguientes razones.

Ya viles y alevosos cavalleros, llegò el dia en que pagareys vuestra maldad y traycion, quedando en este campo diferidas las causas q̃ os movieron a tan covarde vengança, y las que os escusaron de honrar con mi nobleza

vuestra

vuestra sangre; clamando está a los cielos, la q̃ como flacas mugeres sacastes del pecho de mi esposa, de vuestra hija y hermana; y assi curad de defenderos, que si a mis braços no les sobraren fuerças para dexaros sin vida, llamas y rayos duros fulminaran los cielos en castigo y vengança del Angel bello, de quien fuystes infames homicidas. Y con esto, dando un grito al cavallo, arremetio a los que viendo sobre tã grande afrenta su atrevimiento, como acosados toros, hizieron contra el lo mismo; mas quando la fortuna es adversa, ni aprovecha el valor, conocida ventaja, ni aun la razon y justicia, porque todo se avassalla, y se rinde a su voluntad y tyrania. Assi le sucedio a don Luys Antonio, pues no bastando su razon, su mucha valentia, y tantos criados, vio en un instante atravessado y muerto por la saugrienta lança de su mortal enemigo, al hijo desdichado; y aũ su misma persona mal herida en el suelo; porq̃ como los dos parientes venian armados con lanças y defensa suficiente, assi se metieron entre ellos, que ni su esperiencia y esfuerço, ni el numero de los que le acompañavã pudo escusar la inocente y temprana muerte de su queri

do

do hijo; y antes corriera el ſemejante peligro; ſi a las crecidas vozes de las damas del coche, y al rumor de las armas, y relinchos de los cavallos, no acudiera infinita gente de las huertas y quintas que avia al rededor, y aun baſtara muy poco, ſi a eſta hora por el miſmo camino de la ciudad, no aſſomara la eſquadra que embiava el Virrey; con lo qual dilatando los primos el fin de ſu vengança, y proteſtando en ſu proſecucion el ultimo eſtrago de ſus enemigos; campo traviesſo, picando los cavallos, en un momento ſe deſparecieron a todos, corriendo ſin parar algunas leguas; porque ſegun lo que dexavan hecho, parecio aſſegurarſe, y ponerſe en cobro.

Serian al fin deſta refriega, y llegada de la gente del Virrey, poco menos de las tres de la tarde, y aſsi ſiendo aquel conſuelo y alivio que tuvo el pobre don Luys en tan graves deſdichas, no dexandole hazer otra coſa, entrandoſe en el coche para que le apretaſſen las heridas, con animo verdaderamente conſtante, mandò dar la buelta a Lisboa; y haziendo con un tapete cubrir el cuerpo de ſu hijo encima de una azemila, ſiguio el miſmo viaje, con tan

gran-

grande silencio y compostura, assi en el, y su esposa, como en la restante familia, que no juzgara nadie por piadoso el sentimiento oculto de su alma. Desta suerte que digo, entraron al anochecer en la ciudad, y no sè si me afirme q̃ con general contento de sus males, porque la aprehensiõ que se avia hecho en la muerte cruel de su hermosa hija, ocasionava, no solo semejante indignacion, mas juntamente entendido el arriscado hecho de dõ Enrique, cõ ser tan injusto, los nobles y plebeyos le aprovaron por hazaña ilustre.

Pusieron a don Luys y a su familia en diferẽtes prisiones; y no obstante que el venia falto de sangre, y fatigado de las heridas, con todo en aviendole curado, se le tomò su confesion, cargandole la muerte de su hija, casi ya avenguada con su fuga, y con los vehementes indicios de la sangre; y finalmente con el no saberse, viva, ni muerta della, y otras razones que intimavan el hecho, y aun le hazian detestable y terrible. A lo qual aviendo estado atento el afligido cavallero, y hasta aquel punto con generoso y valiente espiritu, como ya aveys oydo; en acabando de aprehender el caso, tom-

pio

pio por su silencio, y sin poder mas resistir su a-
margo sentimiento, cubrio de lagrimas el seve
ro rostro, poblò la quadra de gemidos roncos,
de suspiros trilli'simos, à cuyo nuevo estremo
suspendidos los que sabian su entereza y con-
dicion, quando pensaron, que eran arrepenti-
mientos de su delito, dando principio a su res-
puesta y confesion. En el discurso della salie-
ron de su engaño, y aun cuitaron en mayores
dudas y confusiones, porque no solo el buen
don Luys, justificò bastantemente su inocen-
cia, mas satisfizo entre abundantes lagrimas,
a los cargos hechos; y assi en quanto a faltar,
y no saberse de su hija, respondio, repitiendo
el successo de la passada noche, desde el punto
que sintio su afrenta, hasta que el, y el difunto
mancebo, rompieron la puerta, que por de fue
ra les avian cerrado: siguieron por la adverten
cia del esclavo portero, a dõ Enrique, y lo que
en su alcance les passò; concluyẽdo este articu
lo, advirtiendo a los Iuezes, con quanta mas ra
zon devierã admitirle a el la demanda de su hi
ja, q̃ no el pedirsela el mismo robador, q̃ se la
llevò de su casa, tan afrentosamente; y en quãto
a los indicios de la sangre, cõfessò llanamente

la

la muerte que entre el y su hijo avian dado al esclavo, como al principal instrumento de su injuria y traycion, y que aviendo huydo de sus manos desde el estrado, a donde cayò muerto, fue llevado a enterrar por su mandado en unos trascorrales de su casa, adonde le hallaria. Y ultimamente, al particular de su fuga y jornada, satisfizo con dezir, que lo avia hecho solo, porque los ruegos, è intercesiones de sus deudos y amigos, no le obligassen a prestar cõsentimiento en semejantes bodas, y tambien por juzgar, que la afrenta recibida, le dexava incapaz de comercio humano, de alegria y correspondencia; pero que si el aver tomado resolucion tan hõrada, se entimasse a delito y culpa; el por lo menos aviendo tomado tan cruel enmienda don Enrique, no podia, ni aun devia ser castigado otra vez, por una misma causa; y mayormente quando la gravedad del castigo excedio tan evidentemẽte a la culpa, pues por la que emprendio ausentarse, perdio su amado hijo, y antes con el quebrantamiento de su casa, el honor y reputacion.

De la suerte que è dicho, dio fin a sus razones don Luys Antonio; y aunque con su entereza

reza y justificacion minorò grandemente el severo rigor de los Iuezes; toda via como doña Leonor (principal personaje delta tragedia) faltava, no sirvio de otra cosa, que de acomular delitos a delitos, verificar la muerte del esclavo, y echar sobre si aquel embargo. En semejante estado andavan estas cosas, quando sabiendo sus padres de don Enrique, su inadvertido atrevimiento, lloravan tiernamente con su ausencia, su perdicion y ruyna, considerando que segun los delitos, aunque entonces el aplauso del pueblo los hazia disculpables, por lo menos no le verian mas; empero, si el comun parecer les dexava esperança, bien presto se les desvaneció, bien facilmente juzgaron por irremediables sus cuydados, y a los que antes les fueron tan propicios, contrarios, y enemigos; porque no es mas estable y firme el vulgo, ni sus inclinaciones menos dispuestas.

En medio pues de tales aficiones, ya con algun consuelo, ya con mayor cuydado les cogio un notable acidente, que en parte les sacò de confusion, aunque fue para meterles en otras. Serian entonces dos horas de la noche passadas, que parece se esperava semejante sa-

sazon, para el recato, y mayor secreto del caso: quando avisado su padre de don Enrique, supo que un hombre le buscava a gran priessa, cosa que estando en semejantes pensamientos, le hizo presumir fuesse algun aviso de su hijo, y assi haziendo que algunos criados le entrassen a su quadra, queriendo que delante de todos le dixesse a lo que venia, rehusando esto el hombre, dio a entender la importancia del secreto. Assegurose en viendole, el Capitan mayor, porque la presencia honrada, y las canas que adornavan su rostro, no prometia otra alguna sospecha: con lo qual quedando con el solo, y creciendo en su pecho el primer indicio, de que fuesse recaudo del ausente don Enrique, con mas vivos desseos escuchò al viejo anciano las siguientes razones.

Estando (o buen señor) la passada noche reposando en mi cama, me obligó a levantar della un gran tropel de golpes y armas, que sonava en la vezina calle, de adõde oyendo. q̃ unos y otros vezinos, ya con luzes, y ya con diferentes armas, salian tãbien a dar favor a la justicia, queriendo yo hazer lo mismo, apenas para el caso abri mis puertas, q̃ cacu debaxo de unos so-

ſoportales, quãdo ſe arrojò dẽtro unã muger, q̃ ſin duda (por lo q̃ parecio) ſe avia eſcõdido en los miſmos umbrales. Echoſe en viendome, a los pies, pidiendome q̃ la amparaſſe, y eſto con tan eſpeſas lagrimas, q̃ movídome el alma, ſin curar de otra coſa, bolvi a cerrar; tomela por la mano, haſta dexarla cõ dos hijas mias, en cuya cõpañia paſſando la reſta de la noche, ſe llegò el dia, y con el, el mayor deſſeo de ſaber quien era; y aũque de ſu aſpeto hermoſiſſimo, de ſu adorno y perſona, ſe pudieran juzgar ſus muchas partes; con todo lo q̃ mas è ſabido, es ſer coſa que os toca, cõ que teniẽdo a buena ſuerte el averos ſervido, vengo á deziroslo, y a traer juntamente eſte papel, q̃ declarara mejor que yo el miſterio q̃ encierra eſte ſecreto. Y con tanto ſacando del pecho un villete, ceſſò, dando lugar a la admiracion y nuevo eſpanto del Capitan; y a que acabaſſe de deſengañarſe, leyendo en el las razones ſiguientes.

Papel de doña Leonor.

BIen ſatisfecha quedo, de que ſegun la diſcrecion y volũtad de don Enrique, llegãdo ya mis coſas a eſte eſtado, avra de todas ellas dado os cuenta; mayormẽte ſi el cielo le librò

anoche de las crueles manos de los mios, con que solo servira este papel de suplicaros, que como padre ampareys la causa de vuestro hijo, y como cavallero, la de una muger, que por obedeceros, á llegado á semejantes terminos.

Doña Leonor.

Aqui con el discurso breve del passado villete, acabò de salir de tantas dudas, y á representarsele de nuevo el desbarate lastimoso de su hijo, la inocente muerte del que avia de ser su cuñado, los irremediables agravios de don Luys, su razon, su justicia, y ultimamente la temerosa indignacion del cielo, y la severidad de su castigo: mas como raras vezes en el mayor trabajo y desventura, no falta algun consuelo, todos aquestos males le tuvieron en parte con solo parecerle, que sabiendo su hijo el nuevo hallazgo, y una vez que otra le verian sus ojos; y assi mas alentado y resuelto a oponerse á su fortuna, mandò que a toda priessa previniessen mi coche, y con la misma (no obstante la hora dicha) el en persona avisò en un convento de monjas, y parientas suyas, adonde aviendo traydo la hermosa dama, la dexò mas segura, aunq menos contenta,

pues

pues es cosa evidente, que oyendo la ausencia de su amante, su locura, la muerte de su hermano, y la prision, heridas, y afrentas de su padre y familia, que aunque fuera su alma hecha de bronce, avia de suspirar males tan grandes, mayormente interessando en todos tanto. En cō clusion agradecido el agasajo y guarda del hō-rado huesped, en amaneciendo al siguiente dia, supo el Virrey, las justicias y ciudad, su aparecimiento; y abriendo mas los ojos, conocieron las sinrazones de don Enrique, y por el cō siguiente, los agravios y injurias del presocavallero, con que sin esperar otro descargo, a este, con limitada pena por la muerte del esclavo, le mandaran soltar, y contra don Enrique se dispusieron diferentes diligencias. Avia cō el interin tenido el Capitan, aviso de su hijo, el qual, con el valiente primo estava oculto seys leguas de Lisboa; y assi entendido este nuevo rigor, se lo hizo saber, con el sucesso de su fama; ocasionandole indiscretamēte, a que abandonando su peligro, y su vida, viniesse muchas vezes a verle. Y entretanto don Luys Antonio recibiendo a la justicia su castigo y vengança; de suerte apreto el caso, que en breves

dias, tuvieron los dos primos, sentencia de degollar; y por el consiguiente necessidad de ponerse en Italia. Despidiose primero don Enrique de sus tristes padres, y sobre todo convertido en lagrimas de su prēda querida, de cuyo sentimiento no ay para que contaros, pues es cierto, que seria increyble; y mayormente que dando como aveys oydo preñada; porque si bien en tales personas, que su agrado bastara a mayor cōsuelo el verse dividir de la mitad del alma, del que esperava por esposo, y la incertidumbre y fin de sus desdichas, juntamente se le imposibilitavan. Corrio pues don Enrique con su primo el mar Mediterraneo, y en pocos dias pisō el Reyno de Napoles; adōde atraydo de su amenidad y abundancia, facilmente olvidō la Ruanova, los Jardines, las Quintas, y aun las frescas riberas del dorado Tajo; aunque no por entonces la justa correspondencia de sus padres y dama; a quien perseverante y pūtual escrivia continuadamente. Pagavanle ellos en la misma moneda, y con todo, viendo que en dos años de ausencia, no sō concluya su perdō, ni menos se le facilitava algun honesto medio para bolver a verlos, casi desconfiando en la es-

pe-

perança con que le entretenian, trató de divertir sus sentimientos, y de aguardar el fin, discurriendo lo restante de Italia, y mayores provincias de la Europa. Es remedio utilissimo, aprovecharse en tales casos, de la variedad y diversion; porque si ya no los concluie, por lo menos los haze mas tolerables y passaderos. Assi por esta causa, como porque otros dos cavalleros le incitavan con la misma curiosidad, avisando a su patria, y dexando al primo en Napoles para que atendiesse a la correspondencia de España, tomar y remitir cartas y avisos; con su nueva cõpañia, dio principio a su jornada y peregrinacion. Desde Venecia, aviendo ya corrido algunos meses lo mejor de la Italia, fue la ultima carta que del tuvo su primo; porque aunque siempre se estuvo en Napoles, y año y medio esperandole, fue por demas el saberse del; y assi aviendo buelto los dos compañeros, con nuevas de que le dexavan en la ciudad de Praga, muy al cabo; saliẽdose el de Napoles, y advirtiendo a Lisboa de semejante daño, caminò en su busca, pero no hallandole en el lugar que venia informado, ni seña, ni aun razon que le satisfaziesse; cruzando la Alemania, se passó

a Flandes, adonde militando debaxo de los estandartes del Archiduque Alberto, a pocos dias murio animosamente en la Rota de Hostende. La nueva de la enfermedad de don Enrique, y la partida de su primo buscandole; y el passarse otros tres años sin saberse dellos; no solo confirmò el rumor que ya andava en Lisboa de su muerte, sino que ocasionò otra en su tanto, semejante desdicha.

En este interin, el Heroe desta historia, a quien el cielo guardava vivo, en remotas provincias; siendo cierto el peligro que tuvo en Praga; al fin convaleciendo, no obstante que sus dos compañeros le dexaron primero, prosiguio sus intentos, mirando muy de espacio, la Vngria, Transilvania, y Polonia, y por aquella parte de Moscovia, los confines de Europa, hasta la Laguna, Meotis; y torciendo el camino con la misma perseverancia, y olvido de sus cosas; passò a Alemania, y entrandose por el Setentrion hasta la Escandinabia, no sin grandes peligros y necesidades la atravesò; y en ocasion que hallando urcas Flamencas, pudo passar a sus baxos Payses; desde adonde sabida la muerte de su primo, poniendo tal desdi-

cha,

cha, en el numero de los inumerables trabajos que le acarreò su passion ciega, no queriendo tener a sus tristes padres y esposa, en mas crecida suspension, se embarcò para Lisboa; llegá do a ella, despues de seys años de ausencia, y de tres, que no sabiendo del, le tenia por muerto. Venia ya tan curtido del Sol, y tan otro cõ sus peregrinaciones, que pudo seguro aventurarse saliendo a tierra en habito Flamenco; y assi antes de anochecer, como el amor de su dama arrastrasse los demas respetos, sin tocar en su casa, guiò al convẽto con priessa por su hermosa dueña; viendole la portera estrangero en vestido, y Portugues en la habla, estrañò la novedad, y con la misma oyẽdo que la traya carta, y que estas se avian de dar en el locutorio; bolvio al punto a llamarla. No incitava su priessa, el pensar del, quien fuesse, porque mucho tiempo antes, avian olvidado semejantes sospechas; solo la admiracion y novedad del trage, formò tales extremos. Tornò pues con la respuesta, y mas curiosa, le hizo otras importunas preguntas; hasta que en fin por remate dellas, le remitio a una grada, para que alli esperasse a don su

Le-

Leonor. Y aviendo obedecido, despues de un breve espacio, que en sus desseos fueron siglos muy largos, vio que abriendo de la parte de adentro una pequeña puerta, ya casi anochecido, llegavan a la rexa quatro monjas, y que la una acercandose mas, le pregũtava lo que queria; pero no tocò apenas la voz a sus oydos, y dixe mal, apenas a su villa, la sombra de su rostro; quando sin embargo del velo, del habito, y aun de la oscuridad, conocio en ella, no menos que a su querido y dulcissimo empleo, a su hermosa dama, a la ocasion que le traya de tan remotas y estrangeras provincias; y quedando suspenso del impensado trage de su vista, dio lugar a que viendo tal suspension, se le bolviesse a repetir la misma pregunta. A quien passandose algun tanto su turbaciõ y espanto; y juzgando por devocion, o voto a su venida el religioso habito, desatando la lengua, assi amoroso y tierno, dixo a su dama las siguientes palabras: Pues comb assi, querido dueño mio, tan mal conocimiento halla mi voluntad? tan corto fue el pincel que imprimio en vuestro pecho mi retrato? ya no me conoceys? tan poco firme àdido aqueste esclavo, vuestro aman-

te

te perdido, vuestro don Enrique ausente, que ni el tiempo, ni el habito le pudiçõ hazer desconocido en vuestros ojos, olvidado en vuestra memoria? yo soy, que me mirays? que os suspendeys? pues seys años de ausencia aun no an sido los del famoso Vlixes, ni los furiosos vientos, y ardientes soles, si an denegrido el rostro por lo menos no an trocado el alma, no an mudado su ser, ni su firmeza; porque ella à sido intacta, siempre invencible y perdurable, y lo sera tambien, mientras el cielo diere aliento a mi vida, y vos olvido a su perseverancia. Assi llorando lagrimas alegres, discurria dõ Enrique, quando arajò su platica, el ver que de improviso, al pronunciar su nombre, levantavan los gritos hasta el cielo, tapandose los roltros las presentes, y que haziendose cruzes, aun sin parar en esto, con crecido alboroto atronando el convento, se salian huyendo de la grada, dexando sola en ella a su hermoso dueño. La qual aunque se vido desamparar, con varonil denuedo, quedò gozando sin temor, la presencia del que (sino tenia por el difunto amante) alomenos creya fuesse su espiritu.

Por cierto que fue la desta dama, maravillo

sa y gallarda prueva de un firme y vervadero amor; mas que no emprendera este rapaz Gigante? que hazaña, que peligro, que temores, que riesgos, no an vencido y acabado sus encéndidas flechas, aun siendo governadas del mas fragil sujeto, de la mas tierna y delicada doncellas? No quiero dilatar con tan comun materia aquesta historia, ni con afectos tan esperimétados, sus discursos; antes bolviendo a ellos, sabreys si pude con razon exagerar el valiente, ánimo con que doña Leonor esperò semejante sucesso, pues no fue menos (y segun en su cóncepto estava creyendo) que averse puesto a razones con un muerto; quedarse sola, con quien avia muchos dias que le tenian por tal; y en cóclusion, estar firme y entera, hablando a una fantasma, a un alma en pena. Passava esto en hecho de verdad, y assi lo è ponderado, porque quiero que assi quedeys mejor desengañados en la forma que tan mi cierta nueva se apoderò, no solo de la reyna y verdad de sus padres, y dama, empero de toda la ciudad, de todo el Reyno. Ya os acordays como atras queda dicho, el mal que tuvo en Praga don Enrique, el viaje de su primo buscandole, la muerte desde el

en

en Flandes, y ultimamente, la gran quiebra y delm in de ſu correſpondécia, cartas y aviſos. Es pues el caſo aora, que como ninguna coſa deſtas ſe le encubrieſſe a don Luys Antonio; porque no ſolo en caſa de ſus contrarios, en el convento de ſu hija, más en Flandes, en Italia, y Boemia, tuvo centinelas y eſpias, que le advirtieſſen de ſus paſſos, o ya para prevenir ſu vengança entre ellos, o ya por otra cauſa reſervada a ſu pecho; y como fuera deſto, ni los ruegos de poderoſos Principes, de perſonas religioſas, ni aun las continuas lagrimas de ſu propria muger, huvieſſen alcançado el perdon del auſente, porque ſu airado eſpiritu, preſentes ſus injurias, clamava ſolo por caſtigo y vengança; aſsi ſiempre regido de ſus deſſeos ſangrientos, maquinava los dias, y penſava las noches, algun camino, o medio, que ya en parte, o en todo, ſe los dieſſe a ſentir ſin rieſgo ſuyo. Y cõ ſemejantes deſvelos, juzgando que el mayor caſtigo ſeria dexar imposſibilitada de caſarſe a ſu hija; no obſtante que ſabia, que por primicias de ſu parto, criavan ſus aguelos un hermoſo retrato de ſu hijo, un niño que era ſu mayor conſuelo; emprendio el principal de ſus intentos,

ros, valiendose para mejor executarle, de algũ nos papeles y cartas, que el primo de don Enrique, dexò a sus camaradas, el dia de aquella infeliz rota y su muerte: los quales por inteligencias notables, aviendo llegado a su poder, y no menos que en medio del rumor, y aun de las lagrimas que derramavan sus contrarios, tanto por el aviso que desde Napoles tuvierõ, quanto por el que aviendole buscado, y nunca parecido, embiò desde Flandes su difunto primo; aprovechandose juntamẽte de tan buena ocasion, sin mas esperar, hizo que conforme la letra y firmas que tenia, se falseassen unas cartas, con tan dispuesto dissimulo, diestras y fundadas razones, que fuessen suficientes, a darlas credito. Fingiase en el principio dellas, como el primo difunto, un dia antes dela batalla (porque es loable costumbre de qualquiera cavallero, y soldado) avia descargado su conciencia y escrito por pũto essencial della, aquellos avisos y cartas; y assi despues de un breve prologo, en que trataban dello, su progresso mayor fue dar cuenta a sus tios dela muerte de dõ Enrique, en Praga de Boemia, y de algunos legatos y obras pias, q̃ les dexò encargados en el

ultimo

ultimõ articulo: y tras de tan amargas nuevas, largas disculpas, en quanto a la omision de tal avilo, escusandose, cõ el desseo de atajar su sentimiento. Con lo qual cõcluyendo; assi mismo quedò forjado el cautelosso engaño, prosiguiẽdole con tan buena dicha, y con tan eficaces razones y fingimientos del portador, que fue un soldado de los mismos Payses, que no solo se creyo y tuvo por cierto, empero se le hizieron las funerales honras, con tã grave dolor de sus pobres padres, que fue mucho poder sustentar la vida; y mayormẽte la triste y afligida dama, que era el blanco principal desta empressa. La qual despues de algunos meses, que gastò llorando con perseverãcia increyble, su miserable ruyna, su desamparo y soledad, su viudez sin ser casada, su afrenta sin remedio, y al hijo hermoso con tan infame titulo; alfin, alfin, no pudiendo hazer otra cosa mas digna, rindio a los hados, digo a la voluntad y juyzio del cielo, su honrada determinacion, tomando el habito de aquella religion, y professado con gusto y voluntad llegado el termino.

Ya conseguidos sus rabiosos desseos, si bien mal lograndose en ellos, murio su padre de do

ña

ña Leonor dentro de pocos dias, dexando q̃ to pudo mandar, y disponer de su hazienda, re partido en memorias y patronazgos, por si, y por su hijo; en que acabo de conocerse, el senti miento intrinseco q̃ le causò su inocente muer te hasta aquel punto. Este pues era el estado y termino, en que hallò don Enrique sus cosas; y este era el concepto engañoso, por q̃ en las Mõ jas (segun oystes) se alborotaron, y con tan te merosa aprehension, q̃ ya en el interin, uvierá apellidado la vezindad, si otras más recatadas y prudentes, no lo impidieran con mas animo y brio; pues convocandose todo el convento; muy pocas animosas, bastarõ a que las demas las siguiessen, y entrassen con velas encẽdidas, Cruzes y Agua bendita, adonde por lo me nos juzgavan hallar muerta a doña Leonor. Mas como en estos medios, su turbacion uviesse sossegado, y creciendo las lagrimas, y aun las razones dulces de su amante; fuesse tam bien poco a poco cayendo en la cuenta, y ad virtiendo que no tenia delante ningun cuerpo fantastico; apenas con las luzes que entraron, acabò de desengañarse, y las demas monjas de satisfazerse; quando reconociendo su des-

dicha,

dicha, la cautelosa burla de su padre, ỹ el esta-
do imposible, a que de su voluntad se avia re-
duzido; sin poder resistir el impetu, y corage
de su coraçon, la pena y sentimiento de su al-
ma; turbados los vitales espiritus se cayò des-
mayada en los braços de las que la acompaña
van, estando a tan lloroso espectaculo, el afli-
gido cavallero en terminos de hazer otro tan-
to. Bien conocieron y rastrearon todas, la cau
sa original del parasismo de la infeliz señora;
y assi juzgandola por grande, disculparon su es
tremo: mas viendo que tornava en si, despidiẽ
do al amante, la llevaron a su lecho, en quien
passadas veynte horas, quando bolvio en su a-
cuerdo, fue turbada la lengua, y muerto por lo
menos, todo el lado siniestro; cosa que aunque
aumentò en don Enrique sus desventuras, y
lastimó generalmente la ciudad, se estimò por
menor daño del que prometia su desmayo. Y
assi no obstante tales inconvenientes, de con-
sejo de sus viejos padres, que ya gozando de
su vista, no se acordavan de los passados ma-
les, y con el parecer de personas dotas, que te-
nian por invalida la profession de doña Leo-
nor; llevando recaudos bastantes, alentado de

las lagrimas, y cõtinuas importunaciones de su dama, y aun por no dexar su hijo con tan infame titulo, partio a Roma; si bien solo sirvio su viaje de cansarse sin fruto, y acabar con el desengaño que alli le dieron de perder la esperãça, y la paciencia. Y plega a Dios que con ella no aya perdido el alma; pues desde que se embarcò para bolverse en una nave Ginovesa, hasta oy, que se escrive esta historia, no se à sabido vivo, ni muerto del, de la nave, ni de quantos en su compañia se hizieron a la vela; con que sin duda alguna se puede presumir, que acabò sus peregrinaciones, sus ansias, y amorosos desseos; en el mismo elemento, en las mismas aguas, y profundas ondas, que tuvieron principio; apressurando con tan triste nueva, la muerte de sus viejos padres, y el miserable fin de la infeliz doña Leonor.

LOS

HISTORIA SEXTA y ultima de eſte libro.

Con el origen, fundamento, y antiguedad de la inſigne Villa de Madrid, adonde ſucedio.

A Doze leguas de la Imperial Toledo, en la mitad de las Eſpañas, y Citerior Tarraconenſe; eſtà fundada la memorable y famoſa villa de Madrid, Corte Real y cabeça de la mas eſtendida Monarquia, que à viſto el mundo deſde ſus principios; cuyos originarios fundadores (como ſiempre ſuccde en coſas muy antiguas) tienẽ tan eſcura noticia, q̃ caſi de toda ella, los tiempos eſpacioſos, y largos ſiglos, no an dexado mas eſſencial memoria, que la tradicion de ſu ſegundo nombre, que es Mantua Carpetanea: aſsi la llama Ceſar en ſus Comentarios, o por el miſmo apellido de los vezinos montes, o por la ſemejança deſta voz, Car-

petum, que significa carro, uso particular de sus naturales, por la comodidad que para su artificio ay, en tantas planicies y llanuras, como por largo espacio la rodean. Tolomeo poniendo su latitud en quarẽta grados, tambien la llama assi, y primero Vrsaria; y no falta quien llevado de vestigios provables, la haga fundacion de los primeros Griegos (cuyo antiguo blasou fue un dragon espantoso) y mas particularmẽte, de su famoso Capitan Epaminundas; y por el consiguiente, armas originales deste lugar, segun se hallarõ en las timbres antiguas de sus puertas. Arguye bien su antiguedad notable, aver en la reparticion que bizo de España el magno Constantino, constituydola en Obispado, mas á de mil dozientos y treynta años. Y finalmente el titulo y corona, que le concedio el Emperador Carlos V. para sus nuevas armas. Por estas y otras causas testifican Autores, fue en su primero origen el escudo y muralla de los antiguos, y primeros Españoles; como tambien despues, escuelas publicas, y estudio general de las sciencias que entonces se sabian en España. Tambien los Moros, segun acostumbraron con las grandes y mejores po-

bla-

blaciones deſta provincia, en ſu aſſolacion y perdida, la dieron nuevo nombre, y el miſmo que oy conſerva; aludiendo la ſignificació del, a una de ſus mayores excelencias, a ſus freſcos y ſaludables ayres; porque Madrid no otra coſa ſignifica en ſu lẽgua, que lugar de buenos ayres: y eſto es tan cierto, que ni en lo reſtante de Eſpaña, ni aun de la mitad del Orbe, ſe conoce ſitio mas ſano, cielo mas benevolo y claro, terreno mas fertil, abundancia mas llena, aguas mas puras, roſtros mas hermoſos, ingenios mas luzidos, coraçones mas valientes, animos generoſos, y ſobre todo, virtudes y excelencias mas en ſuperior grado. Todo merced de ſus influyentes Eſtrellas, de ſu cielo benigno; y finalmente de ſus incorruptibles y delicados vientos. Y aſsi reſpeto de tan grata eſperiẽcia, y combidados de la amenidad de ſus campos, de la grandeza de ſus boſques, y de otras infinitas comodidades, los mas Reyes de Eſpaña honraron con largas aſsiſtencias, con amor increyble, eſte nobre lugar; haſta que cõ perdurable aſsiento, fixò el prudente Filipo en el, ſu caſa y Corte; ampliandole, y engrandeciẽdole de ſuerte, que el ſolo, por la ygualdad

y anchura de ſus calles, por ſus caſas fundadas a eſte fin, por ſus grãdes Palacios, por ſus ricos y fertiles contornos, es capaz de tal maquina, de tanta multitud de moradores, de tan copioſos tratos, de tantas mercãcias, de tantos negociantes, de tan grandes Principes, de tantos titulos, y cavalleros, de tan graves Conſejos, de tan inumerables Miniſtros, de tantas guardas, de tantos oficiales, y finalmente, de tan varios compueſtos como forman ſu monſtruoſo cuerpo, ſu portentoſa, è increible graudeza. A quiẽ por partes, aunque rompida a trechos, rodea una cerca de muralla antiquiſsima, traça y edificio de Griegos: o por dezir lo que tantos afirman, y ſe vè con los ojos, de una llama cõtinua de un fuego reſtringido, pues lo miſmo viene a ſer, el duro pedernal de que es formada, y aũ las piedras conque enloſan las calles. Y aſsi por eſta cauſa dixo un Autor, q̃ Eſpaña entre otras excelencias, tenia un ciudad fundada ſobre fuego, y cercada de lo miſmo. Mas dexado eſto a parte, juſto ſera que no ſe olvide eneſta diſcripcion, uno de ſus mayores atributos, y aun ſantuario de los mayores de la Europa, la imagen memorable que aparecio en Atocha, aquel re-

trato

trato de la Reyna del cielo, aquel assombro de maravillas y milagros; y entre los muchos triũfos de sus victorias, la del antiguo Alcayde de Madrid, el portentoso caso de sus hijas y esposa, aquella estupenda resurrecion; y tras de aqueſto, el hijo amado, el Labrador humilde, q̃ juntamente con los dos Papas san Damasso, y Melchiades, reverencia por sus santos la Iglesia, y al primero, por patrõ desta Villa, en quien tambien se ve oy entre otros edificios grandiosos, y Monesterios sin numero, el religiosissimo convento de San Geronymo del Passo, nombre notable, adquirido por el que defendieron generosamente algunos cavalleros, y aun privados del señor Rey don Enrique IIII. hazaña tan notable, que justamente quedará para siempre eternizada en la memoria de los hombres; como tãbien por los sucessos dela siguiente historia, la fama y nombre de los dos Mendoças, hijos ilustres desta insigne Villa, y tã fieles y verdaderos hermanos, q̃ su rara amistad, sus loables hechos, pudo ser digno assumpto, y materia bastante a su discurso. Y assi poniendo limite al desta descripcion, començara en sus fines nuestro cuento.

Don Alonso Gonçalez de Mendoça cavallero illustrissimo, como lo son todos los deste generoso apellido; fue natural de Madrid, lugar a quien segun ya queda escrito, an elegido por su grande excelencia, los Monarchas de España por alsiento y morada de su Corte. Aqui pues, y en los antiguos Solares de sus progenitores, nacio, y vivio largo tiempo, aunque lo mas de su mocedad, entre el rumor sangriento de las armas, sirviendo en sus inmortales hazañas y empresas grandes, a la Cesarea Magestad de Carlos V. El qual como tan buẽ apreciador del valor y esperiencia militar, hizo particular estimacion, los años que don Alonso siguio sus estãdartes, de sus meritos y persona; y tanta, que sino fuera algo arrebatado y colerico (condició que en parte desdorava sus generosas obras) es sin duda, que huviera ocupado un grandioso puesto. Mas a esta causa, no siendo muy bien quisto, y teniendo en el exercito algunas importantes inquietudes, le convino retirarse a su tierra; adonde no le faltaró otras muchas. Porque apenas llegò a ella, quãdo pagado sumamẽte, del muy hermoso agrado de doña Catalina Ramirez, dama de admirables

tables virtudes; la començo aſervir con tan po co guſto de ſus padres, que deſſeavan para ſu gallarda hija, hombre menos brioſo, y no tan ſoldado; que a pocos lances, rompiendo con ellos, y ſus deudos, huviera de grangear a lan-çadas, lo que ſuele adquirirſe con blandura, voluntad y terceros. Finalmente, porque deſ-ſeo trõcar eſtas particularidades, que ſon muy accеſſorias al hecho principal; don Alonſo, biẽ grangeado el amor de ſu dama, que quiſieron que no, ſus padres, la hizo ſu muger; y aunque a coſta de muchos gaſtos, pleytos, y aun priſio nes, ello ſe quedò hecho, y ſus ſuegros deſeno-jados. Mas como raras vezes dexa en la poſſeſ ſion de mitigarſe el ardor de los dèſſeos, poco a poco morigerandoſe en ſu pecho aquella ar dentiſsima aficion, fue divirtiendoſe, y au diſ-trayendoſe con alguna nota: ſi bien nunca eſ-ta rompio de ſuerte, que llegaſſe a ſentimien-tos de ſu eſpoſa, ni a faltar a las obligaciones preciſſas de ſu eſtado: porque corre gran rieſ-go la flaqueza mugeril, el dia que la diſſolucio-del marido, haze huerfanos el lecho caſto, y la meſa comun; y aſsi el diſcreto honrado, aunq fuerce el alma, y pierda el ſu guſto lances ſin

rece m-

recompensa;no à de perder horas tan bien gastadas,pena de llorarlas de veras. En fin cõ nuevas aficiones don Alonso restringiendo el amor de su esposa,vivio sin hijos seys, o siete años,cosa que aunque disimulada de la honesta señora, era della sentida, y aun llorada con tiernas lagrimas. Presumia aunque dudosamẽte de la condicion de su dueño, sus desvelos, è inquietudes, mas no por esso acreditava semejantes sospechas, de suerte que el llegasse a imaginarlas;que es gran cordura, para que no se pierda al pundonor,el decoro y respeto, fingir,y aun ignorar las cosas, que en los que pueden no sirven de mas, que quitarles la mascara para executarlas en publico. Assi disimulando padecia dobladas penas, en tanto que desenfrenado en sus vicios, corria el, temerario y ligero, Hasta que perdiendo el temor al cielo, y arriesgando su vida en terribles sucessos, vino a empeñarse en uno, de manera que sin gusto y por fuerça,le obligó a dexar la Corte,como aora sabreys.

Avia no lexos de sus barrios de don Alonso una hermosa donzella, de tan grandes partes, calidades y hazienda,que pudiera,a ser mas re

cata-

étada y menos libre, eſtimarſe por caſamiẽto de un muy gran cavallero. Eſta ſeñora pues ſin reparar en q̃ don Alonſo tenia eſtado en q̃ la impoſsibilitava de remedio, llegò a prendarſe de ſuerte en ſu aficion q̃ caſi hizo con el los oficios de un muy fino galan; y como aun mas cortos embites, erã baſtantes a cõtraſtar ſu guſto, en breves dias, y con menores diligencias, ya el arrojado cavallero era dueño abſoluto de ſu préda mejor; y no parádo alli el efeto de ſemejante yerro, antes en lo q̃ ſiempre ſuele, a dos meſes de trato, ya ella eſtava preñada, y entendida ſu falta. No tenia mas q̃ madre, pero tan varonil, q̃ al miſmo punto ſabiendo quien era el autor de ſu afrenta, con ſecreto inviolable la deſaparecio de ſus ojos. Eſte ultimo exceſſo alcançò a ſaber doña Catalina deſde ſus principios, porque el poco recato que en el huvo, le hizo patẽte a una criada antigua de ſus padres y della a ſus oydos; mas como era tã diſcreta y prudẽte, y el caſo tan digno de temerſe, como de remediarſe, antes de dar cuenta a quien pudo atajarlo, la parecio con dadivas y ruegos ſaberlo cõ certeza de un criado de ſu marido, el qual no ſolo por ſu buẽ ſervicio era el archivo

de

de ſu alma, mas toda ſu privança y voluntad; pero fue por demas, y canſarſe en valde, pues antes el fiel moço procurò deſmentirles tales ſoſpechas, y aun dio dellas a ſu ſeñor larga noticia, diligencia, que deſpues le coſtò la vida, porque no ſatisfecha con ſu abſolucion la zeloſa ſeñora, tanto cabò en ſu intento, que alcãço la verdad, y mediante el favor de una dama de Palacio ſu deuda, el ſoſsiego de ſu alma, pues al punto mandò ſu Mageſtad, por medio del Conſejo, que don Alonſo ſe fueſſe a ſus lugares. Orden que ſintiendola impaciẽtiſsimo, y no atreviendoſe a perder el reſpeto a quien la avia traçado; como ſu condicion fueſſe terrible, y deſſeaſſe de ſemejante peſar, ygual vengança; dio ſin poderſe reprimir en perſuadirſe q̃ aquel criado a quiẽ el tanto amava, vencido de las dadivas de ſu muger, le avia deſcubierto: y como a eſta preſumpcion engañada, ſe jũtaſſe el auſencia impenſada de ſu dama, que todo ſucedio en un miſmo tiempo; huvo de quebrar ſu colera y enojo en el pobre inocente, deſtinado ya por ſu contraria ſuerte a morir ſin culpa. Y aſsi ſacandole una noche, como ſolia conſigo, hizo que dos valientes eſclavos que

tenia

tenia para tales empreſſas, eſtuvieſſen en parte, que con comodidad y recato lo executaſſen, aunque no ſin defenſa del triſte hombre; pues aunque ſe vio ſalteado dellos, y de ſu dueño, moſtrò bien quãto hiziera a medirſe ygualmente. Al fin en el miſmo puello, que era algo deſviado de las ultimas caſas, le enterraron diſminiendo la ſangre, y las ſeñales, de ſuerte, q̃ aunque echandole menos, a inſtancia de ſus deudos, que lo tenia en Madrid, ſe hizieron notables diligencias; y aunque la juſticia por algunos indicios, puſo guardas a don Alonſo, procediendo en la cauſa; al cabo ſinſaberſe del muerto rattro alguno, fue abſuelto de la inſtancia, y dado por libre: con lo qual, en cumplimẽto del mandato que è dicho, con toda ſu familia ſe fue veynte leguas dela Corte, adonde en un freſco lugar de ſu patrimonio, y riberas del rio Xucar, vivio con mas quietud, y con menos diſtraymiento: y echoſe bien de ver el provecho y guſto que acarreó a ſu caſa, pues dentro de tres años ya tenia dos hijos en ſu eſpoſa, y con ellos diferẽtes cuydados, que los que halta alli. Llamoſe el primogenito don Diego, y el menor don Fadrique, y uno y otro dè admira-

mirables presencias, y sobre todo tan conformes hermanos, y tan verdaderos amigos, que pudo su singularidad y excelencia, no solo dar dos Heroes a mi historia, sino fama a su nació, gloria a su patria, y materia bastante a dexarlos eterniçados en la estampa.

Ya en aquesta sazon, y aun dias antes que don Alonso se retirasse, avia Carlos V. en Flandes, con aquella espantosa hazaña de la renunciacion de sus estados, echado el sello a sus inmortales y famosas vitorias, pues alcançando la de si mismo, fue la mayor, que en los passados, ni en los presentes siglos an mirado los hõbres. Governava por el ella dilatada Monarchia, su prudentissimo hijo el Salomon segundo, digno aguelo del potentissimo Principe, Felipe IIII. que por dichosos y felizes años, oy reyna sobre sus innumerables señorios y vassallos. Y assi teniendo por la templança de sus ayres, serenidad de cielo, y otras comodidades, particular inclinacion a la assistencia de Madrid: con la continuacion y real presencia, poco a poco se fue estendiendo y ampliando, hasta llegar casi a la grandeza y esplendor en que la vemos; conque todas sus cosas tomaron nue

vo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos, se convirtieron en vistolas calles, los sembrados en grandes edificios, los Humilladeros en Parroquias, las Hermitas en Conventos, y los exidos en plaças, lonjas, y frequentes mercados. A todos, o a los mas destos aumentos, don Alonso alegre con sus prendas vivio ausente, y retirado de grandezas y maquinas; con lo qual, y los menores gastos, fue allegando suficiente suma, y tal segun su rico mayorazgo, que pudo fundar otro en don Enrique, y no muy pequeño: si bien el cumplir este desseo, ocasionò por la escaseça con que tratava la familia; tantas disensiones en ella, que aunque no obstante, salio con lo que quiso, fue acosta de dexarle los criados, olvidar sus obligaciones, morir de pena y otros muchos enfados su propria muger, y ultimamente de malquistarse con sus hijos, q̃ no pudiendo sufrir tal carestia, siendo mancebos de nobles y gallardos alientos, con la conformidad de su voluntad, apenas el mayor dio a entender la suya, quando ya don Fadrique traçava el modo de executarla. Era su intento delos dos obligarle en la Corte, a que los señalasse ali-

alimentos. pues el dote de ſu madre, y los dos mayorazgos de que eran ſucceſſores, los pediã muy grandes; pero dificultavaſelo mucho, la falta de dineros; porque aunque don Diego tenia por ultimo abraço de ſu madre, guardadas en ſecreto ſus mas ricas y precioſas joyas, todo les parecio poco, reſpeto de ſaber quan tercamente los avia de defender ſu padre. Y aſsi reſolviendoſe los dos, acordaron de hazerſe bien eſpaldas, y cargar en las ſuyas con la plata, jaezes, y cavallos; para lo qual haziendo venir algunos de los criados que andavan deſpedido, con galante deſpejo, a la primera caça q̃ ſalio don Alonſo, la dieron ellos alo mejor que avia, y con gran diligencia ſe emboſcaron en Madrid, haſta ver como lo tomava, que no fue con mucho rigor, ſino es que el mal remedio le hizo diſsimular. No era de ſu naturaleza miſerable, ni corto, ſino por acidente cauſado en el acrecentamiento de ſus hijos, y aſsi forçoſamente, como todo avia de ſer ſuyo, huvo de conſolarſe en la perdida. Con tal aviſo alegres los hermanos ſalieron en limpio, echaron libreas, puſierõ caſa, y cuerdamẽte comẽſaraõ ſus gaſtos y deſpenſas, de ſuerte, que veyn-

mil ducados que trayan consigo, pudiessen lu-
zirles, y fomentar su intento. Eran entrambos
bizarrissimos moços, lindos ginetes, diestros
en todas armas, callados, comedidos, y en es-
tremo valientes, de forma que sin tener neces-
sidad del aplauso y abono de sus muchos deu
dos, en pocos dias se hizierō los ojos de la Cor
te, y en menos de año y medio, se hallaron con
los alimentos que pretendian; porque avien-
dolos puesto en tela de justicia, aunque su pa-
dre los contradixo, y aunque intentò que al
menos se les pusiesse en cuenta lo que se avian
tomado, como no huvo provança (merced a
la aficion de sus criados que se hizieron mu-
dos) sin mayor dilació aprovò el Consejo los
que parecièron forçosos; causa para que sin
muchas escaseças se alargassen sus galas, y se au
mentassen sus luzimientos; y assi aun antes des
to; pocas fiestas, o regozijos publicos huvo, en
quien ellos no se señalassen, ni en quien cō suer
tes venturosas no grangeassen tierra. Valianse
y apadrinavanse en semejantes ocasiones tan
a punto, y estavā en aquello tan diestros, y avi
sados, que ni para favorecerse avia larga distā-
cia, ni para su advertencia, ocupacion, recato,

ni intereſſe, que los deſquadernaſſe. A eſſe propoſito, no juzgo fuera del eſcrivir un lance peregrino, que en la preſencia de Felipe II. les ſucedio en las primeras fiestas que fue conocido ſu valor.

Parece ſer, que no ſe cõcertavan, aſsi por el gran numero de pretenſores, como por otras circunſtancias los cavalleros que avian de ſer en el juego de cañas, y aſsi viendo ellos ſemejante deſorden, como diſcretos y corteſes, aunque entre ſus naturales no avia otros mas dignos, diſſistieron del juego, pero no de alegrarle con capa y gorra, y algunos rejonazos, miẽtras ſe apercevian las quadrillas. Cumplioſe aſsi ſu intento, y a tan fuerte ſazon, que pudo ſuzeder un deſman, porque (por culpa o deſcuydo, del que los ſoltava) quando los hermanos entraron, ſe hallavan en la plaça dos valientes toros, y no aſsi juntos como acoſtumbran por natural diſtinto, ſino como dos deſatados Leones divididos, y cada uno haziendo por ſu parte laſtimoſa riça en el pobre perſonage. Parece que la buena fortuna deſtos mancebos, para que aſsi mejor luzieſſe y canpeaſe, avia guiado el ſuceſſo deſta ſuerte; porque apenas viendo

do

do lo que paſſava, tomaron de ſus lacayos ſen dos rejones, y ſe apartaron hazia donde cada qual delos toros hazian anchuroſo circulo, quá do cali a un miſmo tiẽpo enbiſtieron con ellos, mas con diferentes ſuerte; porque don Fadrique el menor, rompio gallardamente el aſta en pieças reylando en la cerviz la reſta con el yerro; mas don Diego, aunque quebro firmiſſimo, fue tanto lo que el toro ſe le entrò por el lado, que llevandole de hilo las cinchas y correas, le dexò por la falta de ſilla en evidente rielgo de perderſe; y parecio ello aſsi, porque rebolviendo ſobre el, con el ſentimiento de la herida, al primer encuentro le arrojò con la ſilla a la otra parte, que cayendo de pies, mientras en un inſtante embaraçado el toro con la ſilla, le dio lugar, ya el con la eſpada en la mano, pudo recibir el ſegundo golpe; pero tan enſi, y animoſo, que embiſtiendole con la capa en los ojos, al baxar la cerviz, le dexò ſin ella, tendiendole en el ſuelo con la mas horrible y fiera cuchillada, que deſde entonces acá ſe à viſto en aquella plaça.

Todo eſto ſucedio tan a caſo, tan en un penſamiento, que caſi al miſmo inſtante don Fa-

drique avia hecho su suerte, y don Diego espe rava cavallo: mas como a los alaridos que da- van los presentes, alabando el sucesso, fuesse preciso el bolver. tambien el rostro a aquella parte; apenas don Fadrique lo hizo, quando mirò a su hermano a pie, y rodeado de infinita gente; y no parando aqui su turbacion, al pro- prio punto vio assi mismo al furioso animal, q̃ de su braço avia escapado, que con ligeros pas sos, desembaraçando la plaça, llegava al pues- to. Tenia ya otro rejon en la mano, y assi cono ciendo el peligro, no despide su flecha el arco indiano tan veloz y presta, como el arrancò en favor de su hermano, y tan a lindo tiempo, que aviendole sus criados mismos desampara do, parecio necessaria su ayuda: la qual fue tan ay- rosa, que atravessandose en medio, hecho escu do del querido hermano, recibio la indomable bestia con tan gallardo pulso, que ayudado del cielo, y de su buena suerte, apenas enderçò el rexon, quando partiendole la nuca, con aclama ciones del pueblo, y admiracion y gusto de las damas, le dexó haziendo sombra al compañe- rõ muerto. Subio en tanto en otro cavallo dõ Diego; y mandò sacar bien mal herido al de iu

entra-

entrada, como ſi por ellos no huvieran ſucedido dos tan notables caſos, aſsi graros y humildes paſſcando la plaça, correſpondieron al aplauſo y parabienes, haſta que entrando los del juego, haziendo acatamiento a los Reyes, la deſocuparon. Dixoſe por muy cierto, que aquel prudente Principe avia admirado el ſuceſſo, y alabado de valientes y fieles amigos alos hermanos; conque quedò calificado ſu hecho; y mas acreditada ſu opinion, y realmente toda eſta honra mereció con juſticia, ſu vizarria y deſpejo; porque no aſsi tan ſolo en aqueſta ocaſion, ſino en otras ſin cuento, moſtrando ſu valor, fueron mas dignos, como ſe yra advirtiendo en el diſcurſo de la hiſtoria que tenemos entre manos.

Nunca como en las de mas acciones humanas faltan a ſemejantes acidentes, embidias y emulaciones, como ni tampoco a los grandes ſujetos, o ya por el ingenio, o ya por el valiente y alentado eſpiritu; y aſsi en alguna manera fuera caſo de menos valer, ſi a los nueſtros faltara eſta excelencia. Ser virtuoſos, ſer corteſes, ſer recatados, piadoſos y diſcretos, y por el cõſiguiente murmurados; tẽgolo a mucha dicha,

como al contrario por afrenta, è injuria de los hombres, al que no lo es; porque este tal a falta de virtudes y meritos no es embidiado. No assi fuera de intento é escrito estas breves razones, antes si, con muy gran causa, pues es bien de notar, que sin averla estos cavalleros dado por ningun camino, ni entrado en lances, que como tan vizarros mancebos pudieran, fomentaron en su contra la voluntad de un gran señor, tan mal afeto, que en qualquiera ocasion procurava dismunuyrlos; y esto con tã publico estremo y descortesia, que ningnno en presencia, ni aun a sus oydos tratava de alabar, o engrandecer sus cosas, q̃ no le hallasse opuesto y disgustado. Que nõbre pues daremos a semejãte exceso? que titulo a tan baxos embites, o a que parte atribuyremos su mala voluntad? pienso que sino es llamarla vil enbidia que no tengo otro atributo a que acogerme: por lo menos en muchos dias no se entendio otra causa, ni los hermanos curaron de sabella, y no porque les tuviesse a raya el ser este cavallero Marques, rico y brioso, que para tanto estado, ellos estavan tan emparentados, y bien quistos, que pudieran frisar con el, y darle mu-

cha

cha mohina, solo les enfrenava su generosa y noble condicion, y dessear conservarse con agrado miétras el, no les empeñasse al descubierto. Tales, y tan hõrados propolsitos, fuerça era que se lograssen aumentãdo su credito; y assi aunque en tan verdes años, alcançaron tan gran predicamento, que no solo los preciavan por generosos y vizarros, sino por prudentes, cuerdos, y de maduro juyzio. Cosas erã aquestas para que llegãdo a noticia de su padre mudara condicion, y se gozara mucho con tales hijos; y sucedio ello assi, porque desseando los dos bolver a su gracia; con otras diligencias la grangearon, y de suerte, que desde alli adelante su mayor cuydado de don Alonso (al fin padre) era el acrecentamiẽto y gusto de sus amados hijos. Criavales gallardos potros, entretenianse en bordarles jaezes, y remitirles nuevas galas, allegarles dineros, y labrarles ricas y preciosas alaxas, y sobre todo, en darles estado y cõpañia digna de su valor, y muchas virtudes; con lo qual los nobles mancebos andavan luzidissimos, y passavã loablemẽte su juventud, sin aver hasta entonces abierto puerta a las nocivas llamas de amor, ni entrado enñi [illegible] de sus

ardientes juegos. Començava en aquesta sazon la primavera, y don Fadrique, gozando la frescura de sus mañanas, con mas inclinacion que don Diego, salia a ver en el cãpo dela tela, hazer mal a sus cavallos, a diestrarlos en los tornos, y castigar siniestros resabios. Gustava notablemente de semejantes exercicios, con lo qual pocos fueron los dias de aquel alegre tiẽpo, que dexando en la cama a su hermano, no le viessen la puente Segoviana, y los cristales puros de su rio: y uno destos, que al descubrir el Sol baxava al puesto, queriendo un poco antes apearse, apenas lo huvo hecho, quando emparexando con el quatro mugeres que queriã atravessar la puente, reparandose el algo a mirarlas, vio que con ygual intento avian hecho lo mismo; con que mas advertido en su curiosidad las hizo un humilde acatamiẽto; porque no obstante que siempre en el avia tales estremos, la estofa de la ropa juzgò por digna de mayor cortesia.

La respuesta que tuvo el comedimiẽto cortès de dõ Fadrique, fuè de otra gerarchia, porque haziendole señas que se acercase, la una tapada hasta los pechos, adelantandose de la

compañia algunos passos, en baxa voz le dixo con discreto donayre: Si os atreveys como a matar toros en la plaça, a seguirnos aora en est te campo, no es pequeña aventura en la que os pondreys, pues aviendo de llegar a San Ysidro, solo porque el azero que se toma por vos (mas que por otro achaque) no se buelva contra nosotras, os remetiremos nuestra guarda, y por lo menos podreys venir seguro, que si uviere cavalleros andantes que lo impidan, todas nos avremos de ver a vuestro lado. Aqui no sin alguna risa callando ella, respondio don Fadrique; conociendome, como days a entéder, mal aveys hecho en mandarme con tan largas razones, pues sola la presumpcion de que me ayays menester, basta a ponerme en peligros de veras, quanto y mas en cosas tan de gusto: y diziendo y haziendo, mandò a sus criados que le atendiessen, y poniendose delante, començó a acompañarlas. Passaron en alegre conversacion la puente, y con la misma llegaron a la hermita; si bien en toda esta distãcia, quien sustentò la tela, fue la misma que primero avia hablado le, mas por tan discretos ambajes y rodeos, que se le conocio, hablava en nombre

de

de otra; y que assi mismo atendia a recatar de las de mas el alma de su intento. Repararonse en aquel Santuario un grande espacio, en quiẽ la propria tomando por la mano otras dos mugeres, y fingiendo yrse a gozar de la milagrosa fuente, dexò a don Fadrique por guarda de la ultima, la qual apenas se vio sola, quando alçãdo del rostro el sutil mãto, descubrio de improviso un pedaço de cielo lleno de Soles, arreboles y estrellas, que casi su belleza; y mayormente tan nueva admiracion, le dexò suspendido. Reconocio su turbacion la dama; y aunque ella estava en no mejores terminos, con todo essolo le ganò por la mano, y con alegres ojos, y dulcissima voz, le dixo: al fin señor don Fadrique, este buen dia yo me le è grangeado por mi lance, pues es cierto, que segun andays poco advertido, con quien tanto dessea vuestro gusto, ni el miraros desde el coche tan libre, ni el aplaudir a vuestros ojos essa dichosa suerte, ni aun menos recatadas diligencias, y aciones fueran bastantes nunca, a grangear mejor correspondencia, y a escusar mi cuydado, de semejante atrevimiento y libertad. Pero al fin, como vos no la tégays por tal, y como yo quede

en vuestra opinion, en el predicamẽto que mè reseo, dare por perdonados tales descuydos, y aun los disgustos y riesgos a q̃ me è dispuesto, si esto imaginassen los mios: los quales aun son mayores de los que puedo encarecer, y solamẽte los que an tenido a raya mis afetos, porque ni tengo criado de quié harme, ni aun muger en mi servicio, a quien (fuera de la que os vino hablando) pueda descubrirme. Ella es buen testigo de lo mucho q̃ me deveys, y no huviera dilatado, segun me quiere, el hazeros cargo de tal deuda, si como yo no estuviera en el mismo recato, en la misma guarda y clausura. Pero ya que los cielos an destinado por terminos tan tristes mi contento, no à de faltar alguna buena estrella que nos ayude; siẽdo vuestro gusto verme, y hablarme por adonde viniẽdo a deshora, pienso que avra lugar. Esse papel os dira la parte, y en el conocereys quantos dias è andado prevenida; y aora porque este sera el ultimo dia que è de salir al puesto en q̃ me veys, seguidme, o hazed saber mi casa, y en tanto el cielo os guarde, y dè a mis pensamientos acogida en vuestro pecho.

Con lo que arriba dixe sin esperar respuesta dexan-

dexandóſe un papel en el ſuelo, y a don Fadrique en extaſis abſorto, llamando a ſus criadas ſalio ala puerta la hermoſa dama; y riñendo cõ mueſtras de mohina el dexarla ſola, bolvieron al camino, haziendo el aſſombrado cavallero (guardãdo el papel dicho) el miſmo oficio; no obſtante que con menos deſcuydo, y aun ſoſſiego que vino, y aun ſi dixeſſe libertad, no ſeria engaño. Tan impenſado fue el ſuceſſo, tan peregrina el aventura, y ſobre todo portentoſo, e increyble; que ſujeto tan bello huvieſſe con igual deſpejo, moſtrado a un hombre humano rendimientos incapazes de credito, q̃ no por menos los apercibia don Fadrique, juzgandole por indigno de tanta gloria. Tales diſcurſos entretuvieró ſu jornada, haſta dõde atẽdian ſus criados, y adonde deſpidiendoſe de las damas, mandò ſeguirlas, y que el mas confidente tomaſſe las ſeñas de la caſa; y proſiguiẽdo el a la ſuya, queriendo antes de deſcanſar ver a ſu hermano, que aun ſe eſtava en la cama, le hallò leyendo un papel, y junto a el un page que le avia traydo. Holgoſe ſumamente don Diego en viendole, porque la reſpueſta del que tenia en la mano, pedia la conſulta de

entram-

entrambos, y aſsi poniendole en las ſuyas, aunque don Fadrique traya ſuficientes cuydados, no fueron menores en los que de nuevo ſe hallò, leyendole en la forma ſiguiente.

Papel para los dos hermanos.

BAraias haze mañana grandes fiestas, a quiẽ de ſecreto aſiſten los Reyes, y en publico lo mejor de la Corte. Deſſeo ſobre todas las coſas, y aun deſſeamos, que vos, y don Fadrique aſſegureys nueſtro cuydado, eſcuſando el rieſgo de mas lançadas, ni peligroſas ſuertes; pero no que falteys en ellas, pues auſentes, mas nos cauſaran peſar, que regozijo; y en tanto no cureys de apurar al portador, porque lleva tan limitada licencia, como tienen ſus dueños, que reſpetando dificultades grandes, y imposibles mayores, ſolo pueden veros muy poco, y deſſearos mucho.

No era mas largo el villete, y ſi no hallãdo en el coſa que dificultaſſe ſu eſpidiente, algo riſueño bolviendoſe a ſu hermano, le dixo: aqui ſeñor no ay ſino obedecer, dè donde diere, que por lo menos ſi nos hallaremos engañados, no nos podran tener por deſcorteſes; y aũque como aora ſabreys, yo pudiera con razon eſcu-

eſcuſarme, a trueque de no caer en mal termino, atropellare mi volũtad. Alto pues replicó don Diego, pues eſſa es la vueſtra, no ay ſino prevenirnos; y con eſto deſpidiendo al criado, le embiaron con el miſmo parecer, y tornando a ſu platica, en ella don Fadrique, dio a ſu hermano larga cuenta de ſu aventura, y juntamente del papel que aun no avia leydo; de que no poco admirado, abriendole, y juzgãdo por encanto lo de aquel dia leyò en el los ſiguientes renglones.

Papel a don Fadrique.

VN año nizo el dia de los Reyes, que en las juſtas de Reales de Palacio, entre los muchos premios que a vueſtro vãlor dieron los Iuezes, me llevaſteys el mejor de mi alma, q̃ aunque conoce (ſegun pide ſu natural verguença) atrevimiento y libertad tan indigna de ſu noble ſer; la fuerça que le an hecho mis ſentidos, la reſiſtencia loca de mi pecho, el dolor y tormento de mi coraçon; al fin, al fin la an atropellado y vencido; y de tal manera, que ſus rendimientos ſeran eternos, aunque mi deſdicha y vueſtra diverſion ſean perdurables. Peró ſi ya eſte llegare por dichoſo a vueſtras manos,

nos, no permitays que su dueño por desdicha do quede sin el premio de veros, pues esto os sera facil, advirtiendo la casa, y demas señas que van en esse membrete.

Era verdad como el papel dezia, porq̃ dentro del en otro mas pequeño, prosiguiendo la orden, hallaron los hermanos, señas tan claras, y razones tan infalibles, que no se podia errar el intento. Y assi, aunque con recato particular, aviendo de yrse otro dia a Barajas, tuvieron por preciso el acudir al puesto que se le avisava a don Fadrique, como en efeto lo cũplieron aquella noche. Pues ya a las doze, q̃ era el termino señalado, el galan estava donde el papel dezia, q̃ era cierta calle escusada, a quié salia una ventana baxa, y don Diego haziendole su escolta, y no sin grande aviso, porque respeto dela grãdeza y sumptuosidad de la casa, juzgava por necessario todo su recato y secreto.

Salio en esto la dama incompatablemente hermosa: porque el contento de ver a don Fadrique tan puntual, acrecentò aquel atributo, que encareció el amãte con todas veras, señal de que ya estava para menores burlas; mas el ser bien pagado, disculpò su breve vallallage;

pro-

prometiole eſte, eterno, y diziendole ſu nombre la dama, que era Leonarda, ſe deſpidieron mas alegres haſta bolverſe a ver. Bie quiſiera don Fadrique que ſu hermano diſculpara ſu aficion viendo ſu empleo, mas pareciendole muy temprana licencia, la dilatò a mejor ocaſion, y recogiendoſe con el, parlando en diferentes coſas hizieron hora de dormir; y otro dia a las tres de la tarde, teniendo prevenidas ventanas, con ricos y precioſos veſtidos, y algunos amigos y criados particron a Barajas. Si bien quando llegarō, eſtavan ya las fieſtas començadas, y los andamios tan cerrados y llenos, que para poder yr a ſu puesto, huvieron de atraveſſar la plaça; y aſsi deſde adonde ſe les dexò paſſar en tropa como eſtavan, no ſin rieſgo del toro, y con alguna prieſa cruzaron haſta ſus ventanas. Bien penſo don Diego, que don Fadrique yva en ſu compañia, mas engañoſe en ello, porque embaraçado en el camino, muy ſin penſarlo, ſe quedò muy atras, y echandole menos al bolver la cara, le vio que paſſo a paſſo, y como ſino anduviera un demonio en el coſo, haziendo con los cuernos remolinos de gente, ſe acercava a las ventanas ſin

nin-

ninguna pena. Mas no pudiendo ſufrir el cora
çon mirarle en tal peligro, ſin que las vozes, y
aun los braços de ſus amigos fueſſen baſtan-
tes, ſe arrojò por el coſſo haſta emparejar con
ſu hermano. Pero eſtando muy cerca de ſalir
con ſu vizarro intento, no ſin admiracion de
los preſentes, turbò, no ſu buen animo, mas to
da el alegria de la plaça, el embeſtir el toro a
aquella parte. Venia el feroz animal todo ſan
griento bramando, y acoſado con algunas gar
rochas; y no obſtante los dos buenos herma-
nos, le atendieron, no juntos como ſuelen en
tales caſos, mas antes apartandoſe algun tã-
to. Aqui no ſè ſi temiendo la empreſſa, o aban
donado del grande atrevimiento, quatro, o
ſeys paſſos dellos, reparò el bravo toro, y aſsi
mientras con furioſas piſadas arrancava la me
nuda arena, no quedò dama en balcon, hóbre
en andamio, que no los dieſſe gritos, que no
los pidieſſe ſe retiraſſen: mas fuera entonces
ponerſe en conocido rieſgo, a de mas, que ſin
mayor tardança, los embiſtio tan ciego, que
en un punto ſe hallò con las dos capas en los
ojos, y cortadas las piernas. Mas aqui ſe vio
aora el rumor del vulgo, los alaridos y vozes

de la gente, aqui el alargar los cuerpos en las ventanas, aqui el empinarse unos sobre otros, y finalmente, los mayores aplausos, las mayores alabanças que oyeron hombres. Tomaron sus capas, y con las gorras destocadas, prosiguiendo a su puesto; de un balcon, al passar, dos damas atapadas, dexaron caer encima dellos una vanda pagiça, y un bordado lençuelo, mas con tanto descuydo, que sin ninguna nota se salieron con ello, porque todos, y todas estavan empleados en mirar los valientes mancebos, los quales alçando sus dos prẽdas, y haziendo a aquella parte cortesia, se subiera sus ventanas; desde adonde, aunque curiosos procuraron atalayar la causa de su venida, que bien creyeron fuessen las de aquellos favores, se cansaron en valde; porque ni aun una seña, un bolver de ojos, un minimo cuydado no llegò a su noticia; con que sin mas rastrearlo acabaron de ver las fiestas, y no teniendo mas q̃ hazer alli, tomando algun refresco, en desbahando el vulgacho, y aun el espeso polvo del camino, ya de noche dieron la buelta, engañando el corto viaje con gustosos motes, y até diendo a matracas, de no menos donayre y re

gozijo;

gozijo;hasta que llegando al nombrado arroyo de Brañigales, les cortò el hilo dellas otra tropa de gente de acavallo, que en llegando a juntarse,les preguntaron por los dos Mendoças, que apenas le oyeron nombrar, quando a leuantádose un poco,dixeron, que ellos erá, á que haziendo semejante ademan otros dos de la contraria parte, arrimandose a un lado, les respondieron pues si nos dan licencia vuestros compañeros,os querriamos hablar;como mejor mandaredes replicò don Fadrique,y hazed cuenta que la teneys,y con tanto acercandose mas el,y su hermano,en llegando a postura, conocieron al mal intencionado Marques, que dixe arriba,y a otro gran cavallero primo suyo,que tomando la mano,mientras ellos dil' pusieron las suyas para qualquier sucesso que se ofreciera,les començò á hablar de la suerte que oyreys.

Aunque el puesto (dixo su primo del Marques)para difinir ciertas dudas, no era poco a propolito,toda via la mucha gente que traeys, y la que a nosotros acompaña,lo contradizen; y assi,segun aquesto, fuerça sera que nos digays en que parte los dos a los dos,solos os ha

llaremos en tocando a Maytines, que alli ſere mos puntuales, y alli quedaran diſſinidas de u- na manera, o de otra nueſtras coſas. Harto me jor os fuera, reſpondio don Diego, que pues tantas ganas teniades de hablarnos, lo huviera des anticipado, o almenos advertido con mas ſecreto, y no que agora viendo ſemejantes fa- ciones (pues llano es que no an de preſumir bien los que nos miran) alborotemos la Cor- te, y todo pare al fin en ayre, y en priſiones; pe- ro en efeto el caſo no tiene ya remedio, ni tam poco le tiene el ſeñalaros lugar, haſta que a eſ- ſa miſma hora nos juntemos en la puerta cerra da, donde podremos elegirle mejor, y mas ſe- guramente; y en tanto andad con Dios, que os quedo en cargo, y deſſeoſo de ſerviros, mer ced que à muchos dias tengo bien eſperada. Pues quede aſsi como ordenays, replicó el Marques; que ya podria ſer ſe dieſſe a manos llenas toda ſatisfacion a vueſtros deſſeos. Con eſto fingiendo alegres roſtros, y con gallardo diſsimulo proſiguieron los unos, y los otros, o por lo menos aſsi lo hizieron los dos Mendo- ças; los quales en llegando a ſu caſa, aviendo muy guſtoſos cenado, deſpedidos de los ami-

gos,

gos,y haziendo recoger ſu gente,ellos ſolos ſe armaron, y puſieron en forma; ciertos de que todo les avia de ſer forçoſo, y de que el Marques, ni ſu primo, avian de ſalir en camiſa; y ſiendo ya la hora, en un inſtante previnieron el pueſto;ſi bien no tardò mucho en verſe juntos;con que concertádoſe en breve, ſin hablar en el caſo,guiaron a la puente Segoviana a inſtancia del Marques, coſa en que los hermanos erraron largamente, pues de ſolo pedirſela el contrario,eſtava ſoſpechoſa, pero por no moſtrar deſcredito atropellaron por ello. Seria la una quando ſe hallaron en los primeros andenes; y aſsi reparandoſe alli, buelto a los dos Mendoças, el Marques les dixo: Muchos dias à que temiendo llegar a eſtos terminos lo è eſcuſado, pareciendome, que como foraſteros,ignoravades nueſtra pretenſion,o que corriendo el tiempo, llegando a vueſtra noticia, eſcuſariades los continuos paſſeos de la calle, y aun los cuydados y penſamientos de la ſeñora Hipolita,mas yo é vivido engañado, y aun ella pienſo que lo eſtà para vueſtro daño. Deſta verdad eſtoy muy ſatisfecho, y aſsi no pretendo aora que trateys de diſculparos,porque

si hasta aqui os pudiera admitir qualquiera es-
cusa, y tan graves ofensas, y a mis ojos, no pi-
den sino obras. Aqui avemos salido mi primo
y yo, porque tambien a el le toca mucha par-
te, a que nos deys una vanda y pañuelo que
os arrojaron oy de un balcon en Barajas: ved
pues si lo tracys con vosotros, o sino, quien à
de bolver por ello, que con dárme de presen-
te este gusto, y para lo futuro palabra de alçar
mano destos locos intentos, podreys en paz
bolveros, y grangear en mi un hõrado amigo.
Cesó con esto, y no sé si presumiendo que bra
mavan los dos por responderle, o si por no de-
zir mas descortesias: y assi, viendo don Fadri-
que a su hermano, que arrebatado dellas, segũ
su condicion, no avia de replicar cosa a propo-
sito, tomandole la mano, lo hizo el desta suer-
te. Porque don Diego està con mucha prieſa,
y sè que dessea satisfazeros sin retoricas, acor-
tare yo con las mias, porque toda via conozco
ser conveniente atender a esto, como despues
a lo que mas importare: y assi señor Marques,
ante todas cosas os juro, que real y verdadera-
mente, no solo ignoramos vuestras pretensio-
nes, la calle dellas, y a la señora Hipolita, pero
de la

de la miſma manera, los demas aderentes deſ ta platica; a los quales por abreviar palabras, y porque ellos, y ſu diſpoſicion no admiten otro modo, ſatisfare yo con deziros, que en quanto a penſar que ſomos foraſteros, eſtays tan engañados como ignorantes, en que ſomos mas naturales deſta villa, que vos y vueſtro primo lo ſoys de Eſpaña; y en quanto a vandas y favores, ſatisfaciones y enojos, obras o palabras, y a las demas locuras que aveys dicho; en las unas afirmo que aveys andado neçios, y enlas otras mentido por la barba. Y dando un paſſo breve, diziendo y arrancando las eſpadas, en un inſtante como dos torvellinos les cargaron de tantas cuchilladas, heridas y golpes, que a no llegarles preſto una celada (infame diligencia entre hombres nob'es) ellos acompañaran haſta el dia del juyzio, las loſas de la puente. Eſtavan quatro hombres en un ſombrio barraco que alli cerca ſe haze, y acudiendo en un punto, no ſolo los libraron de muerte, aunque no ſin grandes heridas, ſino que aſsi meſmo dieron fuerte apreton alos hermanos, que mas animoſos y alentados con ſemejante traycion, los embiſtieron; y rebatiendo ſu impetu con

deſtreza y fuerça monſtruoſa, a ſu peſar dexã-doſe dos compañeros muertos, los arrancaron haſta la miſma puerta; adonde ſacando algunas luzes, y acudiendo gente, aſsi unos como otros, acabaron de dexar la pẽdencia; porque no menos ayuda el cielo a la razon, y a la virtud, ni menos ſe caſtiga la ſobervia y locura. No quedaron los Mẽdoças heridos, coſa que en parte confirmò ſu juſticia, con que atribuyendo a Dios tan buena ſuerte, y aviſando en ſu caſa, ſe retiraron a un convento.

Luego el ſiguiente dia ſe eſtendio por la Corte elle ſuceſſo, y como ſiempre ſuele, dividida en corrillos, unos la contavan de una manera, y otros de otra; ſi bien en todas partes inclinados a los dos hermanos favorecian ſu cauſa, y afeavan la traycion de los contrarios, que peligroſamente heridos, aſsi amos, como criados, tenian hecho un hoſpital el convento de Atocha. Y porque aun mejor ſe conozca el gran predicamento de los Mendoças, la volũtad del vulgo, y ſu agradecimiento, dire la defenſa y eſpaldas, que en eſte interin tenia ſu opinion, y eſta aun en los templos del Dios Baco, digo en los tabernaculos de la Gula, y em-

bria-

briaguez. Parece ſer, que en una deſtas caſas, governandoſe el mundo por algunos lacayos, entre los muchos triunfos de ſus rentoyes, ſalio el de la reciente pendendia, en quien dos de aquellos miniſtros, no ſolo no ſe cõtentavã cõ dar por movedores, y agreſſores della, a los nobles hermanos ſino que juntamente con alaracas y juramentos afirmavan ſer ellos los que llevavan la celada, y los que engañoſamẽte ſacaron al Marques a ſu pueſto. Con lo qual, y cõ otros oprobios irritado el hermano tabernero, que era de los del ampa, y un eſpartero, que los contradezia; de vna palabra en otra, y de un brindis en otro, ſe encendieron de ſuerte, q̃ deſmintiẽdoſe, a lindas cuchilladas cayò muerto vn lacayo, y el otro eſcapò a Santa Cruz herido, mas acudiendo la juſticia, el oficial de eſparto ſe puſo en cobro, y el tabernero que era algo peſado, quedó por prenda de los agarradores. Procedioſe contra el, y cabalmente le condenaron a horcar; y pagara el eſcote, ſi llegando a noticia de los dos cavalleros ſemejante ſuceſſo, no arrimaran los ombros, y el favor dé ſus grandes amigos, y le ſacaran libre del aprieto, pagandole, no ſolo quanto avia gaſtado,

do, mas ãun las perdidas y ganancias que podia aver tenido en ſu oficio, y ultimamente el perdon de la parte, y una muy buena joya para memoria de ſu amiſtad. Y no parò en eſte exemplar del vulgo, el credito grangeado y merecido, porque llegando de boca de Ruy Gomez de Sylva a notica de ſu Mageſtad la verdad del ſucceſſo referido, fue tan mal parecido, que al punto mandò ſalir al Marques, y a ſu primo de la Corte, que lo cumplieron ſin embargo de ſus heridas; y aſsi miſmo, que las juſticias advirtieſſen la de los dos hermanos, con toda reſtimacion y ſuavidad, dando a entẽder con eſto la mucha que tan alto Principe hazia de tales hombres; los quales en ſan Franciſco recogidos y viſitados de toda la Corte, no huvo noche en quien, a la ocaſion de don Fadrique, no ſe hallaſſen con el ſoſsiego que primero, y con tan grande guſto de los dos amantes que a no tenerle a raya ciertas dudas graviſsimas, y el reſpeto devido a ſu decoro huviera don Fadrique tomado diferente titulo, que el de pretendiente. Pediale Leonarda, que ſe caſaſſe con ella, o que a lo menos la dieſſe palabra, o cedula, en cãbio de meterle en ſu caſa. Y

para

para eſto esforçava ſu guſto con el ſer forçoſa heredera de vn rico Mayorazgo; q̃ junto cõ ſu gran hermoſura era precioſo dote, ſi como el cavallero eſtava ſatisfecho deſta verdad, lo eſtuuiera, de quien era ſu padre. punto ſobre el qual, ſe hazian en Madrid diferentes gloſas. Avia criado a eſta hermoſa dama ſu miſma aguela muger en cuyo poder eſtava entonces, y ſeñora de mucha calidad y aun prudencia varonil; de la qual ſe dezia que aviendo tenido una ſola hija de peregrina y notable belleza, ſiendo donzella, engañada de un grande perſonage, avia dado mala cuenta de ſi, y al mundo en la gentil Leonarda aquella muestra de ſu exceſſo y pecado, y juntamente, que la diſcreta madre eſperando con ſecreto ſu parto, la avia con rigores, forçado a entrarſe en un Convento, en quien haziendo profeſsion la tenia ſepultada. Y como tales coſas eran tan delicadas y de honra; entendidas por don Diego, temiendo la paſsion del hermano, no ſolo ſe las hizo ſaber, ſino que con todas ſus fuerças, procurava diſuadir ſu voluntad. Mas como eſta, aũque en tan cortos terminos, avia abierto grandioſa bateria, fuera deſatino intentarlo, a demas

mas q̃ su ciega aficion le ofrecia tan aparẽtes y diſcretas diſculpas, q̃ ſin duda con ellas, una vez, o otra, era muy de temer ſu arrojamiẽto.

En ſemejantes lances ſe les paſſaró alos dos hermanos algunos dias de ſu retraymiento, en quien, uno de los que con menor cuydado eſtavan, porque don Diego no ſe preciaſſe de tãta libertad; remanecio en ſu quarto una mañana el paje del aviſo de Barajas, con otro ſemejante villete, que abriendole, admirados de q̃ huvieſſen aquellas damas duendes, acordadoſe dellos, vio que aſsi dezia.

Papel para los dos hermanos.

YA el cielo condolido de mi largo penar, parece que à moſtrado ſu arco de Yris, aplacãdo mis borraſcas, de ſuerte, que de las miſmas vueſtras aya nacido la paz que mi alma à deſſeado. Sabreys aqueſta enigma claramente, ſiſiando os de mi, y de q̃ no ſeran horas mal gaſtadas las vueſtras, tuvieredes por bien de llegaros adonde eſſe criado os guiare eſta noche, que con la ſerenidad y quietud de que gozan mis umbrales (merced de vueſtros braços) y con el valiente hermano vueſtro, deſſeado por acà, no menos que vos; ni avra enemigos que

temer,

temer, ni recato en que reparar; fuera de que perdida la ocaſion, podria ſer q̃ advertida algũ dia, mereciesſe vueſtro arrepentimiento.

En tocandoles a los dos hermanos en caſo de enemigos, temores, o ſeguridades, lo llevaran por la miſma razon, haſta las infernales fraguas de Vulcano. Y aſsi no reparando en mas conſultas, regalando al paje le enbiaron cõtento, y aviſado enel punto y la hora, en quiẽ aforrados los pechos (que las almas no ſon para covardes, ſino para quiẽ ſabe emplearlas, y defenderlas) dexandoſe guiar ſalieron en ſu compañia la buelta de los Convalecientes, a cuya anchuroſa calle dando una breve buelta, en un rincõ, o eſgonce, q̃ hazia encubierto la miſma pared, tocaron un pequeño poſtigo, q̃ abierto con las llaves q̃ traya ſu guia, yendo ella delante, y bolviendo a cerrar, ſe hallaron en un gracioſo jardin, tan oloroſo y bien traçado, q̃ caſi por ſu raſtro, pudieran alcançar el eſplẽdor del dueño. Hazia frontera enel un levãtado quarto, al parecer eſpaldas de unas gentiles caſas q̃ cayan a la principal calle, y aſsi aviẽdolo todo reconocido el paje, y hallado que eſperavan, los aviſò llegaſſen a una de ſus fuertes rexas.

en

en quien a pocos paſſos deſcubrieron una vizarra moça, que recibiédolos con riſueño ſemblante, y mas hermoſos ojos, los dexò a entrábos en ygual eſtimacion de ſu mucha belleza; y mayormente quando oyendola hablar con voz dulciſsima, conocieron ſu diſcrecion y gallardia. Eſtava adornada de requiſsimas ropas; y aſsi ſu compoſtura, divino olor, gracia y donayre, pudiera ſuſpender qualquier cuydado. Dixoles luego, que fueſſen bien venidos, y proſiguiendo ſin apartar la viſta de don Fadrique las ſiguientes razones: Si como aveys ſido deſſeados de la ſeñora mi prima y de mi, huvieran en noſotras faltado, como oy los inconvinientes, eſtad muy ciertos, que ni la ayda a barajas ſe huviera imaginado, ni la vanda y favor con que os ſervimos fuera ocaſion de tales inquietudes, ni quiça el loco devaneo del Marques ſe huviera puesto en terminos de forçar voluntades de otro dueño; y finalmente no ſe viera oy nueſtra caſa, o por mejor dezir la mejor prenda della en tan grave deſeſperacion y diſguſto; y bolviendo de nuevo el roſtro a don Diego, con que parecio que a el ſolo tocava lo reſtante del cuento, diſcurrio con la

miſ-

misma gracia, y dixo: El Marques vuestro opuesto, desde Alcala, adonde assiste herido, à embiado a pedir a mi tio el Conde a su hija Hipolita, y pienso que sin duda se efetuara su intento, porque como los padres reparan algo mas en la comódidad del estado, que en la cõformidad del gusto, sin empeñarse en este; no ven que matan a su hermosa hija, y rompen en forçarla el baculo de su vejez, y el mas luzido espejo de sus ojos; no sè hasta aora en lo que para, ni menos si las lagrimas de Hipolita an de mudar la aprehension, que como buenos Catalanes an hecho en su primero parecer: ella està sobre cena en aquestos discursos, y assi cõ vuestro gusto sera bien que le avise, y que en el interim os recosteys en essos jazmines.

Con tanto, aviendo los cavalleros besado antes y despues las manos a aquella dama; que dando en la mayor confusion que nunca tuvieron, repitiendo tan varias y notables cosas. Dezia don Diego a don Fadrique, no con pequeño gusto: hermano, que Hipolita es aquesta, que Conde Catalan, que casamientos son estos en que estamos metidos? que maquinas y ambages nos rodean? Yo de mi sè deziros, que

aunque

aunque tan grandes cosas me an suspendido, y aun alborotado; soy de tan buen contento, que sin duda me hallara satisfecho con la dama que è visto; si bien me à parecido que fuis teys el favorecido, y aũ el mejor mirado. Rio. se a esta razon notablemente don Fadrique, y respondio al hermano; pues soys ya medio Conde, o al menos segun veo, para entero os pretenden, y aun sin ser embidiado, no estays contẽto? Pues advierto os, que de quererlo todo cacreys de ojos en el comũ adagio, y por el consiguiẽte, os vereys sin lo vno y lo otro. Y el so querido hermano, replicò dõ Diego, quien lo niega, o quien puede mas temerlo; vos que amando a Leonarda, quereys a esta, o yo que sin ninguna, estoy en terminos de creer q̃ es co media este sucesso? Que no pare en tragedia, replicò don Fadrique, avemos de estimar, pues ya el Marques à hecho los principios. Seralo para el proseguio don Diego, porq̃ a dezir verdad saliendo cierto lo desta Hipolita, por hazerle pesar, è de tomar su empressa, pues ya os acordareys, que aquella noche assi nombrò a su dama. Bien me acuerdo, dixo el hermano, y aun aora caygo en que el passar nosotros tan

conti-

continuadamente aquesta calle, a ver nuestro deudo don Fernando, dio ocasion a la sospecha del Marques, y aun motivo al favor que oy nos hazen, y al passado de la vanda, y lençuelo; con que no fue mucho yerro empeñarse. Disculpad su locura, y trato descortes, respodio don Diego, y cesse su castigo cõ lo hecho, y si os parece vamonos. Ni tal é imaginado, antes (concluyendo la platica replicò don Fadrique) estoy de acuerdo, que aunque sea faltando a las cosas de mi gusto, no se dexe este lance un solo punto; y en este mismo interrumpio sus razones el ver gente en la rexa, y assi acudiendo a ella, de mas de la dama que primero vieron, hallaron otra que para encarecella sin hiperboles, no tengo que dezir mas sino, que a don Fadrique se le antojò fea en su comparacion, su querida Leonarda, y a don Diego bosquexo y sombra escura, la que poco antes le avia parecido una deidad. Hizieronse unos y otros cortesia; y anticipando don Diego su razon, encareccio con ella sumamente el favor que le hazian, agradecio discreto la perseverãcia de su fe, dio en cambio ygual reconocimiẽto y mayor humildad; y finalmente ofrecien-

do un inmortal amor, prometio morir, o arrestar sus deudos, sus amigos y vidas, porque ella no recibiesse fuerça, aunque en todo no interessasse mas que su servicio; y passando adelante en el particular de sus villetes, favor de sus prédas, y en el gusto con que las avia defendido, al nombrar el Marqués, se suspendio su platica, porque la hermosissima Hipolita, que era la misma con quien el hablava, entre tristes suspiros, se la atajò diziendo; quatro años à, y mas buen don Diego, que esse hombre aborrecible me pretende, digo rôda estas calles, estas puertas, guarda aquestte jardin, estas paredes, persigue a mis criados, molesta a mis amigas, es sôbra demis passos, y oy finalmẽte mi ultima desdicha, sin aver animado con causa alguna, ni aun con mirarle solo, su atrevimiento, o a la cõtraria suerte de mi vida, la qual durara poco, si el cielo no reduze antes mis padres, y vos no me amparays con vuestro valor; seguro de que haziẽdolo, hazeys lo que a vos toca, y pagays parte de lo que en muchos dias me cuesta vuestro âmor; y ultimamente las opressiones que à padecido el alma imposibilitada de descubrirle, y quando pudo, el temor y vergũça de exe

cutar-

curarlo. Ya lo mas eſtà hecho, y yo ſoy, y è de ſer vueſtra a peſar del mundo; el Marque me à pedido, y no lo è arroſtrado, antes dilatare el tiempo que a vos os pareciere, mi reſpuesta, haſta que le prevenga otro remedio, y el conſuelo que mediante eſta viſta, y ſu continuacion ſera mas llevadero.

Con aqueſto ceſſando, y conſiriendo coſas tan arduas, en el interin que don Fadrique metido entre dos aguas, y con deſiguales efctos, oya otras ſemejantes razones. Don Diego alegre ſatisfizo de ſuerte a la gallarda Hipolita, que ella quedò mas firme, y mas pagada; y encargandole la correſpondencia de ſu herma no para con ſu prima, exagerado ſu rico y grãde empleo, unos y otros ſe deſpidieron haſtà la ſiguiente noche; en là qual, y en otras muchas, teniendo ya don Diego la llave del jardin, fue fomentandoſe en el, y en ſu dama tal voluntad, y tan valiente amor, que primero los dividio la muerte, que ſu fuego encendido ſe conſumieſſe.

Eſtando don Fadrique tan prendado como ya aveys oydo, mal podia la hermoſura de Laura (que aſsi era el nombre de la prima) ſer

menos que engañada, y asi el, con su primero dueño, gastava las mas noches; y su hermano fingiendo achaques, disculpava y suplia sus faltas: con que por esta causa, a su pesar les era fuerça el dividirse, pero por no alexarse tanto el uno del otro, mudaron casa, tomando de las muchas que se yvan labrando arriba de San Luys, una de maravillosos edificios, quartos, y grandeza.

Ya en este tiempo, averiguada la verdad del caso; y presentadose, andavan en fiado, mientras sus enemigos desterrados y heridos, trataván de su convalecencia, y aun vivamente de su casamiento; no obstante que las dos primas lo contrastavan fuertemente. Tambié Leonarda apretava a su amante, tanto porque su aguela enferma y vieja, temiendo dexarla sin estado, tratava de darsele; quanto por la fuerça que su amor la hazia; a que tampoco no faltandole causas, nuevas escusas y dilaciones, don Fadrique lleno de amargos pensamié tos, suspendia el fin ultimo. En este estado estavan los negocios, y los hermanos tan bié quistos y amados, que no avia que temer sus enemigos: y assi cô tal seguridad, cada qual tirava

a ſolas, y como le parecia, a ſus cuydados. Era el fin del invierno, tiempo lluvioſo, noches largas y eſcuras; y por la parte que don Fadrique andava, lo antiguo de Madrid, y aquellos barrios de S. Pedro, aun de dia ſolos, y por el conſiguiente, a deshora temeroſos y ocaſionados. Vna noche pues deſtas, en quien todo lo dicho parece que ayudava; bien ſin rezelo alguno, ſiendo ya hora de verſe con ſu dama, venia don Fadrique acercandoſe al pueſto; para lo qual, primero era preciſo atraveſſar una angoſta calleja; y aſsi yendo por ella, al rebolver la eſquina, de repéte ſe le puſo delante (y no menos que en la puerta de un cavallero deudo y amigo ſuyo) un veſtigio eſpantoſo, tan alto, y tan diſforme, que tomava ſu eſpacio deſde un alto balcon adonde tenia arrimada la monſtruoſa cabeça, haſta el miſmo ſuelo. El caſo por cierto, era para turbar un eſquadron de gẽte, quanto y mas a un hombre; y aſsi no ſeria mucho que en don Fadrique cauſaſſe algun pavor tan impenſado encuentro. Contava el animoſo cavallero, que al principio le tuvo no ſolo perdidiſsimo, ſino que el miſmo ayre, que encanalado rimbombava por aquellas angoſtu-

ras, ſe le avia antojado bramidos roncos de algun fiero bolcan; y que ſin poderſe tener enlos turbados pies, le convino ſentarſe en el primero umbral; y aun ſin duda alguna ſe bolviera, ſi ſu verguença miſma, y otras cõſideraciones piadoſas y Chriſtianas, no le huvierá animado; y fue aſsi realmente, porque ya recobrado en parte, y quieto el pecho, como ſi verdaderamẽte ſe le huviera infupdido un nuevo eſpiritu, ſe levantó diſpueſto a morir, o a ſaber lo q̃ aquella ſõmbra buſcava; y aun ſiẽdole neceſſario ſu favor o ayuda darſela fielmente. Parece q̃ eſta reſolucion, nos dà a entender q̃ el ſin duda preſumio del ſucceſſo, alguna aparicion, o alma en pena; y el efeto lo dize, porq̃ beſando la Cruz de ſu eſpada, creyendo tal ſoſpecha, comẽço a conjurarla, y a pedirla nõbre, cauſa y razon, como eſpidiẽte del conſejo; ſi bien aunq̃ en eſtas diligencias gaſtò algun rato, ni por eſſo deſpertò ſu ſilencio; lo qual viſto, mudò de parecer; y dexando conjuros y preãbulos, como ſi embiſtiera a otro hombre (notable coraçon) aſsi arrancò el eſpada, y le empeçò a cargar de cuchilladas, con tan gran rumor y golpes, q̃ al herir de las piedras, y retũbar de los encendidos pe-

der-

dernales, deſperto la vezindad, abrierō las miſ mas puertas, ſacarō achas, y acudierō algunos criados, y con un montante ſu proprio deudo: con lo qual, conocido don Fadrique, y alborotado el barrio, y todo pueſto en cōfuſiō; el reſplādor de tantas luzes dio entera noticia dela horrible fantaſma, q̄ era no menos que un crecido Venado, q̄ deſde pequeñuelo, ſe avia criado en caſa, a quien emulos y cōtrarios ſecretos de ſu amigo, por darle aquel peſar, o por otros intentos, q̄ no es de mio eſcrivirlos; cogiendole de fuera aquella noche, le avian muerto, y medio deſſollado; de ſuerte, q̄ como a el le dexaron colgado por los fornidos cuernos de la rexa, y el pellejo colgando de las piernas, formava tā deſemejada y horrible muestra, q̄ dexado a parte lo jocoſo del caſo, fue uno de los notables y temeroſos q̄ pudieron ſuceder a hōbres, y en quien, conſiderado, nādie puede negar, el audaz y valentiſsimo animo deſte cavallero; el qual, retirandoſe con ſu deudo y amigo, y dexando por aquella noche a Leonarda, eſtuvo en punios de matarſe, corrido de lo que otro pudiera preciārſe con mucha eſtimacion. Al fin, bolviendoſe a ſu caſa, por mas q̄ ſe

procuro encubrir, ſono el caſo de ſuerte, y con tan diferente roſtro del que juzgava, que apreciandoſe con general y comun elpanto, quedò ſu nombre ſobre las eſtrellas.

No pararon no, en tan graves ſucceſſos, los de eſtos nobles moços, antes parece que la fortuna, no como quiera a caſo, ſino con particular intento, ſe los endereçava y diſponia ya al uno, o ya al otro, deſſeando ſuſtentarlos ſiempre en ygual opinion; y alsi parece de los miſmos progreſſos deſta hiſtoria, a quien bolviendo, y en ella a la gallarda Hipolita, que apretada de ſus padres eſtava en tales terminos, que a no andar de por medio el conſuelo, y la viſta de ſu amante, ſe huviera muerto. Y lo peor fue que de ſu reſiſtencia, y de los cõtinuos paſſeos de los Mendoças, heridas del Marques, preſumpcion del origen, y algun deſcuydo de ojos, como los de ſus padres anduvieſſen tan recatados y ſobre aviſo; facilmente dieron en la cierta ſoſpecha, y aun en la cauſa de ſus inobediencias, porque andando ſobre los eſtrivos, y hechos vigilantiſsimas eſpias, no pudo tanto ſu hija recatarſe, que al fin no la cogieſſen con el hurto, y vieſſen deſde otra ventana que le

caya

caya encima, los conciertos ¡y amores de los quatro. Pero no alborotandose, ni enfureciendose, cautamente callaron, y assegurandolos algunos dias, teniendose por afrentados y ofendidos, previnieron el castigo de lo que les tocava de la puerta adentro, y la vengança de los dos hermanos.

No son los contētos humanos menos quebradizos y fragiles, ni las felicidades desta vida mas perdurables; y assi parece, que desde oy por largos dias todas las cosas de aquestos cavalleros mudaron forma, porque si a don Diego (ignorante de que estuviessen publicas) se le avia ocasionado semejante desman; a dō Fadrique no le yva mejor con su Leonarda, que de essotro sujeto, como era cumplimiento y desenfado para la mas facil salida de la pretentiō de su hermano, no hazia el caso que merecia la belleza y discrecion de Laura. En fin la vieja aguela de su dama, que assegurando su cercano fin, desseava segun dixe acomodar su estado; aviendole con grandes conveniencias, y secretas particularidades, traçado y dispuesto; como en su cumplimiento faltasse el si de Leonarda, y ella lo suspēdiesse, y rehusasse

con

procuro encubrir, ſono el caſo de ſuerte, y con tan diferente roſtro del que juzgava, que apreciandoſe con general y comun elpanto, quedò ſu nombre ſobre las eſtrellas.

No pararon no, en tan graves ſucceſſos, los de eſtos nobles moços, antes parece que la fortuna, no como quiera a caſo, ſino con particular intento, ſe los endereçava y diſponia ya al uno, o ya al otro, deſſeando ſuſtentarlos ſiempre en ygual opinion; y aſsi parece de los miſmos progreſſos deſta hiſtoria, a quien bolviendo, y en ella a la gallarda Hipolita, que apretada de ſus padres eſtava en tales terminos, que a no andar de por medio el conſuelo, y la viſta de ſu amante, ſe huviera muerto. Y lo peor fue que de ſu reſiſtencia, y de los cõtinuos paſſeos de los Mendoças, heridas del Marques, preſumpcion del origen, y algun deſcuydo de ojos, como los de ſus padres anduvieſſen tan recatados y ſobre aviſo; facilmente dieron en la cierta ſoſpecha, y aun en la cauſa de ſus inobediencias, porque andando ſobre los eſtrivos, y hechos vigilantiſsimas eſpias, no pudo tanto ſu hija recatarſe, que al fin no la cogieſſen con el hurto, y vieſſen deſde otra ventana que le

caya

caya encima, los conciertos ¡y amores de los quatro. Pero no alborotandoſe, ni enfureciendoſe, cautamente callaron, y aſſegurandolos algunos dias, teniendoſe por afrentados y ofendidos, previnieron el caſtigo de lo que les tocava de la puerta adentro, y la vengança de los dos hermanos.

No ſon los contētos humanos menos quebradizos y fragiles, ni las felicidades deſta vida mas perdurables; y aſsi parece, que deſde oy por largos dias todas las coſas de aqueſtos cavalleros mudaron forma, porque ſi a don Diego (ignorante de que eſtuvieſſen publicas) ſe le avia ocaſionado ſemejante deſman; a dō Fadrique no le yva mejor con ſu Leonarda, que de eſſotro ſujeto, como era cumplimiento y deſenfado para la mas facil ſalida de la pretenſiō de ſu hermano, no hazia el caſo que merecia la belleza y diſcrecion de Laura. En fin la vieja aguela de ſu dama, que aſſegurando ſu cercano fin, deſſeava ſegun dixe acomodar ſu eſtado; aviendole con grandes conveniencias, y ſecretas particularidades, traçado y diſpueſto; como en ſu cumplimiento faltaſſe el ſi de Leonarda, y ella lo ſuſpēdieſſe, y rehuſaſſe

con

con claridad y veras: no anſi con ſuavidad, la anſiosa aguela (cuya condicion era terrible) perſuadia ſu voluntad, mas con rigores y violencias tan grandes, que no ſolo llegò a poner la las manos, a quitarla las galas, a moderarle ſu regalo; ſino que, como ſi realmente ſupiera el conſuelo que eſtos trabajos tenian de noche con ſu amante, ſin penſar el provecho que dava a ſus intentos, ſe le quitó encerrandola: con que apretando imprudente el arco, ſe le hizo romper, y atropellar por todo, acogiendoſe como mejor pudo, con unas deudas monjas a un convento.

Ya dias antes don Fadrique avia entendido de aquella donzella, primera exploradora de ſu aficion, eſtos aprietos; y con yguales penas y ſentimientos, conferia con ſu hermano el remedio; el qual viendole en tal eſtado, aunq̃ ſentia honroſa y cuerdamente (por los achaques que aveys oydo) ſu remate y perdicion; al fin como le amaſſe tanto, huvo de convenirſe, en q̃ ya que ſe hizieſſe, fueſſe con guſto de ſu padre, o al menos haziendoſelo ſaber, pues ya podria facilitarſe, o diſculparſe el inconveniente ſecreto, con el gran mayorazgo y hazienda

libre,

libre, que heredava Leonarda, que todo junto era un dote tan rico y poderoso, que bastaria a cótrapesarle, y escurecerle. Este ultimo acuerdo aceptò don Fadrique; si bien antes de executarle, para alivio de su afligido dueño, quiso darselo a entender, por el medio que è dicho, mas fue a tiempo, que Leonarda la misma tarde avia prevenido su fuga: y assi no obstante que por tan grave causa, estava la casa bien alborotada, el tuvo papel della, y aviso cierto de su assistencia, porque de todo dexò bien apercebida a su secretaria. Con lo qual creciendo en don Fadrique sus desvelos, nuevamente empeñado, se bolvio a su posada, adonde aviendo de acompañar a su hermano aquella noche, hallandole, que encima de su lecho reposava, hasta la mas conveniente hora, el se fue a hazer lo mismo.

Tenia, segun è dicho, de verse con su dama don Diego, y como hasta el efero de su amor, conviniesse tanto el no desengañar la prima, una vez que otra, esperava a su hermano para que sustentasse la traza. Seria entonces mas de media noche, hora en quiẽ en silẽcio profũdo reposava su gente, y assi mesmo el cuydadoso

don

don Fadrique, y con ser el tiempo que aguardava don Diego, aun toda via dormia; hasta que en este termino de su pesado sueño, le despertò una terrible voz; que haziendole todo estremecer, le llamò por su proprio nombre.

Al principio, aunque el buen cavallero se sintio alborotado (no obstante) lo quiso atribuyr a fantasias del sueño; y assi tratando de bolverse de otro lado, la temerosa voz tornandole a llamar, le privò de reposo. Abriò los ojos, y mirò por la quadra; y aumentandose su admiracion, esperò suspenso en lo que parava, porque hasta entonces se presumia engañado de su proprio desvelo: mas sacòle muy presto desta duda el oyr que mas acercandose a su quarto, bolvia a llamarle la afligida voz: con lo qual intrepido y gallardo, tomando una rodela y una espada, se puso en pie, y abriendo otras dos puertas; salio a un anchuroso corredor, en quien mirãdo a todas partes, en lo mas sombrio y obscuro del, vio un hombre a su parecer emboçado, y vestido de negro; el qual sacando la mano, le hazia señas para que se acercase a el: si bien huviera sido semejante diligẽcia escusada, pues de su animoso espiritu podemos

mos confiar le embistiera, aunque le acompañaran otros quatro, si al mismo punto que salio de su quadra, y llegò a mirarle no se le huviera asido de cada pie una remora, y de la lengua y labios un candado, que impidio su respuesta, y assi no pudiendo moverse, ni aun arrancar la espada de la vayna, no obstante que por su remission se le acercava aquel hombre, quedò hecho una estatua.

De aqui se advertira bien claramente, quã fragiles, quan miserables y apocadas se muestran en semejantes casos, las mas robustas y varoniles fuerças; y por el consiguiente quan barbara locura emprendieron los ciegos fundadores de la torre de Babel, pues un breve resquicio, un assomo, una sombra permitida del cielo, rinde, atemoriça, y encadena el valor, y las monstruosas fuerças de un moço tan gallardo y valiente, como del progresso desta historia queda visto; al qual aviẽdose acercado el que le llamava, tomãdole sin poderlo estorvar por una mano, lo hizo andar facilmente, mas con tan extraordinarios sentimientos, que apenas le tocò, quando se le antojò que le huviessen metido en un lago de nieve frigidissima, tal

fue

fue aquel horrible tacto, y tan penetrante y sutil su frialdad espantosa. Esto le hizo tirar para si el braço, y como uno que se va desmayando rociandole con agua, se alienta, y buelve en si; assi a don Diego le parecio, que desarrayga-da del coraçon, y el alma, aquella su primera turbacion, avia el postrado espiritu animado-se; con que advirtiendo mejor en su compañia, haziendo en ella una pequeña pausa, al cabo le preguntò quien era, y que buscava, y juntamente mirando el temeroso rostro, triste, macilento, y lleno de sangre, atendio a su respuesta, que fue dezirle. No es este el lugar noble don Diego, en quien se me permite daros essa razõ, seguidme, q̃ en vuestro animo ay fuerças para todo; de mas que à largos dias que està destinado mi remedio a vuestras manos. Pues en buen hora, replicò el cavallero, guiad donde ordenaredes, que siẽdo assi, desde luego os ofrezco mi ayuda, y sed quiẽ vos quisieredes.

No replicó aquel hombre a tal resolucion, solo baxando la cabeça, agradeciendola, comẽço a caminar hazia una espaciosa escalera, que descendia al patio; en cuyo descanso estavan los aposentos de su hermano; y assi aviendo

hasta

hasta ellos abaxado, al atravessar por delante, los detuvo el ver, que don Fadrique a la luz de una vela, con que le alumbrava un criado, salia abrochandose las cintas de una cota. Repararon en viendose unos y otros, y diziendo don Fadrique, que por juzgar que era hora, yva ya a llamarle; y sin responderle su hermano, le apartò con el hombre a un lado; y haziédo señas a los de mas para que se retirassen, le dixo en baxa voz. Ya veys aqueste inconvenié te, y el caso que me espera lo es tan grave, que sino es ordenádo vos otra cosa, me seria penosissimo el dexarle. Pues no vengo a affligiros (prosiguio aquel assombro) antes sere contento que mi negocio se quede aora, no obstante, que los minutos breves, son y seran para mi triste pena, eternos siglos; yo os vere en ocasió, y á la vuestra, si bié mucho os encargo mi reys por vuestra vida, y que advirtays gravissimos peligros q̃ os rodean; y diziendo aquesto con un suspiro triste, abriendose las losas de aquel suelo, se dexò entrar por ellas; quedando el buẽ don Diego tan absorto a las razones ultimas, y al mirarle partirse, q̃ si a su gran tardãça, no saliera su hermano, oy se estuviera en el

mismo

mismo sitio; mas como en el turbado rostro conocio otra mudança, y en el hallarle tan de improviso solo, algun rezelo, no quiso dexar de preguntar la causa, si bien por entonces la dilatò don Diego, y viendo que la hora de su cóciento se passava, aunque el executarle en tan turbada noche le tuvo algo dudoso, al fin considerando que en ella se avia de resolver el sacar a su dama (segun lo tenian dispuesto) se acabò de determinar: y assi haziendo baxar de su aposento un fuerte jaco, en el interim que se le vestia, mandò que se armassen tambien otros dos criados; novedad que en don Fadrique acrecentò su passado desseo, y de quien en saliédo a la calle, le sacò su animoso hermano, contandole el suceso, y juntamente el apercebimiento de las ultimas palabras, con que se le avia desaparecido aquella sombra.

Como en los dos cavalleros avia tan grandes coraçones, ni don Fadrique hizo mas que admirarse al caso referido, ni don Diego otra cosa mas de la concertada. Llegaron al dar las dos al postigo que è dicho, y aviendo reconocido, seguridad bastante en el contorno, le dexarõ abierto, y en su guarda a los dos criados,

que

que eran hombres de satisfacion, qual convenia, y con tanto acercandose a la rexa, hallando a sus dos damas, dieron principio a su amorosa platica, y a prevenir el modo que avian de tener en sus resoluciones. Porque aunque Hipolita desseava escusar la fuerça de sus padres, y el temor que por otros indicios nuevamẽte tenia, quisiera que esto se guiara por medios tan suaves, que ni su houra corriesse detrimento, ni la vida de su amante peligro. Avia hallado en su padre otra mudança, menos buen rostro, y aun recatarse della, tratando con secreto algunas cosas; y assi mesmo que avia hecho venir dos, o tres deudos de Cataluña por la posta; y todo aquesto causandola aficion; la traya suspensa, como por otra parte a su hermosa prima las tibieças de su fingido amante; sospecha que tambien ayudava mucho a la indeterminacion de Hipolita, y a que no se acabasse de resolver en la orden que dava su galan; que era el hazer saber su notoria fuerça, a quien la depositasse en parte mas segura, para que libremente eligiesse su esposo. En fin, dando y tomando pareceres, sin assentar ninguno se estuvieron grã rato, hasta que de improviso

 suspen-

ſuſpendio ſus razones, el ver que con gran ruy do abriendoſe una puerta que del quarto ſalia al jardin, ſe arrojavan por ella quatro hombres, que en un punto, y caſi no dandoles lugar a embraçar las rodelas, los embiſtieron rabioſamente; y con tanto ſilencio, que ſino era el ſordo eſtruendo de ſus golpes, y algunas vozes de las hermoſas damas (ſeñal que tambien ellas tenian en ſu modo caſtigo) no ſe oya otro ruydo. Bien juzgaron los dos buenos hermanos, quan grave inconveniente les ſeria concluyr alli dentro la refriega; y aſsi para eſcuſarle, con gallarda deſtreza ſe fueron retirando y ſacando pies. Era aquel acidente muy a pedir de boca para ſus enemigos: porque ignorando la nueva prevencion de los Mendoças, y los dos criados, que tan fuera de ſu coſtumbre, los guardavan; con aviſo prudente (ſi les huviera ſucedido aſsi) tenian bien diſpueſta ſu ſalida, con otros quatro hombres, y librado en ellos, la vengança y caſtigo de ſus contrarios; que como ya adveati, retirandoſe al poſtigo, aun antes de llegar a el, oyeron de la parte de afuera ſemejante rumor; y ello era aſſi verdad, porque los quatro avian a un tiempo

po envestido a sus dos criados; aunque como ellos fuessen personas de honra, haziam sin desamparar la puerta, notable resistencia. Llegaron a este tiempo los dos hermanos al peligro mayor, que era salir sin dar aspalda, por tan grande angostura; mas haziendoles cara don Diego, y dando un rezio encuẽtro con su hermano, su fuerça le sacò a la calle: y executando el, con gran tiento lo mismo, poniendo alli el resto de su valor; y porque siendo tantos y tales, saliendose tras del, no fuesse mayor su riesgo; a su pesar, con animo increyble, firmando fixo el pie, los tuvo a raya: y diziendo a don Fadrique ayudasse a su gente (en el interim que obedecio gallardo) el buen don Diego defendio el postigo, y tan valientemente, q̃ sin duda les hallara alli el dia, sin q̃ le saliera hombre; mas en aqueste punto, en que ya con ayuda de sus criados, y no sin gran trabojo, llevava don Fadrique a los contrarios devencida, y de suerte que sacandoles de aquella calle, podia en la retirada temerse su desdicha; considerando los que quedavan en el guerto; que a mayor dilacion acudiria gente que escusasse su vengança, aunq̃ hasta entonces, desseo-

ſuſpendio ſus razones, el ver que con gran ruy
do abriendoſe una puerta que del quarto ſa-
lia al jardin, ſe arrojavan por ella quatro hom-
bres, que en un punto, y caſi no dandoles lu-
gar a embraçar las rodelas, los embiſtieron ra
biosamente; y con tanto ſilencio, que ſino era
el ſordo eſtruendo de ſus golpes, y algunas
vozes de las hermoſas damas (ſeñal que tam-
bien ellas tenian en ſu modo caſtigo) no ſe oya
otro ruydo. Bien juzgaron los dos buenos
hermanos, quan grave inconveniente les ſeria
concluyr alli dentro la refriega; y aſsi para eſ-
cuſarle, con gallarda deſtreza ſe fueron retiran
do y ſacando pies. Era aquel acidente muy a
pedir de boca para ſus enemigos: porque ig-
norando la nueva prevencion de los Mendo-
ças, y los dos criados, que tan fuera de ſu coſ-
tumbre, los guardavan; con aviſo prudente (ſi
les huviera ſucedido aſsi) tenian bien diſpueſ-
ta ſu ſalida, con otros quatro hombres, y libra-
do en ellos, la vengança y caſtigo de ſus con-
trarios; que como ya adveati, retirandoſe al
poſtigo, aun antes de llegar a el, oyeron de la
parte de afuera ſemejante rumor; y ello era aſ-
ſi verdad, porque los quatro avian a un tiem-

po

po enveſtido a ſus dos criados; aunque como ellos fueſſen perſonas de honra, haziã ſin deſamparar la puerta, notable reſiſtencia. Llegaron a eſte tiempo los dos hermanos al peligro mayor, que era ſalir ſin dar aſpalda, por tan grande angoſtura; mas haziendoles cara don Diego, y dando un rezio encuẽtro con ſu hermano, ſu fuerça le ſacò a la calle: y executando el, con gran tiento lo miſmo, poniendo alli el reſto de ſu valor; y porque ſiendo tantos y tales, ſaliendoſe tras del, no fueſſe mayor ſu rieſgo; a ſu peſar, con animo increyble, firmando fixo el pie, los tuvo a raya: y diziendo a don Fadrique ayudaſſe a ſu gente (en el interim que obedecio gallardo) el buen don Diego defendio el poſtigo, y tan valientemente, q̃ ſin duda les hallara alli el dia, ſin q̃ le ſaliera hombre; mas en aqueſte punto, en que ya con ayuda de ſus criados, y no ſin gran trabojo, llevava don Fadrique a los contrarios de vencida, y de ſuerte que ſacandoles de aquella calle, podia enla retirada temerſe ſu deſdicha; conſiderando los que quedavan en el guerto; que a mayor dilacion acudiria gente que eſcuſaſſe ſu vengança, aunq̃ haſta entonces, deſſeoſos

ſos de encubrirla, y executarla a ſu ſalvo, nó ſe avian válido de otras armas; viſto que ya el ſecreto era impoſsible, abandonandoſe infamemente, diſpararon en el valiente moço dos cargadas piſtolas; q̃ aunque permitiendolo Dios, ſolo la una le hirio el braço derecho, la bala de la otra, le acertò en la fuerte rodela, con tan grande furor, que ſi bien ſus azeros reſiſtieron el golpe, el fue tan poderoſo, que como ſi le huvieran tirado un morterete, aſsi le echò a rodar por aquel ſuelo; en quien deſembaraçada la ſalida, rodeado de ſus enemigos, es ſin duda que primero muriera a ſus manos que ſe levantara; ſi a tan triſte ſazon no ſe les opuſiera impenſadamente uñ hombre que le defendio có tan maravilloſo esfuerço, que pudo a ſu peſar aunque ya muy mal herido, recobrarſe don Diego, y darles una terrible carga. Al principio de tan buena ayuda, con el deſatiento de la cayda, y el cuydado del peligro preſente, preſumio que ſu hermano era el que le favorecia, mas viendole a eſte punto llegar con ſus criados, ſalio de aquel engaño.

Dexava don Fadrique, aunque a coſta de algunas heridas, en declarada fuga a los que le

toca-

tocaron; y no aſsi ſe le fueran ſin mayor eſtrago, ſi el eſtampido de las dos piſtolas, no le hiziera bolver, juzgando algun grave peligro en ſu querido hermano; que aora con ſocorro tan bueno, de tal ſuerte embiſtio a los que tan alevoſamente le avian herido, que en breve eſpacio los encerro en el jardin; ſi bien no tan lozanos como ſalieron, porque el primero cayò en dando quatro paſſos, y el ultimo en el proprio poſtigo quedò deſmayado con una eſpantoſa herida; y aun no ſe cõtentara con lo hecho (porque el verſe tan herido le tenia rabioſo) antes yendo a arrojarſe en el jardin, ſin duda diera fin de los de mas, o ſucediera el ſuyo, ſi travandole aquel incognito hombre por un braço, no le dixera. Adonde vas mancebo tras dè tu perdicion y la mia? tente y buelve a tu caſa, que no haras poca hazaña, ſi como eſtàs eſcapares la vida. A eſtas razones que le turbarõ los ſentidos, mas que el preſente rieſgo, ſe retirò dõ Diego, y obedeciẽdolas con obras, dio la buelta a ſu caſa: mas apenas ſaliendo a lo ancho de la calle quiſo darle las gracias, quãdo ni lo vio ni lo oyò. Tuvolo por portento milagroſo, y aſsi dãdo gracias a Dios que le avia eſcapado;

en llegando a ſu lecho, tratò de que con gran ſecreto le curaſſen. Tãbien don Fadrique traya dos heridas, y el un criado atraveſſado el braço; con que todos hizieron cama, y todos eſtuvieron en no poco peligro, aunque el de don Diego fue mayor. No ſe entendio eſte caſo en largos dias, porque unos y otros procuraron encubrirlo tan inviolablemente, que aunque en caſa de Hipolita, quedò uno de la pendencia muerto, paſſò en coſa juzgada, y ſin ſaberſe. Todo lo qual entendio don Diego, por medio de aquel paje archivo del amor, y villetes de ſu dama: el qual tambien le advirtio como el Conde ſu padre, aſsi a ella, como a la hermoſa Laura, las avia ſacado dela Corte, y que aũque a los principios ſe creyo que a Cataluña, el bolver ſu padre mas en breve de lo que requeria ſemejãte jornada, avia deshecho ſu preſumpcion. Con tanto, aunque el ſentimiento del cavallero herido fue terrible, ſu generoſo eſpiritu ſe le opuſo de ſuerte, que no obſtante el ver perdido eſte negocio, ſiempre ſe prometio eſperanças ſeguras de bolverle a ganar.

Eſte breve y alentado conſuelo, cauſò en gran parte ſu mejor convalencia, aunque fue

mas larga que la de don Fadrique; el qual ya avia dias que andava en pie, ſoldando tanto algunas gloſſas, que por ſu recogimiento ſe eſparcian, quanto las quiebras de ſu amor; ſi biẽ como el ſabia el convento donde eſtava Leonarda, la tenia ya ſatisfecha con ſu indiſpoſicion. Avia aſsi miſmo eſcrito largamente a ſu padre don Alonſo, el intentado empleo, ſus requiſitos y circunſtancias; y por momentos eſperava ſu beneplacito y licencia; con que Leonarda ſin curar de las lagrimas, y aun delas embueltas amenaças de ſu aguela, alegre ſumamente eſperava el fallo della reſolucion. Don Diego en eſte tiempo, levantado por caſa, tambien ſuſpendia ſus cuydados, y la pena delno ſaber donde Hipolita eſtava; ya con la converſacion y viſitas de ſus amigos, y ya con entretenidos juegos y diverſiones; ſin curar de otra coſa, ni aũ de traer ſi quiera a la memoria alguno de ſus mayores acaecimientos; cuyo fin dependiente, aunque el olvidò tanto, muy preſto ſe le hizieron acordar. Porque a la tercera noche, de ſu mas ſegura ſalud (què parece ſe avia eſperado a que totalmente la tuvieſſe) eſtándo aun antes de Maytines, don Diego en ſu cama

deſpierto, y vacilãdo con ſu impoſsible amor; con eſtar bien cerradas, de repente ſe abrieron las dos puertas de la quàdra, y entrandoſe por ellas aquel eſpantoſo hombre que ya oyſteys, poniendole como otra vez en no pequeña turbãcion, ſin alargarſe en platicas, le pidio que ſe viſtieſſe; coſa que paſſado aquel ſobreſalto primero, hizo don Diego en un punto, y con mayor aliento que antes; porque aun los demonios tratados ſon menos temeroſos, o alomenos aſsi lo an preſumido muchas engañadas mugeres que à caſtigado el ſanto Oficio. Digo eſto admirandome de ver tan deſpejado, en caſo tal, a eſte mancebo; pues como ſi le llamaran para algunas bodas, aſsi ſe puſo en orden, y aſsi con ſus acoſtumbradas armas, mano a mano, ſe ſalio de ſu quarto con aquella ſombra; a quien anſi meſmo, como ſi comunicara con otro hombre de ſu ſuerte, le fue ſatisfaciendo, aſsi en el particular de ſus heridas, como en la remiſsion de ſu tardança y deſcuydo. A todo lo qual no reſpondiendoſele palabra alguna, callando el juntamente; atraveſſaron los corredores, baxaron la eſcalera, cruzaron el eſtendido patio, y ſalieró a unos traſcorrales,

rales, ſiguiendo con lindo animo eſta derrota; haſta que reparandoſe, caſi en la mitad dellos, bolviendoſe a don Diego, el afligido compañe ro, deſpues de una breve interniſsion, que primero hizo, mirandole atentiſsimo, con tremula y triſte voz le començo a dezir ſemejantes razones.

Yo ſoy dixo, temblando aquel miſero eſpiritu, o illuſtre moço, Ignacio Ortenſio, cuyo nombre, no ignoro le avreys oydo diverſas vezes en vueſtra caſa propria; yo ſoi aquel criado, a quien injuſtamente, avra treynta años, que vueſtro padre y dos eſclavos ſuyos, ſacandome a eſte ſitio (cãpo bien ſolitario en aquel tiempo) me dieron muerte y ſepultura, entre eſtas yervas y carriços. No quiero no, alargarme en la cauſa, porque ſé que muy preſto la labreys por diferente via, ſolo os buelvo a dezir que mori ſin culpa; y aſsi la divina providẽcia, a quien todas las coſas eſtàn ſubordinadas; ya que permitio la muerte de mi cuerpo, no anſi dio lugar a la de mi alma; ſi bien deſde aquel pũto, otras particulares ofenſas, arrepẽtidas, y lloradas, pero no ſatisfechas; juſtamente me cierõ el purgatorio y penas increybles, en que

estoi padeciendo, y de adonde si mereciere mi aficion vuestra noble piedad, haziendo por mi los sacrificios, y satisfaciones que yo os dixere, saldre al descanso perdurable. Ved aora, si segun mi demanda, gustareys de admitirla, advirtiendo antes de responderme, que aunque con mas razon pudiera pedir esto, a quien me reduzio a tan triste estado, no se me à permitido; y assi pues los secretos juyzios del cielo, me concedieron ser instrumento en vuestra ayuda, quando entre los pies de vuestros enemigos, no à un mes que os visteys casi muerto, no ay duda sino que a vos tambien tiene su misericordia y piedad, remitido mi ultimo remedio. Aqui cessando dio aquel cuerpo fantastico fin a su discurso temeroso, y don Diego que con espanto y admiracion le avia escuchado, principio a su respuesta, q̃ fue tan Christiana, tan llena de piedad y generoso espiritu, que teniendose della por satisfecho el difunto Ortensio, rindiendole las gracias, finalmente le dio particular y estrecha cuenta, de la satisfacion y de mas cosas que por su amparo se avia de hazer; y pidiendole sobre todo sagrada sepultura, y aceptadolo, y prometido, al mismo

punto

punto ſe le quitò de delante, pareciédole al noble cavallero que avia ſumergidoſe en aquel proprio ſitio. Y aſsi con advertencia y animo q̃ ſuſpẽde, puſo en el, por ſeñal algunas piedras; y dando la buelta con mas ſoſsiego que haſta alli, de paſſo deſpertando a ſu hermano, le dio eſtenſamente razon de todo, y recoſtandoſe en ſu lecho, apenas fue de dia, quando comença a diſponer ſu promeſſa, dando orden, no ſolo en que ſe le dixeſſen buen numero de Miſſas, y hizieſſen otros ſufragios, ſino a otras ſatisfaciones de hazienda y honra; y lo mas eſſencial, que fue un honrado entierro, porque nunca dudó de hallar el cuerpo; y como para hazerlo pareciesſe forçoſa la intervencion de la juſticia; callando el nombre y el homicida, fielmente declaró todo el ſuceſſo, con que acudiendo a tales diligencias miniſtros y perſonas graves de la Corte, dio un terrible eſtampido por toda ella; y mandando cabar en la parte advertida, a pocos lances parecio el cuerpo, digo ſus deſcarnados gueſſos, y juntamente una eſpada, y diverſos pedaços de la capa y veſtido; por donde ſe entendio que con todo ello le avian ſepultado. Con lo qual hazi-

dolo, aora en ſu miſma capilla, porq̃ de la miſma manera que ſi fuera un pariente, quiſo don Diego que ſus deudos y amigos le honraſſen. Para las reſtantes ſatisfaciones, teniendo neceſsidad forçoſa de comunicarlas con ſu padre, aunque en tan grandes dilaciones ſe conſumia ſu fuerte coraçon, reſpeto que por ellas ſe impoſsibilitava el buſcar a ſu dama; no quiſo anteponiendolas, diferirlas, ni alçar mano dellas haſta ſu concluſion, eſtimando por acció mas loable eſta, que conſeguir ſu guſto, y aun perder un caſamiento tan iluſtre.

Mas como ſemejantes ſervicios nũca el cielo los dexa ſin recompenſa, por do menos penſo, hallò eſte cavallero el premio dellos, y de ſus buenas obras; y aſsi en ſu proſecucion, ſe puſo en camino, encargando a ſu hermano, la de otras coſas que dexava empeçadas.

No avia aun dado la buelta el menſagero, que eſperava don Fadrique ſobre ſu caſamiento, y eſta reſolucion le dexò en Madrid; y el ver que aſsi meſmo de corage y paſsion, avia rendi loſe a una cama ſu aguela de Leonarda, y como ſu edad les puſieſſe en cuydado, deſpreciando ſu conſuelo, tuvo por acertado que ella

lo

lo disputiesse, satisfaziendo a su inobediencia, con declararla su voluntad, y las partes, persona y calidad de su empleo; pareciendole, y no sin mucha razon a don Fadrique, que ganando y no perdiendo reputacion con el, la afligida señora se quietaria, y lo tendria por muy honroso. Pero lo que resultò esta diligencia y consuelo fue, que apenas leyò el papel y razones de la dama, y advirtio en ellas sus intentos, y sobre todo el nombre del galan, y de sus padres, quando inmediatamente con profundos suspiros, y extremos espantosos, se quedò desmayada.

Esta absolucion de sus desseos, como en esto mala nueva, supieron brevemente los dos tiernos amantes; y porque no assi parassen sus desgracias, pocas horas despues, la de su muerte; de adonde sin pensar resultaron sus mas crecidos, y irremediables sentimientos: succsso bien digno de que se lea, y advierta atentamente. Murio pues, como dixe esta señora, apresurando su fin, lo que en Leonarda se juzgò por su mayor remedio; y aun estuvo en terminos, de que si puede aver mayor mal que la muerte, cayesse sobre su indignacion y senti-

mi-

miento; que en parte la tuvo muda y sorda, a los consejos saludables del Confessor, y padre de su alma, que a no ser el tan doto, y aun tan cuerdo, sin duda corriera detrimento; mas no permitiendolo Dios, no solo la sacò del camino errado, mas juntamente, abriendola los ojos, la hizo disponer Christianamente de sus cosas, y que sin reparar en pundonores, o respetos humanos, declarasse el secreto de verdades tan graves, que solo el digerirlas, bastara en qualquier tiempo a quitarla, como en aquel, la vida. Pero esta diligencia, aunque de tan gran riesgo parecio inescusable, y tanto, que a quedar en silencio, se abriera puerta a una dilatada y horrible ofẽsa de Dios: pues fuera cierto, que si la aguela no dexera declarado, como la hermosa Leonarda era hija de dõ Alonso de Médoça, y por el consiguiente hermana de don Fadrique, apenas cerrara ella los ojos, quando los hermanos estuvieran casados, o en terminos peores: porque ya en este punto, sabiendose el de su muerte, como heredera forçosa, Leonarda estava en su casa, y su amante disponiendo las bodas. Mas esta impensada declaracion, suspendio sus desseos, aunq

no

no su esperança; porq̃ si bien sus ansias, sus congojas y lagrimas, fuerõ terribles; en medio dellas, sin poder animarse a darla credito, dõ Fadrique partio a mejor enterarse de su padre, y en seguimiento de don Diego su hermano; y su dama resolviendose en llanto, quedò esperandole. Desta suerte caminò tan a priessa el ciego moço, q̃ antes de llegar al cristalino lucar, alcançò a su hermano; con quien referido el sucesso, llegò a los ojos de su padre, que no estãdo avisado, los recibio, mezclando el gusto de su venida con el sobresalto de verla tan sin pensar, temiendo la huviesse ocasionado al gũ peligro; mas enterado enella, don Fadrique no solo entendio la certeza de sus dudas, mas oyò de su boca los ultimos amores, q̃ os acordays en el principio desta historia, no solo fueron el origen de su destierro, y salida dela Corte, pero de la injusta, y lastimosa muerte q̃ dio al pobre Ignacio Ortẽsio. Y assi era la verdad, porq̃ su madre de Leonarda era aquella hermosa donzella q̃ dixe ayerse libremente enamorado de dõ Alonso; y la difunta vieja madre suya, y aguela de Leonarda, quien advertido su preñado, y la imposibilidad de don Alõso,

para

para ſoldar ſu honra, eſcuſando la publicidad de tal afrenta, la avia encerrado en un convento, adonde profeſſa vivia entonces exemplarmente. Con tal ſatisfacion (que era la miſma que tenia de llevar el menſagero) quedò don Fadrique deſengañado, y perdiendo el juyzio, y ſu hermano don Diego admirado y confuſo, y no lo quedò menos ſu padre quando entendio la ocaſion que à el le traya, y el memorable y temeroſo acaecimiento del difunto criado, pues no ſolo en oyendolo ſe compungio ſu alma, y entriſtecio ſu coraçon piadoſamente, ſino que ſin poder repoſar, ni aun alegrarſe, deſde aquel punto fue cavando en ſu pecho de ſuerte el temor del caſtigo, y el deſſeo de ſatisfazer a Dios, y al mundo, que ni el amor de ſus queridos hijos, ſus muchas lagrimas, ni el deſſeo de ſus acrecentamientos, deſamparo de ſus criados, y mayormente ſu larga edad y ſugeto regalado, fueron parte a eſtorvarle meterſe en un convento, adonde profeſſando ſantamente la obſervancia regular de ſan Franciſco, deſpues de algunos años, acabò ſus dias.

Quedaron con tal reſolucion los dos hermanos,

mañoſ, aunque lloroſos y deſcõſolados riquiſſimos; y aſsi dentro de pocos dias, como ſu cuerdo padre executò eſte intento, repartiendo entre ſi los criados que tenia, y diſponiendo las demas coſas, dieron buelta a Madrid. Era en eſta ſazon el rigor del invierno, y ſus continuas aguas tenian anegados y peligroſos los campos y caminos, y con todo proſiguierõ ſu viaje, no obſtante que a la primera jornada llegando a un profundo arroyo, el venia de ſuerte embravezido, que los tuvo dudoſos el paſſarle: mas como la noche ſe les venia acercando, y con ella otros mayores inconvenientes, deſſeando eſcuſarlos, y ſalir de el preſente ſin mayor ſuſpenſion. Don Diego, que ſiempre en tales caſos queria ſer el primero, intrepido apretando a un quartago le yva a arrojar al agua, y hizieralo infaliblemente, ſi llegando a eſta ſazon al miſmo pueſto un pobre labrador, no lo impidiera, y con tan eficazes razones, notando el gran peligro, que obrando en el particularmente, y en todos los de mas con ſecreta fuerça; ſin mas porfiar tomaron otra via, yendo aquel hombre ſiempre guiandolos, haſta q̃ ſiendo anochecido, los puſo en una puẽte: por

adonde paſſando los compañeros, deteniendo por la rienda a dõ Diego, en voz baxa le dixo; ya con eſta ſon dos, buen cavallero, las vezes que mediãte Dios me deveys la vida; porque tened por cierto; que pereciſtades, anſi en la paſſada como en eſta; pero el cielo ös conſerva como a tan buen executor de ſus piadoſas obras. Proſeguid pues, en hora muy dichoſa, y aunque rodeys algo, entrad en Alcala mañana, y quedaos en paz; que ya vueſtro Chriſtiano zelo y proceder, me tienen en el lugar del alboſanſo; y moſtrandoſe a eſtas razones ultimas, mas candido y reſplandeciẽte que las miſmas Eſtrellas; ſe le quitò de delante, dexandole como podreys conſiderar; aunque cõ diferente alegria que otras vezes: porque conociendo ſer la miſma voz, que ya tãto le avia dado q̃ hazer; en ſu incomparable reſplandor entẽdio el dichoſo eſtado en q̃ ſe hallava. Y aſſi advertido en lo q̃ le ordenò, mandò otro dia ſe tarcieſſe el viaje, preſumiendo que Ortenſio tuvieſſe en Alcalà, neceſsidad de ſu perſona, pues ſe lo avia encargado aſsi; adonde en llegãdo antes de medio dia, apenas ſe apeò en una poſada, quando llegaron a ella (y una tras de

otra)

otra) dos mugeres como mandaderas de monjas, a pedirle, assi a el como a don Fadrique, se llegassen a un cierto monesterio, por quien los dos poco antes passaran: lo qual poniendo por la obra curiosamente, y creyendo q̃ algunas monjas, aviendolos visto atravessar delde las vistas, querian, como foralleros divertirse; sin mas pensarlo, se entraron en un locutorio, en quiẽ por abreviar, quãdo entendierõ verse en batalla cãpal cõ veinte discreteãtes professas, se hallaron sin pensar con la vizarra Hipolita, y su hermosa prima. A las quales, aviẽdolas traydo alli el Conde, por mas q̃ a la Abadesa, q̃ era su hermana, dexò encargado su recato y custodia, y sobre todo el escrivir, o hablar de aquella suerte; tuvo el remedio q̃ veys. Porq̃ no obstante, q̃ a los principios se guardò con ellas, apretado rigor; y tanto, q̃ ni avisar pudierõ alos dos cavalleros; ya en parte mitigandose, y dandolas solaz en mirar la calle, quiso su fortuna que fuesse a tan buen tiempo, que al passar por ella, conociessen a sus dos amantes, y tuviesse el hablarlos (mediante el favor de algunas mõjas) el efeto que oys. Dexò a la consideracion del letor, por no dilatar mas esta historia,

assi el gusto de aquellos cavalleros (digo del buen don Diego) como las alegres lagrimas, con que las dos señoras solenizaron su desseada venida ; y finalmente los amorosos conceptos, que por no ser sentidas reduzirian a una breve suma: de la qual el remate y carta cuenta que unos y otros se dieron, fue concertar que las dos primas escriviessen al punto al Arçobispó, la fuerça que por impedir su casamiẽto les hazia el Conde; y que esto se propussiesse con tan vivas razones, que mediante la diligencia de los dos hermanos, de sus deudos y amigos, pusiesse aquel Perlado su mano y jurisdicion en remediarlo. Con esta conclusion despidiendose alegres, entrando en la Corte se fomentò de su parte de suerte, que quando menos sospechachavan, los llamò el Arçobispo para ante todas cosas entender la verdad, y volũtad de entrambos. Estava ya la de don Fadrique (supuestos los inconvenientes q̃ è dicho) aunque mal consolado reduzida a la de su hermano, que siempre desseò el empleo de Laura. Y por el consiguiente la hermosa Leonarda cõvencida con lo que sus hermanos hiziessen de lla, y assi deshecha esta dificultad, se mandaró

sacar

ſacar del convento, y traer a Madrid las dos primas, adonde aunq̃ el Conde ſintio terriblemente, que contra ſu gusto ſe le caſaſſen tales prendas; y procuròq̃ el Marques y ſu primo, q̃ ya andavan libres, para ſu dilacion ſalieſſen a impedirlo, fue por demas; porque ellos mirandolo mejor ſe eſtuvieron quedos, y el viendo eſtas eſperanças perdidas, y que para q̃ condeſcendieſſe, le apretavan perſonajes graviſsimos huvo de tener por bien lo q̃ ſi haſta alli contradezia, era mas por interes, o tema, que por demeritos de tales cavalleros, los quales eran tã ricos, y tan nobles como el; y en concluſion cõ certadas ſus bodas con general aplauſo de la Corte, guſto y deſcãſo de ſus coraçones, las puſieron por obra. Renovaronſe las muchas fieſtas q̃ ſe hizieron en ellas, con las de ſu hermoſa hermana, a quien dignamente dieron el eſtado q̃ merecian ſus partes, caſandola poco deſpues con un gran cavallero. Con que dexando fama eterna de ſus muchas virtudes, el venerable y antiguo tronco de ſu caſa, ſobre ſus excelencias iluſtres, y entre tan altas ramas, adelantò eſtos generoſos pimpollos que le adornaró y engrandecieron.

F I N.

ASSVMPTOS PRINCIPALES que contiene eſte libro.

Breve reſumen de las excelencias de Eſpaña, teatro deſtas peregrinas hiſtorias. fol. 1

El buen zelo premiado, hiſtoria primera, en la Ciudad de Zaragoça, ſu deſcripcion, antiguedad y origen. 9

El deſden del Alameda, hiſtoria ſegunda, en la Ciudad de Sevilla, con otro breve elogio a ſu grãdeza. 42

La conſtante Cordoveſa, hiſtoria tercera, en la Ciudad de Cordova, ſu deſcripcion y origen. 75

Pachecos y Palomeques, hiſtoria quarta, en la Ciudad de Toledo. ſu deſcripcion. 112

Succeſſos tragicos de don Enrique de Sylva, hiſtoria quinta, en la Ciudad de Lisboa, ſu deſcripcion y origen. 148

Los dos Mendoças, hiſtoria ſexta, ſucedida en Madrid, y otro pequeño elogio a ſus mayores excelencias. 186